MANOLO PALOMARES

# MESTIZO



# M E S T I Z O

## La vida de Martín,
## el hijo de la Malinche y Hernán Cortés

**Autor: Manolo Palomares**

Manuel Palomares © 2023
Todos los derechos reservados.




Diseño de portada: Pedro Viejo (pedroviejo.com)

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Este libro solo podía estar dedicado a mis padres,
Dorita y Manolo, con agradecimiento y amor.

**Mestizo, za.**
Del latín tardío *mixticius,* «mixto, mezclado».

Adj. Dicho de una persona: Nacida de padre y madre de raza diferente, en especial de hombre blanco y mujer indígena, o de hombre indígena y mujer blanca.
Usado también como sustantivo.

RAE. Diccionario de la lengua española. Edición 2023.

El manuscrito. Marzo 2023.
Viaje a España. Marzo 1528
Gonzalo de Sandoval. Mayo 1528.
Ilustración n.°1
La abuela Catalina. Agosto 1528.
Real Casa de Caballeros Pajes. Enero 1529.
La Orden de Santiago. Julio 1529
Muerte de la emperatriz. Mayo 1539
Camino de Granada. Mayo 1539
Decisiones. Julio 1539
Hermanas. Abril 1540
Ilustración n.°2
Hermanos. Mayo 1541.
Jornada de Argel. Octubre 1541
Ilustración n.°3
Batalla de Cerisoles. Abril 1544
Ilustración n.°4
Camino a Compostela. Marzo 1545
La boda del Mestizo. Enero 1546
Batalla de Mühlberg. Abril 1547
Ilustración n.°5
La muerte del padre. Agosto 1547
Ana y Fernando. Agosto 1554
La boda del príncipe. Julio 1554
Visita inesperada. Noviembre 1561
Llegada a Nueva España. Diciembre 1562
La bienvenida. Enero 1563
Nueva vida. Febrero 1564
La conjura. Julio 1566

El tormento. Octubre 1567.
Ilustración n.°6
Rebelión de las Alpujarras. Enero 1569
Ilustración n.°7
Inca Garcilaso de la Vega. Marzo 1569
Epílogo. Enero 2024.
Agradecimientos

**lectuepub2.com**

# El manuscrito. Marzo 2023.

De la misma forma que en una sopa de letras vemos aparecer una palabra de manera nítida en medio del enjambre de caracteres, así, ante mi vista, destacó un correo electrónico de entre todos los que esperaban ser leídos en la bandeja de entrada.

Empezaba la semana y tenía sentado frente a mí al ingeniero de operaciones dándome el reporte diario. No quería parecer grosero y pretendía, de verdad, prestarle atención. Pero era inevitable, mi mirada se escabullía de su informe y volvía a la pantalla del portátil. Ahí estaba el correo que había llamado mi atención, resaltando entre un listado de correos difuminados. El ingeniero terminó su informe y le agradecí el mismo, comprometiéndome a buscarlo a lo largo de la mañana para revisar algunos temas.

Quería que se marchara de mi oficina. Solo deseaba abrir ese extraño mensaje.

Tan pronto salió de mi despacho, me levanté y entorné la puerta. Tras sentarme, volví a leer el enunciado resumido del correo:

*De: Fernando Orozco. Asunto: Manuscrito Martín Cortés.*

Me di cuenta de que ese era el correo que utilizaba en la empresa. La dirección que usaba para todo lo relacionado con mis novelas era otra distinta. Este, algo extraño, había sido dirigido al lugar donde yo trabajaba.

No recordaba a ningún Fernando Orozco, el remitente, pero sí sabía quién había sido Martín Cortés. O, mejor dicho, quienes habían sido los diversos Martín Cortés a lo largo de la historia. Al menos, conocía la existencia de tres. No, un momento, estaba equivocado. En realidad, eran cuatro, pensé recordando a uno más. Y todos ellos habían vivido hacía cinco siglos.

Hice doble clic sobre el correo.

*De: Fernando Orozco. Asunto: Manuscrito Martín Cortés.*

*Estimado Sr. Palomares, le busqué por teléfono el pasado viernes, pero me dijeron en su oficina que usted ya había salido. Tuvieron la amabilidad de dejarme su correo electrónico, ya que no podían compartir su teléfono. Tal vez sea mejor así. Prefiero escribirle para que no piense que soy un loco o un acosador, sorprendiéndole con una llamada inesperada.*

*He leído su novela sobre Hernán Cortés, y quiero aprovechar este correo para felicitarle por ella. Incluso la he calificado con cinco estrellas en la tienda online. Al estar narrada como una novela histórica, encontré su lectura fácil y amena. Reconozco que no soy un lector asiduo, y en absoluto puedo hacer una crítica profesional de un libro, pero sí sé que lo disfruté, y pude vivir a través de sus palabras, la conquista de México.*

*No quisiera andarme con rodeos, por lo que iré directo al asunto por el cual le contacto: soy descendiente de Martín Cortés, el Mestizo. Al menos, eso es lo que siempre se ha dicho en mi familia, que éramos los descendientes del hijo que Hernán Cortés tuvo con la Malinche, tan mal considerada por mis paisanos mexicanos.*

*Junto a la leyenda familiar de ser descendientes de tan insignes personajes en la historia de México y España, ha ido pasando de generación en generación, una caja con un legajo de hojas manuscritas. Nadie nos ha dicho nunca el texto exacto de lo que decían esos frágiles papeles, pero se rumoreaba que eran las memorias de Martín Cortés, el Mestizo. La verdad, desconozco si es cierto. Soy incapaz de entender la caligrafía con la que está escrito, aunque le confieso que tampoco me he esforzado demasiado en querer descifrarlo.*

*Hace pocos meses, al morir mi padre por causa del Covid-19, quedé como único descendiente de ese árbol genealógico que, parece ser, me emparenta con Hernán Cortés y la Malinche, a la que bautizaron como Marina. Son varios los historiadores que contactaron a mi padre y a mi abuelo durante años, intentando verificar la relación que teníamos con esos antepasados. Hubo quienes confirmaron que éramos descendientes suyos. Otros tantos historiadores nos descartaron, tachándonos de farsantes. La última persona que recuerdo vino a ver a mi padre por este motivo fue una historiadora australiana, a la que mi padre casi le confiesa sobre la existencia de ese legajo de papeles.*

*Como le venía diciendo, soy el único miembro vivo de mi familia. Tengo 24 años y, por el momento, no tengo pareja ni descendencia. En breve me mudaré a Houston, donde debo incorporarme a un puesto de trabajo en una multinacional. No quisiera que algo me sucediera y la historia de mi familia se perdiera. Le agradecería pudiera revisar las hojas que han ido pasando a lo largo de las diversas generaciones e hiciera una transcripción. Por supuesto, puede usted publicarla si así lo desea, nada es gratis, y su trabajo debe ser retribuido. Yo, con saber su contenido, me daré por satisfecho.*

*Para su comprobación le mando la imagen de una de las hojas donde aparece una firma. Hasta donde he podido averiguar, esta se corresponde con la firma de Martín Cortés Malintzin, el Mestizo.*

*Quedo pendiente de sus comentarios, bien por correo electrónico o por teléfono, al celular +52 5579459xxx.*

*Un cordial saludo,*

*F.O.*

Abrí el archivo adjunto. Se trataba de una imagen en formato *JPG* en la que se podía ver varias líneas escritas con pluma. Era la letra bastante pequeña y apretada. Al final del ilegible texto aparecía una firma, la cual comenzaba con tres figuras a modo de estilizados números 8, y tras estos, me pareció leer en la rúbrica el nombre de Martín Cortés. Imprimí el correo y la imagen.

Una vez en mi casa, lo primero que hice fue revisar los libros relativos a Hernán Cortés y la Conquista de México que tenía en mi biblioteca. No pude encontrar la firma suya en ninguno de ellos, pero sí en internet. En la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes descargué varios archivos en los cuales aparecía la firma del primogénito de Hernán Cortés y la Malinche. No tengo conocimientos caligráficos, pero, tras examinarlas con atención, me pareció que se trataba de la misma firma.

Comenté lo sucedido con Claudia, mi mujer. Me sugirió que llamara por teléfono a Fernando Orozco, el remitente del correo.

—Te podrá dar más información y tal vez te explique por qué confía en ti para estudiar a Martín Cortés. Al fin y al cabo, no eres historiador ni has trabajado nunca con textos antiguos.

Marqué al número de teléfono. Tras una decena de tonos, se cortó la llamada. Mi impaciencia me hizo pensar que todo era una broma, o tal vez, el tal Fernando hubiera pensado mejor eso de entregarme unos documentos tan importantes. Unos minutos más tarde sonó mi móvil. Era el mismo número que había marcado antes.

—¿Señor Palomares? —escuché que preguntaban entre ruidos de voces por megafonía—. Disculpe que no le haya podido contestar antes, estaba pasando el control de aduanas. En un rato subiré a un avión.

—Sí, soy yo. No se preocupe. Entiendo que usted debe ser Fernando Orozco —dije dudoso a quien me había devuelto la llamada.

Tras los saludos iniciales y las molestias por el elevado volumen de los altavoces del

aeropuerto, Fernando se metió en un restaurante para que pudiéramos hablar mejor. La conversación fue más fluida de lo que cabría esperar, a pesar de que ninguno de los dos nos conocíamos en persona.

Fernando quería hacerme depositario de su confianza, y deseaba prestarme un archivo invaluable del siglo XVI de la historia de México y España. Yo me sentía agradecido por ese hecho, por lo que mi conversación fue amable y empática.

Me volvió a comentar que se había quedado sin familia, aunque no se le notaba afectado. Sin duda, era alguien con la cabeza bien amueblada. Según me contó, su madre había muerto cuando él era todavía un niño y su padre, de quien se supone venía el linaje de Hernán Cortés y la Malinche, había fallecido durante los primeros meses de la pandemia.

—Nos echaron del hospital privado porque ya nos habían robado todo el dinero, ¡esos hijos de la chingada! —recordó con rabia—. El seguro social mexicano no quiso recibirnos por estar saturados. Tan solo le dieron a mi padre unas cajas de medicamentos que el tiempo demostró que no servían para nada. Lo único bueno de regresar a nuestra casa con mi padre moribundo es que pudo morir en su cama, como siempre quiso. ¿Sabe una cosa, señor Palomares? La última conversación que pudo mantener conmigo, ya que se ahogaba al hablar, fue relativa a la herencia de este manuscrito. Me hizo prometerle que custodiaría bien ese legado para que en un futuro pudiera entregárselo a mis hijos.

Fernando continuó hablándome sobre su vida. Marcharía en unas semanas a Houston de manera permanente. Era ingeniero petrolero y había sido contratado por una compañía estadounidense tan pronto había acabado un periodo de pruebas en Pemex. Durante la conversación por teléfono se podían escuchar las alertas de embarque para el vuelo a la capital texana, adonde se dirigía para cerrar el contrato de alquiler de una vivienda, y para organizar su próxima mudanza.

—Me quedó claro por tu correo que te gustó mi novela sobre Hernán Cortés, y agradezco tus palabras, Fernando. Pero siento que ese no debe ser motivo suficiente para confiarme un archivo tan importante como el que dices tener —le dije con sinceridad—. Ni siquiera soy historiador. Desconozco si podré descifrar la escritura con la que está redactado.

—Eso sí que le va a costar —respondió riendo—. Yo he sido incapaz de traducir más allá de media página. Lo mío son los números y la química.

—¿Por qué yo? —insistí.

—Bueno… cuando leí la novela sobre Hernán Cortés decidí *stalkearle* un poco —confesó un tanto avergonzado.

—¿*Stalkearme*? —pregunté ignorando su significado.

—Sí, vigilarle, averiguar cosas sobre usted. Espiarle a través de sus redes sociales. Perdón por la intromisión —se excusó—. Estuve viendo fotografías de sus hijos y de su esposa. No piense que se trata de algún tipo de acoso, nada que ver. Más bien quería formarme una imagen suya. Creo que se trata de una persona en quien puedo confiar. Encontré información profesional sobre usted en internet, con la cual pude llamar a su empresa donde me indicaron su correo electrónico.

—Gracias. Creo —respondí sin saber si era lo correcto tras confesarme que había sido investigado, junto con mi familia, por internet.

—Una de las cosas que me llamó la atención es que usted también tiene hijos mestizos, al igual que mi ancestro, Hernán Cortés.

—¿Mestizos? —Nunca había pensado que mis hijos entraran en una clasificación de mestizos— Bueno, sí. Tal vez se les pueda considerar mestizos. Al menos el tipo de mestizaje

que se da en el siglo XXI. Son hijos de un español y una mexicana.

—Exacto, como la Malinche y Hernán Cortés. Aunque su mujer no tiene nada de indígena —dijo riéndose Fernando—, es una güera[1], como usted y sus hijos.

—Es cierto —comenté quedándome sin palabras.

Por supuesto, no se trataba de un mestizaje de razas como empezó a ocurrir a partir del siglo XVI, sino un mestizaje cultural o de países, el cual se daba en todo el mundo en el siglo XXI.

—Entiéndame, el mestizaje de su familia no es el motivo principal por el que le elegí, por supuesto, pero sí que fue la cereza del pastel. Usted, señor Palomares, es un escritor, aunque no vive de ello; eso creo. No quería a un historiador para que hiciera una tesis o ensayo, quedando luego el manuscrito guardado en algún lugar. Buscaba un narrador de historias capaz de publicar, a modo de novela histórica, este manuscrito como si fuera fruto de su propia imaginación y no se supiera de su verdadero origen, o lo camuflara como un relato histórico que ha llegado a sus manos.

—Con sinceridad, me abruma el trabajo de traducir y escribir una novela a partir de ese manuscrito, Federico.

—Usted conoce España y México, como Martín Cortés, el Mestizo. Para escribir su novela sobre la Conquista de México, seguro tuvo que reunir y leer abundante bibliografía, dejando a un lado sus opiniones particulares. Se nota en su novela que buscaba ser objetivo en el relato. Todo ello hizo que fuera usted, en lugar de la historiadora australiana que visitó a mi padre hace años, a quien contactara para confiarle el manuscrito de mi familia.

—Seré sincero, Fernando. Intentaré ayudarle con esto, pero no sé si seré capaz. Siendo franco, meterme en textos del siglo XVI e intentar descifrar la gramática castellana y las florituras con las que escribían me llevará mucho tiempo —me excusé, pensando en que mi trabajo ya ocupaba bastante porción de mi día como para dedicarme a transcribir textos antiguos.

—Si no es capaz o le supone un problema, lo dejamos. Prometido —dijo quedándose unos incómodos segundos en silencio—. Entonces, ¿qué hacemos?, ¿se lo envío o qué onda? —preguntó al final con desparpajo.

—Está bien. Envíemelo —dije tras ver asentir a mi mujer que estaba junto a mí, escuchando la conversación por el altavoz.

—Gracias. Mándeme la dirección de su casa por mensaje. Le enviaré un acuerdo de custodia redactado por mi abogado como receptor y guardián legítimo de estos documentos. Una vez lo reciba firmado procederé a enviarle la caja en cuanto regrese a México. Aprovecho para darle las gracias a usted, señora Claudia, por apoyar a su marido en esto. Le ruego tenga paciencia —dijo Fernando, quien ya había supuesto que Claudia estaba escuchando por el altavoz la conversación que manteníamos.

—Ya pensaba que por las noches no volvería a compartir a mi marido con los libros, pero veo que no será así. Tendré que esperar a que Martín Cortés termine de contarle su vida —comentó no demasiado conforme mi mujer.

A las dos semanas de haber enviado firmado el acuerdo de custodia a un bufete de abogados en Ciudad de México, llegó por UPS un paquete a mi casa. Un bulto de medio metro de alto y ancho, por treinta centímetros de profundidad. Lo destapé en presencia de mi mujer y mis hijos. Quitado el envoltorio de cartón y plástico, apareció una caja de madera de parota. Tras levantar la tapa como si se tratara de un descubrimiento arqueológico, encontré en su interior un paño de algodón, tejido al modo tradicional mexicano, el cual anudaba lo que debía ser el manuscrito.

Deshice el lazo. Al retirar el paño, vi un montón de hojas amarillentas que parecían bastante frágiles. Con mucho cuidado y con las manos enfundadas en guantes de algodón, las fui sacando

de una en una, metiéndolas después en fundas transparentes de plástico. Desconocía si ese era el procedimiento habitual por parte de un historiador o archivero para manipular documentos tan antiguos, aunque lo dudaba. Por nada del mundo quería que se mancharan o rompieran al moverlas, ya que eran quebradizas.

Una vez saqué las hojas apergaminadas, guardé la caja de madera en el trastero, junto con el paño con el que habían atado el manuscrito en su interior.

Durante los meses siguientes y por medio año, cada noche después de cenar, subía a la sala biblioteca y sacaba *los papeles viejos* —como los llamaban mis hijos—, y me ponía a transcribir el texto en castellano del siglo XVI, durante dos horas, hasta la medianoche. Los fines de semana madrugaba y traducía durante un par de horas más, hasta que mis hijos y esposa se despertaban. De esa manera evitaba robarle mucho tiempo a mi familia.

En los primeros quince días tan solo pude traducir dos páginas, lo cual me causó angustia y padecimiento. A ese ritmo tardaría años en poder traducirlo al completo. Con la ayuda de una lámpara led con lupa, así como con el auxilio de mi mujer cuando se me atravesaba una palabra, fui mejorando la velocidad en la traducción hasta lograr transcribir una página por noche.

Pasaban los meses y yo trabajaba con la misma rutina nocturna: cena, recoger mesa, biblioteca, sacar hojas, traducir manuscrito, copiar texto, guardar hojas e ir a dormir. Mientras yo me sumergía en la lectura y transcripción, Claudia escuchaba algún pódcast con sus auriculares, leía algo en el sofá, o bien, dormitaba un rato en él. Cuando era necesario, requería su presencia para que me ayudara a descifrar alguna frase o palabra que no era capaz de leer. A pesar de usar una lupa de aumento, al poco tiempo empecé a ver borroso. Tras la visita al oftalmólogo me recetó mis primeras gafas, destruyendo el infantil orgullo que siempre había tenido por mi portentosa vista.

—Astigmatismo. Algo normal en un hombre de su edad —me dijo, como si yo fuera un anciano.

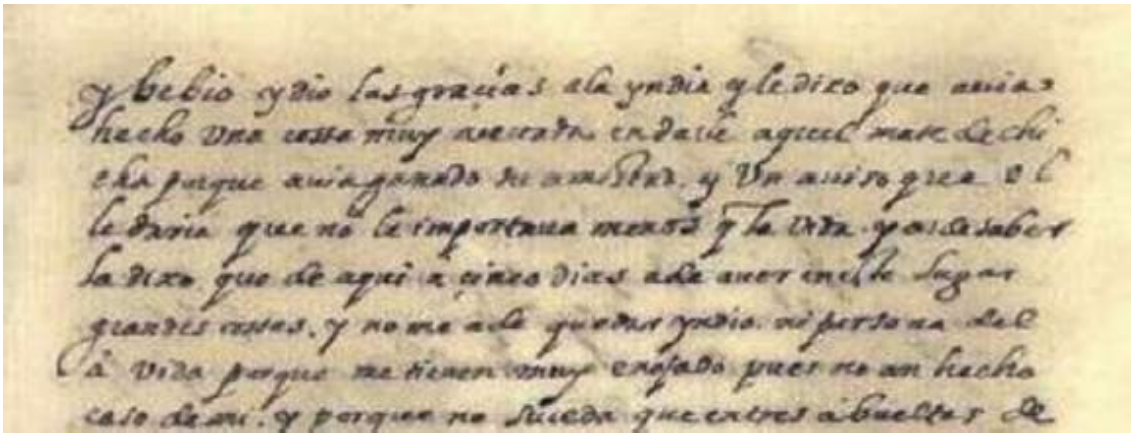
No tardé muchos días en darme cuenta de que el relato no venía en orden. Que las páginas no venían numeradas lo descubrí la primera noche. Pero el descubrimiento más importante fue la autoría de la *Vida del Mestizo*, como empecé a llamar al manuscrito que me había enviado Fernando.

Lo que en un principio pensé que se trataba de una autobiografía narrada en tercera persona, fue un error por mi parte. La firma de Martín Cortés que había visto era correcta, pero ese documento era solo una autorización dando licencia para que fuera redactada por alguien más, de ahí la narración en tercera persona con la que se había elaborado el manuscrito.

Quien escribió la *Vida del Mestizo* fue un hombre más joven que Martín Cortés. El autor había resultado ser Gómez Suárez de Figueroa, un capitán del ejército español, que contaba con veintiocho años al momento de escribirla. De origen mestizo, al igual que el propio Martín Cortés, pero en su caso nacido en el Perú, en lugar de México.

El mundo lo conoció unos años más tarde como Inca Garcilaso de la Vega.

Me quedé paralizado, lo que tenía en mi poder era una biografía del llamado Primer Mestizo, Martín Cortés, el hijo de la Malinche y Hernán Cortés. La redacción había sido realizada por el Inca Garcilaso de la Vega, un mestizo peruano, el mismo que escribió tiempo después grandes obras sobre el continente americano durante el siglo XVI y XVII. De hecho, se le conocía como *el príncipe de los escritores del Nuevo Mundo.*



*Extracto del manuscrito del Inca Garcilaso de la Vega*

De vez en cuando escribía un correo o llamaba a Fernando, para informarle de los avances y descubrimientos que iba realizando en el manuscrito. Fernando me felicitaba y me animaba a seguir con el trabajo. Me insistía mucho en lo necesario que era dejar constancia de la importancia que había tenido Martín Cortés el Mestizo en la historia de ambos países, aunque sin faltar a la veracidad en el relato.

En septiembre de 2023, nueve meses más tarde de haber comenzado la traducción, la di por finalizada. Del texto original escrito por el Inca Garcilaso en letra minúscula, obtuve casi mil folios en formato A4 a mano. Tardé un mes más en poner en orden las transcripciones, pues estas las había ido realizando tal y como me iban apareciendo las hojas en sus fundas transparentes. Ahora tenía un relato en orden cronológico. Más o menos.

A pesar de todo ello, era evidente que faltaban páginas que completaran los huecos que presentaba la narración. Tal vez se perdieron, o quizá nunca fueron escritas y los saltos en la historia se debían a que Martín Cortés no quiso mencionar nada de esas fechas al carecer de interés. Quiero pensar que fue esto último.

—Fernando, no puedo escribir tal y como está la historia de Martín Cortés. No pretendo corregir al Inca Garcilaso de la Venga, pero creo que se limitó a redactar lo que le contaba Martín, sin quitar ni poner, ni darle cuerpo de relato —le dije por teléfono.

—¿Qué sugieres?

—Hay que darle algo de ritmo. Hacerlo como fue dictado a modo de memorias, pero intercalando diálogos en lugar de algunas narraciones. Eso servirá para entender mejor el texto narrativo, pues en ocasiones es confuso.

—¡Adelante, lo difícil ya está hecho! —me dijo Fernando, recordando una de las frases que decía Hernán Cortés a sus hombres en momentos complicados.

—En mi conciencia te digo que lograremos sacar una buena novela histórica de estas memorias —respondí usando la fórmula «*en mi conciencia*» que usaba para jurar Hernán Cortés, devolviéndole la referencia histórica.

El relato lo tenía ante mí. Había sido dictado por Martín Cortés el Mestizo y lo había escrito nada menos que el Inca Garcilaso de la Vega. Tenía que moldearlo. Darle algo de agilidad y coherencia. Apuntalar con diálogos algunos momentos, dando a conocer mejor las opiniones de los personajes. O imaginándomelas, aunque sin faltar a la verdad. Intentaría escribir las memorias de Martín Cortés el Mestizo, entrometiéndome solo lo mínimo.

—¿Cuántos días más vamos a quedarnos hasta la medianoche escribiendo? —preguntó con

santa paciencia Claudia cuando me escuchó terminar la conversación con Fernando.

—Calculo que serán al menos dos meses, máximo tres.

Claudia suspiró y se tumbó en el sofá, poniéndose los auriculares.

Un año después de haber recibido el correo electrónico de Fernando, en enero de 2024, pinchaba con el ratón sobre el icono de la impresora. Segundos más tarde la máquina comenzaba a escupir las hojas con el relato de la vida de Martín. El título en la primera página no podía ser otro: Mestizo.

# Viaje a España. Marzo 1528.

El aroma a hueso de aguacate y a flor de vainilla en su pelo. El olor a leche, salitre y humo, en su piel.

El aguacate lo usaba su madre para lavarse el cabello y, con las flores de vainilla, lo adornaba y perfumaba. Ambos aromas habían quedado impregnados en el pañuelo que ella usaba para recoger su largo pelo negro azabache, en una gran trenza.

El olor a leche, humo y salitre de su piel había quedado grabado en la memoria del pequeño Martín. Así olía la piel de Marina, su madre. O así la recordaba su hijo.

Martín había vivido junto a ella hasta la edad de tres años en el palacio de Coyoacán, donde lo había parido. El día en que Marina tuvo que marchar para acompañar a su padre, Hernán Cortés, a las Hibueras[2], el niño pasó al cuidado de Juan Altamirano, un primo de su padre que tenía una casa recién construida en la ciudad de México, la antigua Tenochtitlan.

Catalina Pizarro, una medio hermana mayor que Martín y bastarda como él, le había enseñado durante las visitas que hacía el pequeño al palacio de Coyoacán, el dormitorio que había ocupado su madre. Catalina le mostró cierto día el arcón donde guardaba su ropa la Malinche, como muchos llamaban a Marina. De ahí había sacado Martín uno de sus pañuelos, el cual el pequeño llevaba siempre guardado y, en ocasiones, sacaba para olerlo a escondidas y poder recordarla.

En el palacio de Coyoacán vivió Martín junto a sus padres, Marina y Hernán Cortés. Ahí también nació Luis Cortés, un hijo de su padre con Elvira de Hermosilla, la cual se marchó de Coyoacán a los pocos meses, dejando allí a su hijo al cuidado de una criada.

En el mismo edificio también vivían tres hijas de Moctezuma, a las cuales Martín llamaba «*tías*» cuando visitaba la residencia. Una de las hijas del emperador mexica había quedado preñada tras regresar Hernán Cortés de las Hibueras, y hacía pocos meses que había nacido una niña, a la que habían llamado Leonor. Era esta Leonor, hija del conquistador, y a su vez, nieta del difunto *huey tlatoani*[3], Moctezuma II.

—Otra bastarda más —escuchó decir Martín a una sirvienta mientras lavaba a la recién nacida Leonor, aunque el pequeño no comprendió el significado de esa palabra: bastarda.

Los días que pasó en Coyoacán habían sido los mejores para Martín, al poder jugar con otros niños. Cuando nadie lo veía, se escabullía y entraba a la habitación de su madre para ver sus pertenencias. En el palacio de Coyoacán se divertía, al contrario que en la casa de Juan Altamirano, su ayo, donde no había niños y, además, recibía todos los días lecciones de latín, primeras letras y lecturas.

Ahora Martín ya tenía seis años. Se encontraba solo y asustado, sentado sobre un barril de agua dulce en el puerto de Veracruz. Esperaba que Hernán Cortés, su padre, diera el visto bueno a los dos navíos que los debían de llevar a España. A su alrededor todo eran rostros de hombres desconocidos; pero no había entre aquellos quien no supiera quién era aquel crío que habían dejado sentado sobre un tonel. Un niño mestizo de piel trigueña, ojos como la miel y cabello castaño.

Juan de Lepe, uno de los criados de su padre, había dejado ahí al pequeño para buscar algo que comer. Sabía bien Juan de Lepe que nada le podía pasar al muchacho mientras iba a por comida. Ningún hombre, fuera indio, español o de otra nación, le quitaría el ojo de encima. La

vida de todos estaba en juego si algo le sucediera a ese crío.

Todos sabían que se trababa de Martín Cortés, el primogénito del capitán Hernán Cortés. Bautizado con el nombre de Martín en recuerdo del padre del conquistador, y apodado, el Mestizo, por ser hijo de él y de la india doña Marina, la Malinche. Para otros era Martín Cortés, el bastardo; aunque ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

Su padre había llegado unos días antes que él a Veracruz. Todavía no lo había visto, pero Juan de Lepe le había dicho a Martín que por ahí andaba el capitán.

—Comprobando el matalotaje[4], la carga de cofres con joyas y regalos que lleva, revisando el velamen, sogas, y echando un ojo a los hombres que embarcan —comentó el criado antes de alejarse en busca de comida para el muchacho y para él mismo.

Martín vio a Juan de Lepe desaparecer entre unas construcciones bajas que había junto al puerto, perdiéndose entre las gentes y las mercancías que ocultaban las puertas de los locales. La inseguridad y angustia de no ver caras conocidas aumentó en el pecho del pequeño.

—Así que tú eres Martín, ¿cierto? —le preguntó un hombre joven y fuerte, de barba bien recortada, agitándole el cabello con la mano mientras le sonreía.

—Sí, señor. Soy Martín Cortés —respondió tímido, recordando que había visto a ese hombre en compañía de su padre en el palacio de Coyoacán, pero sin saber de quién se trataba.

—¿Quién te ha dejado aquí abandonado, muchacho? Como lo atrape, haré que le azoten —comentó mirando alrededor, intentando buscar al responsable de dejar solo al niño.

—No, por favor —rogó Martín—, no le azotéis. Le dije a Juan que tenía hambre y le pedí de comer. Marchó a buscarme algo. No tardará en volver.

—¿Juan de Lepe es quien se encarga de tu cuidado? ¡A buen árbol te han arrimado, muchacho! —dijo sonriendo el hombre—. Creo recordar que nunca nos han presentado. Soy Gonzalo de Sandoval. Estoy con tu padre desde que salió de Cuba para llegar a estas tierras. Nací en Medellín, como él. Como tus abuelos.

En ese momento apareció corriendo hacia ellos Juan de Lepe. Traía en sus manos dos tortillas de maíz dobladas con algo de guisado de carne humeando en su interior.

—Así que eras tú, Juan, el que dejó aquí abandonado al hijo del capitán. Mereces que te azoten por eso. Si llega a verlo su padre antes que yo, ten por seguro que así te hubiera ocurrido —regañó con impostura Gonzalo de Sandoval a Juan de Lepe, a quien conocía por ser sirviente de Hernán Cortés desde hacía cuatro años.

—Le ruego me perdone, capitán Sandoval. Le tenía a la vista mientras me preparaban el guiso en las tortillas para traerlas al joven Martín. ¿Quiere vuestra merced una? —dijo ofreciendo una de las dos tortillas al joven capitán.

—Dios me libre de quitarle el alimento de la boca a un niño, Juan. Déselas y no lo vuelva a dejar solo. No querrá que lo sepa su padre —comentó Sandoval, guiñando un ojo a escondidas a Martín, lo cual hizo que el niño sonriera ante la complicidad.

—¿Qué cosa no debo saber, Gonzalo? ¿Qué se me está ocultando? —preguntó Hernán Cortés, quien había llegado donde estaban, sorprendiendo a los tres—.

Martín se quedó paralizado con un bocado a medio masticar en su boca, mientras sostenía una de las tortillas. Su padre no era el más fuerte de los hombres, ni el más alto, ni el más rudo o el que más gritaba. Sin embargo, cuando estaba presente, Martín podía ver como todos los hombres se transformaban. Parecía que se hacían pequeños. Pero al niño, lo que le dejaba sin habla y atemorizado, era observar la mano izquierda de su padre, donde faltaban dos dedos. Sentía como se le encogía el estómago cuando se fijaba en esos pequeños muñones.

—Capitán, nada que no podamos resolver nosotros —respondió pronto Sandoval—.

Estábamos hablando sobre el viaje a España que vamos a emprender.

—Bien está, Gonzalo —respondió Cortés a quien había sido su más joven y valeroso capitán—. ¿Cuándo llegaste, hijo mío? No me habían informado de que había llegado a Veracruz vuestra caravana —dijo mirando de reojo a Juan de Lepe.

—Capitán, apenas acabamos de llegar —respondió el pequeño Martín a su padre.

—Dos horas hace, mi señor. Todavía no habíamos encontrado a vuestra merced —se excusó el de Lepe.

Hernán Cortés se acercó hasta su hijo y pasándole un brazo por encima de los hombros, aproximó su cabeza a la de Martín y, tras besarle, puso su boca junto a la oreja de su hijo.

—Padre, Martín. Te ruego me llames, padre. El cargo de capitán se lo dejaremos al resto de hombres, si te parece bien —susurró Hernán a su hijo, mientras lo abrazaba con mucho sentimiento, lo cual sirvió para que Martín se relajara.

—Juan, cuando termine Martín de comer, busque al capitán Andrés de Tapia y les indicará en que navío viajaré y donde está mi camarote. Instale allí a Martín, junto a mi hamaca —ordenó Cortés.

—Así se hará, mi señor —respondió el criado, quien había palidecido al pensar que sería castigado por haberse alejado del pequeño cuando fue a por comida.

—Acompáñeme, Gonzalo. Tenemos que ver dónde ponemos a los indios que viajarán con nosotros. Los hijos de Moctezuma y los nobles que vienen junto a ellos no pueden dormir con la marinería.

—Lo revisaré con Tapia, para que se repartan entre los dos navíos, señor.

—Los capitanes Andrés de Tapia y Diego de Ordaz viajarán juntos. Vuestra merced lo hará con nosotros —comentó Cortés mientras se alejaban.

Martín vio retirarse hacia el muelle a su padre y a Gonzalo de Sandoval. Los hombres que estaban trabajando junto a las embarcaciones, se apartaban antes de que llegaran a ellos, abriéndoles paso. Desde arriba del barril, mientras comía su tortilla de maíz, Martín observó a su padre y a Sandoval detenerse junto a un hombre que ya había visto en otras ocasiones. Debía tratarse del capitán Andrés de Tapia, ya que los tres estuvieron hablando un rato mientras iban señalando algo en los barcos y en las mercancías que esperaban ser cargadas en ellos.

—Juan, ¿sabes si mi madre vendrá con nosotros a España? Hace mucho tiempo que no la veo —preguntó Martín entre bocado y bocado.

Juan de Lepe se quedó sin habla. No sabía qué responder al hijo del conquistador. Por un momento dudó en decirle la verdad, aunque si nadie se lo había contado aún al crío, no sería él el primero en hacerlo.

—Lo desconozco, Martín. Lo mejor será que cuando pueda le pregunte a su padre. Él sabe mejor que nadie toda la gente que irá a España en este viaje —respondió el sirviente, sacudiéndose el problema de encima.

El resto de la tarde la pasó el joven Martín viendo las jaulas con fantásticos animales que esperaban ser metidos en las bodegas. Pudo ver a ocelotes y jaguares, armadillos, loros y papagayos, alcatraces y pelícanos, quetzales y colibríes, así como otros pájaros desconocidos para el niño con fantásticos colores en sus plumajes.

Vio subir a bordo muchos indios, algunos eran tan bajos como el mismo Martín. Otros tenían la piel blanca como la leche, lo que asustó al pequeño, ya que le hizo recordar al muerto que una vez vio antes de que lo enterraran.

—Esos son seres albinos, Martín. Nacieron así y no les puede dar el sol durante mucho rato porque se enferman. Los otros que tienen tu altura son enanos —comentó Juan de Lepe al ver

como el niño se quedaba asombrado viéndolos pasar.

Subieron tras esos extraños hombres algunos indios que eran jugadores de pelota, danzantes y volteadores de palo. Tras ellos lo hicieron los sirvientes, mercaderes y soldados.

Se presentaron ante Andrés de Tapia un grupo de cuatro nobles mexicas, ataviados con adornos en la cabeza, huaraches[5] y maxtlatles[6] coloridos.

—Martín Cortés Moctezuma —dijo Andrés de Tapia al ver al noble mexica, anotándolo en la hoja de pasaje—, usted sube a este barco —señaló al hijo de Moctezuma la embarcación situada detrás.

—Gabriel Tecpal y Julián Quauhpiltzintli viajarán en aquel navío —indicó Tapia el otro barco a los dos nobles mexicas—. Por último, Pedro Gutiérrez Aculan viajará en el que tengo a mis espaldas, junto a Martín Cortés Moctezuma.

Los nobles se dirigieron cada uno, acompañándose por dos sirvientes, a la embarcación que el capitán Andrés de Tapia les había asignado.

—Juan, no se retrasen en embarcar. Partiremos en breve y ya queda poca gente en tierra —dijo Andrés de Tapia.

—Aquel señor se llamaba igual que yo. ¿Somos acaso familia? —preguntó inocente Martín al escuchar que habían llamado a un noble mexica, Martín Cortés Moctezuma.

—Cuando fue bautizado convirtiéndose en cristiano, tu padre lo apadrinó y él pidió llamarse como tu abuelo, Martín Cortés. Por eso lleva tu mismo nombre y apellido —le respondió el capitán Tapia.

Martín vio subir al barco a aquel con el que compartía nombre. Le pareció un hombre mayor, pero aun así se le veía fuerte. Portaba en su cabeza un bonito penacho de plumas verdes y blancas. Caminaba con elegancia y rectitud. Se notaba en sus ademanes que era, o había sido, alguien importante.

La cubierta del navío aparecía llena de cajas de madera amarradas, así como barriles y bultos de diversos tamaños. Algunos hombres estaban sentados y reclinados en la cubierta, otros habían bajado al interior para poder descansar. Bajo la cubierta de popa se encontraba el camarote de Hernán Cortés. Era una estancia amueblada de manera austera, con una mesa clavada al suelo y cuatro sillas. Juan de Lepe estaba terminando de colgar entre los mamparos, dos hamacas como las que usaban los indios, para el descanso del capitán y de su hijo.

Esa misma noche, una vez se sentaron padre e hijo a la mesa para comenzar a cenar, Martín no pudo resistir por más tiempo la tentación de preguntar por su madre.

—Capi... Padre, ¿Nos acompañará mi madre al viaje a España? —preguntó cuando apenas se habían llevado a la boca un par de cucharadas del estofado de maíz y puerco.

Hernán Cortés quedó paralizado. Tras unos segundos observando a su hijo, dejó la cuchara en el plato. Había demorado el momento de decírselo, pero no podía alargarlo por más tiempo. Eso solo ocasionaría mayor sufrimiento al crío.

Desde que tenía tres años había privado al pequeño de la compañía de su madre. Marina había tenido que acompañarle al viaje a las Hibueras como lengua[7] y desde entonces, Martín solo la había visto en las pocas ocasiones en las que ella se acercó a casa de Juan Altamirano, tras su regreso de la expedición. Hernán Cortés sabía por su primo Altamirano, y por su propia hija Catalina, que siempre andaba el pequeño preguntando por su madre. De alguna manera este había tenido un vínculo muy fuerte con Marina.

—Martín, hijo mío. Doña Marina, tu madre, enfermó de gravedad hace un par de meses, tras despedirse de ti cuando supo que irías de viaje a España. Ella marchó a la encomienda de

Xilotepec, pero por desgracia enfermó de calenturas durante el trayecto. Estuvo unos días con fiebres intensas causadas por las viruelas. Sufrió poco. Falleció hace unas semanas. Que Dios la tenga en su gloria —dijo sintiendo con sinceridad el fallecimiento de aquella mujer a la que tanto había amado.

Martín sintió como si una mano le hubiera agarrado la panza y se la retorciera. La opresión le hizo palidecer y el color bronce de su piel, se tornó ceniciento. Notó como su vista se emborronaba y comenzó a llorar en silencio, sentado frente a su padre.

Hernán Cortés se levantó de su silla y, rodeando la mesa que los separaba, fue hacia su hijo, quien estaba llorando en silencio con la cabeza agachada, mientras todavía sostenía un trozo de pan en una mano y en la otra la cuchara. Las numerosas lágrimas de Martín caían sobre sus pequeñas piernas. Hernán Cortés giró la silla de su hijo y tomándole por las axilas, lo levantó y lo estrechó contra su pecho con un fuerte pero tierno abrazo. Martín entonces rompió en sollozos contra el hombro y el cuello de su padre, mientras este le sostenía con su brazo derecho y, con su mano izquierda, le apretaba contra él.

—Padre, la quería mucho —dijo Martín entre lamentos, con la cabeza hundida bajo la espesa barba de su padre—. Háble me de ella, se lo ruego

Hernán Cortés lo llevó en brazos hasta una de las hamacas y dejándolo sobre ella, se sentó junto a su hijo. Sacó un pañuelo de su jubón y secó las lágrimas que corrían por las mejillas del niño.

—Ante todo Martín, debes saber que Marina, tu madre, te amaba. Nada en el mundo le hacía más ilusión que verte crecer. Si no pudo estar más tiempo contigo fue debido a que le pedí me acompañara a las Hibueras. En el caso de que me hubiera solicitado quedarse, se lo habría concedido —se engañó a sí mismo Cortés al decirlo, ya que nunca hubiera realizado esa expedición sin ella—. No hubo ningún indio o india que hiciera más que Marina por los españoles en la conquista de la Nueva España y, al mismo tiempo, por su pueblo, que vivía oprimido por los mexicas. Pero su sentido del deber y el amor que me tenía hizo que me acompañara. Sabía lo necesaria que era para mí en ese viaje.

—Madre era buena, ¿verdad, padre?

—Era magnífica, Martín. Tu madre era amable, cariñosa y tierna. Pero también fue la más valiente mujer que he conocido —dijo con sinceridad Cortés, recordándola—. Tú, Martín, eres igual a ella. La amé como nunca he amado a ninguna otra mujer. Ni amaré. —Cortés omitió decir que fue un mezquino no solo al no casarse con ella, sino, además, animarla a que fuera la esposa de Juan Jaramillo, uno de sus capitanes— ¿Conociste a tu hermana?

—Cuando fue a despedirse de mí, iba con una niña que todavía no caminaba. ¿Era mi hermana? —preguntó ilusionado el pequeño Martín.

—Así es, hijo, era tu hermana. Marina tuvo una hija en el barco a su regreso de las Hibueras —de nuevo, evitó decirle que se trataba de la hija de Marina y Juan Jaramillo y que, en realidad, era su media hermana. Por el momento, era suficiente.

Martín marchó hacia su hamaca y, tras quitarse la ropa, se puso un sayón para dormir y se tumbó con cuidado de no caerse. Juan de Lepe entró al camarote y recogió la mesa, con la cena de los Cortés intacta. Ordenó la ropa del capitán y de su hijo.

Tumbado en su hamaca, Hernán Cortés vio a su hijo sacar un pañuelo de un pequeño estuche de tela.

—¿Qué llevas ahí, Martín? —preguntó Cortés tumbado en su hamaca.

Martín se sorprendió al ver que su padre había visto su pequeño secreto.

—Se trata de un pañuelo de madre.

—¿De verdad? ¿Podrías mostrármelo, por favor?

Martín se levantó con cuidado y se acercó a la hamaca donde descansaba su padre, quien tenía un pequeño fanal a un lado. Hernán Cortés tomó el pañuelo y lo extendió. Vio los bordados de colores en el lienzo de algodón y recordó que Marina se lo ponía a veces en la cabeza.

—Qué buen recuerdo de tu madre, Martín. Consérvalo —le dijo a su hijo, devolviéndole el pañuelo—. Espera, no te vayas todavía. No es bueno que no tengas nada mío —comentó Hernán Cortés al tiempo que se quitaba del cuello una cadena con una cruz de oro—. Esta cruz de Nuestro Señor Jesucristo está hecha con el primer oro que nos dieron los indios a la llegada a estas tierras, cerca de donde nos encontramos ahora. No es una gran joya, pero está hecha por las manos de un artesano y me ha acompañado durante todo este tiempo. Ahora quisiera que la llevaras junto a ti —dicho lo cual, le colgó del cuello la cruz de oro.

—Gracias, padre —respondió Martín, abrazándose a él.

Hernán Cortés observó a su hijo dirigirse a la hamaca y tumbarse en ella.

Recordó que cuando nació el pequeño Martín, en la Nueva España corrió la voz de que había nacido el primer mestizo de las Indias. Hernán Cortés sonrió al recordarlo. Desde su llegada a la isla de Cozumel, aun cuando no había tocado tierra firme, supo de la existencia de un español que, habiéndose extraviado unos años antes en un naufragio, había formado una familia en el seno de una tribu maya. Para cuando llegó a Cozumel, Gonzalo Guerrero, que así se llamaba aquel hombre, ya tenía varios hijos de una india. También otros españoles habían mantenido relaciones con nativas desde el principio, teniendo descendencia con ellas antes de la caída de Tenochtitlan.

Nunca se había ocupado Hernán Cortés de desmentir el rumor de que Martín era el primer mestizo. Se mirara donde se mirara, se podía comprobar que el mestizaje había sido rápido desde la llegada de los españoles a esas tierras.

Al día siguiente, siete de marzo, partieron al alba rumbo a España los dos navíos desde el puerto de Veracruz. Se trataba del primer viaje a España para Martín, pero también lo era para su padre, quien desde que había partido en 1504, hacía 24 años, no había regresado a su patria todavía.

Las dos primeras semanas trascurrieron con una navegación apacible. Gracias a un fresco y constante viento, surcaron el mar a buen ritmo a su paso por las islas Lucayas[8].

Le gustaba a Martín sentarse sobre una pila de maromas en el puente de popa, ya que era el lugar donde mejor se recibía la brisa, y donde menos se mareaba. Ese día, el piloto en silencio manejaba el gobernalle[9], ajeno a las voces de los marineros y al canto de un hombre acompañado de una guitarra. Hernán Cortés subió al puente con unos documentos en la mano y consultó algo con el piloto. Martín observó la mano izquierda de su padre mientras sostenía los papeles en ella. Esa mano incompleta hacía que sus tripas se retorcieran al verla. Le faltaban el dedo pequeño y el de al lado. Le habían enseñado el nombre de cada dedo, pero ya no los recordaba.

—¿Nunca le has preguntado a tu padre por qué le faltan dos dedos? —Se sobresaltó Martín al escuchar la voz de Gonzalo de Sandoval junto a él. No se había dado cuenta de que el joven capitán se encontraba también en el puente.

—No. No me atrevo, señor. Por seguro le dolerá recordarlo y se enojará conmigo si le pregunto —respondió cohibido Martín, aunque en su interior anhelaba saber cómo los había perdido.

—Estoy seguro de que le complacería contártelo. Al capitán Cortés le gusta que todo el mundo conozca el esfuerzo que nos supuso la conquista de México. No hubo nada fácil en ello.

Murieron muchos hombres. Demasiados amigos y compañeros. También murieron muchos enemigos, y lo hicieron de manera honrosa; al contrario que algunos de los nuestros, que murieron sacrificados… y quién sabe qué otros horrores después de eso —comentó cabizbajo Sandoval, mientras Hernán Cortés se retiraba a su estancia tras hablar con el piloto—.

—¿Me cuenta vuestra merced como mi padre perdió esos dos dedos? —preguntó ilusionado Martín, al que siempre le gustaba oír las gestas de batallas y guerras.

—Ocurrió cerca de Otumba, en julio, hace ahora —pensó un momento Sandoval— casi ocho años. Parece que haya pasado toda una vida desde entonces. Otumba es un pequeño poblado en dirección a Tlaxcala. Habíamos huido de Tenochtitlan en aquella infausta y triste noche. ¿Sabes a qué noche me refiero, Martín?

—Me lo contó mi hermana Catalina. Fue la noche en que salimos los españoles de Tenochtitlan.

—Bueno, otro día te lo contaré yo con más detalle si lo prefieres, al fin y al cabo, estuve también en ese infierno. Como te decía —dijo Sandoval retomando su relato—, habíamos salido de Tenochtitlan, de donde escapamos por la calzada de Tacuba. Más de la mitad de los nuestros murieron en aquella matanza. Estuvimos durante varios días huyendo, mientras nos acosaban y perseguían los mexicas, matándonos poco a poco. Sin prisas.

Sandoval se reclinó sobre el barandal y miró hacia el horizonte. Necesitaba aire fresco. Martín se levantó y se acercó a él. Su cabeza apenas alcanzaba el pasamanos, por lo que tenía que asomarse por los huecos del balaústre.

—Pasamos hambre y sed como jamás en mi vida he vuelto a sufrir. Había hombres que no podían continuar por el agotamiento y preferían quedar en el camino, esperando a que les llegara la muerte antes de que los mataran los mexicas. Unos morían de sed. Otros por las heridas, que no había hombre que no estuviera herido. A tu padre le lanzaron una piedra en la cabeza que lo dejó como muerto durante todo un día. Si no hubiera llevado el capacete[10] calado, ahí mismo habría fallecido, como lo hizo su caballo.

—¿Mi madre también estaba? —le interrumpió Martín.

—También, Martín. Ahí estaba junto a todos nosotros, doña Marina. Portaba en su mano izquierda una rodela[11] para defenderse durante los ataques. Estuvo atendiendo a tu padre cuando casi muere descalabrado. Las mujeres españolas atendían a los heridos. Ahí estaban María de Estrada, la Parda, la Bermuda y la Milagrosa; también doña Luisa, la tlaxcalteca con la que se casó el capitán Pedro de Alvarado. ¿Habías oído hablar de ellas? —preguntó Sandoval mirando a Martín, quien estaba a su lado observando el mar, escuchando atento la narración.

—De doña Luisa y de María de Estrada, sí había oído hablar.

—De acuerdo. Ahí estábamos, huyendo de los mexicas, mientras nos iban matando durante la persecución que nos daban. Era como si estuviéramos en una montería y nosotros fuéramos los ciervos o jabalíes. Al cuarto día de estar huyendo, frente a nosotros se formaron treinta mil guerreros mexicas. Nosotros los españoles, éramos apenas trescientos cuarenta soldados, trece jinetes, entre ellos tu padre y doce ballesteros, además de quinientos aliados tlaxcaltecas. Éramos los únicos que quedábamos con vida desde que salimos de Tenochtitlan —recordó Sandoval, suspirando—. Tu padre hizo formar a los soldados en círculo, con el fin de no ofrecer una línea de frente extensa, de esa manera los enemigos tendrían que amontonarse para atacarnos, ocasionando que solo los que estuvieran en las primeras filas pudieran hacerlo. La batalla duró toda la mañana, hasta el mediodía. Llevábamos horas luchando al sol, sin agua. La lengua se nos pegaba al paladar y, a veces, ni hablar podíamos entre nosotros por no tener ni una gota de saliva. Los caballos estaban también agotados, y alguno ya había muerto a esas alturas.

Reventado.

Gonzalo de Sandoval se quedó en silencio, con la mirada perdida en el mar. En ese momento no se encontraba flotando en un navío. Estaba alejado varios años atrás, en mitad del horror de aquella batalla. Rodeado de sufrimiento y padecimientos. De gritos y muerte.

—¿Ahí perdió los dedos mi padre, capitán?

—Así es, Martín —respondió Sandoval, volviendo al presente—. Los heridos y muertos aumentaban en el círculo de soldados españoles y tlaxcaltecas, mientras se defendían de los mexicas, los cuales parecían tener un número infinito de hombres. En una de las cargas que hacíamos con los caballos, siempre a media rienda y en algunos casos, casi al paso, pues ya no podían los animales, a tu padre le alcanzaron a dar un golpe con una macana[12]. Debieron ser esos cortantes filos de obsidiana los que le cercenaron los dedos —dijo recordando las terribles piedras que cortaban como navajas de Tolosa—. Según nos contó más tarde, no se dio cuenta de que le faltaban dos dedos hasta que intentó agarrar la rienda de su yegua con la mano izquierda y no pudo asirla bien. Con golpes de sus rodillas en los costados de la yegua, y picándole con las espuelas, la hizo girar y cargó contra el guerrero mexica que le había cercenado los dedos. Le atravesó la cabeza clavándole la pica por un ojo y sacando la punta de la lanza por el cogote.

—¿Y los dedos? —preguntó Martín, quien se había quedado con ojos y boca abiertos, escuchando el relato de Sandoval.

—De los dedos, nadie más supo. No había costureras que se los uniera —respondió entre carcajadas Gonzalo de Sandoval ante la inocente pregunta de Martín—. Más tarde, tu padre vio entre los guerreros mexicas un grupo de tres o cuatro hombres que portaban grandes penachos y estandartes. Comprendió que esos eran los capitanes que ordenaban los ataques sobre nosotros. Nos hizo saber al resto que debíamos caer sobre ellos. Sabíamos que los indios al perder a sus capitanes pronto decaían en la lucha, y confiábamos en que así sucediera también entonces. Era nuestra última posibilidad, no podríamos sobrevivir si los mexicas no se retiraban del campo de batalla —siguió narrando Sandoval mientras notaba que la boca se le volvía a secar al recordar aquel día—. Al grito de ¡Santiago y cierra, España!, embestimos contra los mexicas Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Juan de Salamanca, Alonso de Ávila, yo mismo, y tu padre, quien llegó el primero y golpeó al capitán mexica tirándolo al suelo junto a su estandarte. Al incorporarse, Juan de Salamanca, que venía detrás de la yegua de tu padre, le cortó de un tajo la cabeza. Tras observar que su capitán y el estandarte habían caído en manos de los españoles, los mexicas iniciaron su huida del campo de batalla.

Martín estaba embelesado escuchando el relato de Gonzalo de Sandoval. No había oído de la batalla de Otumba con anterioridad, y escucharlo en voz de alguien que participó le hizo emocionarse. Él también quería luchar por Su Majestad en tierras lejanas. Ganar batallas, lograr victorias, conquistar tierras.

—Ahora que lo recuerdo —comentó Sandoval, girándose hacia Martín—, cuando regresamos donde estaban los pocos soldados que quedaban, tu madre fue corriendo hacia tu padre, todavía con su rodela colgando. Al ver su mano sangrando y manca de dos dedos, arrancó un trozo de tela de su huipil[13] y le vendó la mano herida.

Esa imagen impactó al joven Martín Cortés. Se la imaginó a partir de entonces de mil formas distintas. Su madre atendiendo a su padre, herido en la batalla tras haber conseguido la victoria. Era mejor que cualquier relato de libros de caballerías que su hermana Catalina le hubiera leído.

Al día siguiente, uno de los carpinteros que iba a bordo, por encargo de Gonzalo de Sandoval, hizo una pequeña espada de madera para Martín Cortés. Cuando se la regaló, al

pequeño casi se le saltaron las lágrimas de la emoción de tener su propia espada y fue corriendo a mostrársela a su padre. El muchacho estuvo durante dos días luchando contra unos y otros en el barco, causando la risa y la alegría de todos los hombres, quienes fingían duelos contra él con sus espadas. Hernán Cortés le observaba orgulloso, mientras veía saltar a su hijo de babor a estribor, y de popa a proa, gritando ¡Santiago y cierra, España!, dando mandobles a diestro y siniestro con su pequeña espada de madera.

Pero la alegría a bordo no duró mucho tiempo.

Un temporal con fuertes vientos y mar gruesa los golpeó durante semanas, casi sin descanso. Fue tal la fuerza de la tormenta que causó la muerte de algunos de los animales que llevaban encerrados. Las tormentas hicieron que entraran grandes cantidades de agua a las bodegas, mojando y echando a perder gran cantidad de alimentos que portaban para el viaje. Apenas unas salazones de pescado y tocinos se pudieron aprovechar para el resto del trayecto. Gran parte de los panes, tortillas, bizcochos, galletas, carnes, frutas, verduras y legumbres se pudrieron. Todo ello hizo que el viaje se tornara más difícil, al tener que racionar el escaso alimento y el agua, pues también se habían roto varios barriles, haciendo que se mezclara el agua dulce que llevaban con la de mar.

Por si no fuera suficiente, varios hombres enfermaron durante el viaje. Entre ellos el capitán Gonzalo de Sandoval quien, desde mitad de trayecto, tuvo que permanecer tumbado y al cuidado de los sirvientes de Hernán Cortés. El pequeño Martín, cuando la tormenta lo permitía y no era demasiado peligroso, se acercaba con su espada al cinto hasta donde estaba tumbado Gonzalo de Sandoval y este, cuando tenía fuerzas suficientes, le contaba algunas otras batallas en las que había participado. Martín, mientras escuchaba los relatos del capitán Sandoval, se distraía y no pensaba en los terribles crujidos de la madera del barco al ser presionado por los golpes de las olas y zarandeado por el temporal.

Cuando por fin escamparon las tormentas que les castigaron durante tres semanas, cuatro hombres habían desaparecido del barco donde viajaba Hernán Cortés y cinco del barco donde lo hacía Andrés de Tapia. Otros dos habían muerto al caer desde el carajo[14] cuando los barcos se escoraron mucho por un golpe de mar y los vigías no pudieron agarrarse bien.

# Gonzalo de Sandoval. Mayo 1528.

El viaje trascurrió con normalidad tras los temporales, aunque Gonzalo de Sandoval no se repuso de su enfermedad. Solo mostró algo de mejoría cuando anunciaron que se veía la costa española y los navíos viraron en Punta Umbría, entrando por el río Tinto, hasta que alcanzaron el Puerto de Palos.

El 20 de mayo atracaron los dos barcos con los que cruzaron el ancho mar. La travesía duró treinta y seis días, la más corta de las que se tenía constancia hasta la fecha, según informó el piloto a Hernán Cortés. Tan pronto amarraron, Martín desembarcó junto a su padre. Pensó en encontrarse una ciudad grande y populosa, pero el Puerto de Palos era tan pequeño como el de Veracruz, aunque más sucio y ruidoso que el de la Nueva España.

Los trabajadores de los astilleros y del muelle miraban asombrados a los bellos pájaros y extrañas fieras que portaban a bordo. Aun acostumbrados a ver llegar personas de otras partes del mundo con sus atuendos típicos, les sorprendía observar a los indios que desembarcaban cubiertos tan solo con sus taparrabos y adornos en la cabeza.

—¿No te esperabas este pequeño pueblo, verdad Martín? —preguntó Hernán Cortés, al ver la cara triste de su hijo—. Cierto que no es un puerto tumultuoso y grande como el de Sevilla.

—¿Sevilla está lejos, padre?

—A tan solo unas jornadas a caballo, dentro de unos días iremos a allí. Seguro que Sevilla te sorprenderá. Es la ciudad más grande y poblada de España.

El pequeño tuvo que esperar unas horas hasta que su padre se desocupara. Martín le esperaba impaciente junto a Juan de Lepe, quien ya estaba contento y contaba las horas, confiando en que el capitán Cortés le daría licencia para visitar su pueblo, que no quedaba lejos. Martín vio descargar las mercancías junto con los pocos animales que habían sobrevivido. Le llamó la atención ver las caras de sorpresa de los indios cuando desembarcaban en un puerto con tanto ajetreo.

Antes de partir hacia Sevilla, y mientras se realizaba todo el desembarco y se preparaban los carromatos y animales para llevar la carga, quiso Hernán Cortés dar las gracias por haber llegado con bien a España.

—Andrés, os dejo a cargo de la preparación del viaje. Los hombres que nos acompañarán que se acomoden como puedan en tierra firme, mientras se descargan los navíos —indicó Cortés a Tapia—. Marcho junto a Martín al monasterio de Santa María de La Rábida. Tan pronto finalice la descarga y esté todo aviado para iniciar el camino, le ruego mandéis a alguien que me avise para regresar.

—Ordenaré a unos hombres que los acompañen hasta La Rábida, capitán.

—No será necesario. Estamos ya en casa y no temo nada. Al menos aquí, en el Puerto de Palos —respondió Cortés con una media sonrisa—. Es importante que Gonzalo repose tanto como sea posible para que pueda continuar el viaje con nosotros.

—Él mismo se ha acercado a casa de Diego Rodríguez, un cordonero palense que fabrica jarcias, cables y maromas. Me hizo saber que descasaría ahí hasta que comenzáramos el viaje por tierra. Los dos indios que lleva consigo han acarreado sus cofres hasta la casa del cordonero.

—Está bien, Andrés —dijo Hernán Cortés, dirigiéndose luego a Diego de Ordaz que aguardaba junto a ellos—. Diego, le ruego os adelantéis a nosotros y vayáis organizando la llegada a Sevilla y nuestro hospedaje. Avise a los servidores de la Casa de Contratación de

nuestra próxima visita, pero no les indique lo que cargamos. Mejor evitarles tentaciones —comentó Cortés—. En cuanto entréis en Sevilla, buscad y mandad un médico a la casa del cordonero que atienda la salud de Sandoval.

—Así se hará, señor —respondió Ordaz.

Tras despedirse de los dos capitanes, comenzaron a caminar padre e hijo por el terroso camino bordeado de palmeras que llevaba al monasterio. Soplaba un viento fresco desde el río, por lo que al pequeño Martín se le hizo un paseo muy agradable en compañía de su padre.

—Hijo, nos dirigimos al monasterio de Santa María de La Rábida. Tal vez no sepas que en él dejó el almirante Cristóbal Colón a su hijo al cuidado de los frailes, antes de partir a descubrir las Indias —comentó Hernán Cortés mientras caminaban—. Marchó del Puerto de Palos, desde el mismo sitio donde hemos atracado los navíos que nos han traído a nosotros.

Atravesando el acceso del blanco edificio bajo un arco de medio punto, accedieron al interior del monasterio. Frente al sencillo altar, se hincaron padre e hijo y rezaron ante la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, dando las gracias por haber tenido la fortuna y la bendición de sobrevivir al viaje a través del océano. El propio capitán había tenido dudas a causa de las poderosas tormentas que les golpearon durante el trayecto, pero lo habían logrado.

Pasaron un par de días en el monasterio, compartiendo ambos una celda que les habían cedido los frailes. Disfrutaron de buena comida en compañía de los religiosos, y uno de ellos estuvo pendiente de explicar a Martín algunos pasajes de la Biblia. Aprovechó esos días Hernán Cortés para enviar mensajeros a varios lugares y avisar de su arribo a España.

Al tercer día de la llegada al Puerto de Palos, llegó al monasterio el capitán Andrés de Tapia, quien avisó a Hernán Cortés de que ya todo estaba preparado y los hombres listos para iniciar el viaje por tierra.

—¿Cómo se encuentra el capitán Sandoval? —preguntó Martín a Andrés de Tapia, adelantándose en la pregunta a su padre.

—Parece que algo mejor, Martín. Se ha levantado y ha caminado por el muelle, pero tendrá que hacer el viaje descansando en un carro que he preparado para él. Señor —dijo dirigiéndose a Hernán Cortés—, llegando al monasterio me he topado con los dos indios que cuidaban de Sandoval, los había enviado el cordonero para avisaros de que ya estábamos preparados.

Regresaron caminando los tres hacia el Puerto de Palos, junto con los sirvientes de Sandoval. Aprovechó Andrés de Tapia que Martín se había adelantado a ellos para comentarle a Hernán Cortés que el médico sevillano que había revisado a Sandoval le había dado malas noticias. El doctor le había dicho a Tapia que era probable que su amigo muriera en breve.

Al día siguiente partieron en dirección a Sevilla. Martín montaba en un dócil pollino junto al caballo de su padre. Tras ellos marchaba el capitán Tapia a caballo y más atrás, un carro donde descansaba Sandoval.

—Capitán, me temo que está empeorando. Le han vuelto las calenturas y delira. No para de repetir entre fiebres que el cordonero le ha robado algunos tejuelos de oro que tenía en uno de los cofres. Le sugiero que nos detengamos en alguna localidad y organicemos todo para que se pueda quedar en ella. Así podrá reposar y, tal vez, sanar —informó un preocupado Tapia a Cortés cuando llevaban una hora de camino, tras haber regresado de la carreta donde viajaba Sandoval y comprobar su estado.

—Cerca de donde estamos se encuentra la población de Niebla. De la orden para desviarnos hacia allí y poder hacer noche.

La llegada a Niebla fue impactante para Martín. Enormes murallas rodeaban la pequeña localidad y, por detrás de estas, asomaba lo que parecía ser un castillo. Poderosas torres rompían

la fortificación cada cierta distancia. Sobre la muralla había numerosas saeteras. Unas enormes puertas con arabescos daban acceso a la localidad. Al atravesarlas, Martín se sintió como un conquistador sobre su montura, con la espada de madera colgando al cinto. Su padre le había dicho al acercarse a Niebla que la población había sido ocupada por los musulmanes durante siglos, hasta que se reconquistaron esas tierras, expulsando a los moros que no se convirtieron al cristianismo.

Cuando cruzaron la muralla fueron recibidos por los pocos vecinos que había, quienes les aplaudieron y vitorearon a su paso. No cabía duda de que, debido a la proximidad con el Puerto de Palos, los de Niebla habían sabido con antelación de la llegada de los navíos desde la Nueva España, y del ilustre hombre que había conseguido la conquista de aquellas lejanas tierras.

Tras alojarse como pudieron en el Castillo de Guzmanes, a Gonzalo de Sandoval se le acomodó en la casa mesón de Pedro de Toro, en los arrabales de Niebla. Hasta allí se acercaron dos acemileros que había enviado el conde de Medellín, localidad de donde era originario Gonzalo de Sandoval, quienes habían estado esperando en Sevilla su llegada. Ambos quisieron transportarlo en andas, pero Hernán Cortés les pidió que permanecieran en Niebla al cuidado de Sandoval, hasta que mejorara. Si lo hacía.

Al día siguiente, Martín estuvo jugando con otros niños por las murallas del pueblo, imaginando luchas de moros contra cristianos. Algunos muchachos tenían fresco las vivencias de la guerra, ya que sus padres y abuelos les habían contado en numerosas ocasiones cómo fue la toma de Niebla por parte de los ejércitos de los Reyes Católicos.

—Martín, hijo mío, te ruego me acompañes a rezar por el alma de Gonzalo de Sandoval. Mi corazón está triste porque sé que este buen amigo se marchará pronto de este mundo —dijo Hernán Cortés después de dos días en Niebla.

Tras la misa que se celebró en la antigua mezquita convertida en iglesia, caminó Martín junto a su padre hasta la alcoba que ocupaba Gonzalo de Sandoval, al cual no había vuelto a ver el pequeño desde que llegaron a Niebla. Junto a su lecho estaba el cura del pueblo, Miguel Jiménez, quien había oficiado la misa un rato antes. Martín encontró a Sandoval debilitado y enflaquecido. Este, al ver al niño, le sonrió desde el catre donde reposaba y extendió su brazo. Ambos se tomaron de las manos y las estrecharon.

—Don Gonzalo ha dictado su testamento el día de hoy ante Cristóbal de Barrionuevo, escribano de Su Majestad, firmando como testigos Juan Delgado y un servidor —informó el cura Miguel Jiménez a Hernán Cortés.

—De acuerdo, padre. Nosotros debemos continuar nuestro viaje. Le encargo a Gonzalo, a quien quiero como a un hermano —dijo Cortés al cura.

—Así lo haremos, señor.

Hernán Cortés se agachó junto a la cama donde yacía Sandoval y le apartó el cabello de su rostro sudoroso por las calenturas. Se acercó a él y le besó en la frente.

—Adiós, Gonzalo, mi hermano.

—Perdóneme, capitán, por las faltas que haya podido tener. No fue nunca mi intención no cumplir con vuestra voluntad —susurró Sandoval.

—Solo me habéis dado alegrías. Siento orgullo y honra de haber podido vivir estos años junto a vos, y de haberos tenido a mi lado ante tantas cosas que hemos compartido. —Hernán Cortés, tras despedirse de su amigo se levantó y salió de la estancia.

Martín se acercó a la cama llorando, y abrazó a Sandoval. Había vivido con él buenos momentos, aunque durante poco tiempo. Le apenaba perder su compañía porque, en los ratos en que no estaba junto a su padre, Sandoval lo había tratado con cariño, educación y respeto.

—Te queda toda una vida por vivir, mi joven amigo. Ten siempre tu conciencia tranquila, y serás un buen hombre, Martín —le dijo Sandoval, revolviéndole el cabello de la misma manera que había hecho desde que lo conoció.

Tras despedirse del cura, padre e hijo salieron de la alcoba junto a Andrés de Tapia y se dirigieron a la plaza de Niebla, donde esperaba la comitiva que debía dirigirse a Sevilla.

A la entrada de la ciudad les esperaban funcionarios de la Casa de Contratación, a la cual había dado aviso Diego de Ordaz. Los acompañaron hasta la sede de dicha institución para entregar toda la mercancía que portaran y que esta fuera inventariada. Hernán Cortés sabía con anterioridad de esos servidores del rey, así como también tenía noticias de las largas manos que tenían para apoderarse de lo que no era suyo, o de los sobornos que aceptaban por falsear los registros de las mercancías. Por todo ello, había levantado un doble testimonio del inventario ante un escribano mientras estuvieron detenidos en Niebla.

Martín ahora sí quedó impresionado por la grandeza de la ciudad de Sevilla. No había conocido la antigua Tenochtitlán, ya que esta había sido derruida durante el sitio que les pusieron durante tres meses los españoles. Tras su toma, gran parte de lo que quedaba en pie había sido derribado para aprovechar sus materiales en la construcción de numerosos edificios residenciales y religiosos.

No recordaba en su joven mente haber visto río tan grande como el Guadalquivir, ni tan lleno de barcos. El ancho y largo arenal, junto a la ciudad, era más amplio que las playas que había conocido en Veracruz. Por las calles empedradas de la ciudad caminaban miles de personas, de variadas razas y hablando lenguas distintas. Eran las calles estrechas y sinuosas, con muchos tenderetes de mercaderes, animales de carga, y basura. Le sorprendió que la gente arrojara los desechos a la calle, los cuales se mezclaban con las heces de los caballos y otros animales que por ahí pasaban, lo que hacía que el olor fuera muy molesto.

La gigantesca y altísima torre que llamaban Giralda dejó sin habla al muchacho. La había visto mientras se acercaban a la ciudad y no dejaba de asombrarle. Según le explicaron al pequeño, era el antiguo alminar de una mezquita. Ahora, bajo esa torre que le parecía llegar al mismo cielo, se estaba levantando una catedral.

Pocos días después de la llegada a Sevilla, y tras haber atendido su padre a numerosos mensajeros, supo Martín que la presencia de Hernán Cortés había sido requerida por Su Majestad, lo cual llenó de orgullo al pequeño. Antes de partir de Sevilla recibieron la noticia del fallecimiento de Gonzalo de Sandoval.

Según había dejado por escrito el capitán Sandoval, su cuerpo sería enterrado en la iglesia de San Martín, en Niebla, para después de un tiempo ser transportados sus restos a la iglesia de Santa Cecilia, en la villa de Medellín. Hernán Cortés y Martín procedieron a vestirse con ropas negras, como señal de luto por la pérdida de tan buen amigo. Con la tristeza en sus corazones, y tras ofrecer varias misas por el alma de Sandoval, prosiguieron su viaje.

Partieron de Sevilla en dirección a la villa de Madrid, a pesar de que el rey se encontraba en una localidad llamada Monzón, al norte de esta. El viaje era incómodo para el niño sobre su pollino, pero en cada población que atravesaban o se detenían a pasar la noche, eran recibidos con grandes festejos por los representantes de cada una de ellas, quienes ya sabían, por la avanzadilla de la caravana, de la presencia de Hernán Cortés.

Tras varias jornadas de viaje, la comitiva continuó en dirección a Madrid, quedando al cargo Andrés de Tapia, mientras que Hernán Cortés se desvió junto a su hijo y algunos sirvientes. Días más tarde llegaron a Puebla de Guadalupe, un pequeño pueblo extremeño. Ahí se encontró Hernán Cortés con su primo, el licenciado Francisco Núñez, a quien le presentaron al pequeño

Martín.

—Hijo, yo debo marchar para encontrarme con Su Majestad. Tengo que refutar ciertas acusaciones que han hecho sobre mi persona —dijo Hernán Cortés a Martín, sin que este entendiera a que se refería su padre—. Mi primo, el licenciado Núñez, es quien me representa en España, pero ahora es necesario que sea yo quien vele por mis asuntos.

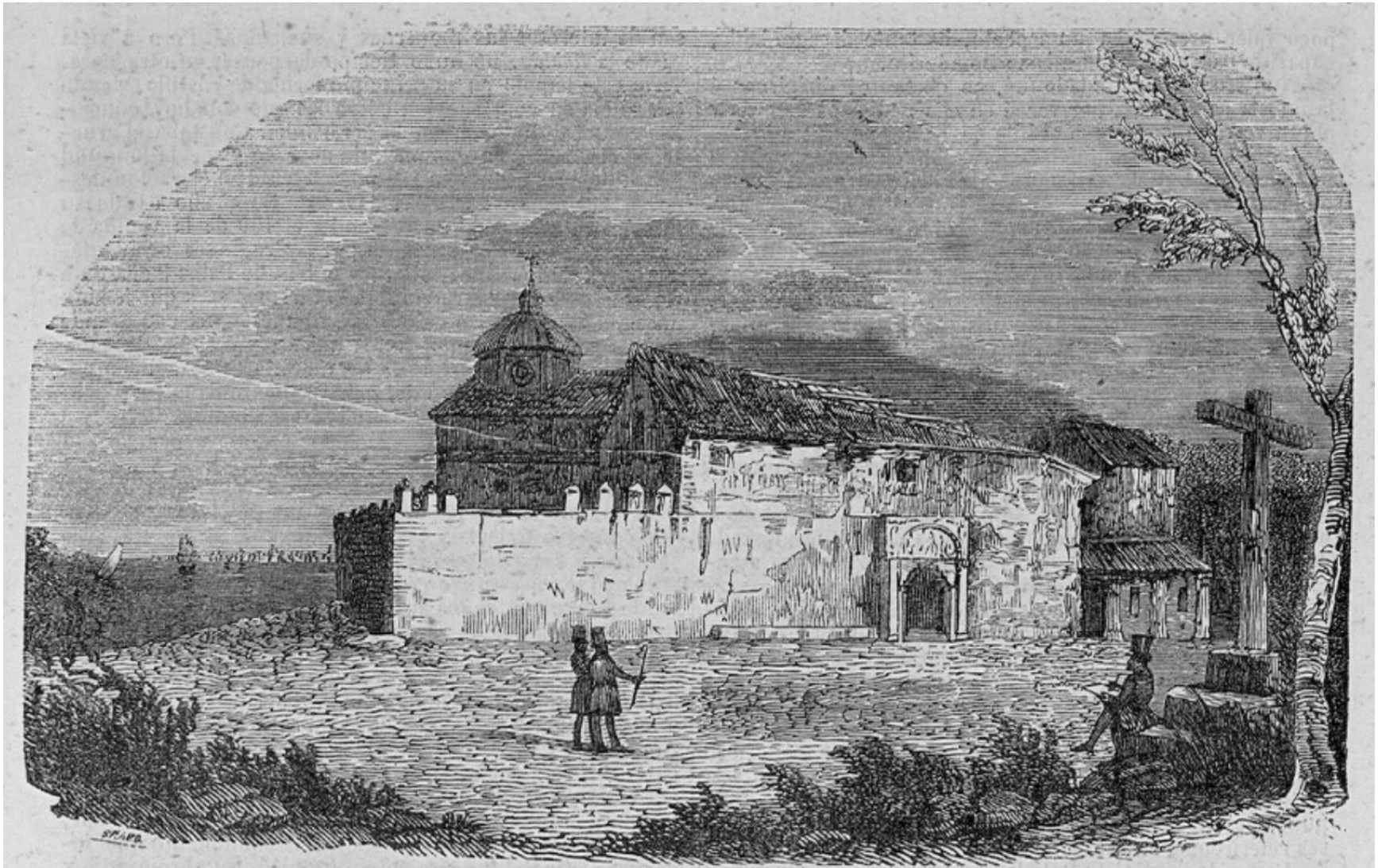
—¿Me quedaré aquí con él, padre?

—No, Martín. Mañana saldrás hacia Medellín, que está a dieciocho leguas[15] de aquí. Allí te encontrarás con mi madre, tu abuela Catalina —dijo sonriendo Hernán Cortés, al ser la primera vez se refería a su propia madre como abuela—. Ella cuidará de ti hasta que mande llamarte.

El pequeño Martín se entristeció. Nunca había compartido tanto tiempo en compañía de su padre como lo había hecho en ese viaje, y no le gustaba ir a ver a una señora que no conocía, pero no tenía más remedio que obedecer.

—No te aflijas, hijo. Cuando no estaba junto a ti en la Nueva España, seguía pendiente de tu vida y de atender tus necesidades. Ahora partiré durante unas semanas, pero quedas en compañía de tu abuela, quien es una mujer cariñosa y amable. No padecerás. Estoy seguro de que, en dos o tres días, ni te acordarás de mí. Y como siempre, y aunque tus ojos no me vean, seguiré pendiente de ti —dijo a su hijo, tras lo cual el muchacho se lanzó a los brazos de su padre, quien lo estrechó contra su pecho y le besó en la cabeza.

# Ilustración n.°1



Convento de la Rábida.

*Monasterio de Santa María de la Rábida. Grabado de 1849*

# La abuela Catalina. Agosto 1528.

La vida continuó para Martín en compañía de su abuela, Catalina Pizarro. Resultó ser una mujer adusta y seria con los ajenos, pero cariñosa y familiar con su nieto. Este halló en ella algo semejante al amor que su madre le había regalado el poco tiempo que con ella convivió.

Una vez tomado su frugal desayuno, abuela y nieto subían cada mañana el camino de la colina que llevaba a la iglesia de Santiago, donde estaba enterrado Martín Cortés, padre del capitán español, y abuelo homónimo de Martín. Durante la subida por el sendero, Catalina le rogaba a su nieto que le ayudase a subir, alegando que le costaba hacerlo debido a su edad. Martín tomaba la mano de su abuela para facilitarle el ascenso. Catalina sonreía agradecida por el gesto de su nieto, aunque no necesitara aún la ayuda de este para subir por el camino; llevaba haciéndolo cada día durante los últimos años sin apoyo alguno. Una vez acabada la misa, bajaban de nuevo a Medellín y regresaban a la casona donde vivía Catalina Pizarro.

No tardaba en aparecer un viejo escribano que continuaba las lecciones que ya había comenzado a recibir el niño en la ciudad de México. Martín no apreciaba la escritura, pero sí la lectura, ya que le permitía leer por sí solo algunas partes de los libros de caballerías que tanto le gustaban. Cuando llevaba más de dos páginas se agotaba y pedía a su abuela que se las leyera, y Catalina Pizarro sentándolo en su regazo, tomaba la novela caballeresca y se la leía a su nieto.

Por las tardes, Martín salía a jugar con otros muchachos de Medellín y, como uno más, jugaban a la guerra. En ocasiones simulaban la conquista de México, repartiéndose entre los niños los personajes que habían participado. La mayoría de los capitanes que habían acompañado a Hernán Cortés eran de origen extremeño, como Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puertocarrero, Andrés de Tapia y el fallecido Gonzalo de Sandoval, por lo que sus andanzas y vicisitudes durante la conquista eran conocidas por gran parte de la población.

En los juegos de guerra con los otros niños, Martín pedía ser siempre su padre, pero Hernán Cortés era el personaje más solicitado por la muchachada y no siempre conseguía ser el conquistador español. También ser el capitán de Badajoz, Pedro de Alvarado, era solicitado por los críos de Medellín. Al final de cada día no faltaba algún herido por un espadazo de madera, raspadura en las rodillas, o un descalabrado por la pedrada de «malvados guerreros mexicas» que defendían Tenochtitlán.

Como siempre había ocurrido en los pueblos españoles, cada niño contaba con un apodo y, entre ellos, era habitual que desconocieran el nombre con el que habían sido bautizados. Martín no recibió el mote de la familia Cortés y, en caso de que lo hubiera, nunca lo conoció. Tuvo el suyo propio desde que llegó a Medellín: el Mestizo.

—Mestizo, te toca ser Moctezuma —decía el Tiñoso.

—Hoy serás Cuauhtémoc, Mestizo —le indicaba el Piches.

Un día se acercó un grupo de mozos del pueblo hasta la plaza donde jugaban los más pequeños con sus espadas de madera, arcos hechos con ramas de olivo y flechas sacadas de los cañaverales junto al río Guadiana.

—Así que tú eres el bastardo —dijo un mozo de unos quince años al ver a Martín jugando con los otros niños.

Martín no sabía que significaba ser bastardo. Recordaba que era una palabra que había escuchado a una sirvienta en Coyoacán, al referirse a una medio hermana suya recién nacida. En ambos casos le pareció a Martín que *bastardo* era un insulto. Algo que no se atrevían a decirle

ante su padre.

—Bastardo, ven aquí y cuéntanos sobre tu madre, esa barragana[16] de Hernán Cortés —le increpó Julián el Trampero, que así llamaban al mozo, causando la risa de los tres que le acompañaban.

—Déjalo Mestizo, tiene mala sombra. Es el Trampero —le recomendó el Morcillo.

Con la cabeza gacha y mirando al suelo, se acercó Martín al grupo donde le hacían burla y le ofendían los mozos. Arrastraba los pies por la tierra de la plaza de Medellín, como si le pesaran, retrasando su caminar, tal vez confiando en que se marcharían antes de llegar a ellos, pero no fue así. El resto de los muchachos reía los insultos que le dedicaba el Trampero a Martín. Este llegó al fin frente al grupo de mozos y se detuvo.

El Trampero se acercó a Martín y le dio un pescozón tan fuerte que hizo trastabillar al pequeño.

—¿No sabes hablar, o acaso solo conoces la lengua de los infieles que hablaba tu madre? —preguntó Julián el Trampero.

Sin que nadie lo viera venir, Martín sacó del cinto la espada de madera que portaba y lanzó un golpe a la cara del Trampero. Quiso la mala fortuna que en ese momento el mozo estuviera avanzando hacia Martín para darle otra colleja, cuando la punta de la espada se le hundió en un ojo al Trampero.

Catalina Pizarro tuvo que compensar al padre del muchacho al que había herido Martín con seis ducados, dinero con el cual esa gente de mala reputación podría vivir durante un año. La familia del mozo era conocida en Medellín por ser furtivos que cazaban en las tierras de nobles; motivo por el cual el padre ya había sido preso y pasado por el calabozo en varias ocasiones. En Medellín, a pesar de que la conocida familia de los Tramperos continuó manteniendo el mote y la profesión de su clan, al mozo herido por Martín lo volvieron a bautizar con un nuevo apodo. Julián, el Tuerto.

—Todavía no me has contado por qué le saltaste el ojo al hijo del Trampero, Martín —comentó a los pocos días Catalina Pizarro.

—Abuela, me insultó… o eso creo que hizo —respondió avergonzado.

—No me gustan las blasfemias ni las groserías. Mejor no la digas si se trata de una de ellas.

—Me llamó bastardo, abuela —confesó Martín, ignorando si era grosería o blasfemia—. Me ofendió cuando lo dijo, aunque no sé lo que significa. Sentí como si me hubiera insultado.

—Martín, esa palabra que has dicho puede ser un insulto si se emplea mal. Lo que significa es que tu madre y tu padre no estaban casados cuando naciste. No debes preocuparte por ello; me consta que tu padre se está encargando de solucionarlo —comentó Catalina, acercándose a su nieto para abrazarlo—. ¿Sabes una cosa? Antes de saber de tu nacimiento y de que yo era abuela, tu padre te mencionó en una carta, aunque no lo dijo con claridad. Se refirió a ti con un apodo.

—¿Padre me puso un mote? —preguntó asustado, temiendo algo humillante.

—Sí, se refirió a ti como *Tigre* —respondió sonriendo—. Seguro que te complace conocer la historia.

Catalina Pizarro se levantó de su butaca y se dirigió a un mueble con muchos cajones. Abrió algunos de ellos buscando algo, revisando entre los documentos que había dentro durante un rato.

—¡Aquí está! —exclamó levantando unos papeles ante su nieto—. Tu padre escribió esta carta a tu abuelo Martín, que Dios lo tenga en su gloria. Por desgracia el Señor lo había llamado a su presencia cuando se recibió la misiva, y nunca pudo leerla ni saber que habías nacido.

Catalina se sentó al lado de una ventana para tener más luz y poder leerle la carta. Le hizo

una seña a su nieto para que fuera junto a ella y se sentase a su lado.

—Tu padre no nos había dicho que habías nacido, y en esta carta que envió, nos dejó una pista sobre ti.

—Léamela, abuela.

Catalina se entretuvo unos minutos revisando el texto de su hijo, hasta que encontró la parte que quería leer a su nieto.

—*Señor, aquí en mi casa hemos criado un tigre desde que nació. Ha crecido y se ha convertido en el más bello animal que uno pueda imaginar. Aparte de su belleza, es tranquilo y pasea por toda la casa, comiendo todo lo que encuentra sobre la mesa. Creo que podría hacer el viaje en barco y con vuestro permiso, se lo ofreceré a Su Majestad*[17].

—¿Yo, un tigre? —preguntó ilusionado Martín, saltando de la silla y pasándose el resto de la tarde con su abuela jugando a serlo, gruñendo y formando imaginarias garras con sus manos.

Llegado el mes de diciembre llegó un mensajero enviado por Hernán Cortés. Al regresar Martín de la batalla diaria con sus amigos en la plaza —en esa ocasión habían luchado españoles contra tlaxcaltecas—, Martín fue llamado por su abuela, lo cual sorprendió al niño, ya que todavía no se había sacudido el polvo y tierra con los que siempre regresaba a la casa después de jugar con los niños del pueblo.

—Abuela, ¿me ha mandado llamar? —preguntó Martín extrañado, asomándose a la sala donde se encontraba Catalina.

—Así es, Martín. Por favor, siéntate aquí, junto a mí —dijo indicándole un escabel que había al lado de su butaca.

—¿He hecho algo malo, abuela?

—En absoluto, querido. Ha llegado un mensaje de tu padre.

—¿Vendrá padre a Medellín?

—La carta no dice eso, Martín. Por lo que cuenta, ha sido recibido en varias ocasiones por Su Majestad, el rey don Carlos. Le ha sido concedido un marquesado: Marqués del Valle de Oaxaca. Ese ha sido el título que le han dado a tu padre, aunque no se le ha impuesto todavía.

—¿Padre es marqués? Eso es una buena noticia.

—Sin duda, Martín. En la carta me informa que ha solicitado al rey don Carlos, el hábito de la Orden de Santiago para ti, y cree que hay buenas razones para que se autorice tu entrada a la orden —dijo su abuela, aunque no parecía contenta por ello—. También me hace saber que requiere tu presencia en Toledo a la brevedad, ya que entrarás en la Real Casa de Caballeros Pajes.

—¿Qué es un paje, abuela?

—Un paje es un joven que entra en la Corte para servir al rey, o a alguien de su familia. En este caso pertenecerás a la Casa de su esposa, la emperatriz Isabel de Portugal. Ella es la madre del príncipe Felipe, quien nació el año pasado, y de la infanta María, que nació este año —le explicó apenada Catalina, sabiendo que sus días felices junto a su nieto estaban por terminar.

—Pero yo no quiero marcharme, abuela. Aquí aprendo letras y estoy feliz de vivir junto a usted —dijo Martín abrazándose a su abuela, quien ya había comenzado a llorar junto a su nieto.

Dos semanas más tarde llegaron los enviados de Hernán Cortés a Medellín. Martín partió con ellos hacia Toledo, donde su padre residía mientras estaba en España. Catalina Pizarro y su nieto, entre lágrimas, prometieron escribirse tan pronto tuvieran oportunidad.

# Real Casa de Caballeros Pajes. Enero 1529.

En la residencia de su padre en Toledo solo permaneció unos pocos días el pequeño Martín, quien contaba con siete años por esas fechas. A principios de año, Hernán Cortés acompañó a su hijo a la villa de Madrid, dirigiéndose a la Real Casa de Caballeros Pajes, la cual había abierto sus puertas hacía poco tiempo. En ese lugar, los hijos de hidalgos y nobles se formaban en varias disciplinas, y recibían educación formal desde los seis a los catorce años.

—Hijo, aquí estudiarás y vivirás con otros muchachos. Es importante no solo que aprendas, sino que convivas en la Corte, donde asistirás a ceremonias, actos y reuniones con miembros de la nobleza —dijo Hernán Cortés al dejar al pequeño Martín en la gran sala donde estaban las camas para los más jóvenes pajes.

—Padre, ya he aprendido mucho en México y en Medellín con los tutores. Sería mejor que regresara con la abuela y poder continuar mis enseñanzas junto a ella —le propuso Martín, provocando la sonrisa de su padre.

—No es posible, hijo mío. Tengo otros planes previstos para ti. Es importante que aprendas y te relaciones con la nobleza. Esa es la mejor manera que tienes de ayudarme —dijo Hernán Cortés, poniéndole las manos sobre los hombros.

Martín supo que lo que su padre le estaba encargando era algo importante, aunque no lo entendía. No quería fallarle, por lo que asintió. Haría lo que él deseara.

—No se preocupe. Aprenderé todo lo que pueda y tenga por seguro que seré un buen servidor suyo.

—No lo he dudado nunca, hijo mío. A principio de la primavera regresaré a por ti y me acompañarás a cierto lugar.

—Cuando usted desee, padre.

Esa misma semana fueron llegando seis jóvenes más que se unieron a Martín. Los siete pertenecerían a la Casa de la emperatriz Isabel. Cuatro de los pajes que entraron junto a Martín eran, como él, hijos ilegítimos. La Real Casa de Caballeros Pajes era la mejor manera de colocar a los hijos bastardos de nobles cerca de la Corte, pues solo los hijos legítimos primogénitos serían los que heredarían el título familiar.

El quince de enero iniciaron las enseñanzas. La primera clase del día fue *Gramática castellana y primeras letras*, en la cual Martín tuvo un buen desempeño, ya que, durante el tiempo que convivió con su abuela, el escribano le había estado enseñando letras durante dos horas cada mañana. Tras esa primera asignatura continuó *Ortología y caligrafía*, y después de esta, *Matemáticas básicas*. Al mediodía los niños fueron llevados a un gran salón, donde les esperaba una larga mesa, con vajilla compuesta por platos de distintos tamaños, vasos, copas y fuentes de loza, además de cubiertos, delante de cada butaca.

Los niños, de pie detrás de su silla, esperaban en silencio a que les dieran la orden de sentarse y comenzar a comer. Esta actitud era la que se esperaba de ellos y marcaba los buenos modales a seguir en la mesa. Todos estaban hambrientos. Se habían despertado con las primeras luces del sol y tan solo tenían en el estómago un vaso de leche y una torrija. La puerta del comedor se abrió y entró un hombre joven, vestido con ropas negras y cuello lechuguilla[18] blanco. Se situó al principio de la larga mesa y se dirigió a ellos.

—Sean bienvenidos a la Real Casa de Caballeros Pajes. Mi nombre es Antonio de Toledo y soy el Caballerizo Mayor de Su Majestad y, por lo tanto, estoy al cargo de las Caballerizas reales

y de esta Real Casa —les explicó aquel hombre mientras observaba con atención a los siete jóvenes pajes, entre los cuales no había quien sobrepasara los diez años—. Tras esta comida que les ofrecemos, tendrán que hacer las tareas que sus tutores les han encomendado durante la hora de estudio en la biblioteca. Luego dispondrán de un tiempo para descanso antes de asistir a misa y regresar de nuevo a este salón para cenar. Todos ustedes son hijos de buenas familias, descendientes de cristianos viejos, por lo que confío en su buen comportamiento en esta Real Casa, así como que sean dignos ante sus majestades cuando tengan que convivir con ellos. Aquí dentro, ninguno de ustedes es más que otro —«todos son bastardos», pensó para sí mismo—. No confíen en su alcurnia ni antepasados para imponerse a otros. Lo único que les hará sobresalir será su inteligencia, cultura y educación. Ahora, caballeros, pueden sentarse y comenzar a comer.

Al momento las sillas se desplazaron y todos se sentaron a la mesa. Un sirviente que había junto al licenciado Antonio de Toledo fue requerido por este y, tras comentarle algo en voz baja, fue el criado en busca de Martín, quien ya había comenzado a comer.

—Caballero Martín Cortés, el licenciado Antonio de Toledo le llama a su presencia —susurró el sirviente.

Martín se levantó con corrección y caminó hacia Antonio de Toledo. El resto de los muchachos detuvo su alimentación y se quedó observando.

—Les ruego continúen con su almuerzo, caballeros —ordenó Antonio de Toledo acompañándose con un gesto de su mano, lo que hizo que cada uno se volviera de nuevo hacia su plato y continuara con su colación.

Martín llegó a la altura del licenciado Antonio de Toledo y tras hacer una reverencia con la cabeza, le habló.

—¿En qué puedo ayudar a vuestra merced? —preguntó con voz trémula.

—¿Es usted el hijo de Hernán Cortés, el recién nombrado marqués del Valle?

—Sí, licenciado. Hernán Cortés es mi padre.

—¿Así que sois el Mestizo, el hijo del capitán Hernán Cortés y la india llamada la Malinche?

Martín se envaró al escuchar la pregunta, temiendo que fueran a faltar el respeto a su madre.

—Mi madre se llamaba Marina, señor. Fue bautizada con ese nombre y era cristiana —respondió molesto.

—No pretendía ofenderle con mi pregunta. Si así ha sucedido le ruego me disculpe, Martín. Tan solo era curiosidad por conocerle. Puede usted regresar a su sitio y proseguir con su comida.

—Gracias, licenciado —dijo Martín, antes de retirarse y volver a su lugar en la mesa.

Antonio de Toledo observó al pequeño mestizo regresar a su asiento. No se lo había dicho, pero se sentía orgulloso por las hazañas y logros que su padre, Hernán Cortés, había conseguido en las Indias. Había conquistado un Nuevo Mundo.

# La Orden de Santiago. Julio 1529.

Seis meses después de su llegada a la Real Casa, como todos la llamaban, Martín ya se había adaptado a las rutinas de la institución, así como a sus compañeros, todos ellos descendientes de la nobleza española más insigne, aunque la mayoría se tratase de hijos ilegítimos.

En ocasiones recibía carta de su abuela y él le respondía esa misma semana, contándole lo que hacía en la Real Casa y sus vivencias. De su padre no había recibido noticia alguna durante ese medio año, hasta que cierto día se presentó un mensajero para avisar a Martín que debía preparar un hato de ropa, ya que en breve llegaría su padre para llevárselo con él durante unos días.

—Mestizo, ha llegado tu padre —dijo el Botijo, también conocido como Alonso Pimentel, hijo bastardo del duque de Benavente, y tan corto de mollera que no tardó en ser bautizado con un apodo que le hacía justicia.

—Gracias, Botijo. Te encargo que nadie toque mis cosas —respondió desconfiado Martín, antes de salir corriendo del gran dormitorio.

A ningún paje se le hubiera ocurrido robar nada a otro, pues el castigo era la expulsión de la Real Casa y el estigma de ladrón en su apellido. Martín se lo mencionó al Botijo porque en ocasiones, le cogían alguno de sus libros de caballerías y al él le molestaba no poder tenerlos cuando le apetecía leer alguno. Eran de las pocas pertenencias que le importaba prestar a Martín, en especial el de Joanot Martorell y el de Garci Rodríguez de Montalvo, que su padre le había regalado.

Cuando se encontraron en la entrada de la Real Casa, padre e hijo se abrazaron. Un sirviente tomó el hatillo de Martín y lo cargó en el coche de caballos abierto en el que había llegado. Tras despedirse del licenciado Antonio de Toledo, quien había estado hablando con su padre momentos antes de llegar Martín, se subieron padre e hijo al carruaje y se marcharon.

—¿Dónde vamos, padre?

—A Toledo. Quiero que obtengas el hábito de la Orden de Santiago, al igual que yo lo tengo. Confío en que la audiencia que se celebrará durante los próximos días tenga un resultado satisfactorio —informó a su hijo Hernán Cortés, recordando que él mismo no había sido aceptado cuando lo solicitó por primera vez.

Martín veía pasar los campos de cultivo de trigo y cebada durante su viaje a Toledo, absorto en sus pensamientos. Sabía que un par de muchachos de la Real Casa pertenecían a la Orden de Santiago. Siempre que podían, y cuando la ocasión era idónea, lucían la hermosa cruz roja de la orden bordada en sus jubones. Otro de sus compañeros pertenecía a la Orden de Calatrava.

Aunque se consideraban iguales entre ellos dentro de la Real Casa, sabía cada uno el título nobiliario de su familia, aunque no lo fuera a heredar, o a la Orden que pertenecían. Tras estar un rato meditando al respecto, Martín decidió que le gustaba la idea de poder tener la cruz de la Orden de Santiago bordada en su ropa.

—Supe que en Medellín heriste al hijo del Trampero. Conocí a su padre de joven, cuando allí vivía. Ya tenía mala sangre su padre por aquel entonces, y creo que no me equivoco al pensar que su hijo la heredó —comentó Hernán Cortés durante el viaje—. Tu abuela me contó que le atacaste porque te llamó bastardo. ¿Es cierto eso, hijo?

—Sí, padre —respondió avergonzado, temiendo una reprimenda.

—Hiciste bien en defenderte y enfrentarle, aunque fuera mayor que tú. No dejes que nadie

nunca te falte el respeto, Martín. Eres hijo mío y de doña Marina. Juntos, tu madre y yo, conquistamos México. Ninguna familia de los pajes que viven contigo en la Real Casa ha logrado tanto. Debes sentirte orgulloso de ser hijo de quién eres.

—Estoy orgulloso de ustedes —le confirmó Martín, alzando el rostro hacia su padre.

Hernán Cortés sacó unos papeles del interior de su jubón, los desplegó y se los mostró a su hijo.

—Es difícil que con el traqueteo del carruaje lo puedas leer, Martín. Se trata de una bula papal —dijo mostrándole los documentos—. Su Santidad, el papa Clemente VII, la firmó hace unas semanas. En esta bula deja por escrito que eres hijo legítimo mío y de tu madre. Nadie podrá llamarte nunca más bastardo. Ni a ti, ni a tu hermana Catalina, ni al pequeño Luis, que nació antes de que viniéramos a España.

Martín se alegró, aunque no comprendía bien lo que representaba ese documento. Hernán Cortés omitió decir que le había costado una pequeña fortuna obtener la bula en la que se resolvía la legitimidad de Martín Cortés, así como de Catalina Pizarro y Luis Cortés, sus otros medios hermanos residentes en la Nueva España.

Martín tomó el documento y, a pesar del movimiento del carruaje, leyó su contenido: *A los amados Martín Cortés y Luis de Altamirano, estudiantes, y a la amada en Cristo hija Catalina Pizarro, doncella…*

Cuando acabó de leer la bula, Martín se sintió mejor al comprobar que se había reconocido por la Iglesia como hijo legítimo. Su padre guardó los documentos de nuevo en el bolsillo interior. Era irónico, pensaba Hernán Cortés, que el papa Clemente VII, quien era a su vez el hijo ilegítimo de Juliano de Medici, hubiera decretado la legitimidad de sus hijos.

La audiencia ante el tribunal de la Orden de Santiago se celebró tres días después. Ocho hombres con túnicas blancas y con la roja cruz de la Orden bordada sobre el lado izquierdo de su pecho, interrogaron a los testigos propuestos por Hernán Cortés sobre el pequeño Martín.

El primero que asistió a prestar declaración fue el capitán y conquistador, Diego de Ordaz, quien había participado y distinguido en la conquista de México. Gonzalo de Sandoval le había contado a Martín, que Ordaz había ascendido a la cima del volcán Popocatépetl. Recordaba el niño haber visto cuando vivía en la Nueva España, su cumbre nevada y columnas de humo en la lejanía.

—Capitán Diego de Ordaz, vuestra merced se encuentra aquí, ante esta audiencia de la Orden de Santiago, para determinar la idoneidad del caballero paje Martín Cortés, aquí presente, para su pertenencia a la Orden de Santiago. Se han aportado documentos que indican la legitimidad del candidato —dijo el presidente de la Audiencia mostrando la bula papal—, así como otras probanzas solicitadas al peticionario, su padre, el capitán Hernán Cortés aquí presente. ¿Da usted su palabra de honor y juramento ante la Sagrada Biblia que tiene delante, de que el testimonio que va a ofrecer es veraz?

—Lo juro —respondió Diego de Ordaz, posando su mano en la Biblia.

—Le rogamos nos informe de los detalles de la vida del joven Martín Cortés, su nacimiento, madre, padre y orígenes de ambos.

El capitán Diego de Ordaz comenzó su relato sobre la veracidad de la paternidad de Hernán Cortés y de su madre, doña Marina, de quien dijo ser hija de nobles indios de la provincia de Coatzacoalcos, en la Nueva España. Tras el relato y respuesta a varias cuestiones planteadas por los miembros del tribunal, se dio por terminada la primera sesión de las cuatro que constaba, una por cada testigo requerido. Al día siguiente continuó el capitán Andrés de Tapia, así como otro día se presentó como testigo Alonso de Herrera.

Finalizadas las declaraciones de los testigos, quienes dieron su testimonio ante la Biblia respecto a la pureza de sangre de Martín, señalando que no tenía gota de sangre judía, mora o de siervos, quedaron Hernán Cortés y su hijo en Toledo, a la espera del dictamen.

Fueron llamados ante el tribunal a los tres días de haberse celebrado la última audiencia.

—Revisada la información ofrecida por el solicitante, así como escuchado los relatos de los testigos, y habiendo ofrecido juramento sobre la Sagrada Biblia de la certeza de su testimonio, esta Audiencia ha determinado que el candidato Martín Cortés Malintzin, cumple con los requerimientos para su pertenencia a la Orden de Santiago.

Hernán Cortés, emocionado, lloró en silencio en la sala donde se encontraba sentado, al escuchar el veredicto

—A continuación, se realizará la ceremonia donde se impondrá el hábito de la Orden de Santiago al joven Martín y se le tomará juramento. En este rito no se permiten testigos ajenos a la Orden, a excepción de los candidatos —anunció el presidente en voz alta, como parte del procedimiento de imposición del hábito.

Conocedor de este ritual, Hernán Cortés pudo permanecer en la sala junto a su hijo al ser miembro de la Orden de Santiago, sin embargo, los cuatro testigos que declararon a favor tuvieron que retirarse.

Una vez se despojó de sus ropas por indicación de los miembros de la audiencia, se le puso a Martín un sayo blanco sobre su cuerpo desnudo, con la cruz roja de la Orden de Santiago en su lado izquierdo, a la altura del corazón. Tumbado sobre el frío suelo de piedra, con los brazos extendidos en cruz, se le leyeron en latín las reglas de obligado cumplimiento para los miembros, entre otras, la obediencia a la Orden y la sujeción al maestre, vivir sin lo propio «... *in omni humilitate atque concordia sine proprio vivere debeatis*[19]», la castidad conyugal, la oración, el ayuno, el ropaje, la obligación de luchar contra el infiel, pero al mismo tiempo, mostrarse compasivo con los prisioneros. Una vez terminaron de recitar las ochenta reglas de la Orden, Martín pudo levantarse y fue a abrazar a su padre.

Hernán Cortés hizo una pequeña celebración en la residencia que ocupaba en Toledo. Los testigos y otros compañeros del capitán español, ahora marqués del Valle, acudieron al banquete en honor del más joven caballero de la Orden de Santiago, Martín Cortés Malintzin.

A su regreso a la villa de Madrid para dejar a Martín en la Real Casa, aprovechó el momento a solas con su hijo para compartir con él sus siguientes pasos.

—Martín, sabes que desde tu nacimiento soy viudo, pues mi esposa ante Dios, Catalina Suárez Marcaida, falleció meses antes de tu nacimiento. Gracias a las gestiones que mi padre hizo antes de fallecer, ahora se me presenta la oportunidad de casarme con una mujer castellana, Juana de Zúñiga, sobrina del Duque de Béjar, quien es el padrino del príncipe Felipe.

—Lo comprendo, padre, luego, ¿dónde vivirá usted?

—Mi intención es regresar a la Nueva España. Ya puse en orden mi situación ante Su Majestad, y no puedo desatender al resto de la familia, mis negocios y encomiendas. Además, deseo seguir explorando el Mar del Sur.

—¿Regresaré con usted?

—Debes permanecer en España, Martín. Como te dije cuando entraste a la Real Casa, es importante para mí que te sigas formando y crezcas rodeado de tus compañeros en la Casa de la emperatriz Isabel. Ya has asistido a algún acto con el rey don Carlos y su esposa, quienes me consta te tienen aprecio, en especial la emperatriz. Tu presencia en la Corte es necesaria para mí —le dijo Hernán Cortés, intentando que su hijo comprendiera la importancia que tenía.

Martín quedó triste y pensativo. Sentado junto a su padre en el carruaje, volvió la mirada

hacia afuera para ver de nuevo pasar los campos de trigo que había hasta donde alcanzaba la vista.

—Estaremos en comunicación, hijo. Aquí quedarás a cargo de Diego Pérez de Vargas, tu ayo. También permanecerá el licenciado Francisco Núñez, mi representante en España.

—Lo entiendo, padre. No debe preocuparse por mí —respondió Martín sin mirar a la cara a su padre, molesto por sentirse abandonado.

# Muerte de la emperatriz. Mayo 1539.

Martín y el resto de los pajes llevaban cinco días en Toledo, alojados en las estancias del palacio de los condes de Fuensalida. En la parte alta del palacio estaba, desde su último parto tres días antes, la emperatriz Isabel.

Los pajes de la Casa de la emperatriz la acompañaron en su viaje a Toledo, donde comenzó las labores de parto hacía unos días. Los pajes no oyeron los gritos de la emperatriz durante el parto, al ser esta una mujer fuerte. Según se rumoreaba, en los anteriores nacimientos nadie la había escuchado gritar tampoco. Pero en esta ocasión el parto había sido malo, y el hijo que llevaba dentro de ella había nacido muerto. Desde entonces las calenturas la habían ido consumiendo.

En el palacio de Fuensalida estaban junto a la emperatriz, el rey don Carlos y el hijo de ambos, el príncipe Felipe. El rey no se había despegado de la cama de su esposa desde que tuvo el fatídico parto. Los pajes habían acompañado dos veces al día al príncipe Felipe a la cercana iglesia de Santo Tomé para rezar por la mejoría de su madre. Se habían celebrado procesiones en Toledo y, en todas las iglesias y ermitas, se ofrecieron misas por la salud de la emperatriz. De nada sirvió.

El uno de mayo de 1539 fallecía la emperatriz Isabel. Martín pudo escuchar, desde la planta baja del palacio de Fuensalida, el grito lastimero del rey seguido de un gran llanto.

—¡Dejadme, que he perdido todo mi bien! —escuchó gritar Martín al rey, tal vez resistiéndose al intento de algunos nobles que lo acompañaban para que soltara el cuerpo de su esposa muerta.

Los pajes no se atrevieron a acercarse al monarca, quien se encerró en su alcoba. Con mucho respeto, se aproximaron al príncipe Felipe y le ofrecieron sus condolencias uno a uno.

—Gracias, caballero Martín —respondió el príncipe Felipe al escuchar el pésame de este—. Le encargo ruegue a Dios por su alma.

—Cada día de mi vida así lo haré, alteza —respondió Martín, quien se sentía agradecido con la emperatriz por el buen trato que siempre había mostrado hacia los caballeros pajes de su casa, en especial hacia él.

El príncipe Felipe levantó la mirada y observó a Martín, en ese momento supo que lo que el Mestizo le había dicho, lo cumpliría. Tenía fama de honesto y leal.

Antes de que naciera su primer hijo, la emperatriz había dado la orden de que en caso de que falleciera, no deseaba que su cuerpo se embalsamara. Entre los pajes corrió la voz de que la marquesa y la camarera mayor estaban preparando el cuerpo con betún de mirra y aloe. Tras ello fue envuelto en un hábito franciscano y lo depositaron en un ataúd de plomo, dentro de otro de madera. El espacio entre ambos ataúdes lo rellenaron de algodones, almizcle y otras hierbas olorosas.

Desde la Real Casa les habían hecho llegar a los pajes las ropas que debían usar para el entierro de la emperatriz. Tras haberse lavado y acicalado junto a sus compañeros, Martín se vistió de luto.

Delante de un espejo se afeitó y recortó el fino bigote de color castaño oscuro que se había dejado crecer desde que tuvo el vello suficiente. Su cabello moreno, peinado a la moda de la época, le cubría un tanto las orejas. Martín vio su reflejo en el espejo y, aunque no se consideraba vanidoso, reconocía que tenía buen porte, el cual le había facilitado cierto éxito entre

las doncellas cuando convivía con ellas o en algún baile. A sus dieciséis años sabía que era atractivo a ojos de las mujeres; sus ojos almendrados y del color de la miel, levantaban algún que otro suspiro entre ellas. La piel trigueña de cuando era pequeño se había tornado bronceada con los años. Su cuerpo, aunque delgado, no era en absoluto débil. Lo había tonificado con ejercicios físicos, más allá de que los que marcaban su tutor de juegos, destrezas y espada.

Se había vestido de negro absoluto, como era natural en esa situación. Sobre su jubón de terciopelo tenía bordada la cruz roja de la Orden de Santiago sobre su lado izquierdo. Entre la cruz y su corazón, había un pequeño botón interior que había ordenado coser en todos sus jubones y blusas, donde abrochaba siempre el estuche de fino cuero donde guardaba el pañuelo de su madre. La cruz de oro que le regalara su padre cuando partieron de la Nueva España, siempre la portaba colgando del cuello.

Se ajustó la gorguera para que ocultara las marcas dejadas por el médico de la Corte cuando le sajó los bulbos del cuello dos años antes, cuando enfermó de lamparones[20].

Recordó que cuando comenzó a sentirse enfermo, el licenciado Antonio de Toledo le mandó salir de la Real Casa y marchar a otro lugar, hasta que sanara. Se hospedó en casa de su ayo, Diego Pérez de Vargas, y allí estuvo varios meses recuperándose. Cierto día, cuando ya empezaba a mejorar, escuchó la voz del licenciado Francisco Núñez, gritando a su ayo.

—Señor Pérez de Vargas, ¡¿Por qué le mandó usted una carta al marqués del Valle con la nota de los gastos que había tenido debido a la enfermedad de Martín?! —preguntó enojado el licenciado Núñez—. Recibí ayer una carta del marqués en la que se muestra preocupado y alterado por saber qué está sucediendo con su hijo, a quien, según me dice en su carta, quiere tanto como al que ha tenido con su esposa, doña Juana.

—Quería que supiera que además de mis honorarios, se debían reponer los gastos adicionales del médico y su tratamiento —se defendió el ayo.

—Vuestra merced está mal y no ha actuado de manera honesta, discúlpeme. O eso, o ha querido preocupar al marqués con el estado de su hijo. Aquí estoy yo para soportar el gasto en que incurra el joven Martín por cualquier motivo. ¿Acaso no le pago cada mes sus honorarios? —inquirió el representante de Hernán Cortés.

—Cierto es que lo hace, licenciado. Sin demoras —intentó apaciguarlo con su respuesta el ayo.

—Pues despídase de ese dinero. Ese pago dejará de hacerse en breve. El marqués del Valle me ha ordenado encuentre un ayo que os sustituya al cuidado de Martín —terminó de decir el licenciado Núñez—. Ahora entraré a visitar al joven. Debo dar testimonio de su estado de salud en mi próxima carta al marqués.

Desde que Martín salió de casa de Diego Pérez de Vargas, quien había sido su ayo durante varios años, pasó a ser tutelado por Juan de Avellaneda.

Todos los pajes se formaron en la plazuela que había frente a la fachada del palacio de Fuensalida. Iban vestidos con jubones negros y, sobre sus cabezas, llevaban unos capirotes oscuros; cada paje portaba en su mano un hacha[21] prendida. Del palacio salió el ataúd de la emperatriz acarreado sobre los hombros de seis nobles, entre ellos el duque de Béjar, quien era tío de doña Juana, la actual esposa de Hernán Cortés. Cuando salieron del edificio portando el féretro, pudo ver Martín asomarse al rey por una de las ventanas. Le pareció a Martín que Su Majestad había envejecido varios años en dos noches. Ese mismo día, aunque más tarde, corrió el rumor de que, tras la salida del féretro de la emperatriz, el rey don Carlos se había retirado al monasterio jerónimo de Santa María de Sisla, desconsolado.

Una solemne comitiva recorrió las calles de Toledo acompañando el cuerpo de la emperatriz, el cual se dirigiría durante los siguientes días, custodiada por soldados y pajes, a Granada, donde descansaría junto a los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, ya que esta había sido siempre su voluntad.

Abrían el desfile cuatro maceros y, tras ellos, el grupo de pajes donde estaba Martín. Una compañía de soldados españoles y alemanes rodeaban el ataúd. Detrás del féretro iban el obispo de Badajoz y el obispo Campo, seguidos del príncipe Felipe afligido, lloroso, y tan pálido como si hubieran cubierto su piel con ceniza. Varios cardenales y prelados, así como embajadores, oficiales de la Casa Real, mayordomos y ministros, caminaban detrás del príncipe.

# Camino de Granada. Mayo 1539.

Al pasar por las calles toledanas, la vecindad salía para despedir a su reina entre lágrimas, gritos y alharacas; pero al abandonar la ciudad de Toledo, tan solo continuaron en la comitiva los pajes, algunos nobles y caballeros, así como un escuadrón de soldados. El marqués de Llombay y su esposa continuaron junto al príncipe Felipe el camino a Granada, acompañando a la emperatriz Isabel. Marcharon camino a Orgaz, donde harían su primer descanso.

Martín pensaba que, con la muerte de la emperatriz Isabel, había llegado al final de una etapa en su vida. Veía cercana la decisión de abandonar la Real Casa. Podía suceder que fuera llamado por el príncipe Felipe para integrarse en los caballeros de su Casa, pero era una incertidumbre. En eso iba meditando Martín mientras caminaban por los polvorosos caminos de Castilla hasta que llegaron a Orgaz, donde se celebraron misas por el alma de la emperatriz.

Al día siguiente partieron hacia Los Yébenes, donde descansaron en el Castillo de Guadalerzas. Desde ahí la comitiva continuó su camino hacia Granada y en los siguientes días hicieron altos en varias localidades: Castillo de Malagón, Santuario Nuestra Señora de la Reencarnación en Calatrava la Vieja, Santuario de la Reencarnación en Carrión de Calatrava, Santuario de la Virgen de los Santos en Pozuelo y en Calzada de Calatrava.

Descansaron un par de noches en Viso del Marqués, localidad que ese mismo año había vendido el rey a don Álvaro de Bazán y Solís, quien recibió a la comitiva de la emperatriz en compañía de su hijo, Álvaro de Bazán y Guzmán, y les atendieron con cortesía. Desde el Viso salieron hacia Navas de Tolosa, donde estuvieron alojados en su castillo. Luego pasaron por Linares, Baeza, Jaén y, por último, llegaron a Granada.

Durante esos días Martín no había dejado de recordar los años vividos en España. Hacía once años que su padre lo había sacado de la Nueva España, los mismos once años que habían trascurrido desde que conoció la muerte de su madre. Desde entonces a su padre le habían sucedido muchas cosas, con seguridad más de las que conocía Martín.

Supo que, en 1530, su querida abuela Catalina había partido con su padre a la Nueva España. Debido a una enfermedad durante la travesía, Catalina Pizarro tuvo que descansar unos meses en Santo Domingo, hasta que recobró algo de salud y pudo retomar el viaje, aunque todavía débil. A su llegada a la Nueva España, su abuela había fallecido y había sido enterrada en el convento de San Francisco de Texcoco. Saber de su muerte le ocasionó a Martín una profunda melancolía que le duró meses.

Conoció también la noticia del nacimiento de un medio hermano que llevaba su mismo nombre, hijo de su padre y de su esposa, Juana de Zúñiga. Se sintió herido cuando supo que ese niño sería el heredero del título de Marqués del Valle de Oaxaca, en lugar de él, que era el hijo primogénito de Hernán Cortés. El paso de las semanas y las charlas mantenidas con el licenciado Antonio de Toledo en la Real Casa, le habían servido para comprender que su padre lo había hecho para estar más vinculado con la nobleza española. Nombrar heredero del marquesado a un hijo nacido dentro del matrimonio con una noble castellana, hacía que las relaciones en la Corte fueran más directas y se pudieran obtener provechosos acuerdos.

Fue informado por otros, y no por su padre, pues los rumores entre la nobleza eran frecuentes, de la variedad de pleitos a los que había tenido que hacer frente Hernán Cortés a su llegada a la Nueva España. Entre otros, supo del juicio de residencia que inició apenas regresó de España, así como de otra demanda puesta por su anterior suegra, María Marcaida, al reclamarle

esta la mitad de los bienes habidos en el matrimonio con su fallecida hija. También conoció Martín que había un pleito contra la Audiencia que gobernaba en la Nueva España, a causa del censo de los veintitrés mil vasallos que le había concedido Su Majestad, ya que la Audiencia hacía un cálculo de vasallos que suponía que la cantidad de tributos que debía pagar, fuera mucho mayor.

En 1535 su padre había formalizado en la ciudad de Colima, en la Nueva España, su mayorazgo. Conoció Martín los fracasos continuados y problemas que había tenido con las exploraciones del Mar del Sur, así como con las encomiendas. Parecía que desde que había tomado la ciudad de Tenochtitlan, ningún emprendimiento había sido exitoso para Hernán Cortés.

Por todo ello, Martín había tomado la decisión de regresar cuando fuera posible a la Nueva España. Deseaba reencontrarse con la familia con la que convivió antes de marchar, así como conocer a los nuevos hijos de su padre. Tenía previsto ponerse a su disposición para ayudarle en lo que fuera menester para aliviar su pesada carga.

A la llegada a Granada de la comitiva fúnebre, fueron recibidos por el marqués de Mondéjar, don Luis Hurtado de Mendoza, a la sazón virrey y capitán general del Reino de Granada. Junto a él estaban los oidores de la Chancillería y gran cantidad de caballeros y soldados de la ciudad, todos de luto y con hachas prendidas.

Se dirigieron a la Capilla Real, donde hicieron la formal entrega del féretro de la emperatriz. Desde donde estaba, Martín pudo ver al marqués de Llombay abrir el ataúd en presencia del arzobispo, el obispo de Osma, el marqués de Villena y el capitán general de Granada. Al quitar las tapas y descubrir el cuerpo para su identificación, don Francisco de Borja, marqués de Llombay, tuvo un vahído y casi cae al suelo desvanecido.

—Cúbranla de nuevo, se los ruego —dijo con un hilo de voz, al tiempo que su esposa, la condesa de Faro, y doña Guiomar de Melo, se afanaban en volver a cubrir el cuerpo de la emperatriz.

El desagradable y penetrante olor a carne putrefacta se extendió en la gran sala. Sin duda el viaje bajo el sol, el fuerte calor y la falta de embalsamamiento, habían hecho que la carne se corrompiera.

—Vuestra merced debe jurar que el cadáver recibido es el de la emperatriz Isabel, esposa del rey don Carlos —dijo el arzobispo al marqués de Llombay, a quien todavía le estaban dando aire con unos palmitos.

—No puedo jurar que esta sea la emperatriz, pero sí juro que debe ser su cadáver el que aquí ponemos —respondió recuperando la presencia—. Juro tampoco más servir a señor que se me pueda morir —añadió, dejando claro a los presentes la fuerte impresión que había recibido al comprobar el cadáver.

Una vez celebrada la última misa de cuerpo presente, Martín Cortés acompañado de tres compañeros más, portaron el ataúd de la emperatriz hasta la bóveda, junto a los restos de los Reyes Católicos.

# Decisiones. Julio 1539.

A pesar de desconocer todavía lo que sucedería con los caballeros pajes que dependían de la Casa de la emperatriz, estos, a su regreso del entierro en Granada, continuaron con sus estudios y sus rutinas durante semanas. A finales de junio se empezaron a escuchar ciertos rumores y comentarios entre los mismos pajes y algunos maestros. No tardaron en llegar las noticias respecto a lo que sucedería con ellos.

—¡Mestizo, vamos a formar parte de la Casa del príncipe Felipe! —exclamó el Botijo con alborozo.

—Parece ser que el mismo príncipe ha elaborado una relación de los pajes que desea en su Casa. Nos han incluido a nosotros tres —añadió el Algarrobo, hijo bastardo del duque de Medina Sidonia.

—Sin duda se trata de una buena noticia. ¿Por dónde han llegado las nuevas? ¿Son confiables? —preguntó Martín, dudando de la veracidad de estas, ya que los rumores en la Corte y entre los sirvientes eran habituales.

—Un escribano de la Casa del príncipe es primo de mi padre. Él mismo envió la relación de pajes aquí, a la Real Casa —respondió el Algarrobo.

En ese momento entró al dormitorio uno de los escribanos y, sobre un lienzo de madera que había colgado en una pared, clavó unas hojas. Una vez salió del dormitorio, los muchachos fueron hacia el tablón para leer el anuncio.

En una de ellas estaba la confirmación de los caballeros pajes que entrarían a formar parte de la Casa del príncipe Felipe, en la misma se indicaba quienes, a partir de su incorporación, pasarían a tener el título *Gentilhombre de boca*. Martín observó la relación de los tres que cambiarían de categoría. El segundo de la lista era él, Martín Cortés Malintzin.

—A partir de ahora tendremos que servir el estofado al príncipe —comentó en voz baja Martín, defraudado por lo que le parecía un cargo humillante.

—No olvides, Mestizo, que también le acompañaremos a la guerra cuando sea preciso.

—Es cierto —respondió Martín mostrando una sonrisa, aunque en su interior sabía que era una posición de segunda en la Corte. O de tercera.

La otra hoja que había clavado el escribano eran las nuevas asignaturas y los horarios en los que se impartirían.

*Lunes. 10 h. Gramática castellana. Ortología y caligrafía*
*Lunes. 17 h. Latín.*
*Martes. 10 h. Sintaxis*
*Martes 17 h. Retórica y poética*
*Miércoles. 10 h. Álgebra*
*Miércoles 17 h. Geometría*
*Jueves 10 h. Trigonometría rectilínea*
*Jueves 17 h. Geometría analítica, dinámica, hidrostática*
*Viernes 10 h. Lengua francesa*
*Viernes 17 h. Lengua inglesa*
*Sábado 10 h. Fortificación y dibujo militar*
*Sábado 17 h. Geografía*
*Domingo. 10 h. Instrucción militar. Ordenanzas. Reglamento infantería*

*Domingo 17 h Esgrima.*

Martín se consideraba así mismo un buen estudiante. Había sido aplicado y obtenido buenas palabras de los maestros desde su incorporación a la Real Casa de Caballeros Pajes. Era habitual que ayudara a otros compañeros que tenían dificultades, fuera en letras o bien con los números; aunque lo que más le gustaba era lo relacionado con el arte de la guerra. Disfrutaba con las lecciones del maestro de defensa y de esgrima, así como con los ejercicios atléticos. Sentía que el esfuerzo corporal le liberaba de preocupaciones y hacía que se alivianara el sentimiento de soledad y abandono que sufría.

El viaje acompañando al último descanso de la emperatriz le había hecho recapacitar. Ya tenía la decisión tomada. No deseaba continuar en la Real Casa. Estaba cansado de los bailes de salón en la Corte, y de la hipocresía de los nobles e hidalgos, que pretendían medrar a costa de quien fuera. Aunque era bien conocido y estimado entre sus compañeros, Martín no consideraba a ninguno de ellos como verdaderos amigos. Sabía que las distintas familias siempre andaban tramando intrigas, a menudo, usando a los hijos que tenían en la Real Casa como herramienta para sus conspiraciones palaciegas.

El 18 de julio, como era habitual en él desde hacía unos años, se dirigió caminando a la Iglesia de San Pedro el Real, en las proximidades de la Real Casa. En esa ocasión le acompañaban el Botijo y el Algarrobo. Era el día de santa Marina y, en recuerdo a su madre, acostumbraba a celebrar una misa por su alma.

—Compañeros, os agradezco que me acompañéis a la misa por mi madre —comentó Martín mientras caminaban.

—No hay nada que agradecer, Mestizo. También tú nos acompañas en ocasiones a nuestras propias misas y oficios —respondió el Algarrobo.

—Ayer vi que había venido a visitarte tu ayo —comentó el Botijo—. ¿Todo en orden?

—Me hizo saber que mi padre nos había dejado unas minas en Taxco, en la Nueva España, a mis hermanos Luis y Martín, el chico. Los tres a partes iguales —comentó, recordando que junto a la mina su padre les había donado cien esclavos marcados con el hierro del rey don Carlos, para que dispusieran los tres de recursos para servir a Su Majestad.

—¿Os va a dar lo mismo a los bastardos que al marquesito? —preguntó el Botijo, poniéndose rojo al darse cuenta de que había llamado bastardo al Mestizo.

—No, Botijo. Tan solo compartiremos esas minas —respondió Martín, mordiéndose la lengua, ya que no le gustaba que denostaran a nadie de su familia, incluido su medio hermano Martín—. Bueno, también me ha dejado un par de encomiendas, en Tlapa y Atacaxtla, dos pequeños pueblos que no sé dónde se encuentran.

—Más vale que te lo administre alguien de confianza, Mestizo. Es la única manera de vigilar lo que sucede con tus bienes, en especial, compartiendo con tu familia la propiedad de alguno, como en la mina que mencionas.

—Yo mismo controlaré eso. Tengo pensado regresar en breve a la Nueva España, pero no a rascar en la herencia de mi padre para que me conceda algo más. Lo que deseo es ayudarle en lo que requiera. Es tiempo de agradecerle y tratar de devolver algo de lo que me ha dado. Todos estos años he estado aquí gracias a él.

—Como lo estamos todos, Mestizo. Nuestros padres son los nobles y los que tienen dineros. Nosotros somos los hijos ilegítimos a los que mantienen —dijo riéndose el Botijo, quien era más tonto que una oveja.

—Mi situación es distinta. No me siento cómodo permitiendo ser un mantenido y, aunque mi padre sea marqués, no pertenece a la nobleza en realidad. Sé que a Hernán Cortés se le

considera un advenedizo, a pesar de que haya hecho más por España y la Corona que muchos nobles de la Corte. Por seguro, más que todos ellos. No es necesario que me metáis en vuestro saco —respondió molesto Martín.

—El Botijo no ha querido ofenderte —intercedió el Algarrobo—. Ahora tú también tienes la oportunidad de tener una relación de confianza con el príncipe Felipe; seremos gentilhombres de boca. Podrás convivir con quien algún día será el rey de España. Aunque no tengas título, serás hidalgo, además de caballero de la Orden de Santiago.

—Ya os comenté que no estaba en la Corte para servirle las alubias al príncipe, ni para echarle más guisado en el plato, eso es lo que implica ser gentilhombre de boca. Estaré siempre junto al rey y al príncipe, pero deseo hacerlo en la guerra, no en el comedor de palacio. No soy hombre de andar cuchicheando como las doncellas, o como algunos de los hijos de nobles a los que conocéis, que creen que esparcir rumores sobre unos u otros caballeros es también un tipo de batalla. Deseo honrar a mi padre, a la Orden de Santiago y al rey, pero no de la manera que se pretende —respondió Martín, dando por terminada la conversación al llegar a la iglesia.

# Hermanas. Abril 1540.

Era el segundo viaje que hacía a través del océano y de nuevo tuvo una travesía bastante complicada. Martín había partido de Sevilla a principios de año y, al igual que ya pasara en el trayecto de ida, el barco se vio golpeado de nuevo por una fuerte tormenta cerca de las Lucayas, lo que le hizo maldecir este lugar. El piloto intentó entrar con el navío al puerto de la Habana, pero el temporal se lo impidió, haciendo que embarrancara en unos bajos cerca de tierra. Desde la costa, unos esquifes se acercaron al barco cuando el oleaje lo permitió y pudieron llevar a los pasajeros hasta la ciudad. Tras descansar una semana en Cuba, Martín pudo retomar su viaje, embarcándose con destino a Veracruz.

La llegada a la primera ciudad española fundada por su padre en la Nueva España, y la última en la que estuvo el propio Martín, le trajo recuerdos de su niñez. Hacía doce años que había salido de ese puerto, teniendo solo seis años por entonces. Nuevas construcciones de edificios junto al mar como atarazanas, renovadas fortificaciones y muelles, hacían casi irreconocible el lugar en el que estuvo un par de días antes de viajar a España.

No tardó en encontrar un grupo de viajeros que se dirigían a la ciudad de México, capital de la Nueva España, y se unió a ellos tras pagar con un puñado de monedas al guía que organizaba la caravana, así como a los arrieros. Adquirió en Veracruz una vieja yegua overa por poco dinero, la cual serviría para que no hiciera el camino a pie, aunque viendo las condiciones tan malas en las que se encontraba el animal —pensó Martín—, casi seguro que terminaría el viaje caminando.

Durante el recorrido prefirió no compartir su nombre, y dejar que los que viajaban en la caravana pensaran que se trataba de un comerciante que iba en busca de productos para mercadear en España. Escuchó las opiniones de los que allí vivían respecto a Hernán Cortés. Supo cuan respetado era su padre, tanto por los indios como por los españoles. Le pareció entrever un deseo para que el marqués, como lo llamaban, fuera gobernador o virrey y con ello, defendiera mejor los intereses de aquellos que vivían en la Nueva España.

El viaje a México fue lento al tener que marchar en grupo y compartir el trayecto con varios mercaderes que iban con carros cargados de productos, impidiéndoles avanzar a buen paso. Acababan de atravesar un tramo bastante frío al que llamaban, Paso de Cortés, situado entre las cumbres nevadas del volcán Popocatépetl y la cima del Iztaccíhuatl, cuando Martín pudo divisar desde las alturas, la ciudad de México. Esta ya no aparecía rodeada por un gran lago como había escuchado en tantos relatos, aunque sí se veía una laguna en uno de sus laterales.

Martín se separó de la caravana que marchaba hacia México, ya que deseaba hacer un alto en Texcoco, donde se dirigió al convento de San Francisco. Una vez allí, solicitó ver a su abad. Rogó al religioso que le concediera permiso para poder acceder y rezar en la tumba de su abuela, Catalina Pizarro. El franciscano, al conocer la identidad de Martín Cortés, le abrió no solo las puertas de la capilla donde estaba enterrada su abuela junto al altar, sino que le ofreció una de las celdas que había sin ocupar para que descansara de su viaje. En el convento todos estaban agradecidos por las numerosas donaciones que su padre había realizado a lo largo de los años. El abad le hizo saber dónde se encontraban también enterrados dos medios hermanos suyos, hijos de doña Juana de Zúñiga y Hernán Cortés, quienes nacieron y murieron al poco de llegar a la Nueva España. Rezó por todos ellos, así como por Marina, su madre, a la que nunca olvidaba en sus plegarias.

Su ayo, Juan de Avellaneda, le había dicho antes de partir de España, que su padre vivía en el palacio que se había construido en Cuernavaca, junto con su esposa e hijos, tanto naturales como legítimos. Desde Texcoco, tomó el camino hacia esa ciudad, donde quedó asombrado al llegar por la fabulosa vegetación de la ciudad y su fresca temperatura. No le costó dar con el palacio de su padre.

Se impresionó de la grandeza de la residencia que Hernán Cortés había construido a las afueras de Cuernavaca, en la falda de una colina. Era un lugar agradable, rodeado de frondosas plantas y árboles. El palacio tenía dos niveles y al menos veinte varas[22] de altura, con arcadas en el tercio central de su fachada, siendo los otros dos extremos un muro de piedra con algunas ventanas diseminadas. Le pareció a Martín más una fortaleza que un palacio.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó un criado indio que le atendió tras abrir la puerta de palacio.

—Diga al marqués que aquí se encuentra su hijo, Martín Cortés. —Al comprobar la sorpresa del sirviente recordó que también se llamaba así el hijo que había tenido de su esposa— Disculpe, mi nombre es Martín Cortés Malintzin, soy el primogénito del marqués. He venido desde España.

El criado le hizo esperar más de una hora en el exterior de palacio. Cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, abrió el sirviente la puerta y le pidió que le acompañara al interior. Al acceder a un pequeño salón bien iluminado el criado le indicó que tomara asiento. Martín prefirió permanecer de pie y asomarse por el ventanal. A lo lejos, entre la ligera lluvia que caía, se veía una loma alta y cubierta por un espeso bosque. Su cima aparecía despejada de árboles, los cuales debían haber sido talados. Le pareció ver a Martín que sobre el pico había erigida una gran cruz.

—La llaman la Cruz del Marqués. Desde ese lugar en adelante son los dominios de mi esposo, Hernán Cortés, el marqués del Valle de Oaxaca —dijo una voz de mujer a espaldas de Martín, mientras este contemplaba la pequeña montaña.

Martín se giró y se encontró con una mujer de belleza sencilla. Portaba un vestido de paño fino y tenía su cabello corto, algo raro en una mujer de la nobleza. Su piel pálida, daba la sensación de pertenecer a alguien enfermizo, pero cuando vio la vitalidad que tenía en sus movimientos se dio cuenta Martín que había sido una falsa impresión.

—Vuestra merced debe ser doña Juana —dijo Martín haciendo una pequeña reverencia—, le agradezco que me haya recibido. Mi nombre es...

—Martín. Su nombre es Martín —le interrumpió doña Juana de Zúñiga— igual que el de mi hijo, y el de su abuelo. Por favor, le ruego tome asiento, creo que tenemos mucho de qué hablar.

—No quisiera importunarla, doña Juana. El motivo de mi visita es ver y hablar con mi padre, si no es inconveniente —se excusó Martín.

—Veo difícil esa conversación. El marqués partió el pasado mes de enero hacia España en compañía de nuestro hijo Martín y de Luis, otro hijo natural del marqués —comentó doña Juana, tomando asiento junto a la butaca que le había ofrecido momentos antes—. Al menos vuestro padre ha tenido la decencia de no traer más hijos ilegítimos al palacio desde nuestro matrimonio —le dijo con una fría sonrisa.

Martín se sintió desfallecer. No había pensado que su padre regresaría a España en la misma temporada en que él cruzaba el mismo océano. Tampoco el licenciado Francisco Núñez o su ayo, Juan de Avellaneda, le habían informado al respecto cuando Martín les hizo saber de su viaje. Tal vez alguna de las cartas que envió Hernán Cortés a España avisando de su regreso se habían perdido. O quizá algún pirata había asaltado el navío que las llevaba, lo cual era cada vez más

habitual.

Se dejó caer en la butaca, cansado, avergonzado y confundido. Había sido un viaje costoso para él, tanto en lo económico, como en el riesgo a causa de los temporales. Viajó con la intención de ponerse al servicio de su padre y apoyarle en cualquier necesidad que tuviera, y ahora veía que no podría llevarlo a cabo.

—Comprendo que puede sentirse afectado al no haber encontrado a su padre tras un viaje tan arduo. Yo misma perdí a mis hijos gemelos al poco de llegar, sin duda por las penurias vividas en la travesía. Le ruego descanse en nuestra casa el tiempo que requiera. Aquí podrá conocer a parte de su familia y reencontrarse con sus otras hermanas, quienes también viven en nuestra residencia.

—Le agradezco mucho, doña Juana —dijo Martín inclinándose hacia ella y tomando sus manos—. Es usted muy amable. Estuve en el convento de Texcoco y recé ante la cripta de sus hijos —le comentó, consiguiendo una tímida sonrisa de la mujer a modo de agradecimiento.

Los días siguientes fueron alegres para Martín, a pesar del desafortunado viaje y de la desilusión de no poder encontrarse con su padre. Volvió a ver a Leonor Cortés, quien había nacido pocos meses antes de que Martín marchara a España. De igual manera conoció a las tres hijas de su padre y doña Juana, María, Catalina y Juana. Pero el reencuentro con el que más disfrutó y del que tuvo mayor gozo, fue el de ver de nuevo a su hermana mayor, Catalina Pizarro. Con ella convivió durante toda la semana que estuvo alojado en Cuernavaca.

Catalina vivía en el palacio de Hernán Cortés desde que lo construyó. Martín la había visto por última vez hacía doce años, cuando marchó a España junto a su padre. Ella apenas tenía doce o trece por aquel entonces, y había sido durante su primera infancia, como una segunda madre para Martín, en ausencia de Marina.

—Tengo una sorpresa para ti, Martín. Seguro que te alegra mucho y te hace feliz —le dijo un día en el que paseaban ambos por el patio del palacio, tras la segunda lluvia del día y antes de que llegara la tercera, cosa que siempre ocurría en esa estación.

—No hay nada que me pueda hacer más feliz que haberte vuelto a ver, Catalina —respondió Martín, sin poder ocultar la emoción de estar de nuevo junto a su hermana mayor.

—No seas tonto. Acompáñame. Creo que sí que hay algo que te alegrará más que ver a una mujer solterona —dijo tomándole de la mano y arrastrándole al interior del palacio.

Martín subió tras su hermana hasta la habitación de ella, que estaba en uno de los extremos de la planta alta. El dormitorio de Catalina, amplio y bien iluminado, tenía una mesa y dos sillas junto a la ventana, así como varios libros sobre la mesa.

—Cuando regrese a España, espero que uses esa pluma para escribirme, Catalina. No quiero estar más tiempo sin saber de ti —dijo al observar el tintero y la pluma junto a este.

—Siéntate, Martín —le pidió su hermana mientras se agachaba junto a su cama y sacaba una caja de madera de abajo—. Del palacio donde crecimos en Coyoacán me traje este pequeño arcón. No sé si lo recuerdes.

—Creo que sí —respondió Martín, sin apartar la mirada de lo que cargaba su hermana con las manos—. ¿Puede ser la caja donde mi madre guardaba sus ropas?

—Así es, hermano.

Martín sintió una profunda emoción naciéndole del pecho. Su hermana lo abrazó.

—Nunca comprendí como pudiste estar tan unido a ella, habiendo convivido tan poco tiempo, Martín. No quise que se perdiera esto. Sabía que un día regresarías y te haría feliz tenerlo. Recuerdo que siempre portabas uno de sus pañuelos contigo.

—Sí, también lo recuerdo —respondió Martín, evitando mencionar que todos los días de su

vida llevaba con él ese mismo pañuelo dentro de un estuche.

—¿Quieres abrirlo?

Martín levantó la tapa de madera. En su interior aparecieron unos huipiles doblados. No quería sacar la ropa de su madre y removerla. Martín le agradeció el regalo a su hermana.

—Catalina, marcharé de Cuernavaca en los próximos días. Tengo intención de ir a la ciudad de México y resolver un pendiente. Una vez lo haga, regresaré a España —le dijo Martín, resuelto a seguir los pasos de su padre.

—Llévame contigo, hermano. No quiero seguir viviendo en este palacio. Cuando padre no está presente, el trato de doña Juana conmigo es distinto. No soy su hija y comprendo que verme solo le trae amargura. Luis ya marchó con padre a España.

—Pero aquí vive Leonor, ella también es medio hermana nuestra.

—Leonor tenía solo dos años cuando regresó padre de España ya casado, y no ha sido difícil el trato con ella, pues la crio desde pequeña. Yo ya era una moza cuando conocí a doña Juana.

—En esta ocasión no puedo llevarte conmigo —le dijo Martín tras pensarlo unos momentos —. Debo regresar a España. Tengo planes para incorporarme al ejército del rey, pero confío en encontrarme con nuestro padre a mi regreso y le pediré que prepare tu ida a España. Le solicitaré que concierte un matrimonio que te permita vivir allá.

Catalina lo abrazó agradeciéndole por interceder ante Hernán Cortés y procurar buscarle un esposo, cuyo matrimonio la sacaría de continuar viviendo en el palacio de Cuernavaca junto a su madrastra.

—¿Deseas que te guarde el arcón con la ropa de tu madre hasta que te vuelva a ver? —le preguntó Catalina, observando el pequeño baúl en el suelo.

—No, hermana. En lugar de dejarte como guardiana de la ropa de mi madre, he pensado que será mejor llevármelo —respondió sonriendo Martín, quien ya tenía en mente qué hacer con la ropa de su madre.

Diez días después de su llegada a Cuernavaca, se despidió Martín de doña Juana y de todas las niñas de la casa. Emocionado, se abrazó con su hermana al despedirse. Catalina le recordó su promesa.

—Te ruego intercedas con padre para que concierte un matrimonio para mí. Asegúrate que a quien elija sea un buen hombre, Martín —le susurró al oído mientras se despedía de él—. Confío en ti.

—Así lo haré, hermana —le respondió Martín, tras lo cual subió al caballo que le había regalado doña Juana, en lugar de la vieja yegua overa con la que llegó. Dándole un suave golpe con los talones, el rocín salió al paso de la propiedad de Hernán Cortés.

Casi al final del día había alcanzado la ciudad de México. Preguntó a unos caballeros que vio por la plaza mayor por el hombre al que buscaba, y a estos, no les bastó con darle las indicaciones, sino que le acompañaron hasta la misma casa del señor, ubicada en la calle de Medinas. Con una leve reverencia, se despidieron de Martín. Este no había dudado que, por el nombre y cargo, todo el mundo sabría dónde residía ese hombre por quien había preguntado.

Frente a Martín había un edificio de dos alturas con numerosos ventanales y balcones enmarcados en piedra gris. La fachada, roja como la sangre, resaltaba contra el resto de las edificaciones de otros colores más suaves. Recordaba que el palacio de Coyoacán donde pasó sus primeros años también tenía su superficie del mismo color. Había mucho parecido entre ambas casas. Por seguro, el fuerte color rojo en ambas residencias había sido requerido por la misma persona en el pasado.

Tras presentarse, la sirvienta que abrió la pesada puerta con grandes remaches metálicos le

pidió entrara al vestíbulo. La criada cerró la gruesa hoja de madera una vez la cruzaron jinete y montura. Un criado tomó el caballo de Martín, el cual iba cargado con unas alforjas y un voluminoso fardo sobre la grupa, para llevárselo hacia los establos de la casa. En un frío banco de piedra descansó Martín hasta que le hicieron pasar a un salón de la planta baja, anexo al vestíbulo donde había esperado.

La sirvienta le hizo saber, mientras llenaba un vaso de agua, que el señor de la casa no había regresado todavía de sus quehaceres.

—La señora hace días que se ha trasladado a una casa de descanso en los bosques de Chapultepec, por lo que tendrá que esperar al señor en el salón —dijo la criada.

—¿Acaso se encuentra en casa su hija?

La sirvienta revisó de nuevo al visitante de pies a cabeza y comprobó que iba bien vestido, parecía educado y no iba armado.

—Así es, la señorita se encuentra en casa, pero comprenda vuestra merced que primero deberá recibirle su señor padre.

—Lo comprendo —comentó Martín, tomando asiento y esperando a que apareciera el dueño de la casa.

Ya estaba atardeciendo. Martín llevaba dos horas esperando en el salón cuando vio a través de las cortinas unos caballos deteniéndose frente a la puerta principal de la residencia. El mozo que iba a caballo desmontó y ayudó al señor mayor, que iba sobre el otro animal, a bajar de su montura. Se notaba que no necesitaba ayuda para descabalgar, pero Martín vio que se trataba de un gesto de caballerosidad y no de apoyo.

Escuchó abrirse las puertas de par en par, y el sonido de los cascos de los caballos al entrar en el vestíbulo. Unas voces se oían afuera de la sala donde esperaba Martín, sin duda estaban informando al señor de la casa de la visita de un hombre que se hacía llamar Martín Cortés, pero no se trataba del pequeño hijo del marqués del Valle.

Se abrió la puerta de la estancia y un hombre delgado, con escaso cabello cano y una bien recortada barba gris, entró a la sala. Se detuvo observando al joven visitante, cerrando la puerta tras él. Se acercó hacia Martín para verlo mejor con la escasa luz que entraba por la ventana. Se detuvo frente a él.

—Sin duda sois Martín Cortés Malintzin —dijo el señor de la casa mientras asentía con su cabeza, reafirmándose en lo dicho.

—Ese es mi nombre. Juan Jaramillo es el nombre de vuestra merced, y sois el alcalde de México —le respondió Martín.

Tras estrecharse las manos, Juan Jaramillo perdió la timidez inicial y abrazó a Martín, quien le devolvió el abrazo honesto del hombre, palmeándose ambos la espalda. Al separarse, Martín vio a Juan Jaramillo sonrojado por la emoción del encuentro.

—La última vez que os vi, teníais tan solo cuatro o cinco años. Yo había regresado de las Hibueras junto a vuestro padre, y junto a Marina, vuestra madre.

—En ese viaje, si no estoy equivocado, usted y mi madre se casaron.

—Así es. Me casé con Marina en el viaje de ida, y en el viaje de regreso, en el barco que nos traía, nació María, nuestra hija. Lástima que poco más de un año después falleciera Marina. ¡Qué gran mujer fue! —dijo Juan Jaramillo con el rostro entristecido.

—Lamento ser la causa que le haya hecho recordar y volver a revivir la pena de aquella pérdida. No pretendo con mi visita causar molestias y amarguras. Desearía, si no es inconveniente para vuestra merced, poder conocer a mi media hermana, María —comentó Martín.

—Vuestra visita no es molestia alguna. De hecho, ahora mismo ordenaré le preparen una habitación —dijo al tiempo que se acercaba a una pequeña campana de plata que había sobre la mesa y la hacía sonar—. Deseo pueda disfrutar unos días en nuestra compañía y conocer mejor a mi hija María, vuestra media hermana.

Al momento entró el mozo que había ayudado a bajar a Juan Jaramillo de su caballo cuando llegaron a la casa. Este le hizo saber que el invitado se quedaría a dormir durante unos días y que avisara al servicio para que se le preparara un dormitorio. Hizo también llamar a su hija, para que acudiera a la sala.

—Martín, siéntese, se lo ruego —dijo Jaramillo al tiempo que le indicaba una butaca y él mismo se sentaba frente a esta.

—Por lo que he escuchado, el viaje a las Hibueras debió de ser duro y harto difícil —comentó Martín.

—Casi tan terrible como lo que nos supuso el sitio y toma de esta ciudad, y créame que esto fue algo horrible —respondió Jaramillo—. Siempre había tenido Hernán Cortés soldados y capitanes a su alrededor que pensaron en traicionarle, pero vuestro padre supo imponerse a todos ellos. Jamás pensé que el capitán Cristóbal de Olid, quien había demostrado ser un excelente guerrero, valeroso y con honra, fuera a resultar un traidor. Se dejó embaucar por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, el verdadero enemigo de Hernán Cortés. Le ofreció ser el gobernador de Honduras y lo convenció para ello, lo que fue una traición para vuestro padre. Ese fue el motivo de la expedición a las Hibueras, castigar a Cristóbal de Olid.

—Vuestra merced al menos regresó con una esposa y con una hija de esa expedición —respondió Martín.

—Es cierto, y cada vez que veo a mi hija, me lleno de orgullo. Hay en ella muchos rasgos de Marina, la Malinche, como la llamaban algunos. Parece que escucho los pasos de María viniendo —dijo al tiempo que se abría la puerta de la sala y entraba una joven de piel aceitunada, similar a la del propio Martín.

—Hija, te presento a tu medio hermano, Martín Cortés Malintzin —comentó Juan Jaramillo, levantándose de la silla.

María Jaramillo se acercó a Martín y le abrazó emocionada, mismo sentimiento que contagió a su padre, a quien se le escaparon unas lágrimas al presenciar el encuentro de ambos.

—Martín se quedará unos días con nosotros —dijo Juan Jaramillo.

—Hermano, he rezado muchas veces para que Dios me diera la oportunidad de volver a verte. Nos conocimos cuando era yo pequeña, pero no guardo el recuerdo. Padre se casó de nuevo y no ha tenido más descendencia con su nueva esposa, por lo que tú eres, Martín, tras mi padre, mi única familia —comentó con una dulce voz María Jaramillo, mientras tomaba las manos de Martín y las apretaba.

La cena de esa noche se alargó hasta la madrugada. Los hermanos no dejaban de contarse su vida, preguntándose uno a otro, interrumpiéndose, riéndose de sus vivencias, emocionándose por las pérdidas, enfermedades y daños que cada uno había sufrido. Juan Jaramillo los observaba en silencio, sin atreverse a interrumpirles. Se trataba de un diálogo entre hermanos que pareciera se hubieran dejado de ver el día anterior, por la manera con la que se hablaban y entendían.

Juan veía que los rasgos de ambos eran similares. Hermano y hermana tenían la piel del color del bronce, cabello fino y lacio, castaño oscuro. Las miradas, similares. Los ojos, marrón suave, como la miel de romero. Los dos tenían buen porte. Martín era delgado, pero fuerte; alto, más de lo que era común entre los jóvenes de su edad. María tenía el cabello largo y, a sus catorce años, comenzaban a formarse las líneas de la mujer que sería en poco tiempo.

Martín también observaba a su hermana cuando hablaba. Encontraba en sus rasgos y expresiones algo familiar, aunque no lograba saber qué era. En ocasiones, mientras ella le contaba algo, Martín se perdía en su pensamiento, tratando de averiguar a quien le recordaba su media hermana.

Se convencía de que la semejanza de María Jaramillo se debía a que compartían la misma madre.

—Quisiera entregarte algo que he traído, María. Un regalo, pero necesito que me indiquen dónde se encuentra mi alcoba, ya que habrán llevado a ella mis pertenencias.

La sirvienta acompañó a Martín a la planta alta de la casa y le condujo a través de un pasillo que daba a un patio interior, hasta su dormitorio. Sobre el respaldo de una silla colgaba la alforja con sus ropas, y sobre la cama, el fardo que portaba su caballo encima de la grupa. Lo tomó y salió de su habitación, dirigiéndose de nuevo al salón donde le esperaban Juan Jaramillo y su hija.

—Creo que eres la persona que debe tener esto —dijo Martín entrando a la sala donde habían cenado hacía unas horas, y en la cual continuaban conversando—. No se vería bien que un caballero fuera cargando con ella —comentó dejando el arcón sobre la mesa, frente a María Jaramillo.

La joven abrió la caja intrigada. No comprendía lo que estaba viendo en su interior. Parecían ropas tradicionales mexicanas. Tomó una de las prendas que había encima dobladas y la sacó, desplegándola.

—Es un huipil —comentó sin entender lo que pretendía su hermano al regalarle eso.

Juan Jaramillo recordó al momento a quien pertenecían esas prendas. A la Malinche siempre le había gustado esa vestimenta, y nunca usó ropas castellanas.

—Es un huipil… —repitió María— ¿De nuestra madre?

—Sí. Es un huipil de nuestra madre.

María sacó una tras otra las prendas que había en el interior del arcón. Sobre las sillas fue extendiendo cuatro huipiles y cinco pañuelos.

—No uso ropas mexicanas, y aunque las fuera usar, prefiero guardar esto como un tesoro —dijo sonriendo—. Gracias, hermano. Jamás hubiera esperado que se conservaran sus ropas. No dejó ninguna en casa cuando marchó hacia Xilotepec.

—¿La recuerdas? —preguntó Martín.

—Tenía dos años cuando marchó —respondió María, dando a entender que no conservaba ningún recuerdo de ella.

—Fue hacia Xilotepec, cerca de Santiago de Querétaro. Quería organizar una encomienda que le entregó como dote Hernán Cortés. En un pueblo cercano, antes de llegar, enfermó de viruelas y falleció —le informó Juan Jaramillo.

—Sí, lo supe por mi padre. Recuerdo algo su cara, su cabello y su vestimenta —comentó Martín, observando las ropas de la Malinche sobre la silla.

—A nuestro regreso de las Hibueras, aprovechó para visitarte en varias ocasiones en casa de Luis Altamirano. La acompañé durante algunas visitas. Ella cargaba a María, que era un bebé por entonces. Tú jugabas con tu madre cuando tu hermana dormía. Te quería mucho. Te llamaba «mi tigre» con cariño.

—Recuerdo nuestra despedida, antes de marchar yo con mi padre a España —dijo Martín, evitando decirles que lo que más recordaba era su olor—. Mi abuela Catalina me enseñó una carta donde también mi padre se refería a mí como un pequeño tigre —comentó sonriendo al recordarlo.

—Es hora de descansar. Martín, puede quedarse en nuestra casa el tiempo que precise —Juan Jaramillo, se levantó de su silla.

—Estaré solo unos pocos días. Vine a la Nueva España a reencontrarme con mi padre, pero por una terrible coincidencia, los dos hicimos el viaje cruzando el mar sin saber que el otro iba en dirección opuesta.

Los dos hermanos disfrutaron toda la semana de la compañía del otro. Ambos paseaban por las calles del centro de la ciudad. María, agarrada del brazo de Martín, le iba mencionando los propietarios de algunos de los más grandes palacios y residencias de la ciudad de México.

Los hermanos mestizos se acercaron a contemplar las antiguas atarazanas, en las orillas de la laguna que todavía existía por un lateral de la ciudad. En su interior se conservaban algunos de los bergantines que ordenó fabricar Hernán Cortés en Tlaxcala para sitiar por agua a Tenochtitlán.

—Uno de esos bergantines lo capitaneó mi padre —le dijo María.

—Es increíble que todavía se conserven bien. ¿Sabías que los construyeron en Tlaxcala y que los trajeron despiezados hasta Texcoco?

—Sí, mi padre me contó que con esos pequeños barcos atraparon a Cuauhtémoc cuando intentaba huir de Tenochtitlan, el mismo día en el que Hernán Cortés entró con sus tropas y se asentó en Tlatelolco.

Martín se sorprendió al comprobar la longitud y la gran anchura de las calles, así como la rectitud de estas. Por María supo que antes de la conquista de los españoles, la antigua ciudad de Tenochtitlan tenía solo un tercio de sus calles sobre tierra, el resto eran canales navegables en su mayor parte, algunos todavía en uso, con una pequeña franja de tierra para caminar a modo de calzada. El centro de la ciudad, donde estaba la plaza mayor a la que la gente llamaba zócalo, tenía todas sus calles cercanas de tierra firme, al haber sido cegadas las antiguas vías acuáticas que existieron.

—Esta plaza se construyó sobre el más grande recinto sagrado de Tenochtitlan, hermano. Ahí donde está la residencia de tu padre —dijo señalando un gran edificio en un lateral de la plaza—, estuvo el palacio de Moctezuma II. La iglesia que ves la construyeron con las mismas piedras que levantaron el Templo Mayor, dedicado a Huitzilopochtli y a Tláloc.

Martín seguía quedándose absorto contemplando las expresiones de su hermana al hablar, sus gestos al explicar las cosas, y hasta su forma de caminar. Todo le era, de alguna manera, familiar. Seguía pensando que lo que veía en ella eran sus mismos gestos, ya que ambos compartían madre. No fue sino hasta que se quedó observando su sonrisa, cuando le vino a la memoria otra persona. Una mujer que hacía doce años que no había vuelto a ver, y que ya había fallecido hacía tiempo. Martín recordó, viendo a María, a su abuela Catalina Pizarro.

En ese momento todo cobró sentido en la mente de Martín. Las expresiones en el rostro de María Jaramillo, sus gestos, su forma de sonreír, de hablar e incluso de caminar. Todo le recordaba a su abuela Catalina, con la cual convivió cuando llegó a España, y a la que tanto había amado.

¿Cómo podía ser?

Cerró un momento los ojos y detuvo su paso. Qué estúpido había sido. Sí, un verdadero idiota. Martín comprendió lo evidente. Su padre había entregado a su madre, la Malinche, a Juan Jaramillo y ambos se casaron. Pero la pasión que hubo entre la Malinche y Hernán Cortés no se detuvo, a pesar de que ella estuviera casada con otro hombre. Sin duda tuvieron encuentros apasionados, fruto de los cuales su madre había quedado preñada de Hernán Cortés de nuevo.

—Martín, hermano. ¿Te encuentras bien? —preguntó asustada María Jaramillo al comprobar que su hermano se había detenido con la mirada perdida y su rostro había palidecido.

—Sí, María. Disculpa. Tuve un ligero mareo —respondió Martín observándola de nuevo con atención. No había duda. Podría ser mestiza, como él, pero las expresiones de su rostro eran las mismas que las que tenía la madre de Hernán Cortés, su abuela Catalina. Ahora que la veía con atención, tenía hasta la misma forma de la nariz que ella. Como se solía decir, María había *abueleado*.

—Padre… —murmuró Martín negando con su cabeza mientras observaba el piso empedrado de la plaza mayor.

—Hermano, me estás asustando. Mejor vamos a tomarnos una bebida de cacao bajo los arcos del edificio. Dicen que muchos españoles sufren de días con mareos cuando llegan a esta ciudad. Alegan que les falta el aire y el resuello. Creo que eso te ha sucedido.

Le agarró del brazo y lo encaminó a una cantina donde servían bebidas, galletas y bizcochos dulces. Sentado en la mesa bajo los arcos del edificio, Martín vio a las personas paseando por delante de él. Observó a españoles con ropajes elegantes junto a sus esposas e hijos, aunque también contempló indios vestidos a la usanza de los castellanos. De vez en cuando observaba a los numerosos niños de piel morena que paseaban en el zócalo.

—Son mestizos, Martín, como nosotros —comentó su hermana mientras estaban sentados a un lado de la plaza, bebiendo cacao—. Los españoles se emparejaron desde su llegada con indias. También nobles mexicas, que son los que ves vestidos al modo de los castellanos, han tenido esposas españolas. Los hijos de estas parejas son los que ves con la piel morena; más oscura que la de los españoles y más clara que las de los indios.

Martín no podía quitar de su pensamiento lo descubierto hacía una hora escasa a unos pasos de donde se encontraban. Juan Jaramillo era un buen hombre, no se merecía saber lo se le había revelado a Martín. Algún día, tal vez, se lo diría a su hermana, pero sería hasta que Juan Jaramillo no estuviera en este mundo.

—¿Todos viven en la ciudad? —preguntó intentando sacar de su cabeza el hallazgo de parentesco que había hecho sobre su hermana.

—Así es, aunque hay áreas en las que viven más españoles y otras en las que viven más indios. En el centro, donde estamos, suelen vivir más españoles o descendientes de los conquistadores, aunque también algunos nobles mexicas tienen sus casas nuevas por aquí —informó a su hermano, quien se quedó mirándola con afecto.

—Dime, María. ¿No tienes más hermanos? ¿Tu padre no ha tenido más hijos de su segunda esposa?

—No, no tengo más hermanos. Creo recordar que te lo comenté cuando nos conocimos. A pesar de que llevan casados más de diez años, mi padre no ha tenido hijos con Beatriz, mi madrastra. Tal vez ella tenga el vientre seco.

Martín pensó que podía ser esa posibilidad, o bien, que el mismo Juan Jaramillo fuera impotente o estéril, lo cual confirmaría la sospecha de que María era, con probabilidad, su hermana de sangre.

—¿Todavía no tienes pretendientes siendo tan bonita? —preguntó Martín, dando un nuevo rumbo a la conversación.

María se ruborizó por la pregunta. Tras dar un trago a su bebida de cacao, miró hacia la plaza mayor, frente a ellos.

—Tengo un pretendiente, pero mi padre dice que todavía soy joven y que debo esperar unos años más. Él ya le ha pedido mi mano. Padre le ha hecho saber que se la concederá si espera y se

comporta de manera honorable durante este tiempo.

—¿Quién será el afortunado de tenerte por esposa?

—Muy curioso es vuestra merced —le respondió riendo María—. Se trata de Luis de Quesada, un caballero nacido en España. En Granada. Tiene una encomienda en Santiago de Querétaro. Es un hombre serio y honrado.

No le mencionó a Martín, que su padre casi encierra a su prometido en los calabozos por haber organizado con sus amigos el falso rapto de María. Juan Jaramillo impidió que se la llevaran de casa. A regañadientes, y para que no se supiera que había existido algo entre ambos antes del matrimonio, su padre concedió a Luis de Quesada la mano de su hija.

En una de las frecuentes conversaciones que Juan Jaramillo y Martín mantuvieron esos días, supo Martín que, tras el regreso de la expedición a las Hibueras, Hernán Cortés le había nombrado alcalde ordinario en 1526. Hacía un año que Juan Jaramillo había sido nombrado de nuevo alcalde de México, y ahora era alcalde de Mesta. No se avergonzó cuando comentó a Martín que en 1530 se negó a sacar el pendón en la fiesta de san Hipólito, fecha en la que se conmemoraba el triunfo español en la toma de la antigua Tenochtitlan. Fue amonestado por el cabildo de México por esa negativa, pero no pasó a mayores.

—¿Por qué lo hizo, Juan? ¿Por qué se negó a sacar el pendón?

—Martín, estuve junto a Hernán Cortés en cada una de las batallas que tuvo desde nuestra llegada a las Indias. Luché en Cempoala, Tlaxcala y Cholula, además de otros enfrentamientos menores. Escapé de Tenochtitlan aquella fatídica noche —comentó Juan Jaramillo, con la mirada perdida a través de la ventana de la sala—. Cerca de aquí está la calle Tacuba, antes era la calzada de Tacuba. Justo ahí, a la altura del canal de los Toltecas, vivimos nuestro infierno en la tierra. Pisábamos sobre nuestros compañeros y aliados para salir con vida mientras nos aniquilaban los mexicas. Tras escapar de la ciudad, luché en la batalla de Otumba; donde se nos apareció Dios y nos permitió continuar con vida.

—Recuerdo que la de Otumba me la narró Gonzalo de Sandoval de pequeño, durante nuestra travesía a España —comentó Martín.

—¡Qué gran hombre, capitán y amigo fue Gonzalo de Sandoval! —exclamó Jaramillo mirando a Martín—. Al tiempo regresé a Tenochtitlán junto a tu padre, y fui capitán de uno de los bergantines con los que pusimos sitio a esta ciudad.

—Me lo dijo María. Pero no comprendo. Todo ello es motivo de celebración y recuerdo —dijo Martín.

—Ciertamente, lo son; pero ocurre que la mayoría de la población es india. Cosa distinta sería que se celebrara en España, donde pocos se pueden molestar por la victoria habida. Al contrario, motivos suficientes hay para celebrarlo. Hacer ese tipo de homenajes en la Nueva España, es recordarles a los vencidos la humillación de su derrota. Además, hacía poco tiempo que había muerto Marina por entonces y me parecía ofensiva esa manifestación.

—Aunque ella participó de la victoria.

—No solo participó. Vuestra madre fue parte fundamental para poder conquistar México —le recordó Jaramillo—. Sin ella no se hubiera podido hacer. O quizá hubiera costado más tiempo. Y muchas más vidas.

Durante los días que estuvo viviendo en la casa de Jaramillo, regresó doña Beatriz de Andrade, la segunda esposa de este, y con quien se había casado tres años después de haber fallecido Marina. Volvía de estar unos días en la casa de descanso que el cabildo de México adjudicó a Juan Jaramillo y a Marina en un terreno próximo al bosque de Chapultepec, donde construyeron una casa, con huerto y una pequeña granja.

Martín se despidió de todos antes de su partida, agradeciéndoles la atención que le habían ofrecido, así como el buen trato y cariño.

En un aparte con Martín durante la mañana, entregó Juan Jaramillo a este una pequeña saca de piel.

—Martín, sé que dependéis de la asignación de vuestro padre y que hicisteis este viaje confiando en encontrarlo. Los trayectos por el océano son onerosos, por lo que deseo entregarle este dinero para su ayuda —dijo Jaramillo, entregándole la pequeña bolsa de monedas.

—No puedo aceptarla, mi estimado Juan. Es mucho lo que ha hecho por mí. Me ha hospedado en su casa y tratado como a un hijo —respondió Martín, rechazando el ofrecimiento.

—Está bien. No lo tome como un regalo. Pensemos ambos que se trata de un préstamo y que será devuelto cuando le convenga —comentó sonriendo Jaramillo, buscando una salida digna para Martín.

—Se lo aceptaré en ese caso, Juan. Con la intención de regresárselo.

# Ilustración n.°2



*Palacio de Hernán Cortés en Cuernavaca, como debía ser en el XVI*

# Hermanos. Mayo 1541.

Martín Cortés divisó el arenal de la ciudad de Sevilla desde el navío que lo había llevado, cruzando el océano, desde Veracruz a la capital andaluza. El viaje había sido rápido gracias a no toparse con tormentas, como en las dos ocasiones anteriores, ni piratas ingleses o franceses. Habían logrado cubrir la travesía oceánica en cuarenta y cinco días.

Asomado por la borda, observaba la maniobra de aproximación del barco contra la corriente del Guadalquivir. El arenal aparecía lleno de gente, mercancías, ganado, algunas hogueras donde asaban en espetones los pescados, tenderetes cubiertos con toldos, pequeños astilleros y, sobre todo, mucho ruido de voces y bullicio.

Al desembarcar se tuvo que registrar, como todos los viajeros, en la mesa que se puso a tal fin cerca de la plancha de madera que usaban para descender los pasajeros de navío.

—Nombre completo de vuestra merced. Lugar de nacimiento. Destino —le espetó uno de los escribanos que rellenaban el libro de registro de llegadas, sin levantar la mirada.

—Martín Cortés. Nacido en Coyoacán, Nueva España —respondió, alzando la voz para que se le oyera por encima del griterío.

—¿Destino? —preguntó el escribano tras anotar sus datos en el libro.

—¿Destino? —dudó por un momento Martín, sin tener claro a donde se dirigiría para encontrarse con su padre. Pensó que lo mejor sería ir a la villa de Madrid y preguntar por él a Juan de Avellaneda, su ayo, o bien a Francisco Núñez, el representante de su padre.

—¡Toledo! —dijo alguien a sus espaldas—. Don Martín Cortés marchará a Toledo.

El escribano anotó Toledo en su libro y pidió a Martín que se retirara para poder continuar su tarea con el resto del pasaje.

—Don Martín —dijo el hombre una vez el joven se hubo apartado del escritorio y se pudo acercar a él—. Veo que sois todo un hombre ya. Si no llega a ser porque escuché su nombre, no me habría dado cuenta de que era vuestra merced. Todo un caballero, si señor. —El hombre miraba con orgullo de pies a cabeza a Martín.

—Juan de Lepe ¡cómo olvidarte! Te ocupaste de mí desde que salí de México con solo seis años, y me acompañaste durante nuestro viaje. Cuando llegamos a Sevilla te perdí el rastro y ya no supe de ti —comentó Martín, acercándose al envejecido Juan para abrazarle.

—Su padre, el marqués, me mandó un mensaje. Algún conocido suyo le envió una carta desde Cuba cuando vuestra merced llegó tras casi naufragar el barco con el que viajaba a la Nueva España. —Comentó casi sin respirar Juan de Lepe, sonriendo—. Hace tres o cuatro meses que el marqués me mandó un aviso. Dejé Lepe, mi pueblo, y me vine a Sevilla, donde alquilo una estancia junto a la Puerta del Arenal. Desde ahí he podido vigilar los barcos que llegaban provenientes de la Nueva España. Cuando desembarcaban las gentes, pegaba la oreja a los escribanos que llevan el registro.

—Y hoy escuchaste mi nombre —dijo sonriendo.

—Y gracias al Señor que lo escuché, porque como le he dicho, no le hubiera reconocido de lo que ha cambiado.

Martín descansó un par de días en una posada cerca de la Giralda, la misma torre que con seis años lo había dejado sin habla. Antes de salir de Sevilla, dirigió su caballo a la casa de Juan de Lepe y se despidió de él con otro abrazo.

—Cuídate, Juan. Por mi parte ya puedes regresar con tu familia a Lepe —dijo Martín al

subirse al caballo.

—Gracias, señor, lo tendré siempre en mis oraciones.

Antes de ir a la residencia de Juan de Castilla en la villa de Madrid, donde se hospedaba su padre, quiso Martín detenerse en Toledo y acercarse al palacio de Fuensalida, donde dos años antes había fallecido la emperatriz Isabel.

Recordó los momentos de duelo que había vivido junto a sus compañeros pajes. Aprovechó para entrar a la iglesia de Santo Tomé y rezó por el alma de la emperatriz. No había día en el que, cuando hacía sus plegarias, no la recordara en sus oraciones, tal y como le había prometido hacer al príncipe Felipe cuando falleció su madre.

—¡Padre! —exclamó Martín al entrar en la estancia donde estaba su padre frente a una mesa, escribiendo.

Le había dicho a Lucas, el viejo sirviente de su padre, que no le avisara de su llegada, pues quería darle una sorpresa al marqués del Valle.

—¡Martín, hijo mío! ¿Eres tú en realidad? —exclamó Hernán Cortés, levantándose de la silla y dirigiéndose a su hijo—. No sabía que habías llegado a Sevilla.

—Le pedí al bueno de Juan que no le avisara. Yo iba a tardar menos en llegar a usted, que la carta que le pudiera enviar él —respondió Martín, abrazándose con mucho sentimiento a su padre.

—Santo Dios, han pasado muchos años —dijo Hernán Cortés, poniendo sus manos sobre los hombros de su hijo y mirándole a la cara.

Era Martín más alto que él. Tenía la piel bronceada y un bigote oscuro sobre su labio. El cabello lacio y moreno, con una breve melena que le llegaba al cuello.

—Doce años han pasado ya, padre. Cuando quedé en la Real Casa de Caballeros Pajes tenía siete años, más o menos. Ahora ya rondo los diecinueve.

—Y eres todo un hombre. Fuerte —dijo apretándole los brazos—, inteligente, pues eso me lo confirmó el licenciado Antonio de Toledo, y leal, tal como me dijo alguno de tus compañeros cuando me vio visitando la Real Casa. Ahora que te veo, no me avergüenza decir que también eres hermoso. Sin duda, eso lo sacaste de tu madre —rio Hernán Cortés—. Tienes su misma mirada —dijo emocionado, volviendo a dar un abrazo a su primogénito.

—Usted está también fuerte y lo veo sano, padre —dijo Martín devolviéndole algún cumplido.

—Me dijeron que eras honesto, hijo. No comiences a mentir ahora —respondió sonriendo Hernán Cortés—. Estos últimos años me han envejecido más los pleitos que he tenido, que las batallas a las que me he enfrentado.

Padre e hijo se acercaron a las butacas que había junto al escritorio. Martín pudo ver que su padre estaba escribiendo una carta. Recordó que su escritura siempre estaba llena de arabescos y vuelos de pluma en cada palabra, lo cual podía dificultar un poco su lectura.

—Estaba escribiendo al rey —comentó Hernán Cortés, dándose cuenta de que su hijo había visto las hojas sobre la mesa.

—Lamento no haberle escrito avisándole de mi ida a la Nueva España, padre. Quería llegar para ponerme a su disposición. Sabía de los problemas que había tenido en el Mar del Sur, así como los numerosos pleitos injustos a los que se estaba enfrentando.

—Hijo, hasta donde he sabido, la carta donde anunciaba mi próxima llegada a España nunca arribó. Desconozco qué sucedió. No es la primera vez que uno de mis navíos no llega —dijo recordando cuando los piratas franceses interceptaron un cargamento de oro que enviaba al rey

—. Fue una fatalidad que ambos emprendiéramos el viaje casi al mismo tiempo.

—Visité su palacio en Cuernavaca, padre. Conocí a su esposa, doña Juana. Me pareció que era una gran mujer. Elegante y buena gobernanta del hogar. También conocí a sus hijas y pude reencontrarme con Leonor y Catalina.

—Sí. Es cierto que he sido afortunado con Juana. Ella me ha aportado paz en tiempos tan difíciles en la Nueva España, y es una buena mujer —se quedó pensativo un momento—. Tras tu madre, Juana es la única mujer de la que puedo decir que he querido.

—También me acerqué a la ciudad de México. Allí pude conocer a mi hermana María —comentó a su padre, confiando en alguna reacción por su parte que confirmara lo que había averiguado.

—¿La hija de Juan Jaramillo? Espero que se encuentre bien de salud el bueno de Juan. Siempre le tuve especial estima. Lo nombré alcalde de México —recordó Hernán Cortés—. A su hija, tu media hermana, la vi un par de veces, pero todavía era pequeña. Apenas caminaba.

Martín se sintió tentado de reclamar a su padre que no era su media hermana. Revelarle que era su hermana de sangre. Hija de la Malinche y de él mismo. El pensamiento cruzó por su mente como un relámpago, pero tan rápido le llegó, se marchó. Le hubiera gustado que su padre supiera que María era igual que su abuela Catalina, que retenía los mismos rasgos, expresiones y hasta maneras que su abuela; a excepción del color de su piel.

Pero Martín no lo haría. No recriminaría a su padre que no había sido capaz de mantenerse alejado de Marina, aun estando casada con Juan Jaramillo. Tampoco ella había podido evitar la atracción y el amor que sentía por él.

—¿Todo bien, hijo? Te quedaste mudo —comentó Hernán Cortés con mirada afilada.

—Sí, padre, tan solo estaba distraído. Estoy algo agotado del viaje.

—Antes de que te retires a descansar, quiero que conozcas a Martín Cortés, tu hermano chico. También podrás ver a Luis, quien es todo un hombre ya, como tú.

Hernán Cortés pidió a Lucas, el sirviente, que llamara a sus hijos sin avisarle de la llegada de su hermano mayor.

Martín pudo escuchar pasos corriendo por el pasillo. La puerta se abrió de golpe y entró corriendo un niño de unos siete años.

—¿Quién sois vos? —preguntó descarado a Martín, quien lo miraba asombrado por el desparpajo del niño.

—Martín, eso no son maneras de entrar a una estancia, ni de dirigirse a un desconocido —le recriminó Hernán Cortés.

—No se preocupe, padre. Hola, soy Martín Cortés, y soy tu hermano mayor —dijo Martín extendiendo la mano para saludar a su tocayo.

—Ah, tú eres el mestizo. Sí, me habían hablado de ti —dijo estrechándole la mano que le ofrecía—. Soy Martín Cortés de Zúñiga. Algún día seré el marqués del Valle.

—Lo sé. Encantado de conocerte —respondió sorprendido por el descaro del pequeño—. Soy Martín el Mestizo, es cierto, y tú eres Martín el criollo.

—Hola —dijo una voz desde la entrada.

—Hola, tú debes ser Luis —comentó Martín, dirigiéndose al joven que había entrado.

—Y tú, Martín, mi hermano mayor —comentó el otro, dándole un enérgico abrazo.

Luis Cortés era tres años más joven, por lo que debía tener en torno a los dieciséis. Era delgado y tenía una perilla con pocos pelos bajo su mentón. Era un poco más bajo que Martín, pero tenía mucha energía y fuerza, las cuales sintió cuando le abrazó.

Hernán Cortés sentado junto a su escritorio, veía con orgullo a sus tres hijos. Sabía que el

primogénito siempre estaría pendiente de los otros dos; era el más responsable y noble. Luis era leal a su modo, pero se había criado de una forma distinta al mayor. Tenía temperamento altanero y era más independiente. Martín el chico era, sin duda alguna, el más consentido de todos los hijos. Lo habían criado entre algodones, pues doña Juana había perdido a los mellizos que nacieron en su primer parto, un varón y una niña; por lo que al pequeño Martín le dedicaron todos los cuidados y se le había consentido como si se tratara de hijo único, haciendo que tuviera un carácter un tanto egoísta y acaparador.

Pasaron meses en Madrid. Hernán Cortés y Martín el Mestizo visitaron la Corte en varias ocasiones. En ellas tuvo la oportunidad de volver a saludar al príncipe Felipe, quien lo recordaba con aprecio. Recordó el poco tiempo que convivieron cuando entró a servir en la Casa del Príncipe como caballero paje. Martín le transmitió el cariño que le tuvo a su madre y el príncipe le agradeció el recuerdo por ella.

El rey don Carlos estaba planeando el castigo contra los piratas que saqueaban a menudo las poblaciones costeras españolas, abordando los barcos que portaban mercancías en el Mediterráneo. En una ocasión, las tropas del rey atacaron Túnez, ciudad que había sido tomada por el pirata Barbarroja el año anterior. La Jornada de Túnez, como se la conocía, fue un gran éxito del monarca y ahora deseaba repetir la operación en Argel, ya que era la base de los piratas moriscos que ponían en peligro el comercio en el Mediterráneo, causando grandes males a las gentes, pérdidas a los mercaderes y a la misma corona.

Hernán Cortés reunió a sus hijos en la residencia de Madrid. Había decidido que se embarcaría en la flota que se estaba armando para atacar a los moros y piratas.

—Hijos, voy a hacerme cargo de reunir un grupo de soldados que, junto a nosotros, parta en la campaña que el rey está organizando para castigar al moro en Argel. Martín, tú eres el más pequeño y continuarás en la Real Casa de Caballeros Pajes, en la Casa del príncipe Felipe. En ella te seguirás formando unos años más, al modo que Martín el mayor hizo antes.

—Así lo haré, padre —respondió con educación Martín el chico.

—Nosotros tres marcharemos a Málaga, donde se está formando la armada que capitaneará el Duque de Alba de Tormes, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel. Tan pronto estemos preparados, nos uniremos al resto de la flota en la bahía de la ciudad de Mallorca —dijo Hernán Cortés a Martín y Luis—. He ordenado que os preparen vuestras armas, armaduras y ropas para la campaña. Sé que los dos sois arrojados y valientes. Confío en vuestra honra para ennoblecer más aún nuestra familia.

Un día antes de marchar hacia el puerto donde se reuniría la tropa, Martín el Mestizo fue llamado por su padre.

—Cierra la puerta, hijo, no quiero que nadie nos interrumpa ahora.

Martín cerró y puso el pasador para que nadie pudiera abrir la puerta. Se acercó a la mesa donde estaba su padre y se sentó frente a él.

—Esto que te voy a enseñar, Martín, me ha supuesto más de un disgusto. Incluso con el propio rey y su esposa, la emperatriz Isabel, que en paz descanse.

Hernán Cortés sacó un estuche de madera de cedro, robusto, y ornamentado con sobriedad.

—Sabes que, aunque se perdió mucho oro durante la triste noche en que nos retiramos de Tenochtitlan, algo de aquello se pudo recuperar tras la caída de la ciudad.

—He oído relatos, padre.

—Bien. Este estuche no se ha separado de mí en ningún momento desde esos años. Guarda en su interior cinco esmeraldas de gran tamaño, primorosamente talladas. Pertenecían al tesoro de Moctezuma, y él mismo me las regaló, aunque sin tallar, al poco de conocernos. En una

ocasión, desconozco cómo, la emperatriz Isabel supo de su existencia y solicitó verlas e incluso me pidió que se las vendiera, prometiéndome que el rey pagaría su valor. Se las mostré, pero rehusé venderlas, poniendo como excusa que habían sido un regalo para doña Juana el día de nuestra boda —dijo confidente Hernán Cortés.

—Pero no fueron regaladas como parte de la dote —comentó Martín.

—No lo fueron. Y ello fue motivo de enojo del rey y su esposa conmigo. Eso quedó en el pasado, por fortuna. Al menos, quiero pensar, que el enojo duró solo un tiempo.

Hernán Cortés volteó el estuche y se lo acercó a su hijo

—Ábrelo, te lo ruego.

Martín abrió el pequeño cierre que tenía la caja y levantó la tapa. En su interior, sobre un forro de terciopelo negro, cinco esmeraldas talladas de distinta manera aparecieron ante él, lanzando brillos verdosos al filtrar la luz del sol que entraba por la ventana.

—Están tasadas en más de cien mil ducados, hijo.

Martín fue sacando una a una las esmeraldas de su lecho de terciopelo. La primera de ellas, la más grande, estaba tallada con forma de una rosa entreabierta. La segunda había sido esculpida como si se tratara de un cuerno de cazador. La que estaba en medio del estuche era un pez y en sus ojos había incrustaciones de oro. La cuarta tenía forma de campana y por badajo, una gran perla; con una leyenda en el cuerpo de la campana que decía *bendito el que te crio*. La quinta y última era una copa con el pie de oro y una perla enorme incrustada. El borde de la copa tenía escrito la leyenda: *inter natos mulierum non surrexit maior*[23].

—¿San Mateo? —preguntó Martín, tras leer la frase.

—Así es, hijo. Veo que tenía razón el licenciado Toledo cuando me habló tan bien de tu talento.

—Padre, ¿no tendrá pensado llevarse este gran tesoro a la toma de Argel? —preguntó Martín, poniendo de nuevo las joyas en su estuche y cerrándolo.

—Hijo, esta puede ser nuestra salvaguarda. Si nos atrapa el moro, solo nos liberará con un buen pago de rescate. Te he mostrado estas joyas para que sepas que existen y que las portaré encima. Si muero se las deberás de pasar a tu hermano Martín, él será el heredero de gran parte de mis bienes —dijo Hernán Cortés con cierta vergüenza—. No debes preocuparte, no te dejaré desamparado. No quiero que pienses eso.

—Padre, cumpliré vuestra voluntad. No hace falta que justifique conmigo las decisiones que toma.

—Recuerda que, si fallezco, las esmeraldas solo serán usadas para pagar el rescate de alguien de nosotros —comentó Hernán Cortés, tomando el estuche y guardándolo de nuevo en un cajón.

# Jornada de Argel. Octubre 1541.

—Esa es nuestra galera, Martín: la Esperanza —dijo Hernán Cortés.

—Buen nombre para un navío, sin duda. ¿Se sabe quién estará al mando en ella?

—El capitán será Enrique Enríquez, un excelente marino, con experiencia en algunas batallas navales. Me han dado buenas referencias sobre su persona —respondió satisfecho Hernán Cortés.

Frente a ellos en el puerto de Málaga, se encontraba parte de la flota que atacaría Argel. Había unas doscientas embarcaciones de gran tamaño, como galeones, galeras, carabelas y urcas, así como unas cien de menor tamaño, como tafureas y escorchapines. En el muelle había un gran movimiento de caballos, los cuales estaban subiendo a bordo por largas pasarelas. Todos los barcos eran cargados con culebrinas, falconetes y arcabuces.

—Se ha mandado aviso al rey para que la flota del almirante Andrea Doria, que está en Mallorca, salga a la brevedad. Nosotros teníamos previsto reunirnos allí con ellos, pero debido a la mala mar, nos encontraremos al oeste de Argel con el resto de la armada, en el cabo Cajina —comentó el capitán Enrique Enríquez a Hernán Cortés y a sus hijos.

—Capitán, ¿somos muchos hombres y barcos? —preguntó Martín.

—La mayor flota que se ha reunido. Si no me fallan los números, nos juntaremos cerca de cuatrocientos cincuenta navíos de guerra y transporte, y sesenta y cinco galeras. Para el desembarco, son vuestras mercedes casi veinticuatro mil hombres y de mi gremio, unos doce mil hombres de mar. La mayor parte de la tropa somos españoles, aunque también hay italianos y tudescos.

Martín vio a un hombre con hábitos religiosos acercarse a ellos. Era un poco mayor que él, con la cabeza despejada de cabello. Aprovechando que su padre había terminado de hablar con el capitán Enríquez y este se retiraba hacia su galera amarrada a muelle, el hombre se sintió con la oportunidad de acercarse a Hernán Cortés.

—¿Capitán Cortés? Por fin doy con vuestra merced. —Hernán Cortés se giró y observó al religioso—. Discúlpeme por haberle llamado capitán, olvidaba que sois el marqués del Valle. Supe que le habían dado ese merecido nombramiento tras nuestro último encuentro —comentó adulador.

—¡Fray López de Gómara, me alegro de veros de nuevo! —exclamó el conquistador estrechando la mano del fraile—. Si no me equivoco, la última vez que nos vimos fue en 1529, cuando vine a España con mi hijo Martín —dijo al tiempo que le señalaba.

Ambos hombres se quedaron hablando en el muelle. Luis aprovechó para visitar un burdel cercano al puerto, mientras Martín se encargaba de supervisar que se subieran todas sus armas y pertrechos a bordo. Revisó el pequeño camarote de su padre, en el cual dormirían los dos hermanos junto al capitán Enríquez. El espacio en las galeras era escaso, al ir sobrecargadas con soldados, artillería y animales. También la chusma, que se ocupaba de remar en ellas bajo la cubierta, reducía el espacio útil que, por el contrario, disponía un navío de gavia, los cuales solo usaban velas y no remos.

El 18 de octubre partió la armada reunida en Málaga rumbo a Argel. Durante la travesía sufrieron las inclemencias de una tormenta, por suerte no causó daños a las embarcaciones y no hubo tampoco que lamentar heridos. El día 21 tenían a la vista la ciudad de Argel, pero se levantó un viento de levante, así como mar gruesa, lo cual impidió a los navíos proceder al desembarco de

tropas, ya que las olas cerca de la orilla lo imposibilitaban.

Martín sentía la energía del combate inminente contra los piratas. Los podía ver desde la cubierta, recorriendo la costa sobre sus caballos. La distancia era tan corta que se veía el reflejo de sus espadas curvas, así como las barbas largas que algunos portaban.

El 23 de octubre, viendo que la tormenta escampaba algo y el oleaje cercano a la costa era menos fuerte, desembarcaron diversas tropas entre Larach y Hamma, lugares próximos a Argel. Los hombres saltaban al agua desde los botes, cubriéndoles hasta la cintura. Portaban sobre sus cabezas los arcabuces, pólvora y víveres para tres días. Por desgracia no se pudo completar todo el desembarco, ya que a partir del mediodía arreció la tormenta, impidiendo al resto de soldados alcanzar la costa, ocasionando que se quedaran en los navíos los caballos y la artillería pesada.

Martín pudo escuchar el rumor de que el rey don Carlos había enviado un mensajero a Hassan-Aga, el eunuco sardo que mandaba en Argel —*la bien guardada*—, como era conocida debido a su privilegiada situación y la fortificación de esta. El mensajero enviado nunca regresó con un mensaje de respuesta. Tampoco le había pasado desapercibido a Martín, el chismorreo sobre una hechicera que protegía la ciudad con sus malas artes, al mismo tiempo que hacía maleficios contra los ejércitos que iban a intentar tomarla.

Las escasas tropas del rey que habían conseguido desembarcar, avanzaron hacia la ciudad en tres frentes. El principal, y avanzadilla del resto, estaba integrado por españoles, seguido por los tudescos y los italianos en la retaguardia. Hernán Cortés y sus dos hijos podían ver desde el puente de popa de la Esperanza, como los soldados del rey eran acosados en la costa por jinetes moros armados con ballestas y algunas escopetas.

Durante la noche, la tormenta que comenzó al atardecer aumentó en fuerza y violencia. No se veía la costa desde los barcos, y los marinos tan solo se ocupaban de que el viento no los arrojara contra las rocas o bien, se estrellaran entre las mismas naos.

El 24 de octubre las primeras luces del sol iluminaron el lugar donde, a última hora el día anterior, habían acampado los soldados. Todos los que estaban a bordo de los barcos se sobrecogieron. La fuerte tormenta de la noche había arrasado las tiendas del campamento. El suelo donde acamparon los hombres aparecía enfangado. Los moros que estaban intramuros salieron al amanecer y atacaron a las débiles fuerzas desembarcadas, quienes se habían pasado la noche en vela debido a la tormenta. A pesar de ello, mojados por la noche de lluvia y ateridos de frío, se defendieron con valentía de la morisma y consiguieron hacerles frente, provocando que se retiraran al interior de la muralla tras haberles matado a muchos.

Desde los barcos se aprovechó un poco de calma en el clima para acercarse de nuevo a la costa y poder bajar más caballos y artillería. El plan era atacar al día siguiente la ciudad de Argel.

Viendo que la resaca de la costa había cedido su fuerza, se procedió al desembarco de tropas a una legua de Argel, entre las torrenteras de Khemir y Harrach. Las galeras recibieron la orden oportuna y se acercaron a tierra, empezando a arriar gran número de esquifes y bateles llenos hasta arriba de soldados. Los galeones protegían a los hombres que se acercaban a la playa, barriendo con sus cañones la costa, despejándola de los escuadrones moros que esperaban a las tropas de Su Majestad. Los primeros que llegaron a tierra tuvieron escaramuzas con algunos enemigos que no se habían retirado. Les sorprendió a los españoles que algunos contra los que luchaban eran moriscos de España, traidores provenientes de algunas grandes ciudades como Mallorca o Valencia. Mataron varios moros durante esas breves luchas en la playa y, al resto, los pusieron en fuga, sin sufrir entre las tropas del rey ninguna baja.

Una vez interrogados los cautivos para conocer la fuerza que había en el interior de Argel, confesaron que solo la defendían ochocientos turcos y unos cinco mil moros nativos. Todo

apuntaba a que la toma de Argel era cosa hecha.

Martín escuchó a algunos marinos veteranos hablar con el capitán Enríquez. Este, al ver que Hernán Cortés y su hijo habían oído lo que le decían, decidió comentarles la situación.

—Marqués, mis hombres más experimentados y yo mismo, así como algunos capitanes de otras naves con los que he podido hablar, creemos que se acerca un fuerte temporal. Haríamos bien en alejarnos de la costa y buscar una bahía cercana que nos permita protegernos —dijo preocupado Enríquez.

—Le creo capitán, usted es el que sabe de mar, pero tenemos órdenes de desembarcar todo lo que se pueda. Intentaremos que sea antes de que llegue el temporal que menciona. Tenga por seguro que, con la ayuda de Dios, así será —contestó Hernán Cortés, tan impaciente como sus hijos Martín y Luis por saltar a tierra y poder luchar contra el infiel; algo que, padre e hijo, habían jurado ante la Biblia cuando recibieron el hábito de la Orden de Santiago.

El temporal llegó antes de lo que nadie previó. La noche del 24 al 25 de octubre un fuerte viento del nordeste arrastraba los navíos, aun con anclas y cadenas en el fondo. El mar se empezó a encrespar, como si comenzara a hervir. Las olas zarandeaban los barcos hacia todos lados. Las negras nubes que cubrieron el cielo tras ponerse el sol comenzaron a descargar agua torrencial.

—¡Intentaré acercarme a la costa para que puedan desembarcar! —gritó sobre el rugido del temporal el capitán Enríquez a Hernán Cortés.

La Esperanza se aproximó todo lo que pudo a la línea de costa, antes de que las olas rompieran. Arriaron esquifes y sobre ellos saltó Martín Cortés, para luego ayudar a bajar a su padre y a su hermano Luis. Antes de subir en la pequeña barca, Hernán Cortés se envolvió un paño en el brazo y lo amarró con un nudo.

—Aquí están las esmeraldas, Martín —dijo levantando la voz para que lo escuchara bajo la tormenta.

Los esquifes se acercaban a la playa. Martín se giró y pudo ver, entre las sombras de la noche, como los barcos más cercanos a ellos eran arrojados contra la rocosa costa, quedando varados algunos y otros semihundidos. Desde el bote se oía el crujir de la madera de los navíos dando contra las rocas, y las voces de los marinos pidiendo auxilio. Las galeras eran las únicas que se salvaban de quedar destrozadas contra los arrecifes; gracias a la fuerza de los remos con que la chusma bogaba por su misma vida. De esa manera, pudieron salvarse la mayoría de las galeras.

Cuando estaban ya cerca de tierra, una ola de gran tamaño revolcó a los botes que todavía no alcanzaban la playa. Martín se hundió bajo el agua fría y oscura. Sentía como le golpeaban brazos y piernas. Notó un golpe del esquife volteado contra su espalda y se agarró a él. Pudo asomar la cabeza afuera del agua y ver donde se encontraba. Oía rugir las olas contra la arena a poca distancia, por lo que se soltó y nadó hacia la playa.

—¡Padre! ¡Luis! —gritó Martín desde la arena hacia el mar, apenas visible por la oscuridad y la lluvia que caía incesante.

—¡Aquí estoy, hermano! —escuchó la voz de Luis cerca de él.

—Acércate a mí, Luis. ¡Padre! ¡Padre! ¡Si me escucha dé una voz, se lo ruego! —gritaba al tiempo que llegaba su hermano junto a él.

Luis y Martín estuvieron gritando durante unos minutos, buscando a su padre en la playa. Otros hombres también daban voces llamando a compañeros o familiares, igual que ellos mismos.

—¡Hijos! Acá estoy —escuchó Martín, seguido de varias toses.

Los dos hermanos se acercaron corriendo hacia donde provenía la voz. Vieron a Hernán Cortés de rodillas en la playa, con las manos hundidas en la fangosa arena, removiéndola como si estuviera buscando algo.

—Padre, levántese. Tenemos a los moros sobre nosotros. Ya se escuchan las espadas golpeando —dijo Martín, tomando a su padre de las axilas y levantándolo.

—¡Las he perdido, Martín! —se quejó entre sollozos Hernán Cortés—. Se me deshizo el paño que tenía atado en el brazo cuando nos revolcó la ola.

—Ahora lo importante es vivir y vencer al infiel, padre. Tendrá tiempo, si conseguimos salir de esta, de buscarlas o conseguir otras —dijo Martín, abrazándole.

Algunos hombres que habían sobrevivido a los más de ciento cincuenta naufragios llegaban a la costa a nado o sobre objetos que flotaban. Otros también llegaban a la arena, pero arrastrados por la corriente, ahogados. Los moros que estaban en tierra, al ver a los débiles supervivientes que alcanzaban la orilla, se acercaban a ellos para degollarlos con sus cimitarras.

Martín Cortés junto a su padre y su hermano caminaron con el resto de la soldadesca hacia la ciudad de Argel. Se encontraban por los arenales cientos de cuerpos, bien ahogados por el naufragio, bien degollados por los moros al llegar a tierra firme. Hernán Cortés estaba hundido, la pérdida de su mayor tesoro, las codiciadas esmeraldas, le había dejado sin ánimo para la guerra.

Las tropas del rey se agruparon a las afueras de Argel, esperando órdenes de Su Majestad para el ataque. Verse de nuevo frente al sitio de una ciudad, igual que en el pasado le había sucedido en Tenochtitlan, hizo recuperar la presencia a Hernán Cortés, olvidando por un momento la pérdida económica que había tenido unas horas antes.

El almirante Andrea Doria, viendo el desastre naval que habían sufrido debido al temporal, ordenó que los navíos se dirigieran al abrigo del cabo Matefu. La situación en tierra era desesperante. Los capitanes alertaban al rey sobre otro temporal que se estaba aproximando.

Preocupado por la derrota ante la naturaleza, dispuso el monarca celebrar un consejo en tierra para tomar la decisión respecto si seguir con el plan de ataque o bien, retirarse. Hizo llamar a los capitanes y a ciertos nobles que habían conseguido desembarcar. La recomendación general al rey fue la de levantar el asedio sobre Argel y retirar las tropas hacia el cabo Matefu, donde esperaba la flota al mando de Andrea Doria.

Casi sin comida ni agua, las tropas procedieron a marcharse de las cercanías de Argel. Los soldados españoles protegieron la retaguardia del repliegue.

—¡Esta retirada es un acto vergonzoso! —gritó colérico Hernán Cortés ante sus hijos y otros capitanes que se encontraban cerca de él—. El rey don Carlos se ha dejado asesorar por hombres cobardes o faltos de experiencia en batalla. Nosotros mismos, los que aquí quedamos en la retaguardia, podríamos conquistar Argel si nos lo permitieran. Con menos hombres lo conseguí hacer en México, sin tantas armas ni medios. Siendo aquellos cien veces más numerosos y fuertes.

También el conde de Alcaudete, don Martín de Córdoba y Velasco, compartía la opinión del marqués del Valle. Muchos de los hombres presentes apoyaron el comentario de Hernán Cortés, aunque el más animado para la toma de Argel era Martín. El Mestizo había podido luchar el día anterior contra tres o cuatro moriscos y acabado con la vida de dos de ellos. Había jurado luchar contra el infiel como miembro de la Orden de Santiago y ahora le ordenaban no hacerlo. Si al final se retiraba de Argel, tenía decidido que no sería su última batalla, seguiría luchando en otros frentes, pues el rey siempre andaba en guerra. Pero lo que más lamentaba era que a su padre, el gran Hernán Cortés, el mayor conquistador que había tenido España, el monarca no

había tenido en cuenta su parecer al tomar la decisión sobre qué hacer en Argel.

Martín acompañó a su padre a ver al rey don Carlos, antes de que este subiera al esquife que lo llevaría a su galera.

—Majestad —dijo Hernán Cortés acompañado de Martín, haciendo una reverencia ante el rey—. Le ruego me otorgue licencia para, en compañía de algunos soldados, capitanes y mis hijos, volver sobre el moro en Argel. Yo mismo asumiré el costo que suponga esta campaña que le solicito.

—Ya está tomada la decisión, Hernán —respondió en confianza el rey—. Me consta que sois hombre valiente y arrojado. También de su hijo, el Mestizo, tengo referencias de ser hombre capaz —dijo viendo de reojo a Martín, con el que había compartido momentos en su vida cuando este fue caballero paje—, pero la decisión está tomada. Es el bien mayor el que debemos tener en cuenta en este caso. La orden está dada y es inamovible.

En ese momento un conde se acercaba a él para decirle que ya tenía listo el bote para regresar a la galera.

El reembarque de las tropas fue caótico. Bajo una nueva tormenta y el ataque constante de los moros, los soldados debían montar en las pequeñas barcas y acercarse a las galeras que estaban alejadas de la playa. Al haberse hundido o quedado atravesados tantos navíos, los supervivientes debían agruparse en un número menor de embarcaciones, por lo que el espacio no era suficiente. En los barcos, los marineros arrojaban al mar los caballos que no habían sido bajados, así como la artillería pesada, para aligerar el peso y hacer algo de espacio a las tropas.

Martín, junto a su padre y su hermano, consiguieron regresar a la galera Esperanza, en la que habían llegado. Al subir se encontraron en ella a fray López de Gómara, quien fue pronto a recibir a Hernán Cortés. Le pareció a Martín que ese religioso tenía demasiado interés en permanecer junto a su padre, como si buscara obtener algún trato de favor o negocio ventajoso. No le dio mayor importancia, y se puso a ayudar a los marineros que trabajaban para que los soldados pudieran subir rápido a bordo.

Los barcos se dispersaron en distintas direcciones, dirigiéndose unos a España y otros a Italia o Cerdeña. Otros dos navíos se estrellaron contra la costa una vez habían subido los soldados. Los hombres que consiguieron llegar a la orilla a nado fueron rodeados por los moros, pero los valerosos soldados del rey les plantaron cara, sin dejarse matar. Tras negociar al día siguiente la rendición, fueron escoltados a Argel como prisioneros.

Hubo galeras que tuvieron que remolcar a naves menores sobrecargadas de hombres a fuerza de remo. La embarcación donde iba el rey sufrió daños en el temporal, quedando desarbolada. Protegida por otros navíos, entre ellos La Esperanza donde iba Martín, marcharon hacia Bugía, población situada al este de Argel, para que pudieran repararla al abrigo de la tormenta. En esa cala permanecieron hasta que escampó el temporal el 23 de noviembre, casi un mes después de haber efectuado el primer desembarco.

El 1 de diciembre arribaba al puerto de Cartagena el navío La Esperanza, donde viajaba Martín Cortés con su padre y su hermano. Nadie hizo el recuento de los hombres que murieron en la Jornada de Argel, pero los navíos que no regresaron fueron ciento sesenta. Durante el viaje hacia Cartagena, un gitanillo que iba en La Esperanza rasgaba una guitarra que llevaba consigo, entonando una coplilla que decía:

*¿Quién podrá con dichos buenos,*
*sin nota de haber errado,*
*recontar tan triste hado,*
*si son más o si son menos,*

*los que el mar ha tragado?*
*En ningún ingenio cabe*
*decir, sin nota de afrenta,*
*los que faltan de la cuenta,*
*solo aquel Señor lo sabe*
*que dispuso la tormenta*

En el viaje de vuelta, Hernán Cortés había tenido oportunidad de hablar con sus hijos. Les hizo saber que marcharía a Valladolid. Buscaría la forma de volver a tener el beneplácito del rey en sus proyectos, ya que sentía que Su Majestad no deseaba ahora de sus consejos y pláticas.

Martín decidió acompañar a su padre. Lo veía afectado por el quebranto económico que había supuesto sufragar los gastos de su viaje a la Jornada de Argel, así como por la pérdida de sus joyas. Aunque Martín creía que lo que más le pesaba a su padre era haber caído de la gracia de la que había disfrutado ante Su Majestad, y haberse visto relegado de los asuntos de importancia en la Corte.

Luis Cortés se detuvo en Toledo, donde quedó a vivir en casa de un conocido de Hernán Cortés. Martín y su padre llegaron al palacio del comendador Rodrigo Enríquez en Valladolid, aunque por entonces ya era propiedad de Jerónimo de Padilla.

Martín vivió unos meses en Valladolid haciendo compañía a su padre, quien aprendió a disfrutar de la tranquilidad de no verse embarcado en exploraciones, conquistas, batallas o pleitos. En el palacio de Padilla se sentía el conquistador, en cierta manera, próximo a la Corte, adonde acudían nobles, hidalgos, mercaderes y otros caballeros, esperando medrar en su entorno. Martín pudo conocer a personajes interesantes, los cuales se acercaban donde vivía su padre para tener charlas con él, en las cuales participaba el joven de buen gusto.

En la *Academia de Cortés*, como se conocían esos encuentros en el palacio donde vivía su padre, Martín pudo conocer y conversar con el cardenal Paggio, el arzobispo Cagliari, Juan de Vega, fray Dominico de Pico, Juan de Zúñiga y el marqués de Falces, Antonio de Peralta entre otros. Todos llegaban para conversar con Hernán Cortés, el marqués del Valle de Oaxaca, y aquellos que no lo conocían aún, aprovechaban la ocasión para hacerlo.

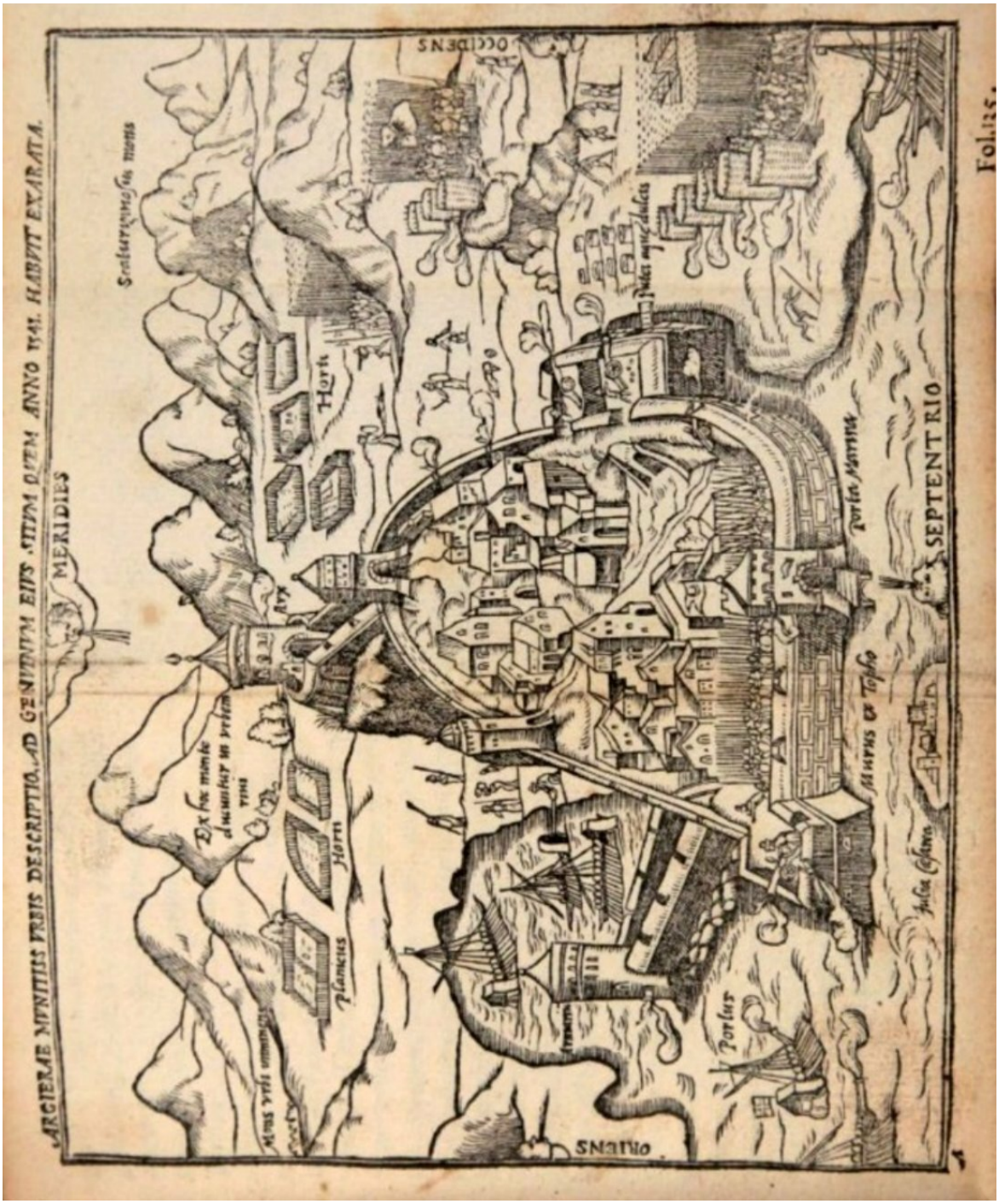
Los invitados pronto veían que Martín el Mestizo era un hombre educado y con gran cultura, quien tenía amplios conocimientos académicos y dominaba el francés, el italiano y el alemán. Todos tenían interés en conocer sus orígenes mestizos. Pedían a Hernán Cortés les hablara del papel de doña Marina en la conquista de México, a lo cual accedía el marqués del Valle con gran placer, recordando las numerosas batallas que entabló, así como algunas negociaciones que llevó a cabo por voz de ella.

Fray López de Gómara había comenzado a vivir junto a Martín y su padre en Valladolid. Era este fraile asiduo también a la *Academia de Cortés*, donde tomaba notas cada vez que el marqués relataba vivencias sobre la conquista de México. Cuando su padre era visitado por antiguos compañeros que le habían acompañado, fray López de Gómara gustaba de pedirles permiso para compartir con ellos un tiempo a solas, durante el cual les preguntaba respecto a detalles o hechos que sucedieron durante la conquista.

Aunque no todo era felicidad y descanso en Valladolid. Los problemas seguían tanto en la Nueva España como en la Corte, donde el rey se negaba a responder las frecuentes cartas que Hernán Cortés le enviaba, recordándole todo lo que había hecho para grandeza de su persona en las Indias. También era motivo de preocupación para Hernán Cortés la falta de liquidez, ya que a pesar de que disponía de muchos recursos y bienes en la Nueva España, carecía de dinero contante, debido al largo proceso para que este arribara desde las Indias a Valladolid. A causa de

ello, debió recurrir a banqueros habituales de la Corte, como Leonardo Lomelin, Domingo de Lizarraras y Jacome Boti. Para la obtención de los tres préstamos, fue Martín Cortés quien se encargó de negociar y formalizar los acuerdos con los banqueros, para que su padre recibiera fondos hasta que se recibiera el dinero necesario desde la Nueva España.

# Ilustración n.°3




*Sitio de Argel, según grabado de 1555*

# Batalla de Cerisoles. Abril 1544.

Martín Cortés estaba agotado. Llevaba caminando bajo la lluvia cuatro días por el Piamonte. Había llegado a Italia hacia finales de 1543 en apoyo de la guerra que el rey don Carlos entablaba contra Francisco I, quien se había aliado con el mayor enemigo del cristianismo, el imperio otomano. El infiel turco.

Incorporado al ejército del marqués del Vasto, Martín había participado en septiembre del año anterior en el asedio y toma de la ciudad de Mondovi, junto con dos mil infantes españoles, siete mil italianos y tres mil tudescos. Tras la rendición del francés Charles de Dros, habían entrado a la ciudad y la habían saqueado. Debido al valor y esfuerzo de Martín Cortés en el sitio y toma de la ciudad, el marqués del Vasto lo había nombrado capitán de infantería.

Habían cruzado el río Po en dirección a Turín, y ahora se encontraban en la localidad piamontesa de Cerisoles, población que fue tomada por las tropas imperiales de Su Majestad. Martín capitaneaba la infantería española y estaba a su vez a las órdenes de Raimundo de Cardona, quien lideraba a los dos mil infantes españoles, los seis mil lansquenetes italianos, y gran número de arcabuceros.

El marqués del Vasto había ordenado a las tropas formarse en una meseta que había a las afueras de Cerisoles. Se había detectado el avance de un gran ejército francés, capitaneado por el conde Enghien. Durante la aproximación de los franceses a la posición del ejército imperial se produjo una escaramuza entre unos escuadrones, sin lamentar más que algunos heridos. Las tropas francesas optaron por ocupar un altozano frente al cual se situaba el ejército imperial. Entre ambos bandos, se formaba un pequeño valle, separando ambas mesetas.

—¡Tengan listas las armas, pulidos los aceros y las armaduras completas! —mandó Martín a sus hombres—. A mi orden, todos apercibidos y en perfecta formación. No quiero gandules ni flojos. Al que vea que haraganea le cortó una oreja al momento. Sin preguntarle.

Los hombres respetaban al capitán Mestizo, como le llamaban entre ellos, aunque nadie tuviera el atrevimiento de llamarlo así frente a frente. Había demostrado valentía y arrojo en las escaramuzas que habían tenido, así como en la toma de Mondovi. Era el Mestizo un capitán que no se quedaba atrás cuando había que batirse; al contrario, participaba al frente de sus hombres en la guerra. Había socorrido a soldados que se encontraban en un gran aprieto o bien heridos, cuando nadie se acercaba a ellos. Decían que había heredado de su padre, el gran Hernán Cortés, el valor en el campo de batalla.

—No quiero que nadie se quede atrás. Al compañero herido, lo rescatamos, poniendo en peligro nuestra vida si fuera preciso. A los arcabuceros les digo que no quiero tiros a bulto; necesitamos que cada disparo hiera o mate al enemigo —dijo dirigiéndose a los pocos escopeteros que los acompañaban.

Junto a la infantería española se encontraban dos mil infantes alemanes. A poca distancia de Martín estaban formados los casi seis mil lansquenetes italianos, armados con sus largas picas de casi cinco varas. Era una tropa curtida en batallas y sabía combinar los disparos de arcabuces con las temibles lanzas alargadas. Cuando una infantería armada con espadas pretendía luchar contra ellos, primero debía superar la barrera a modo de erizo de las largas astas. Le pareció a Martín que era bueno tenerlos de su lado en la batalla. Desde luego, mucho mejor que vérselos enfrente.

Amaneció el 14 de abril, día de Pascua. Tras una breve misa por parte de unos curas que los acompañaban, se formaron los ejércitos imperiales sobre la meseta. Martín al frente de la

infantería española, compartía la posición con la alemana. A su derecha y en el extremo derecho del flaco del ejército imperial, estaba la caballería ligera napolitana con trescientos jinetes. A la izquierda de Martín, había otros doscientos jinetes sobre sus monturas.

—Pocos caballos tenemos a nuestros costados —comentó Martín Cortés a Raimundo de Cardona, el capitán que lideraba la infantería española y alemana.

—Creo que los lansquenetes tendrán un buen desempeño en la batalla —le respondió Raimundo de Cardona—. El peligro que podemos tener es que nos supere la caballería francesa. Por suerte, tampoco ellos andan sobrados.

En el centro el ejército imperial estaban los siete mil lansquenetes italianos con sus largas picas, y unos cientos de arcabuceros. Junto a estos, y ya en el flanco izquierdo, seis mil infantes italianos y en el extremo más alejado, trescientos jinetes florentinos.

Martín contempló al ejército del Sacro Imperio Romano Germánico del rey don Carlos ocupar toda la longitud de la meseta.

Frente a ellos, en la otra elevación y justo después de superar el pequeño valle que los separaba, podía verse al ejército francés al mando de Francisco de Borbón. El ala izquierda de la formación, la cual quedaba frente a Martín, estaba compuesta por unos cuatrocientos jinetes ligeros, dos mil infantes italianos, tres mil infantes franceses y unos cuatrocientos o quinientos jinetes de la caballería pesada. En el centro del ejército enemigo, cuatro mil infantes suizos sobre una elevación en el centro de la meseta. Esa misma elevación impedía a Martín ver el ala derecha del ejército francés, pero pensó que sería semejante a la que tenía frente a él.

Se ordenó el avance de arcabuceros de las tropas del rey don Carlos, y el ejército francés respondió con la misma maniobra, moviendo a sus arcabuceros. Ambos batallones descendieron por la suave pendiente que llevaba al valle, y comenzaron a dispararse con la artillería tan pronto estuvieron a suficiente distancia para hacer blanco.

Martín veía desde su posición la humareda que producían los arcabuces y escuchaba su sonido, salpicado de vez en cuando con uno mayor, proveniente de la artillería pesada. Se disparaban con rigor unos y otros. Cargaban sus arcabuces sin prisa, ambos rezando a Dios para que una bola lanzada por el enemigo no impactara en su cuerpo. Cuando el humo era espeso y no se podía ver a los hombres con sus armas, los fogonazos y resplandores de las detonaciones, servían para ubicarlos entre la humareda. Tras una hora tirándose con la artillería, el marqués del Vasto ordenó el avance del ejército imperial.

—¡Vamos a la batalla, señores! —gritó Martín a sus hombres—. ¡No dejemos a ninguno con vida! ¡Por España! ¡Por el rey!

Los dos ejércitos fueron bajando hasta el valle que los separaba. Martín se percató del avance de los lansquenetes por su izquierda hasta llegar al centro del campo de batalla. Las picas estaban alzadas y las iban bajando mientras se acercaba el ejército francés, parecía un gran erizo luchando con sus púas. Desde los flancos, los arcabuceros disparaban en apoyo de los lansquenetes. Por delante de las tropas que capitaneaba Martín, se le adelantaron al galope los jinetes imperiales, pero pronto fueron superados y derrotados por los franceses.

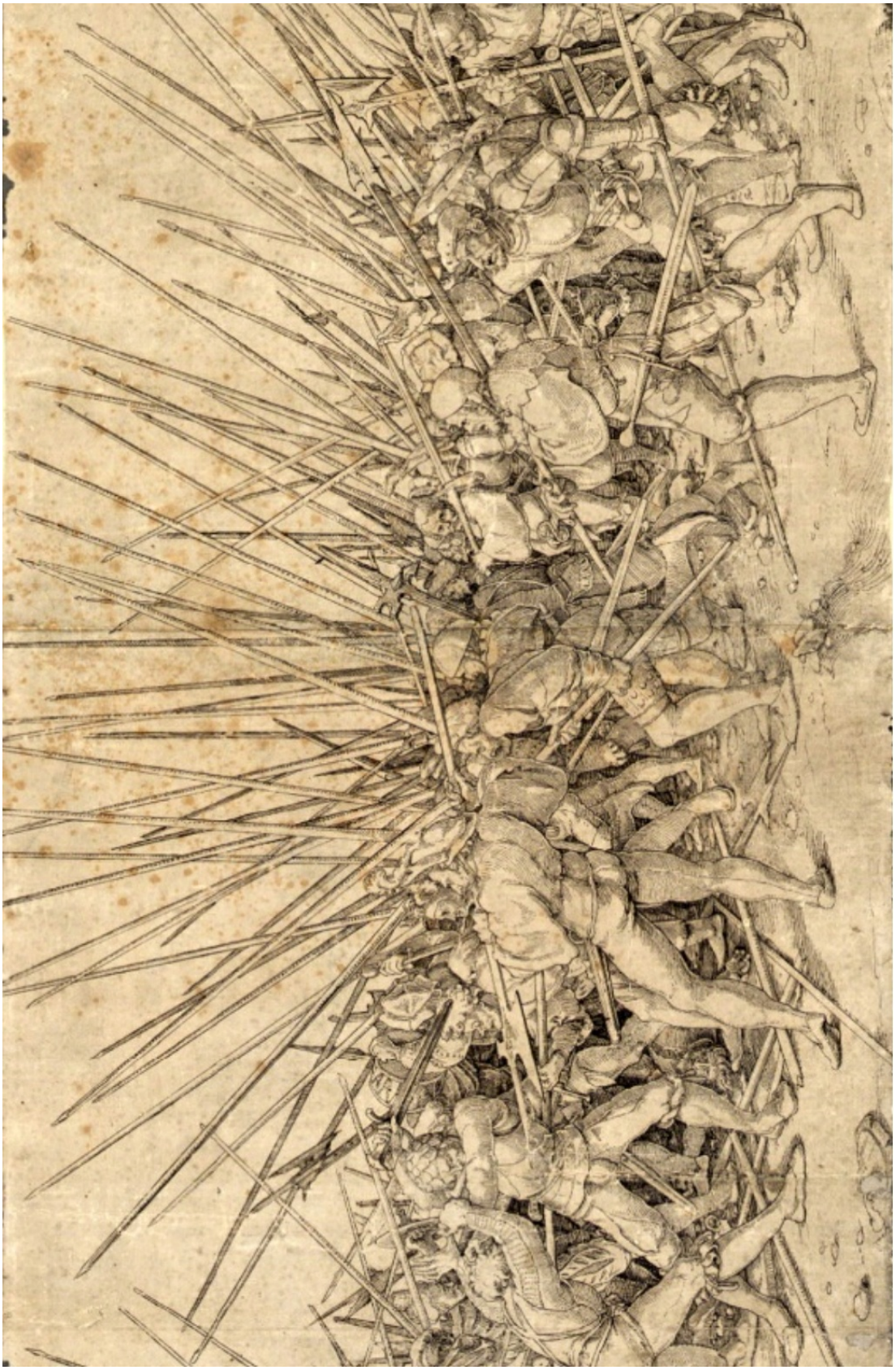
A partir de ese momento Martín se sumergió en una gran matanza. El campo de batalla se comenzaba a llenar de muertos y heridos, de sangre y tripas, de gritos y lamentos. El capitán Mestizo arengaba a sus hombres para que no cejaran en la lucha. En varias ocasiones estuvieron cerca de matarle, pero en todas pudo ver antes a su enemigo y se defendió del ataque.

Tras varias horas de batalla se escucharon las trompetas que daban a conocer que el ejército imperial se rendía. El ejército francés, en lugar de capturar a los enemigos que deponían las armas, continuó su matanza asesinando a cientos de hombres desarmados.

Martín regresó por donde había venido, ascendiendo por la ladera hasta alcanzar la meseta donde comenzó el día. Desde arriba pudo ver que, del gran ejército imperial del que había formado parte al amanecer, apenas quedaban unos cuatro mil con vida. No estaba dentro de los planes de Martín el entregarse. De los diecinueve mil hombres que entraron en batalla por parte del ejército imperial, Martín calculó que habían muerto unos catorce mil. Veía desde la lejanía que el grupo de soldados cautivos por los franceses serían unos tres mil. Los que no se rindieron o murieron, unos mil quinientos, iban retirándose del campo de batalla.

El barón Seisneck huyó a caballo seguido por los infantes alemanes sobrevivientes. Martín reagrupó a los soldados de la infantería española que no habían muerto o sido capturados. Un batallón de cuatrocientos españoles lo siguió hacia la ciudad de Asti, a veinticinco leguas. Desde allí, pensaba Martín, podrían reagruparse con las tropas de Su Majestad.

# Ilustración n.°4



*Encuentro entre dos tropas de piqueros y arcabuceros. Siglo XVI*

# Camino a Compostela. Marzo 1545.

Tras la batalla de Cerisoles, Martín había estado integrado en varios ejércitos y participado en batallas menores. El rey don Carlos estaba negociando un acuerdo con Francisco I, por lo que fueron retiradas algunas tropas de Italia. Entre los soldados que regresaron a España se encontraba el capitán Mestizo.

A su desembarco en el puerto de Barcelona tomó la decisión de peregrinar a Compostela. Era uno de los juramentos que hizo en su día cuando entró en la Orden de Santiago, y pensó que era momento de cumplirla. Tenía veintitrés años y ya había participado en un buen número de enfrentamientos. No deseaba morir sin haber cumplido la promesa que hizo el día que tomó el hábito de la Orden. Había llegado más pobre a España que cuando marchó a luchar a Italia hacía ya dos años. Numerosas heridas cubrían su piel, algunas ya estaban sanadas y otras todavía estaban cubiertas por emplastos y gasas. Su cuerpo no tenía una pizca de grasa y se encontraba fuerte y con ánimo. Le embargaba la ilusión de peregrinar a la tumba del apóstol Santiago, al que tantas veces había encomendado su vida en las batallas. Decidió buscar un prestamista donde poder empeñar su armadura y el armamento que portaba. Era un viaje que tenía que hacer ligero de carga.

Llegó a la antigua judería de la ciudad de Barcelona, donde había prestamistas y fiadores. Aunque tenían origen judío y se habían declarado conversos hacía varios años, era conocido por todos que, en privado, los judeoconversos seguían conservando las tradiciones, costumbres y ritos de los hebreos.

Encontró un local que le pareció más respetable que el resto de los que había visto esa mañana. Tenía intención de regresar a desempeñar sus cosas en un tiempo, y no deseaba dejarlas en préstamo en un lugar que fuera a desaparecer, perdiendo sus pertenencias. Martín presentó al anciano hebreo que lo atendió, la armadura, espada y algunos ropajes que portaba. Tan solo llevaría en su hato alguna muda, la capa grande encerada por si llovía, y el jubón con la cruz de la Orden de Santiago. Como siempre, dentro de su camisa llevaba el pañuelo de su madre.

—Caballero, por todo esto os doy doscientos pesos —dijo el prestamista tras dar una rápida ojeada—. Es lo máximo que puedo facilitarle a vuestra merced en este momento. Son muchos los soldados que regresan de la guerra y estamos llenos de espadas, escudos, morriones y otras piezas. Luego no vienen a por ellas y es difícil sacarles algo de provecho —comentó aparentando poco interés en lo que le ofrecía Martín, aunque el Mestizo sabía que era solo una maniobra para pagar menos.

—Disculpe señor, pero creo que no ha observado bien lo que le estoy trayendo y lo confunde con otra quincalla que suelen llevar los soldados. Esta armadura es un fino trabajo, realizado con el mejor acero. Fíjese que no tiene más que algunas raspaduras y dos golpes, los cuales apenas han hundido el metal. Este acero de Toledo salvó mi vida en varias ocasiones. Otros hierros se hubieran deformado y herido a quien la portara —comentó Martín, confiando en sacar algo más de dinero que los doscientos pesos que el ávaro del prestamista le ofrecía. En realidad, el valor de lo que estaba intentando empeñar superaba los mil quinientos pesos.

—Por esa cruz que lleva al cuello le doy algo más.

Al viejo prestamista le habían brillado los ojos al ver la cruz de oro que en su día entregara Hernán Cortés a su hijo.

—Lamento no poder dejársela —respondió Martín, metiéndosela por dentro de la camisa—.

Es un regalo de mi padre y tengo intención de entrar a la catedral de Compostela con ella al cuello.

—¿Vais a peregrinar a Compostela? —preguntó alarmado—. En ese caso le devuelvo su vizcaína[24] y me quedo con la toledana[25] tan solo. No merece la pena morir en el camino antes de que el apóstol le perdone a vuestra merced sus pecados.

—¿Tan peligroso es? —se asombró Martín.

—Tanto como una guerra. Mire, caballero, le propongo una cosa, le entrego la vizcaína para que cargue con ella y le doy cincuenta pesos más. En total, doscientos cincuenta. Eso es todo lo que puedo pagar. Créame cuando le digo que estoy perdiendo dinero. Prefiero que no lo maten en la peregrinación y que pueda volver para desempeñar sus pertenencias. Pagando los intereses, por supuesto.

Martín se mostró conforme. Aunque no le satisfacía el trato, no quería andar de prestamista en prestamista viendo si alguien le pagaba cincuenta pesos más. Por otra parte, también había oído rumores sobre lo insegura que se había vuelto la peregrinación a Compostela, y agradeció el aviso que le dio el prestamista judío. Tomó su vizcaína y la envainó al cinto.

—Dígame vuestra merced su nombre para anotarlo en el libro de registro de empeños. Si viene antes de que acabe agosto, podrá recuperar sus pertenencias —dijo el viejo mientras abría el libro para inscribirlo.

—Mi nombre es Martín Cortés, capitán del ejército imperial. Nacido en Coyoacán, en la Nueva España

El viejo detuvo su escritura a mitad, quedándose inmóvil con la pluma en la mano. Levantó su cabeza y observó de nuevo a ese joven moreno que tenía delante.

—¿Acaso sois hijo de Hernán Cortés, el conquistador?

—Hernán Cortés es mi padre, así es.

—Ahora entiendo. Sois el Mestizo. Viendo el color de su piel me parecía que hablaba con algún descendiente de los moros, pero ahora lo comprendo —se quedó pensativo—. Le añadiré cien pesos más al empeño. Gané buen dinero comerciando con gente que iba y venía de las Indias hace años. Desde que los piratas empezaron a asaltar los barcos, decidí retirarme de ese negocio. Demasiado riesgo.

El prestamista terminó de anotar en el libro de registro los datos y le entregó a Martín trescientos pesos.

—Señor, está vuestra merced en un error —le indicó Martín—. Me estaba ofreciendo doscientos cincuenta pesos y luego me ofreció cien más cuando supo de mi padre.

—Cierto —replicó renegando el prestamista, mientras ponía sobre la mesa los cincuenta pesos faltantes.

Martín cargó su hato sobre la espalda, puso un sombrero de paja en su cabeza, al cinto la vizcaína y al otro lado, una calabaza con agua. Partió de Barcelona en dirección al santuario de Montserrat, donde descansó y oró durante tres días en compañía de los frailes benedictinos. Desde allí caminó hacia Lérida, llegando a Fuentes y tomando el camino hacia Zaragoza. Le sorprendió ver que el camino era frecuentado por multitud de holgazanes, vagabundos, viciosos y lisiados, tanto falsos como verdaderos. Era habitual que tuviera que dormir en establos, o al aire libre bajo un árbol. Las pocas posadas y casas que admitían peregrinos pronto llenaban sus camastros. En algunas poblaciones incluso encontró bandos a la entrada anunciando que se prohibía el alojamiento a los *mendigos de Santiago.*

Hacía días que había dejado atrás la ciudad de Zaragoza y ya se encontraba próximo a Logroño, cuando Martín escuchó unas voces de hombres que parecían estar discutiendo. No

podía ver de quién se trataba, pero sabía por el sonido, que se encontraban detrás de la enorme roca que formaba una curva angosta en el camino

—Le juro por Dios que, si se resiste, aquí mismo le rebano el gaznate —dijo una voz ronca de hombre—. Regístrale bien, *Pelao*, que me han dicho que venía de Lodosa de hacer una buena venta.

—¡Suelte la bolsa! —gritó otro hombre—. ¡Le digo que suelte la bolsa, hijo de mala madre! Suéltela ya, Francisco, o no volverá a ver a su mujer y a su hija.

—¿Cómo sabe mi nombre? —escuchó Martín balbucir a un tercer hombre.

Martín sacó su capote del hato y se lo colocó. Al girar la curva por poco tropieza con ellos. Había un hombre registrando a otro, quien se encontraba agarrado por la espalda y tenía una navaja sobre su garganta. Un caballo se sacudía en el suelo cerca de ellos, le habían clavado dos varas largas en la panza y se estaba muriendo.

—¡Alto ahí, señor! —dijo el hombre que tenía agarrado por detrás a la víctima, con la faca en el cuello—. Ni se acerque a nosotros. Siga su camino —ordenó mientras hacía un gesto con la cabeza para que Martín continuara caminando. Su compañero lo miraba en silencio mientras buscaba el dinero registrando la ropa de la víctima del asalto.

—¡Aquí está! —exclamó sacando de la faja del hombre una bolsa de cuero negro amarrada.

—Yo les daré algunas monedas, pero dejen libre a ese hombre —dijo Martín, metiendo su mano izquierda dentro de su jubón, mientras su otra mano permanecía oculta bajo el capote que le cubría.

El de la navaja observó el gesto de Martín. Soltó al hombre al que acababa de robar y lo empujó al suelo. El ladrón fue hacia el Mestizo con intención de robarle también a él. No se fijó en que, bajo la capa, Martín tenía agarrada la empuñadura de la vizcaína que llevaba al cinto. El asaltador metió la mano dentro del jubón de Martín, buscando el talego con las monedas. Agarró el estuche donde llevaba siempre el pañuelo de su madre, y creyendo que se trataba de la bolsa del dinero, se lo arrancó. En ese instante desenvainó la vizcaína Martín y se la clavó dos veces en el vientre al bandolero. Antes de que cayera al suelo, aún tuvo tiempo el criminal de hundirle su navaja a Martín en el brazo.

—Hijo de perra —dijo el salteador, haciéndose un ovillo frente a Martín, moribundo, escupiendo sangre por su boca. Martín se acercó y lo remató clavándole la daga en el corazón. Luego le abrió la mano donde estaba el estuche con el pañuelo y se lo guardó de nuevo.

—¡Compadre! —gritó el otro hombre asustado al ver como mataban a su compinche.

—Si no quiere acabar como su amigo, devuelva al señor lo suyo y lárguese de aquí —le aconsejó Martín.

El bandolero no lo dudó. Dejó caer la bolsa al suelo, desparramándose las monedas y salió corriendo, perdiéndose entre el bosquecito que había a la vera del camino. Martín se miró la herida del brazo y vio que el ladrón le había hecho un buen tajo en el jubón y en la carne antes de morir. La sangre estaba manando lentamente, lo cual no era malo. Al menos, no tan malo como si saliera a chorros. Había cosas que se aprendían pronto en las batallas.

—¡Santo Dios! —dijo el hombre al que habían asaltado—. Será mejor que me acompañéis a casa y le atiendan esa herida. Estamos a menos de una legua de mi pueblo.

—Mejor será, sí —respondió Martín—. La herida no es demasiado profunda, pero es mejor limpiarla y vendarla.

—Lástima de Cejudo, era un buen caballo, aunque ya viejo —dijo el hombre mirando al animal, el cual había dejado de sacudirse en el suelo—. Solo lo usaba para ir a Lodosa dos o tres veces al año para los tratos.

—Tenga en adelante cuidado vuestra merced con quien los hace. Alguien tuvo la lengua larga y les dijo a esos dos lo que traía encima —comentó Martín mientras se apretaba el brazo intentando detener el sangrado.

Martín ayudó al hombre a ocultar la silla de montar entre la maleza. Según le dijo, cuando llegaran al pueblo mandaría a un mozo a recogerla, así como para que se encargara del bandido muerto.

—Mejor que se encargue mi mozo de este hombre, en lugar de informar al alguacil en Logroño.

Don Francisco de Porras y Ordoriz resultó ser el hombre a quien Martín había salvado. Era el señor de Agoncillo, un pequeño pueblo próximo a Logroño, cerca de donde pasaba el camino hacia Compostela desde Zaragoza.

Durante el trayecto caminando, Francisco de Porras le habló sobre las buenas tierras de cultivo que poseía y del ganado que criaba. Un par de veces al año marchaba a Lodosa donde vendía parte de la cosecha o bien, algunas cabezas de animales. Cuando se lo topó Martín, venía de hacer una venta y cargaba con dinero que, según le confió, le serviría para mantener a su familia y criados durante un año.

Tenía don Francisco una buena casa en Agoncillo, junto a la iglesia y frente al pequeño castillo de Aguas Mansas. En su residencia fue atendido por María de Balboa, la esposa de este, así como por un barbero del pueblo que decía tener experiencia en heridas, y al que había hecho llamar don Francisco en cuanto estuvieron en su casa. Viendo Martín que el barbero le estaba haciendo más mal que bien, decidió limpiar el mismo su propia herida con algo del aguardiente que tenía don Francisco, y vendársela con unos paños limpios. Eso también eran de las cosas que uno aprendía en las guerras.

Una vez atendida la herida le hicieron pasar a una cocina grande, con una maciza mesa de madera de roble en el centro, cerca del hogar donde ardía la leña. Una criada sirvió a don Francisco y a Martín una humeante sopa de ajo con trozos de tocino. Durante la comida el señor de Agoncillo le preguntó curioso sobre su origen, algo que siempre le sucedía, ya que llamaba la atención su extraño tono de piel. Martín le habló sobre su vida, su procedencia, su familia y los lugares donde había estado. María de Balboa, la esposa de don Francisco, se había quedado de pie en la cocina, junto a la criada, escuchando el relato, sin perderse detalle de la vida que Martín le narraba a su esposo. Les asombraba conocer a alguien que había convivido con el príncipe Felipe, su madre la emperatriz Isabel, y el mismo rey don Carlos.

—Le ruego se quede en nuestra humilde casa unos días, en lo que la herida sana. Luego podrá continuar su peregrinación sintiéndose mejor, más fuerte —le ofreció don Francisco—. En esta casa solo hay mujeres y aprecio la conversación con un hombre que, además, ha visto tanto mundo.

—De verdad le agradezco su hospitalidad, don Francisco. Esta noche descansaré si me lo permite, pero mañana continuaré mi viaje. Es importante que termine el camino y visite la tumba del apóstol Santiago.

En ese momento asomó por el quicio de la puerta de la cocina una hermosa joven. Entró en silencio, observando al misterioso invitado que estaba hablando con don Francisco. Se acercó a María de Balboa y la joven comentó algo al oído a la mujer.

—Caballero, le presento a mi hija mayor, Bernardina —le dijo orgulloso el dueño de la casa.

Le complació a don Francisco la mirada que le regalaba Martín a su hija; este no le quitaba el ojo de encima a la joven. Se había dado cuenta con apenas unas horas de conversación, que ese mestizo era buena gente. Se le apreciaba honrado y valeroso —eso había quedado

demostrado—, pensó recordando el asalto que había sufrido, y la muerte que había dado al ladrón.

Don Francisco sabía que su hija había tenido varios pretendientes. Él y su esposa no habían querido nunca imponerle ningún matrimonio, y Bernardina había descartado las opciones que le presentaban sus padres. Ahora veía don Francisco que también ella le dedicaba miradas a Martín Cortés. Miradas que no había visto cruzar con otros galanes que la habían rondado.

—Don Francisco, creo que tiene razón. Será mejor que me quede unos días aprovechando su invitación. Parece que me siento algo débil y mareado, por seguro se debe a la sangre que he perdido —se excusó Martín, buscando un pretexto para quedarse en Agoncillo.

—No se hable más. Estáis en vuestra casa —respondió alegre don Francisco, al ver que su hija y Martín no dejaban echarse el ojo uno al otro—. María, que preparen la habitación junto a la alcoba de Maruja.

Mejor sería, pensó don Francisco, que el joven estuviera cerca de la vieja criada Maruja, que de la alcoba de su hija Bernardina. Tampoco era cuestión de servírsela en bandeja de plata.

Pasó Martín varios días muy agradables en Agoncillo. Don Francisco le mostró con orgullo algunos de los grandes cultivos que tenía en la zona, bien abastecidos del agua gracias a los dos ríos cercanos. Cuando ya llevaba una semana en la casona, Martín solicitó permiso a don Francisco para pasear a solas con su hija Bernardina, con la promesa de que la respetaría. Don Francisco le dio su consentimiento. Al día siguiente, y durante otra semana más, ambos jóvenes pasearon por las veredas de Agoncillo, merendando algunas tardes en las riberas del río Leza y otras en las del río Ebro, los cuales pasaban por los lados del pueblecito.

Era Bernardina de Porras una moza bien formada. Poseía una buena mata de cabello negro como el azabache, piel clara pero no pálida, y unos grandes ojos marrones con largas pestañas. Bernardina era tres años más joven que Martín, quien rondaba ya los veintitrés. Estando a solas los dos, bajo la sombra de los chopos que crecían a orilla de los ríos, pudieron intimar y retozar algo, aunque Bernardina dejó claro que se reservaba para quien fuera su esposo. Martín desde joven había tenido amantes a lo largo de su vida, pero por ninguna tuvo los sentimientos de amor que sentía por Bernardina.

Un día antes de partir de Agoncillo, Martín pidió la mano de Bernardina a don Francisco de Porras, y ante su esposa, doña María de Balboa. Los padres, tras consultarlo con su hija y viendo el asentimiento de Bernardina, toda sonrisa y sin necesidad de palabras, le concedieron la mano a Martín.

—Como saben, debo terminar mi peregrinación al haber hecho un juramento a la Orden de Santiago cuando entré como miembro —les expuso a los padres de Bernardina, quienes ya sabían lo importante que era para Martín dar su palabra o prometer algo—. Cuando termine, he de volver junto a mi padre e informarle de mi matrimonio con su hija. No requiero de su aprobación, tan solo deseo decírselo en persona. En caso de que él haya regresado a la Nueva España, le enviaré una carta informando de ello y vendré a celebrar nuestro matrimonio.

—Creo que sois hombre de palabra y honrado. Confío en que cumpliréis lo prometido. Por mi parte tenéis la bendición para continuar a Compostela y proseguir con vuestros planes. Mi hija permanecerá a nuestro cuidado hasta que regreséis a casaros —dijo don Francisco a Martín, y ambos estrecharon sus manos, sellando el compromiso.

# La boda del Mestizo. Enero 1546.

—Me complacería que asistiera a mi boda, padre —dijo Martín, tras haberle informado de su próximo matrimonio.

—Me siento débil, hijo, pero te doy mis bendiciones para tu compromiso. Comentas que no pertenecen a la nobleza, y creo haces bien en casarte con quien tu corazón mande. No cometas el mismo error que tuve yo al no unirme en matrimonio con Marina —confesó Hernán Cortés—. No me malinterpretes, por favor. Amo a doña Juana, pero no con el sentimiento con el que amé a tu madre. Quizás es la vejez lo que me hace decir esto. ¿Quién sabe? Siento que me emociono por cosas que antes no tenía en cuenta siquiera. Incluso lloro al recordar ciertos momentos de mi vida; las muertes de compañeros, la desgracia de una traición, a Marina…

—No se preocupe, padre. Me ha dado la bendición para desposarme, su beneplácito es suficiente para casarme con Bernardina —respondió contento Martín—. Les pediré a mis hermanos que me acompañen. Desearía que alguien de mi familia estuviera conmigo y fueran mis testigos ese día.

—Martín, debo pedirte un favor.

—Dígame padre, ¿en qué puedo servirle?

—Una vez te cases, es importante para mí que te puedas unir a las tropas de Su Majestad. En unos meses el ejército imperial se reunirá en Barcelona para partir hacia Alemania y luchar contra los integrantes de la Liga de Esmalcalda —dijo Hernán Cortés, confiando en que el gesto de continuar apoyando a la monarquía sería bien visto por el rey don Carlos, quien todavía rechazaba su compañía.

—¿La Liga de Esmalcalda es la liga de los luteranos?

—Así es, hijo. Bien sabes que esta guerra contra los luteranos no se debe solo a la religión. No somos tontos para creernos ciertas cosas a estas alturas, ¿verdad? —preguntó sin esperar respuesta—. Se trata también de territorios y, ante todo, de negocios.

Hacía más de dos años que Martín se había despedido de su padre para marchar a Italia, donde estuvo luchando contra las tropas de Francisco I. Tenía pensado quedarse junto a Bernardina y tener una familia propia. Su futuro suegro le había ofrecido una jugosa dote con la que podrían vivir con dignidad. Ahora su padre le pedía regresara a la guerra contra el extranjero en tierras lejanas. El sentido de honorabilidad de Martín hacia su padre y hacia el mismo rey le obligaba a ello.

—Por supuesto, padre. Me presentaré en Barcelona y me pondré a las órdenes de Su Majestad para la campaña contra los luteranos. ¿Me acompañará alguno de mis hermanos?

—¡No, Martín! —respondió alterado Hernán Cortés—. No quisiera que dos de mis hijos lucharan al mismo tiempo en ninguna guerra o campaña. Fue una majadería irnos a la Jornada de Argel los tres juntos. Ahora lo sé. Arriesgué demasiado en esa aventura. Por suerte solo se perdieron las esmeraldas y no hubo que lamentar muertes en nuestra casa. Prométeme, Martín, como primogénito mío, que no permitirás que tus hermanos luchen al mismo tiempo en guerra alguna. La familia no puede quedar descabezada de hombres. Tenemos que mantener el apellido de la familia vivo —dijo con preocupación Hernán Cortés, apretando con fuerza la mano de su hijo.

—Así lo haré, padre, no se altere usted.

Le sorprendió a Martín que su padre se preocupara ahora tanto de la supervivencia familiar,

cuando él mismo había puesto en riesgo su vida durante tantos años. La vejez, como le había dicho hacía unos instantes su padre, empezaba a asomar en un hombre que siempre había sido arriesgado en sus decisiones.

Sabiendo que en los próximos meses tendría que viajar a Barcelona para unirse a las tropas del rey don Carlos, Martín escribió al prestamista judío donde había dejado empeñadas sus armas y armadura antes de iniciar la peregrinación a Compostela. Le rogaba ampliará los plazos para poder recoger sus pertenencias, obligándose a pagar los intereses que se habían estipulado para poder desempeñarlas. Confió en que el prestamista recibiera su petición y fuera hombre sensato.

Su hermano Luis se alegró cuando supo del próximo matrimonio de Martín, ofreciéndose como testigo y padrino. Ordenó preparar sus pertenencias para el viaje a Logroño, pues la boda se celebraría en la catedral de la ciudad.

—Más adelante me uniré a ti en Barcelona, hermano, ya sé que el rey está reuniendo a las tropas imperiales para ir sobre la Liga Esmalcalda —dijo Luis, emocionado de volver a participar en una batalla.

—No puedes, hermano. Es necesario que permanezcas al lado nuestro padre. Lo he visto decaído y un poco desorientado —mintió, poniendo como excusa a su padre para que su hermano no se le uniera a la guerra—. Martín el chico es todavía joven y aún está en la Real Casa de Caballeros Pajes. No podemos sacarlo de ahí para que esté al cuidado de nuestro padre, además, ya sabes cuál es el temperamento de nuestro hermano pequeño. Estaría todos los días en galas y banquetes con sus amigos de la nobleza.

—De acuerdo, hermano. Creo que tienes razón —respondió sin estar convencido.

Martín Cortés el chico se excusó ante su hermano mayor para asistir a su boda cuando se reunió con él en la Real Casa, donde estudiaba.

—Hermano mío, no te lo tomes a mal, pero no voy a dejar la Corte ni un día de mi vida para asistir a una boda en un pueblo perdido de la mano de Dios. Ni siquiera se trata de alguien de la nobleza o hija de hidalgo —dijo el pequeño Martín, menospreciando la invitación.

—Es en Logroño hermano, no se trata de un pueblo perdido. Y es mi boda. Soy tu hermano mayor.

—Te deseo lo mejor en tu matrimonio con Fernandina, Mestizo.

—Bernardina —respondió Martín molesto.

—Como sea. No te lo tomes a mal, pero creo que no amerita que el hijo del marqués del Valle de Oaxaca asista a esa ceremonia. Te opacaría mi presencia y nadie te tendría en cuenta. Haces bien en que te acompañe nuestro hermano Luis.

Dicho lo cual, Martín el menor, el heredero del marquesado, se acercó a su medio hermano mestizo y, tras abrazarle, se marchó.

# Batalla de Mühlberg. Abril 1547.

La niebla cubría todo lo que tenía a la vista Martín. Una nube blanca, lechosa y espesa, le impedía ver el final del arcabuz que sostenía. Estaba tumbado tras un montículo de tierra, observando hacia el río Elba, que debía estar a unas varas delante de él. No lo veía, pero escuchaba sus mansas aguas al pasar. La tarde anterior lo había observado antes de que cayera la noche. Debía medir cien varas de ancho en el lugar donde se encontraban. Sabía que, a su izquierda, aunque no lo viera, había un puente de barcazas, pero estaba bien custodiado por tropas protestantes.

En esta ocasión estaba al mando de un escuadrón de escopeteros dentro del Tercio español. Martín prefería luchar con su toledana, la cual seguía portando envainada al cinto, pero desde su llegada a Alemania le habían puesto un arcabuz en las manos, por lo que tuvo que practicar y mejorar su puntería con estos. Cada vez más, las armas de fuego se imponían a las espadas, lanzas o ballestas en las batallas. Era la guerra con escopetas un tipo de lucha que consideraba Martín menos honorable que la tradicional con espadas, pero asumía que eran los tiempos actuales.

Las tropas del Sacro Imperio Romano Germánico del rey don Carlos eran superiores a las de la Liga Esmalcalda en esa ocasión. Martín formaba parte de los Tercios españoles, compuesto por ocho mil veteranos, además de soldados y jinetes belgas, flamencos, alemanes, húngaros e italianos. En total eran casi cuarenta y cuatro mil hombres. Una verdadera torre de Babel de varias naciones bajo las faldas del rey Carlos I de España y V de Alemania. En la otra orilla se calculaba que les esperaban unos doce mil soldados de infantería y tres mil jinetes. Los números estaban del lado del monarca español, pero bien sabía Martín que no siempre se cumplía esa regla para lograr una victoria.

Por un momento se evadió de Mühlberg y del pequeño montículo de tierra que lo ocultaba del enemigo. Recordó los pocos meses que pasó con Bernardina tras su boda. Fue un tiempo de paz en su vida. Habían ido a vivir a un pueblo cercano al de sus padres. Allí Martín aprendió a criar animales, así como a plantar y cosechar cereales. Meses tranquilos, en compañía de una mujer que él amaba, y le amaba. Le vino a la memoria el día que Bernardina le dijo que tenía una falta, y la alegría que sintió cuando se le empezó a notar el vientre a su mujer. Lástima que para Navidad recibiera una carta de su padre informando de la próxima partida del ejército del rey desde Barcelona en enero. Se habían retrasado más de lo previsto, pero había llegado el momento de incorporarse.

Para estas fechas —pensó Martín— ya debe de estar pariendo Bernardina. Había llegado a un acuerdo con ella. Si era niña, su mujer le pondría el nombre que deseara ella, pero si nacía varón, el nombre del niño sería Fernando. Como el padre de Martín[26].

El capitán Mestizo reunió a un grupo de diez hombres con los que había participado en varias escaramuzas y habían destacado por su bravura y valor: Alonso de la Cueva, Jerónimo de Sierra, Francisco Centeno, Juan de Artés, Pedro Ollero, Francisco de Salinas, Gómez de Robledo, Juan de Bolena, Francisco Gregorio y Diego de Mallorca.

—Señores, en unos momentos comenzaremos un ataque inesperado sobre el enemigo —les dijo Martín en voz baja a los diez hombres que formaban un semicírculo ante él—. Ayer cuando les pregunté, vuestras mercedes me dijeron que sabían nadar —todos asintieron en silencio—.

Despojémonos en este momento de ropajes. Déjense puesto tan solo un calzón que cubra sus vergüenzas y en el cinto, su espada.

Los hombres se fueron desnudando en silencio, poniendo cada uno sus ropas, armas y hatos en pequeños montones. Martín encargó su cuidado a un mozo que los acompañaba y ayudaba con los bastimentos y el rancho.

—Vamos a por ellos —susurró Martín Cortés, confiando con esa maniobra sorprender a los protestantes.

Sabía que frente a ellos el río Elba se ensanchaba y formaba un bajío por el que se podía cruzar caminando. Al menos, eso entendió a un tudesco católico, vecino de Mühlberg, que se acercó a ellos el día anterior. Tras hablar con el hombre y comprender lo que le decía, se le ocurrió una maniobra que podría tener éxito. Martín pidió audiencia con el duque de Alba y le hizo saber la información que había obtenido del tudesco. Expuso el plan que había pensado, y el duque de Alba se tomó un tiempo para compartirlo con el rey don Carlos. A su regreso con Martín, el duque le concedió permiso para llevar a cabo el ataque que había propuesto.

En compañía de sus diez hombres y cien arcabuceros se acercó hasta la orilla del río Elba. Notaron, antes que vieron, el agua a sus pies. Martín mandó a los diez hombres que le acompañaban casi desnudos, que se cubrieran con lodo las caras, brazos y el pecho. Una vez quedaron manchados con el barro, dio la orden para que todos entraran en la corriente.

Además de su pequeña compañía de diez hombres desnudos, los cien arcabuceros se sumergieron tras ellos, poco a poco, evitando que el agua hiciera ruidos extraños. Cuando el nivel les llegó hasta la cintura, ordenó Martín que se dispersaran lo que pudieran, siempre que hicieran pie. No era cuestión de que los atraparan amontonados y les dispararan como a patos en una batida.

—A mi voz, todos comenzarán a barrer la orilla con los arcabuces, señores —susurró Martín a sus hombres más cercanos para que pasaran la orden.

Con los arcabuces izados sobre las cabezas fueron avanzando por el río con el agua ya alcanzándoles el pecho. Martín calculó que la ribera enemiga ya debía estar a tiro de los escopeteros y dio la señal de alto al avance. No podía ver la orilla debido a la niebla, pero sabía que estaba ahí, frente a ellos.

—¡Por España! ¡Por el Imperio! —gritó en medio de la niebla Martín.

Todos los arcabuceros españoles, como si de un eco se tratase, empezaron a abrir fuego sobre la orilla enemiga. Se pudo escuchar algún grito frente a ellos, señal de que no había errado al calcular la distancia a la que se encontraban.

Los escopeteros continuaban disparando, intentando que no se les mojara la pólvora que llevaban colgando del cuello. Martín y los diez hombres que lo acompañaban se echaron a nadar. Sin chapotear, nadaron hacia el pontón que habían tomado las tropas enemigas. Sabía que estaba delante de ellos, entre la niebla, aunque por el momento no lo veía.

Cubiertos por los disparos de sus compañeros, se dirigieron hacia el puente ocupado por el enemigo. Sobre ellos oían silbar los perdigones de unos y otros. Si alguno osaba ponerse en pie, le esperaba una muerte segura.

Lograron alcanzar el puente de barcazas y treparon a este, sorprendiendo a los soldados protestantes, quienes no reaccionaron cuando vieron subir al pontón a la decena de hombres desnudos, armados con espadas y dagas, con su piel cubierta de barro. Unos cuantos de ellos pudieron huir de los españoles, pero el resto murieron sobre las barcazas que formaban el pontón y que estaban intentando desmantelar para evitar que cruzaran el río las tropas del rey don Carlos.

Con el puente tomado por la avanzadilla de Martín, el ejército imperial pudo cruzar por encima de este. La caballería atravesó el río Elba a través del bajío que habían usado los arcabuceros momentos antes.

La lucha en la orilla que ocupaba el ejército luterano fue cruenta. Pronto se ordenó el cese de los disparos, pues la niebla, aunque se iba disipando, dificultaba que se distinguieran unos de otros a distancia. Martín luchó como el que más. Casi desnudo, sostenía la toledana en la mano derecha mientras en la izquierda tenía la vizcaína, que usaba como apoyo cuando estaba demasiado cerca del enemigo y no podía maniobrar con la espada.

A media mañana el sol logró deshacer del todo la niebla, dentro de la cual habían luchado durante tres horas, desde que amaneció. Casi ocho mil muertos de la Liga de Esmalcalda cubrían la tierra en la orilla del río Elba. El recuento de bajas en las tropas imperiales arrojó un total de doscientos hombres muertos.

—Ha sido una gran victoria, sin duda, gracias al arrojo y valentía de sus hombres, que consiguieron abrir un espacio para que el resto del ejército pudiéramos penetrar —dijo el rey don Carlos al capitán Álvaro de Sande, quien mandaba sobre el Tercio español.

—Su cara me es conocida —dijo el rey, observando a Martín Cortés, quien seguía vistiendo con calzones y llevaba la cara tiznada por la pólvora, el sudor y el barro que todavía tenía pegado.

—Majestad, soy el capitán Martín Cortés, caballero de la Orden de Santiago. Serví en la Casa de la emperatriz Isabel, así como en la Casa del príncipe Felipe —respondió haciendo una reverencia ante él.

—Ahora os recuerdo. Vos sois el Mestizo. El hijo de Hernán Cortés, el marqués del Valle, ¿cierto? —dijo sonriendo el rey don Carlos, al identificar a Martín.

—Hernán Cortés es mi padre, majestad, es cierto.

—De tal palo tal astilla —dijo riéndose—. Solo un hijo de Hernán Cortés ha podido dirigir esta arriesgada y valerosa maniobra que nos ha servido para obtener tan gran victoria —el rey don Carlos observó que Martín sangraba por un tajo que le habían hecho en el brazo, mientras se lo sostenía con el otro, ya que le habían roto el hueso al recibir un mandoble—. De Sande, ordene al médico del Tercio que atienda la herida y la quebrada de hueso del capitán Cortés, antes de que se ponga peor.

Cuando el médico limpió la herida de Martín y detuvo la hemorragia, le vendó con lienzos limpios el brazo. Usando varias saetas y paños le entablillaron el hueso quebrado. El mozo de Martín que había quedado en la otra orilla, le acercó sus ropas y el hato. El muchacho le ayudó a vestirse, ya que la herida le dolía bastante con cualquier movimiento.

—¿Capitán Cortés? —preguntó un joven vestido de caballero paje.

—Así es, ¿quién me manda llamar? —preguntó Martín mientras el mozo le ayudaba a ponerse las calzas.

—Su Majestad desea que se presente ante él en compañía de los diez valientes que lo acompañaron en la toma del pontón.

—En una hora estaremos ante Su Majestad, tengo que reagruparlos. Ahora andan cada uno por su lado —respondió Martín, tras lo cual vio alejarse al caballero paje y recordó la época en la que él vistió igual en la Real Casa.

Decidió vestirse con el jubón donde llevaba bordada la cruz de la Orden de Santiago, pero al no poder meter el brazo quebrado, hizo que le arrancaran la manga izquierda. Cuando reunió a sus hombres, les recomendó vestirse con las mejores y más limpias ropas que portaran, ya que habían sido llamados ante Su Majestad.

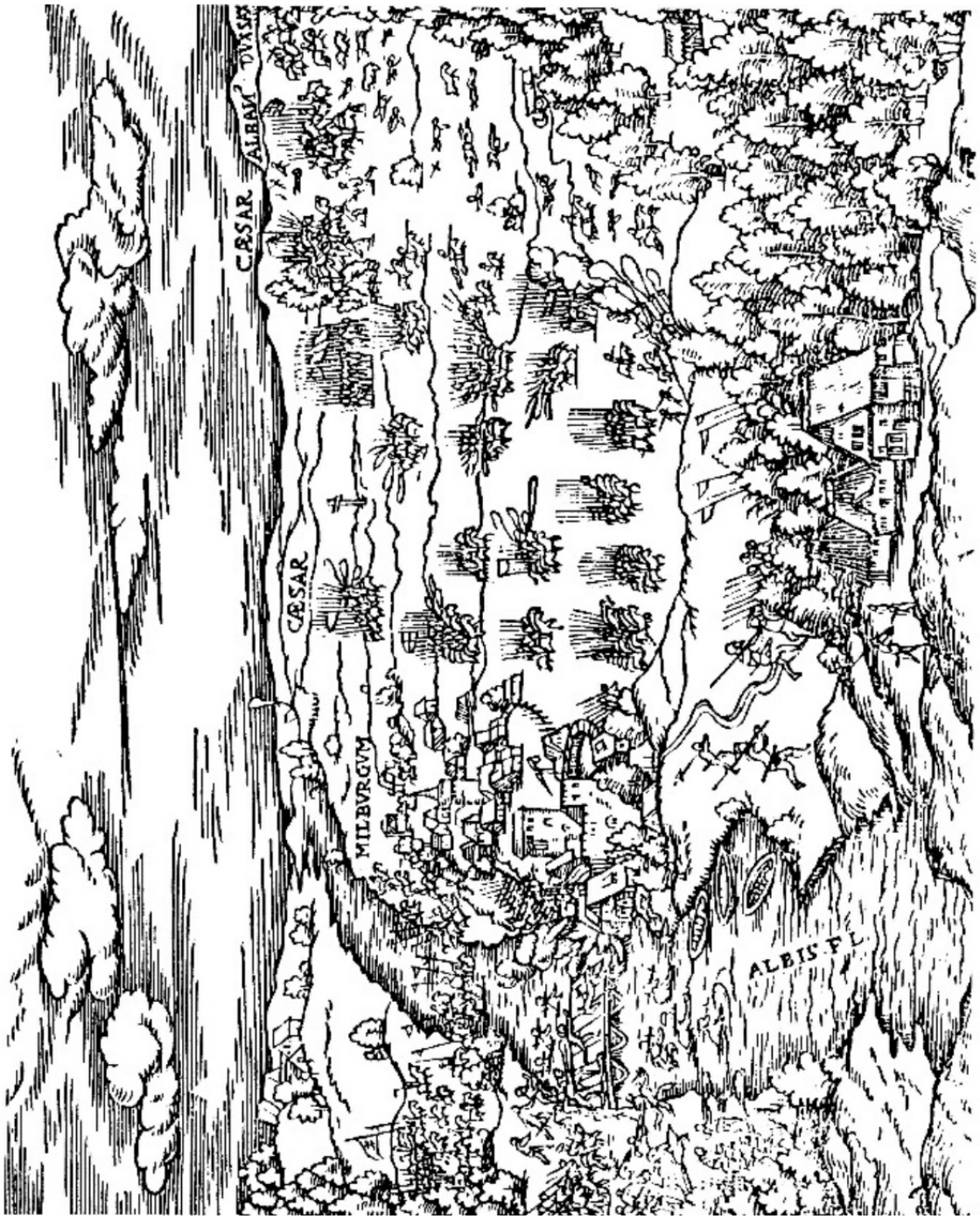
Usando un trozo de una bandera enemiga, le hicieron un cabestrillo para soportar el brazo con el hueso quebrado que tenía entablillado. Una vez todos ellos estuvieron aviados, se acercaron a la tienda del rey, donde esperaron formados afuera de esta. No tardó en salir de la tienda el monarca, acompañado por el duque de Alba.

—Soldados de los Tercios —dijo con voz grave el rey ante ellos—, capitán Martín Cortés. Han demostrado un valor inaudito, más allá de lo que se les podría pedir. Han expuesto su vida a cambio de que sus compañeros y el resto de mis hombres pudieran alcanzar esta victoria. Deseo recompensar a los diez soldados que integraron esta incursión con un traje de terciopelo color grana, guarnecido en plata —los soldados sonrieron por el premio, porque sabían que podrían revenderlo bien a quien sí usara ese tipo de prendas—, así como una recompensa de cien escudos a cada uno de ustedes —al escuchar el importe del premio no pudieron disimular la alegría. Era un dinero que equivalía a cinco años de soldadas.

—El capitán Martín Cortés será recompensado con dos trajes de terciopelo, uno negro y otro grana, así como doscientos escudos —dijo el rey, tras lo cual se acercó a Martín y estrechó su mano.

La victoria imperial había servido para disolver la Liga de Esmalcalda, siendo sus principales, Felipe I de Hesse y Juan Federico I de Sajonia, encarcelados en el castillo de Halle, en sustitución de la pena de muerte.

# Ilustración n.°5




*Batalla de Mühlberg, xilografía de Luis de Ávila y Zúñiga, 1550.*

# La muerte del padre. Agosto 1547.

Martín se dirigía a caballo hacia Sevilla, donde le habían dicho que estaba viviendo por esas fechas su padre. Iba con gran alegría y emoción en su interior, ya que antes de marchar al sur, había pasado un par de meses en Agoncillo donde conoció por fin a su hija, a la cual Bernardina no había querido bautizar a pesar de las quejas de sus padres, hasta que regresara Martín de la guerra. El último día de junio fue bautizada como Ana, el nombre que le gustó a Bernardina. La mala noticia había venido por voz de la matrona que asistió en el parto, pues este fue complicado. La partera, por la experiencia que tenía, recomendó que Bernardina no tuviera más hijos o corría el riesgo de morir.

Supo por una carta de su hermano Luis, que su padre se había debilitado durante los últimos meses y que se había trasladado a Castilleja de la Cuesta, un pequeño pueblo cerca de Sevilla, por lo que, tras despedirse de su esposa y de su hija, se encaminó hacia allí.

En Castilleja de la Cuesta encontró a su padre viviendo en la gran casa de Alonso Rodríguez, quien era juez en Sevilla. A pesar de que todavía conservaba la mirada viva y la mente despierta, notó Martín que su padre tenía poca movilidad y se quejaba mucho de sus dolores. Aun así, todos los días Hernán Cortés atendía muchas visitas de todo tipo, al igual que años atrás acostumbró a hacer en Valladolid, con la llamada *Academia de Cortés*.

Un escribano terminó de recoger unos documentos firmados por Hernán Cortés y se retiró de su estancia. Martín permanecía de pie junto al ventanal, mirando hacia el patio interior de la casa, donde había un jardín y crecía en el centro un árbol que recordaba haber visto en otro lugar.

—Es un papayo, Martín —dijo Hernán Cortés, acercándose a la ventana junto a su hijo y resolviendo la duda con la que parecía observarlo—. En nuestro viaje en 1528 traje planteles de varios árboles. Uno de ellos se lo regalé al juez Rodríguez, el dueño de esta casa. Me gusta comer alguna de sus papayas de vez en cuando. Su olor y sabor me recuerda a la Nueva España. Además, me faltan unos cuantos dientes y se agradece comer una fruta que casi no necesita ser masticada.

Junto a Hernán Cortés vivía fray Francisco López de Gómara, de quien supo Martín que no se había separado de su padre desde que marchó de Valladolid. Por lo que averiguó, estaba escribiendo sus memorias, escuchando los relatos del marqués, y preguntando a muchos visitantes por sus vivencias junto a él.

Hernán Cortés rogó a su hijo se sentasen. Se encontraba de nuevo con fatiga al respirar cuando caminaba o permanecía de pie.

—Hijo, por fin he podido concertar el matrimonio entre tu hermana María Cortés y el hijo del marqués de Astorga, don Alvar Pérez Osorio

Martín le sonrió y apretó su mano, posada sobre la suya.

—Me alegro, padre. Me gusta ver como siempre se preocupa por todos sus hijos.

—Haz siempre lo mismo. La familia es lo único que tenemos. No seas traidor a ellos. Puedes engañar a quien quieras, pero no a los tuyos. Sin ellos, no somos nada. Ya has demostrado que eres hombre leal, honesto y valiente. No como alguno de tus hermanos… —murmuró Hernán Cortés para que nadie más que Martín lo escuchara—. Prométeme sobre el pañuelo de tu madre, que me imagino que aún llevarás bajo tu ropa, que siempre cuidarás de tu familia.

Martín puso la mano sobre su corazón y sintió bajo la camisa la pequeña funda donde

guardaba siempre el pañuelo. Prometió a su padre el cuidado de su familia.

Esa promesa, que no pensaba incumplir, le traería a Martín muchos problemas en el futuro.

Su padre empeoraba cada semana, pero el golpe definitivo a su salud vino por dos noticias. Ambas relativas a matrimonios.

La primera de la que tuvo conocimiento Hernán Cortés fue relativa al compromiso de María Cortés Zúñiga con Alvar Pérez Osorio, el vástago del marqués de Astorga. Don Alvar Pérez había decidido cancelar el matrimonio acordado. Afligido por la noticia, mandó Hernán Cortés a Martín que se acercara a Sevilla para traer al escribano Tomás del Río, quien había redactado su testamento con anterioridad. Su padre deseaba modificarlo.

El escribano se pasó el mañana encerrado con el conquistador, mientras Martín y su hermano menor de mismo nombre, andaban por la casona.

—¿Qué piensas que esté haciendo padre con el nuevo testamento? —preguntaba ansioso Martín el chico, sin dejar de asomarse para saber si había salido ya el escribano o todavía seguía dentro.

—Nuestro padre sabe lo que debe hacer, debemos confiar en él. Nosotros solo podemos rezar para que mejore. Lo he visto abatido estos últimos días —le respondió Martín el Mestizo, intentando apaciguarlo.

—Me prometió que heredaría el marquesado. Nunca dijo que te lo fuera a dejar a ti, aunque seas el primogénito. Estaría mal visto que un mestizo heredara el título.

Martín lo observó. Siempre le sorprendía la falta de respeto que le tenía su hermano menor. A cualquier otro le hubiera abofeteado por la impertinencia que le acababa de decir.

—Hermano, vigila tu lengua. Sé que estás alterado, pero todos tendremos que asumir lo que padre decida poner en su testamento. Si ya te prometió el marquesado, puedes dar por hecho que para ti será —respondió molesto.

La puerta se abrió y salió el escribano cargado de hojas atadas con una cinta de raso. Pasó frente a los dos herederos y les saludó con una inclinación de cabeza. Martín el chico corrió tras él, con la intención de saber los cambios que había hecho Hernán Cortés en el testamento. Martín el Mestizo entró a la alcoba de su padre y se acercó a él. Lo encontró débil. Su padre al verlo, le pidió un agua de manzanilla. Martín se aproximó a la mesa donde estaba la jarra y sirvió un vaso.

—¿Dónde está tu hermano menor? —preguntó con voz baja Hernán Cortés, jadeando como si le faltara el aire en los pulmones.

—Está afuera, padre. Estaba rezando por usted —respondió al tiempo que colocaba algunas almohadas bajo su espalda, para que estuviera reclinado y pudiera respirar mejor.

—No me mientas, hijo. Seguro que, conociéndolo, ha ido detrás del escribano para ver si le podía sacar algo.

Martín no respondió a su padre. Recogió el vaso con el agua de manzanilla que había dejado, y lo depositó en la pequeña mesa que había junto a su lecho.

—Él será quien herede el título, Martín —le recordó su padre—. Le prometí a doña Juana que nuestro primer hijo varón sería quien heredara el marquesado que, cuando me casé con ella, me acababa de conceder Su Majestad.

—No se preocupe. No ha de temer pleitos por mi parte. Es su deseo y para mí es suficiente.

—Ahora me arrepiento, pero es la promesa que hice —dijo tomando las manos de su hijo entre las suyas—. Prométeme que estarás al pendiente de él. Y que le servirás, obedecerás y tratarás con corrección.

—Si es vuestro deseo, así lo haré—respondió algo molesto Martín por la promesa de tener que cuidar de alguien a quien consideraba maleducado, egoísta y déspota.

El segundo golpe a la salud de Hernán Cortés vino de nuevo por otro mensajero. Nadie sabía el contenido de la carta que había recibido, pero su padre pidió de nuevo a Martín que llevara al escribano Tomás del Río de regreso a Castilleja.

—Debo añadir un codicilo[27] al testamento de anteayer —escucharon los dos hermanos decir a su padre cuando entró el escribano a su alcoba.

Martín tuvo casi que empujar a su hermano menor para que saliera de la habitación de su padre, y cerrar la puerta tras de él.

—¿Qué ha pasado ahora? —vociferó afuera de la estancia Martín el chico—. Ese mensajero traía una carta de Luis. ¿Por qué llamar con urgencia al escribano para que regrese y redactar un codicilo?

—Lo desconozco, hermano. Me preocupa que le haya podido ocurrir algo a Luis. No sabemos nada de él desde hace tiempo.

La puerta se abrió una hora más tarde y salió el escribano asustado.

—Es importante que puedan atender al marqués. Lo veo en mal estado. He redactado el codicilo, pero no tiene siquiera fuerzas para firmarlo —comentó alarmado el escribano.

—¿Qué le ha dicho el marqués? —preguntó impaciente Martín el chico.

—No puedo decirle el contenido del codicilo ni del testamento, como comprenderéis —respondió molesto—. Lo que sí que puedo decirle es que vuestro hermano, don Luis Cortés, ha anunciado a su padre su compromiso con Guiomar Vázquez de Escobar.

—¿Quién es esa? —preguntó Martín el chico a su hermano mayor.

—Es la sobrina de Bernardino Vázquez de Tapia. Deberías saberlo, hermano. Fue uno de los acusadores contra Pedro de Alvarado y nuestro padre durante su juicio de residencia —respondió Martín el Mestizo—. Buscaré a un testigo que no sea de la familia para que pueda firmar el codicilo.

Dos horas más tarde entraban a la habitación de Hernán Cortés, entre otros, fray Pedro de Zaldívar y el contable Melchor de Mójica, quien, junto con fray Diego de Altamirano y el licenciado Infante, también presentes, firmaron como testigos en el codicilo que les presentó el escribano. A ellos se les unió Francisco López de Gómara, siempre cargado de hojas, pluma y tintero, para anotar lo que sucediera en torno a Hernán Cortés.

—Mi padre ya no puede hablar. Le ruego proceda a darle la extremaunción —dijo con gran dolor Martín el Mestizo a fray Pedro de Zaldívar.

Sentado junto a su lecho, Martín el Mestizo rezaba por su padre, quien ya empezaba a sentir la falta de aire en sus pulmones. Martín el chico caminaba como una fiera enjaulada, de un lado a otro de la estancia, alterado, mirando de reojo a su padre y a su hermano mayor.

—*Per istam sanctam Unctionem et suam piissimam misericarodiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti. Amen* —murmuraba la letanía fray Pedro de Zaldívar sobre el cuerpo de Hernán Cortés—. *Ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet. Amen*[28]

Tomando su última bocanada de aire, Hernán Cortés habló, y todos pudieron escuchar sus últimas palabras.

—*Mendoza… no… no… emperador… te… te… lo prometo… once de noviembre… mil quinientos… cuarenta y cuatro…*[29]

Hernán Cortés cerró por última vez sus ojos.

El dos de noviembre de 1547 fallecía el más grande conquistador español que existió. El día de los Fieles Difuntos, en el que se reza por aquellos fallecidos que se encuentran en el Purgatorio, moría el capitán Hernán Cortés, marqués del Valle de Oaxaca, a la edad de 62 años, en una cama de la parte alta de la casa del juez Rodríguez de Medina, en Castilleja de la Cuesta.

Dejaba este mundo acompañado por su hijo Martín Cortés, heredero del marquesado, y de su hijo primogénito, Martín Cortés el Mestizo, quien tenía tomada la mano de su padre y rezaba junto a él al momento de su fallecimiento.

—Nunca jamás capitán alguno hizo con tan pequeño ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias, ni sujetó tamaño imperio —dijo Martín el Mestizo, poniéndose en pie, tras haber cerrado los párpados de su padre.

Junto a él, fray López de Gómara tomaba notas sin descanso de lo que ocurría y se decía en la estancia.

Al día siguiente, mientras era amortajado Hernán Cortés en su dormitorio, se reunieron en el salón principal de la casa de Castilleja de la Cuesta los hijos presentes, Martín Cortés Malintzin y Martín Cortés Zúñiga, así como el juez Rodríguez, propietario de la casa, fray Pedro de Zaldívar, Francisco López de Gómara, el duque de Medina Sidonia, fray Diego Altamirano y otros grandes señores.

El escribano Tomás del Río, tras abrir su carpeta de cuero, procedió a leer ante los presentes el largo testamento que le dictó de viva voz Hernán Cortés pocos días antes.

La primera cláusula del testamento obligaba a sus hijos a trasladar su cuerpo a la Nueva España para ser enterrado en Coyoacán. Las siguientes cláusulas eran encargos de oficios, por lo que tendrían que ofrecerse mil misas por las ánimas del purgatorio, dos mil por quienes murieron en su compañía en la conquista de México y otras dos mil misas por las ánimas de las personas con quienes Hernán Cortés hubiese tenido cargos de los que no se hubiese acordado. Aunque estas no fueron las cláusulas más sorprendentes de todas.

Dejaba a todas sus hijas una buena dote, pero en especial a la mayor de todas, a la primera hija que tuvo, Catalina Pizarro, quien vivía en su palacio de Cuernavaca. Había sido Catalina, sin duda alguna, la hija a la que más había querido Hernán Cortés y a la que, además de la mayor dote económica, le heredaba varias encomiendas, entre ellas, Chinantla, Matalacingo y Tlaltizapán.

El marquesado se lo heredaba a Martín Cortés Zúñiga, como había prometido, pero le obligaba a pagar a sus hermanos Martín Cortés Malintzin y Luis Cortés Altamirano, la cantidad de mil ducados de oro anuales. Una cantidad que les permitiría vivir con holgura y sin necesidades.

Obligaba a su primogénito, Martín Cortés Malintzin, y a su hermano Luis Cortés, a servir y obedecer a Martín Cortés Zúñiga, así como a tratarlo con respeto y a no desobedecerle, a él o al rey. En caso de que desobedecieran o no cumplieran para con su hermano el marqués, serían desheredados. De igual manera, sería desheredado cualquiera de los hijos o hijas que se casaran con alguien que hubiera sido enemigo de Hernán Cortés.

En el testamento dejó ordenado al hijo heredero del marquesado que se construyeran unos hospitales, un monasterio y un colegio en la Nueva España.

—¿Cuál es el contenido del codicilo? —preguntó nervioso Martín, el nuevo marqués del Valle, al terminar el escribano de leer el testamento, provocando que todos lo miraran con desaprobación.

El escribano prosiguió a leer el codicilo, donde anunciaba tan solo que don Luis Cortés Altamirano era desheredado del testamento, a causa de haber contraído compromiso de matrimonio con la sobrina de Bernardino Vázquez de Tapia.

Martín Cortés, el marqués, suspiró con alivio.

En la lectura de testamento se leyó también una carta, a modo de últimas voluntades, de la abuela Catalina Pizarro. En el documento, la madre de Hernán Cortés dejaba a su fallecimiento

unas propiedades que tenía en Soria a su nieto Martín Cortés.

—Para evitar confusiones y pleitos, deseo que quede constancia de que mi abuela, Catalina Pizarro, dejó esas tierras a mi persona —dijo ante los presentes Martín Cortés el marqués, quedando patente la avaricia de este, que no tenía límites aun tras haber sido el beneficiario del marquesado de Hernán Cortés, así como de gran parte de los bienes de su padre en la Nueva España.

El Mestizo no protestó. Había perdido el habla al escuchar la reciente declaración de su hermano menor, el marqués. Sentía como la ira le subía desde el estómago y le nublaba la vista. Respiró con pesadez. Escuchaba hablar a los presentes en la estancia, pero no entendía que estaban diciendo esas voces. Se levantó de su silla y dio unos pasos, haciéndose el silencio entre los que habían estado hablando. Se acercó al escribano Tomás del Río, quien todavía tenía la carta de la abuela Catalina sobre la mesa. Sin decir una palabra, tomó el breve documento y lo leyó con detenimiento. Al regresárselo al escribano, se limitó a indicar con el dedo la fecha en la que estaba escrita.

El escribano abrió los ojos al darse cuenta de lo que Martín el Mestizo le había señalado. Pidió al juez Rodríguez y al duque de Medina Sidonia se acercasen. Los tres revisaron los documentos que tenía en su poder mientras murmuraban entre ellos.

—¿Qué les ocurre a vuestras mercedes? —preguntó altanero Martín el marqués— ¿Alguna otra sorpresa de última hora de mi padre?

El juez Rodríguez se giró y lo miró con desprecio.

—No, marqués. El testamento y el codicilo de su padre son correctos —respondió mirándole con atención—. Estábamos comprobando la carta de su abuela Catalina.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está firmada en el año 1529, cuatro años antes de que nacierais. Sin duda fue elaborada antes incluso de que vuestra abuela partiera a la Nueva España, donde falleció. En 1529 Catalina Pizarro solo había conocido al primogénito de su hijo Hernán, su nieto Martín Cortés Malintzin. Vuestra merced todavía no había sido engendrado siquiera —le explicó el juez Rodríguez al marqués, dejando patente que en ningún caso él podía ser el heredero de esas tierras.

Martín el marqués hizo el vacuo intento de protestar, pero el duque de Medina Sidonia lo tomó del brazo y se lo llevó a un rincón de la estancia, donde estuvieron hablando ambos unos instantes en voz baja. Al rato, volvieron hacia la mesa donde estaba el juez Rodríguez y el escribano del Río.

—Como sea —dijo condescendiente Martín el marqués—, que se quede mi hermano mestizo esos secarrales de Soria.

Al día siguiente, 4 de noviembre, la comitiva del entierro de Hernán Cortés, integrada por sus dos hijos Martín, religiosos, nobles, hidalgos y cincuenta pobres con hachas prendidas, se dirigieron caminando tras el féretro hasta el monasterio de San Isidro del Campo, en la villa de Santiponce. El duque de Medina Sidonia había cedido su propia cripta para que fuera enterrado Hernán Cortés, hasta que lo trasladaran, como había sido su deseo, a Coyoacán, en la Nueva España.

—Un entierro como si se tratara del mismo príncipe —murmuró satisfecho Martín el Mestizo a su hermano el marqués, al comprobar cuan respetado y querido había sido su padre.

—Un príncipe que no tiene ni donde ser enterrado, y de favor tiene que reposar en una cripta prestada —comentó el marqués.

—No te demores en llevarlo a la Nueva España y enterrar sus restos en Coyoacán. Esa fue la primera cláusula de su testamento. —Martín el Mestizo recordó a su hermano que los beneficios

que había obtenido también conllevaban obligaciones.

Cuando llegaron al monasterio, el prior, fray Pedro de Zaldívar, comprobó que quien iba a ser metido en la cripta se tratase de Hernán Cortés. Tras revisarlo, lo introdujeron en el sepulcro, entre las gradas del altar mayor.

Sorprendiendo a todos, y tal vez, pretendiendo igualar la frase que pronunció el Mestizo tras el fallecimiento de su padre, Martín el marqués se puso frente al sepulcro y declamó ante los presentes un pobre verso que había ideado:

*Padre, cuya suerte impropiamente*
*aqueste bajo mundo poseía:*
*Valor que nuestra edad enriquecía*
*Descansa agora en paz eternamente*

Todavía no había transcurrido una semana desde el fallecimiento de Hernán Cortés, cuando el Mestizo recibió el aviso de que su hermano le deseaba ver. Martín acudió a la recámara de su padre, pues sabía que su hermano menor había tomado para sí el lugar.

—Voy a sacar a subasta pública en Sevilla sus pertenencias.

El Mestizo se sorprendió de escuchar las intenciones de su hermano. Todavía su padre estaba caliente y el nuevo marqués ya estaba pensando en deshacerse de parte de su herencia.

—Pero nuestro padre nunca vendió sus pertenencias, ni falta hace que tú lo hagas, hermano. Te ha dejado dinero suficiente para cubrir las deudas contraídas. Si me lo autorizas, puedo dirigirme a los prestamistas y negociar un acuerdo para que se extienda el plazo de devolución o reducción de intereses.

—Yo soy el propietario de todo ahora, Mestizo. Mejor deja que tome las decisiones oportunas.

—Por supuesto, hermano, pero tienes apenas quince años y estás vinculado al que será tu futuro suegro, don Pedro de Arellano, el conde de Aguilar, con quien padre firmó el acuerdo de matrimonio tuyo y de tu hermana, María Cortés. Fui testigo de ello y tienes comprometido mucho dinero. Te van a rodear gentes que solo querrán beneficiarse de la fortuna que te ha heredado padre.

—Te repito, hermano, que no requiero de tu ayuda para manejar mis bienes —replicó al Mestizo.

Los hermanos no volvieron a hablar de ello. Se organizó la subasta en Sevilla de los muebles de Hernán Cortés, así como de sus ropajes, mantelerías, colchones, vajillas, armas, armaduras y algunos libros. Martín el Mestizo no pudo soportar ver los bienes de su padre expuestos en las gradas de la catedral, bajo la Giralda, por lo que no asistió a la subasta.

# Ana y Fernando. Agosto 1554.

A principios de 1548 Martín marchó a Berlanga, en las tierras de Soria, donde su abuela le había dejado ciertos campos de cultivo. Hasta allí se dirigió su mujer Bernardina, junto con Ana, la hija de ambos. Puso Martín las tierras en orden y empezó a sembrar en unas y a cosechar en otras, tal y como su suegro le había enseñado un año antes. El matrimonio llevaba una vida tranquila en aquel pequeño pueblo de apenas dos mil vecinos. Las tierras heredadas de su abuela eran grandes en extensión y agradecidas. Todo parecía indicar que podrían vivir bien de ellas, aunque sin lujos.

Llegó a Berlanga a mediados de año, un carro que se dirigió a casa de Martín. En él viajaba una señora mayor al cuidado de un bebé. El carretero se detuvo frente a la casa del Mestizo y le hizo entrega de una carta. Según pudo leer Martín, en la misiva se afirmaba que el pequeño que llevaba la mujer era un hijo suyo. De acuerdo con esto, la doncella con la que había yacido estando él en Sevilla cuando fue a cuidar a su padre, había quedado embarazada. Al ser hija de buena familia sevillana, el padre de la muchacha la había enviado a otra ciudad cuando supo de su embarazo. Allí había parido al bebé que le llevaban ahora a Martín, de quien decían ser el padre. En la carta que le entregaron, el padre de la muchacha explicaba que su hija era soltera, y merecía poder hacer una vida sin que esta se viera manchada por un hijo fuera del matrimonio. El Mestizo se hizo cargo de la situación y, tomando el cestillo donde descansaba el pequeño, lo metió a su casa. El carretero, sin esperar respuesta alguna, salió de Berlanga con su carro.

—Recibiré a este bebé porque hijo tuyo es, Martín. Lo cuidaré como si fuera mi propio hijo, más no vuelvas a traerme otro bastardo a casa.

Bernardina quitó la toquilla que lo cubría y vio al bebe en el capazo.

—Desde luego, no puedes negar que sea hijo tuyo. Tiene el mismo tono de piel que Ana —dijo la mujer con frialdad—.

Martín no replicó a su esposa. No había pensado nunca que aquella doncella, o algo relacionado con ella, se volviera a cruzar en su vida, pero ante él estaba la prueba de que no había resultado ser así. Igual que su propio padre había asumido la responsabilidad para cuidar, educar y mantener a cualquier hijo natural, Martín se comprometió también a ello. Al fin y al cabo, el mismo era también un hijo bastardo.

En la iglesia de Berlanga fue bautizado el hijo del Mestizo. En el registro de la pequeña iglesia se inscribió al niño, anotando el nombre de sus padres, Martín Cortés y Bernardina de Porras, así como el nombre con el que se bautizó, Fernando Cortés de Porras, en recuerdo de su padre.

Los años pasaban y a Martín le placía la vida que llevaba junto a Bernardina y sus hijos, Ana y Fernando. Martín acompañaba a sus jornaleros cuando iban a trabajar al campo. Le gustaba sentir el calor en su espalda, o el fresco de las mañanas cuando recogían la uva, podaban las vides o los almendros.

Ana y Fernando crecían en un pueblo tranquilo. Martín pagaba con gusto un buen maestro para sus hijos, y que de esa manera aprendieran ambos letras y números. Bernardina cumplió con su promesa de criar a Fernando como si fuera su propio hijo. Lo trataba con el mismo cariño y amor que hacía con Ana. Si en Berlanga alguien supo que ese bebé no era de ellos, nunca les dijeron nada. Eran la familia del pueblo que tenían más tierras y, al mismo tiempo, estaban bien considerados por los vecinos. Apreciaban que Martín siempre fuera a ayudar a los hombres al

campo y pagaba mejores jornales que otros señores de la comarca.

Durante esos años escribió algunas cartas a la Nueva España dirigidas a sus hermanas, Catalina Pizarro, la mayor de sus medias hermanas, y a María Jaramillo, la hija de Juan Jaramillo y de la Malinche, su madre, aunque Martín siempre supo que en realidad también era hija de Hernán Cortés.

De su hermana Catalina perdió el contacto en 1550, cuando recibió su última carta. En ella se quejaba de la actitud de doña Juana de Zúñiga, la viuda de Hernán Cortés. Catalina le contaba que recibía presiones de doña Juana y de Juan Altamirano, para que cediera a su madrastra las propiedades cercanas a Cuernavaca que había heredado de su padre.

En 1553 recibió una carta y un paquete de su hermano Martín, el heredero del marquesado. En la carta le hacía saber que estaba viviendo en la Corte junto al príncipe Felipe, del cual le informaba que se había comprometido en matrimonio con María Tudor, hija del rey inglés Enrique VIII y de Catalina de Aragón.

Martín abrió el paquete que le enviaba su hermano menor. En su interior había un libro: *La conquista de México, de Francisco López de Gómara*. Su hermano menor le advertía en la carta que todo apuntaba a que el rey pronto dictaría la prohibición de ese libro, con graves sanciones a quien lo publicase, e incluso, a quien lo poseyese.

*—No le place al rey don Carlos ni a su hijo, el príncipe Felipe, que algunos, como nuestro padre, despunten más en fama y honor que ellos mismos. Impedirán que a nuestro padre y al marquesado del Valle, se le reconozca el mérito y honra que se merece. Es práctica habitual en ellos decapitar a quien demasiado la cabeza asoma—* leyó Martín las palabras de su hermano el marqués, pensando mientras sonreía, que también a su hermano menor le molestaba que alguien le hiciera sombra a su persona.

Comprendió entonces el Mestizo la compañía constante de López de Gómara durante la última etapa de la vida de Hernán Cortés. Había ido recopilando la información de los años de conquista de su padre, así como tomado también testimonio de los muchos visitantes que le acompañaron en aquellos tiempos. Le sorprendió ver la dedicatoria de fray López de Gómara en el libro. Hubiera pensado que este sería dedicado a su padre, Hernán Cortés, pero López de Gómara lo había dedicado a su hermano, Martín Cortés Zúñiga:

*Al muy ilustre señor don Martín Cortés, marqués del Valle. A nadie debo dedicar, muy ilustre Señor, la Conquista de México, sino a vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo herede también la historia...*[30]

Siempre le pareció a Martín que López de Gómara había sido un adulador y lambiscón de su padre, pero por lo que parecía en la dedicatoria, en los últimos años también se había dedicado a enaltecer y dar brillo a la figura de su hermano menor, el marqués.

Durante las semanas siguientes Martín disfrutó de la lectura del libro. Lejos del prejuicio con el que había comenzado a leerlo, le pareció una memoria del pasado de su padre, veraz y fidedigna con todos los relatos que Martín había oído a unos y otros durante su vida. Siempre había tenido mucho cariño y respeto hacia su figura, pero leer el libro le ayudó a comprender mejor ciertas actitudes y comportamientos de Hernán Cortés. Aprendió mucho de la Nueva España y del antiguo México con su lectura, sirviéndole para apreciar mejor la tierra que lo vio nacer e, incluso, enorgullecerse de su mestizaje, en especial de tan ilustres padres, Hernán Cortés y doña Marina, la Malinche.

Gracias a las escasas cartas, no perdió la relación con María Jaramillo, su hermana. Supo que en 1546 tuvo un hijo llamado Pedro tras varios embarazos malogrados. En su última carta le había hecho saber que su esposo, Luis de Quesada, llevaría al joven Pedro a España para continuar con

sus estudios. Tras ello, su esposo se incorporaría a la comitiva que acompañaría al príncipe español a Inglaterra, para celebrar su segundo matrimonio, tras haber enviudado este en 1553.

El mismo Martín había recibido también la carta de la Casa del príncipe, con la orden de acompañar a la comitiva que acudiría a Inglaterra para el matrimonio entre Felipe y María Tudor.

# La boda del príncipe. Julio 1554.

En La Coruña se juntaron casi cuatro mil acompañantes entre sirvientes, soldados, caballeros, hidalgos y nobles. Allí se encontró Martín a su hermano el marqués, a quien no había vuelto a ver desde el fallecimiento de su padre. El marqués lo saludó con frialdad, casi como si no lo conociera, lo cual contrastó con el afectuoso saludo que le dedicó el príncipe Felipe al reconocerlo.

—Mestizo, me alegro de veros. Hacía tiempo que os había perdido de vista, creo que la última vez que coincidimos fue tras la batalla en el Piamonte —recordó el príncipe.

—Alteza, tiene una excelente memoria —respondió Martín el Mestizo, haciendo una reverencia—. Tras esa batalla participé en la jornada de Mühlberg, donde junto a su padre, obtuvimos una bella victoria contra la Liga de Esmalcalda.

—Lo sé, Mestizo, y no se me olvida que, gracias a vuestro arrojo al sorprender por el río Elba al enemigo, pudo pasar el resto del ejército. Creo recordar que mi padre os premió por ello.

—Así es, alteza. Mis hombres y yo mismo recibimos un hermoso regalo de Su Majestad, y una buena recompensa.

Su hermano pequeño asistía a la conversación entre ambos con cierta molestia. No había podido —o querido— participar en ninguna batalla que le permitiera exhibir su valor y hombría. Convivía todos los días con el príncipe Felipe, pero veía que la cercanía con la que trataba a su hermano el Mestizo no la disfrutaba él de igual manera.

—Recuerdo también que me hicisteis una promesa cuando falleció mi madre, la emperatriz Isabel —comentó el príncipe Felipe, sin aclarar qué promesa le había hecho Martín, poniendo a prueba si habían sido solo palabras vanas o todavía lo recordaba.

—Prometí a Su Alteza que cada día de mi vida rogaría a Dios por el alma de su madre. Lo cual he cumplido cada mañana al rezar mis oraciones. Por la emperatriz Isabel y por mi madre, doña Marina… y desde hace unos años, por mi padre —respondió a la cuestión que le había planteado el príncipe, quedando este satisfecho por su respuesta y despidiéndose de Martín.

Durante la navegación a Inglaterra las guardias a bordo fueron intensas, ya que temían ser atacados por la armada francesa, al estar este país en contra de la unión entre la monarquía inglesa y la española.

—Vuestra merced debe ser Martín Cortés —comentó un hombre a Martín durante la travesía, mientras este contemplaba la numerosa flota que se dirigía a Inglaterra.

—Soy Martín Cortés, pero permítame decirle que, si busca a mi hermano el marqués del Valle, os habéis equivocado de navío. Él se encuentra en otro barco, donde viaja junto al príncipe Felipe— respondió Martín, observando al desconocido que se había acercado a saludarle. Tenía un acento como el que había escuchado a muchos que venían de la Nueva España.

—En absoluto estoy confundido. Vuestra merced es a quien busco. Soy...

—Luis de Quesada —respondió sonriendo Martín—. Debéis ser don Luis de Quesada, quien está casado con mi hermana, María Jaramillo.

—El mismo. Estoy contento de conocerle —respondió amable el hombre, acercando su mano para estrechársela. Martín descartó la mano y abrazó a quien era su cuñado.

La travesía sirvió para que ambos hombres trabaran buena amistad. Luis de Quesada era unos cinco años mayor que Martín, por lo que debía rozar los 37 años. Estuvieron poniéndose al corriente de sus familias y vidas. Martín supo por él que, tras la muerte de Juan Jaramillo, este

había legado en su testamento un tercio de su herencia a favor de María, y el resto a su esposa, a quien Martín conoció cuando visitó la casa de Jaramillo.

Pensó Martín que había hecho bien en no hablar a nadie sobre el descubrimiento respecto a la paternidad de María. Juan Jaramillo no se había merecido en vida descubrir que su hija tenía parecido con la madre de Hernán Cortés. María Jaramillo también se hubiera visto afectada al saber que el padre, al que siempre había respetado y amado, no era tal, sino tan solo el esposo de su madre. Además, la sospecha de Martín no podía confirmarse.

—Mejor llevarme el secreto a la tumba o que se sepa una vez haya muerto, cuando no pueda afectar a nadie —pensó Martín, sin saber en ese momento que, años después, lo recordaría al hablar sobre su vida al Inca Garcilaso de la Vega.

Luis de Quesada animó a Martín a regresar a la Nueva España, ofreciéndole ayuda en caso de necesidad. Tenía varias haciendas con ingenios de azúcar y plantaciones diversas. Le dijo que le vendría bien alguien que le ayudara a administrarlas. Martín agradeció el ofrecimiento de su cuñado, pero le hizo saber que también disponía de tierras que cultivaba en Soria, las cuales, aunque sin hacerse rico, le daban buenos réditos.

Tras ocho días de travesía llegaron al puerto de Southampton. Una vez desembarcó la gran comitiva del príncipe Felipe, marcharon en una larga caravana hacia Winchester, tras los ocho embajadores que habían ido a recibirlos al puerto.

Martín Cortés pudo asistir al encuentro entre María y Felipe. La reina inglesa, además de superarlo en edad, era poco agraciada. De hecho, tenía una boca horrible, con los dientes torcidos y podridos, pues decían se pasaba los días comiendo dulces. María Tudor cubrió al príncipe Felipe con una gran capa negra de terciopelo y tras ello, impuso al príncipe español la Orden de la Jarretera; gesto que fue devuelto por el príncipe Felipe, prendiéndole sobre su corpiño un broche de oro con un enorme diamante y un gran rubí.

Las celebraciones tras la boda duraron nueve días, durante los cuales los nobles de varias naciones hicieron exhibiciones con caballos y representaciones de batallas. Martín el marqués disfrutaba participando en casi todas ellas, arrimándose como compañero al príncipe Felipe cuando este pedía participar en alguna. Martín el Mestizo observaba desde las gradas, junto a Luis de Quesada, los alardes de caballerías, torneos, representaciones de batallas a caballo, o duelos a espada que se celebraban en la arena.

—¿No participáis en torneos? —preguntó Luis de Quesada, mientras veían una justa entre hidalgos ingleses y castellanos.

—Ya he luchado en muchos lugares, mi estimado Luis. Sin alardes ni batallas floridas. A sangre y a fuego. Esto es un teatro. Espero que nunca en la vida tengáis que batiros por vuestra vida o por la de otros, sabiendo que puede ser la última vez que empuñéis vuestra espada —le respondió Martín, viendo con cierta vergüenza ajena el espectáculo que su hermano hacía ante la concurrencia—. Reconozco entre los que estamos sentados, a ciertos capitanes y nobles que he visto luchar en verdad. Miran estos torneos como si fuera un insulto al esfuerzo que demostraron en el campo de batalla ellos, y sus compañeros. Como si se burlaran de haber ofrecido su vida por la Corona.

Por si no fuera suficiente el bochorno de ver a su hermano lamiendo el trasero del príncipe, tenía que soportar los improperios y eructos que los ingleses, borrachos de su asquerosa cerveza, proferían desde las gradas. En más de una ocasión echó Martín la mano a la empuñadura de la vizcaína, teniendo Luis de Quesada que refrenarlo.

Martín encontró en su futuro cuñado a un hombre de confianza, alguien próximo en quien podía delegar sus asuntos en la Nueva España. Le encargó revisara el estado y las cuentas de las

dos encomiendas de Tlapa y Atacaxtla, que su padre le había regalado años antes de su muerte, así como las cuentas de la mina de Taxco, las cuales Hernán Cortés había dejado a sus tres hijos varones, y de las cuales todavía no había visto un peso.

—Nunca he recibido de mi hermano los mil ducados anuales que mi padre le dejó como obligación en su testamento —confesó Martín a Luis—. Le encargo revise si es posible reclamarlo sin ir a pleito. No quisiera tener que interponer una demanda contra el marqués por ello.

—Si su hermano no tiene voluntad de pagarle, a lo que está obligado por deseo de su padre, tendrá que presentar una querella contra el marqués. Pero no se preocupe, Martín. Intentaré resolverlo mediando, para evitar un pleito. A todos nos incomodan —respondió Luis de Quesada.

Por si no fuera suficiente vergüenza para Martín ver a su hermano el marqués participando en las justas, tuvo que presenciar el momento en que la reina le otorgaba un galardón por su lujosa y elegante vestimenta, y por sus bellas armaduras.

—El marquesito ha traído más baúles con ropas que el mismo príncipe Felipe —escuchó decir tras él, entre carcajadas, a uno de los duques españoles que había ido al casamiento.

# Visita inesperada. Noviembre 1561.

El frío se había adelantado ese año, afectando a Martín más que al resto de los hombres que le habían acompañado a podar esa semana. Le dolían los riñones y todos los huesos. En las orejas y en las manos le salían molestos y dolorosos sabañones. Veía que los hombres que iban al campo a trabajar con él sufrían menos penurias a causa del frío. Pensaba que, tal vez, se debiera a que la mitad de su sangre era mexicana, más acostumbrada a climas cálidos que a los fríos inviernos extremeños.

Habían empezado a podar temprano, todavía con la escarcha en las nervudas ramas de viña que tenían que cortar. Comieron algo de embutido asado en las brasas de la hoguera que un hombre había encendido a primera hora, y que les servía para templar un poco el cuerpo durante la mañana. A media tarde habían terminado la poda y regresaron al pueblo, caminando detrás de una mula que cargaba con los aperos. En unos días regresaría Martín a juntar en gavillas los sarmientos cortados. Siempre venían bien en casa para encender fuego.

A su llegada a Berlanga le extrañó ver a dos hermosos caballos amarrados a las rejas de las ventanas de su casa. No había visto nunca caballos tan finos por esas tierras. A medida que se iba acercando vio salir de la casa a su hijo, y tomar las riendas de uno de los animales, el de mejor presencia, para llevárselo hacia la parte de atrás de la vivienda, donde estaba el establo.

—¡Fernando! —llamó Martín a su hijo, quien no le había visto llegar, embelesado como estaba este viendo la ornamentada silla de montar.

—Padre, no le había visto. Iba a llevar el caballo de su hermano, el marqués, a la cuadra.

—¿Está mi hermano Martín en la casa? —preguntó sorprendido, girándose hacia la puerta principal.

—Sí, padre. Acaba de llegar acompañado de Luis, su otro hermano. De él es el otro rocín que está amarrado. Ahora lo llevaré al establo, junto a este. Les pondré agua y cebada —respondió Fernando, acariciando el cuello del caballo de Martín el marqués.

—Está bien, hijo. Cuando le retires la silla, no la dejes ahí. Métela en casa. No queremos dejar tentaciones a la vista.

Martín vio alejarse a Fernando y le perdió de vista al girar en la esquina de la casa. Nunca se cansaba de observar a sus hijos. Ambos habían sacado el mismo tono bronceado en la piel, un poco más claro que el de Martín. Era Fernando un mozo alto y desgarbado a sus catorce años. Siempre estaba dispuesto a ayudar a Martín en el campo, pero él prefería que se quedara en casa con el tutor que trajo hace años desde Salamanca, para que les diera lecciones de varias materias a sus dos hijos por igual, ya que tenían casi la misma edad.

Llegó a la puerta de la vivienda y, mientras amarraba la mula a la reja, observó el caballo de Luis. Un buen animal, aunque de menor porte que el de su hermano el marqués. Tenía una hermosa silla de montar, pero no alcanzaba el fino trabajo de madera, cuero y remaches de plata que había visto en la del marqués.

Puso la mano sobre la manivela y, tras un profundo suspiro, abrió la puerta de la casa y accedió al vestíbulo.

Escuchó las voces de dos hombres, sin poder distinguir de que hablaban, pero reconociendo el tono de sus dos hermanos. Cuando cerró, no tardó en aparecer Bernardina, quien salía de la cocina secándose las manos en el delantal y todavía agitada por la sorpresiva visita.

—Martín, se han presentado tus hermanos hace un rato en casa. No me habías dicho que

fueran a venir —le susurró tan pronto llegó a su altura, evitando que los invitados la escucharan.

—No sé nada de ellos desde hace años, Bernardina, bien lo sabes —respondió el Mestizo mientras se frotaba las manos para entrar en calor, intentando no rozar los sabañones que le molestaban—. A Luis no lo veo desde al poco de morir mi padre, y a Martín, desde la boda del rey Felipe II.

—¿Tendrá algo que ver su visita con el pleito que le pusiste a Martín en la Nueva España por la mina de Taxco?

—Pronto lo sabremos, Bernardina. Voy a averiguar enseguida qué han venido a buscar —respondió, haciendo ademán de dirigirse a ver a sus hermanos que aguardaban dentro de la sala.

—No, Martín. No quiero que te vean recién llegado de trabajar en el campo. Sube a la alcoba y adecéntate. ¡Dios mío, qué manos traes! —dijo al observar la piel irritada por los sabañones—. Te he dejado el aceite con limón junto al aguamanil. Ya me imaginaba que estarías sufriendo con el frío que ha hecho hoy. Después de lavarte y secarte, úntate el aceite por las manos, te hará bien.

—Gracias, querida —respondió Martín, dándole después un beso en los labios, momento que aprovechó para apretarla de la cintura contra él con picardía.

—Anda, sube a lavarte y aséate un poco, que ya veo que no tienes tanto frío como parece —dijo riendo en voz baja—. Voy a sacar a tus hermanos un poco de vino y unas roscas de anís que hice esta mañana.

En su dormitorio, el Mestizo se puso el aceite en las manos una vez se hubo lavado, y sintió como se calmaba algo el picor. Se vistió con la ropa sencilla y limpia que su hija le había dejado sobre la cama. Bajó por las escaleras y entró a la sala donde aguardaban sus hermanos. En la chimenea ardían con viveza dos troncos de pino, chisporroteando. Junto al fuego se templaban los cuerpos sus hermanos. Cada uno llevaba un vaso de vino en la mano.

—¡Martín! —exclamó Luis al verle. Dejó el vaso de vino y fue hasta él, abrazándolo con fuerza—. ¡Qué ganas tenía de volver a verte!

—Luis ¿Qué te he hecho este tiempo para que no me hayas escrito siquiera una vez? —comentó sonriendo Martín.

—Lo intenté, pero os perdí de vista a los dos y no sabía cómo contactaros. No fue hasta hace poco tiempo que nuestro hermano pequeño me localizó en Barcelona —respondió emocionado Luis, por encontrarse con su hermano mayor.

Se oyó el sonido de un vaso al dejarlo sobre la mesa. Al girarse los dos hermanos, vieron que su hermano el marqués se acercaba a ellos.

—No tengo nada que reprocharte, Mestizo. Me interpusiste un pleito porque pensabas que tenías derecho a reclamarme algo y lo ganaste —dijo el marqués, levantando sus manos mostrando sus palmas, demostrando que no tenía nada que ocultar.

—No hubiéramos llegado a ese extremo si hubieras cumplido con la voluntad de nuestro padre. Sabías que los tres participábamos en los beneficios de la mina de Taxco y nunca los repartiste. Luis fue desheredado, por desgracia, del pago de los mil ducados anuales que te encargó. Pero yo no fui desheredado y nunca me has entregado tampoco ningún dinero por ello. No te quiero mal, hermano, solo reclamaba aquello que me pertenecía.

—Estoy de acuerdo contigo en que ese fue el deseo de padre, que los tres fuéramos los propietarios de la mina de Taxco, pero sabes que él no lo llegó a firmar. Además, nuestro padre te mantuvo durante gran parte de tu vida con dinero, siervos, caballos, armas y hasta dos pueblos en encomienda que te dejó en la Nueva España —le respondió el marqués, intentando buscar algún tipo de equilibrio entre ellos.

—¿Tú vas a poner justiprecio a lo que me otorgó en vida? —preguntó irritado Martín.

—Olvidemos lo sucedido, Mestizo. Empecemos de nuevo nuestra relación —dijo el marqués, tendiéndole la mano—. Tengo grandes planes y nada me haría más feliz que mis dos hermanos participaran de ellos.

—Podemos hablar de lo que gustes. ¿Tú ya sabes respecto a los planes de nuestro hermano? —le preguntó el Mestizo a Luis, tras haber estrechado la mano del marqués.

—No quiso decirme de qué se trataba hasta que estuviéramos los tres reunidos —se excusó Luis.

Cuando llegaron los hermanos de Martín, Bernardina había ordenado a la sirvienta que les ayudaba en casa, que matara y metiera en el horno un lechón, así como unas hogazas más de pan para los invitados. Cuando estuvo lista la cena, su mujer preparó la mesa de la sala donde estaban los tres hombres y les sirvió el cochinillo asado.

Bernardina cenó esa noche en la cocina junto a sus hijos. A pesar de que Ana y Fernando hablaban sobre la misteriosa visita de los hermanos de su padre, la madre no quiso compartir con sus hijos el retazo de conversación que escuchó en la sala, cuando entró para preparar la mesa donde cenarían. Bernardina rogaba a la Virgen de la Esperanza que se tratara solo de una confusión lo que había oído, y que no estuvieran insistiendo a su esposo para que regresara a la Nueva España.

—Hermanos, no hay problema entre nosotros que no podamos resolver —comentó diplomático el marqués, tras haber cenado el lechón asado—. Por mi parte, te recomiendo, Mestizo, dejes a ese licenciado al que otorgaste poderes en la Nueva España para que te representara. Ese bastardo ya me ha dado bastantes quebraderos de cabeza.

—Vigila tu lengua, hermano. Te recuerdo que estás hablando con dos bastardos —respondió Martín, recordando también a su hijo Fernando, bastardo como él mismo.

—Es una forma de hablar, hermano —se excusó el marqués—. El tal Quesada está sobre mí de manera insistente.

—El tal Quesada, como te refieres a él, es mi cuñado —aclaró Martín, dejando asombrado al marqués, que desconocía el parentesco entre ambos—. Sí, hermano. Don Luis de Quesada está casado con mi hermana María Jaramillo.

—En realidad, tu medio hermana —comentó irónico el marqués.

—María Jaramillo es mi hermana… mi media hermana, perdón. Igual que vosotros dos también lo sois —replicó Martín, corrigiendo el desliz—. Luis de Quesada, su esposo, tan solo ha defendido mis legítimos intereses.

—Reconozco que te adeudo dinero Martín, pero ahora tenemos la oportunidad de regresar los tres hijos de Hernán Cortés a la Nueva España. Tengo tierras, encomiendas y vasallos. Lo que te deba, te lo saldaré al llegar a México.

—Pero el tema de los vasallos no se ha resuelto por parte de la Corona, que yo sepa—añadió Luis a la conversación.

—El rey Felipe II autorizó hace un año y pico, en 1560, que podía disfrutar de los pueblos en encomienda sin límite en el número de vasallos. Ese asunto, hermanos, ya se ha resuelto —comentó orgulloso el marqués—. No cabe duda de que mi cercanía con el rey sirvió para hacerle comprender el problema de la Nueva España con las encomiendas y los vasallos que teníamos.

—¿Qué pretendes con tu regreso, Martín? Pensaba que aquí estabas disfrutando de tus bienes y recursos. Siempre te ha gustado moverte entre la nobleza y la corte —cuestionó el Mestizo.

—Con mi regreso... nuestro regreso, pretendo que se nos considere como nos merecemos.

Nuestro padre fue denostado durante los últimos años de su vida. Eso se debió a que estaba en España, y no tenía a su alcance el poder que había ganado en la Nueva España. Aquí era tan solo un marqués más. En México era el gran Hernán Cortés. Daba igual el título que tuviera, él era respetado por todos —comentó con un brillo en los ojos el marqués.

—Pero no debes olvidar que todos somos súbditos y vasallos de Felipe II. No quisiera que te llenaras la cabeza de pájaros, hermano —respondió el Mestizo, lo cual le sentó como un jarro de agua fría a su hermano el marqués.

—No pretendería nunca hacer sombra a Su Majestad, hermano. Lo que quiero… lo que tenemos que hacer, es retomar lo que padre comenzó. Poner en orden sus haciendas, sus negocios, introducirnos en la administración de la Nueva España, conseguir cargos, y que la Corona vuelva a confiar en un Cortés, como signo de fidelidad y lealtad.

—Yo iré contigo, hermano —respondió Luis.

—¿Mestizo? ¿Acaso no deseas regresar a tu tierra, la misma que te vio nacer? —preguntó halagador el marqués.

—Te recuerdo, hermano, que todos los hijos de nuestro padre somos novohispanos. Tú incluido, aunque te pese. Por otra parte, aquí, en Berlanga, vivo bien con mi esposa y mis hijos. Soy feliz y por primera vez en mi vida, pasan los años sin tener que acudir a batallas o guerras. Hoy en día no tengo ningún vínculo con la Nueva España, excepto mis hermanas.

—Está bien. Comprendo tu postura y tu reticencia a regresar. No quería hacerlo, pero me has llevado a ello —comentó con seriedad el marqués, mirando a los ojos a su hermano el Mestizo—. Nuestro padre dejó por escrito en su testamento que ambos teníais la obligación de obedecerme y apoyarme en lo que precisara. Si no acatarais mi petición, podría desheredaros a ambos de lo que tengáis.

—¡No he recibido nada de ti en estos años, Martín! —le increpó el Mestizo, levantándose de la mesa, enojado—. Ni tan siquiera habiéndote ganado los pleitos, te has dignado a pagarme ni un peso. ¿Ahora vienes a mi casa a amenazarme para que te acompañe forzado a la Nueva España? ¡¿No eres lo bastante hombre para llevar los planes de tu vida sin tenernos a Luis o a mí a tu lado, como si fuéramos escuderos?! —gritó el Mestizo rojo de ira.

—Solo te recuerdo, querido hermano, que la herencia no se refiere solo a la que padre te dejó, y a la cual ya te respondí hace un rato que te pagaría. Cuando menciono que puedo desheredarte, me refiero también a esta casa y estas tierras que nuestra abuela te legó —respondió con calma el marqués, dando un trago al vaso de vino.

—Tú lo has dicho, hermano. Nuestra abuela me las dejó. A mí —dijo el Mestizo clavándose el índice en su pecho.

—Así es, pero estaban dentro de la herencia de padre. Tengas razón o no, el pleito que se generaría entre ambos podría alargarse años, durante los cuales ninguno de nosotros podríamos disfrutar de los bienes de la abuela, hasta que una audiencia lo resolviera —comentó el marqués con la satisfacción de haber acorralado a su hermano mayor—. Tal vez no tenga dinero en este momento para pagar tus mil ducados anuales, pero sí tengo el dinero suficiente para pagar a abogados que alarguen la demanda.

Martín el Mestizo tomó aire. Se sentía mareado. Bebió su medio vaso de vino y se acercó al fuego. Había perdido todo el calor de su cuerpo. Su piel que momentos antes se había puesto colorada por la furia al gritar a su hermano, ahora aparecía pálida. Respiró profundamente viendo el fuego, con los troncos de pino casi consumidos. No sabía si el calor que notaba era de la lumbre, del vino, o de la rabia contenida. Detrás de él oía la respiración de sus hermanos, el sonido de los vasos al posarse sobre la mesa, el vino al ser escanciado. Un perro ladraba afuera

de la casa en respuesta a un búho cercano que ululaba instantes antes.

Hacía más de una hora que había escuchado a su mujer y a sus hijos subir por la escalera de madera. Su dormitorio quedaba sobre la sala donde estaban, por lo que a Martín no le cabía duda de que Bernardina había oído todo lo comentado entre los hermanos.

Pensó en la promesa que hizo a su padre. Le prometió que respetaría, defendería y obedecería a Martín el marqués. Sabía que su hermano tenía razón en que una demanda respecto al derecho de propiedad de los bienes de su abuela podría alargarse años, durante los cuales no podrían ser aprovechados, por ser causa de pleito. Por otra parte, su hermano le prometía resarcirle por los adeudos que arrastraba si le acompañaba a la Nueva España.

—Hermano, ¿echo otros leños al fuego, o has tomado una decisión? —preguntó con tono burlón el marqués—. El día de hoy viajamos varias horas para llegar a esta aldea y ahora queremos descansar. Mañana partiré, y deseo saber si debo arreglar mis asuntos y adquirir los pasajes en Sevilla para que viajemos a la Nueva España, o si debo marchar a Toledo para poner un pleito contra ti por incumplimiento de testamento.

El Mestizo se giró con lentitud y observó a su hermano el marqués, iluminado por el candelabro de varios brazos que había sobre la mesa. Lo que le pedía el corazón era ir contra él y ahogarlo con sus propias manos. Muerto el perro, se acabó la rabia. Por suerte, su mente se impuso a su ira.

—Iré contigo, hermano —respondió sonriendo Martín, sorprendiendo al marqués con ese gesto inesperado.

—No esperaba menos de tu nobleza.

—Pero vamos a firmar un acuerdo entre caballeros —añadió el Mestizo—. En este convenio me permitirás arrendar los bienes que la abuela Catalina Pizarro me heredó y que yo he trabajado estos años, mientras esté en la Nueva España.

—Por supuesto, es razonable —respondió el marqués.

—Además, a cuenta del adeudo que tienes a mi favor, me mantendrás a mí y a mi familia cuando lleguen, y durante nuestra estancia en la Nueva España.

—Es justo. Viviréis en la residencia que tengo junto a la plaza mayor en México. Disfrutaréis de una parte del palacio para vosotros —comentó el marqués, levantándose y acercándose a su hermano mayor para sellar el compromiso.

Ambos se abrazaron junto a la chimenea. Martín el Mestizo apretó con fuerza a su hermano para que no se separara de él, aprovechando para juntar su boca a la oreja del marqués, quien ya se intentaba zafar, aterrado, del abrazo del Mestizo.

—Y juro por mi madre, la Malinche, que si vuelves a amenazarme como has hecho esta noche alguna otra vez, acabaré con tu vida, hermano. No me supondrá ningún esfuerzo. A diferencia de ti, he matado a muchos hombres en mi vida, algunos por menos motivos. Asumiré las consecuencias de tu muerte —el marqués trataba de soltarse del abrazo de su hermano mayor, pero no pudo separarse de él hasta que este no aflojó sus brazos.

El marqués se acomodó la ropa y rehizo la cara de pánico que se le había quedado al escuchar la amenaza de su hermano mayor. Luis no llegó a comprender qué había sucedido entre ambos, pero se lo pudo imaginar.

—Perfecto, brindemos hermanos por nuestro regreso a la Nueva España —dijo el marqués, acercándose a la mesa y sirviendo más vino en los vasos.

# Llegada a Nueva España. Diciembre 1562.

En agosto de 1562, el navío en el que viajaban los tres hermanos fue golpeado por un huracán. Los vientos arrancaron las velas y dañaron el barco con el que habían hecho la travesía desde España. Después de cinco días zarandeados por violentos golpes de mar, lluvias torrenciales y fuertes vientos, se hizo la calma, pero el piloto se había desorientado. No se veía tierra firme en el horizonte y el agua dulce empezaba a escasear, así como la comida. Martín el marqués se pasaba horas rezando en su pequeño camarote bajo el puente, junto a su mujer, Ana Ramírez de Arellano, quien se encontraba a punto de parir. Luis y Martín el Mestizo habían viajado en una estancia compartida con otros hombres.

Con esfuerzo, y después de tres días navegando a la deriva, pudieron rehacer algunas velas desgarradas y las izaron en los dañados mástiles, lo cual sirvió para mover de nuevo el navío. Avanzaron hacia el oriente. Sabían que en cualquier momento la tierra aparecería frente a ellos. Tras una semana navegando a ciegas, divisaron la costa por el horizonte.

Oscuras nubes se formaban a medida que se iban aproximando a tierra firme. Antes de ser golpeados por un segundo huracán, el piloto pudo determinar, por la costa que tenían frente a ellos, que estaban al sur de su destino. Se encontraban en el golfo de las Hibueras. El segundo huracán volvió a romper todo el velamen y tumbó uno de los mástiles, matando a tres hombres que estaban trabajando en cubierta. Por suerte en esa ocasión, el huracán solo los golpeó dos días, dejando tras él cuatro días más de lluvias intensas.

El agua caída sirvió para aplacar la sed que sufrían todos los que iban a bordo. Fondeados en una cala, pudieron bajar varios bateles y llegar a tierra firme. Martín y Luis descendieron armados con algunos arcabuces. Horas después regresaron a bordo cargados con algunas piezas de caza que alimentaron a marineros y viajeros, aunque con escasas raciones.

El navío fue reparado, debiendo usar telas que portaban algunos mercaderes, con las cuales fabricaron nuevas velas. Levaron ancla y navegaron en dirección norte a lo largo de muchas leguas, siempre haciendo navegación de cabotaje, pues no querían separarse de la costa en caso de que las velas no resistiesen o acaso, se vieran golpeados de nuevo por otra tormenta.

El 20 de septiembre de 1562 llegaban al puerto de San Francisco de Campeche, donde los hermanos Cortés pudieron desembarcar. La escasa población ya conocía del retraso que había sufrido el navío en el que venía la familia Cortés y daban por naufragado el barco. Al verlos llegar a la costa, se celebró con alegría el arribo de la nave al pequeño puerto.

La esposa del marqués, Ana Ramírez de Arellano, quien era además sobrina suya, dio a luz en Campeche a un varón. Martín Cortés el Mestizo lo apadrinó en la pequeña iglesia que se había levantado en el pueblo, siendo bautizado como Jerónimo Cortés. Un mes después de su llegada a la costa de Campeche, prosiguieron su viaje hacia Veracruz.

De camino a esa gran ciudad, pasó el barco frente a la desembocadura del río Coatzacoalcos. Martín el Mestizo miraba asomado por babor el enorme río al llegar al mar. Sabía que Marina, su madre, era originaria de esa zona, de un pueblo llamado Olutla. Estuvo tentado de visitar esa provincia al llegar a Veracruz, pero sabía que no podría en esa ocasión. Se había comprometido a viajar junto a su hermano pequeño, al igual que Luis. Todavía no le había dejado claro el marqués los planes que tenía en mente, pero conociendo su carácter pretencioso y vanidoso, seguro que causaría algún tipo de conflicto entre las autoridades que mandaban en la Nueva España.

Hacía solo tres meses que había dejado a Bernardina y a sus hijos en Berlanga, con la promesa de que tan pronto se estableciese en México, les haría saber para que acudieran junto a él. La travesía para ellos tres había sido pagada antes de partir de Sevilla, disponiendo de un año para que hicieran efectivo su viaje a la Nueva España. Tan pronto llegara a la ciudad de México y se instalara en el palacio de su hermano, mandaría Martín la carta a Bernardina.

En Veracruz se unieron a una caravana que marchaba hacia México, igual que había hecho Martín veintidós años antes, cuando hizo el viaje a la Nueva España para reencontrarse con su padre, solo para descubrir que Hernán Cortés había marchado al mismo tiempo hacia España.

# La bienvenida. Enero 1563.

El Mestizo pensaba siempre en sus hermanas, María Jaramillo y Catalina Pizarro, y deseaba volver a encontrarse con ambas. Con María y Luis, su esposo, había mantenido el contacto y ambos fueron avisados por Martín de su próxima llegada a México. Tenía ciertos temores respecto a Catalina Pizarro, su hermana mayor. En 1550 se había interrumpido la comunicación esporádica que habían mantenido. Había preguntado a su hermano el marqués, pero este le había respondido con evasivas, aludiendo desconocimiento, ya que la relación que tenía el marqués con su propia madre, doña Juana, también se había resentido debido al testamento y herencia de Hernán Cortés. Doña Juana había interpuesto pleitos en la Nueva España contra su propio hijo.

Estaban a solo una jornada de viaje para llegar a la ciudad de México. Se encontraban descansando en Texcoco, donde los tres hermanos fueron a rezar frente a la tumba de su abuela Catalina Pizarro en el monasterio de San Francisco. A la salida de la misa ofrecida por su alma, le sorprendió a Martín encontrarse con una comitiva de señores y principales que venía en busca de su hermano el marqués.

—Avisé antes de partir de Veracruz de nuestra llegada a México a ciertos nobles y amigos con los que había mantenido contacto durante estos años —comentó al ver la cara de extrañeza de su hermano mayor por los hombres que habían acudido a visitarle—. Se alegran mucho de verme regresar, y desean hacer algunas celebraciones por ello.

Al día siguiente, cuando ya tenían a la vista la ciudad de México, se encontraron con una recepción de nobles y señores en Coyoacán; ciudad que había fundado su padre y donde había nacido Martín. Los hermanos Cortés se despidieron de la caravana con la que había viajado desde Veracruz, deteniéndose en unas tierras donde se habían instalado tiendas, mesas y sillas.

Hombres principales acudieron a saludar al marqués, haciéndole reverencias que sonrojaron a su hermano el Mestizo, ya que estas eran propias de los grandes nobles y de la monarquía. Les ofrecieron a los hermanos un banquete formidable, donde se asaron piezas de caza y guajolotes[31]. Tras el convite se hizo un alarde de batalla y un torneo, donde más de trescientos hombres ataviados con armaduras y armas, hicieron una exhibición ante el marqués, a quien habían sentado en una butaca grande, sobre un estrado a modo de presidencia.

—Hermano, creo que hay algo que no sabemos o que se nos está escapando —comentó en voz baja Luis a Martín el Mestizo—. Esta recepción es más propia de un virrey que de nuestro hermano, aunque sea el marqués del Valle de Oaxaca.

—Opino lo mismo, Luis. No lo entendería ni, aunque fuera nuestro padre el que llegara de regreso a México —respondió Martín.

Una vez celebrados los distintos torneos a caballo y a pie, así como el desfile de las caballerías, se organizó la llegada a la ciudad de México. Acababa de anochecer cuando entraban a la capital con un desfile de más de dos mil jinetes, todos portando capas negras de terciopelo y hachas prendidas. En el centro de la procesión, marchaba sobre un elegante semental negro, Martín Cortés Zúñiga, el marqués del Valle de Oaxaca.

En los balcones y ventanas de las casas, se asomaban cientos de mujeres, quienes se apoyaban sobre mantones ricamente bordados que colgaban sobre los alféizares y barandales. Al pasar por debajo, estas arrojaban pétalos de flor cuando pasaba el marqués, quien saludaba sobre su caballo a todas. El desfile concluyó en la plaza mayor, donde el mismo virrey, Luis de Velasco, lo esperaba a la entrada del palacio, acompañado de su hijo.

El marqués descabalgó y se dirigió hacia el virrey. Ambos se saludaron en la puerta y hubo cierto conflicto por decidir quién debía entrar primero al palacio. El Mestizo observaba la escena y rogaba a Dios para que se impusiera la razón y fuera el virrey quien entrara primero, al ser el de mayor rango.

—¡El marqués! ¡El marqués! —escuchó el Mestizo que exclamaban temerosas algunas voces, dando a entender que deseaban que fuera su hermano menor quien atravesara primero las puertas del palacio.

Vio girarse a su hermano, sonriendo y saludando a la comitiva que le había acompañado. No le quedó duda al Mestizo de que su hermano menor había escuchado las voces. Acto seguido atravesó en primer lugar el umbral, entrando al interior del palacio virreinal sin esperar al propio virrey, que le seguía los pasos sonriendo. El Mestizo se fijó en el hijo del virrey, quien, con mirada torva, había observado el gesto del marqués.

Algunos de los que se habían quedado en la plaza se dirigieron a Martín el Mestizo y a su hermano Luis y se presentaron ante ellos. Martín los relacionó por sus apellidos con algunos de los capitanes que habían acompañado a su padre durante la conquista. A pesar de que a Luis y Martín los trataron con amabilidad, se percibía que el único interés que tenían los integrantes de la comitiva era estar con el marqués.

No tardaron en salir unos escribanos del palacio virreinal y leyeron la lista de invitados al banquete que se ofrecía en honor del marqués del Valle. Luis y Martín entraron más tarde al palacio, tras haber permanecido un rato en la plaza mayor intercambiando palabras y saludos con otros grandes señores de la Nueva España. Los hermanos pasaron, junto con el resto de los comensales, hasta el gran salón.

Instalado en una de las alas del palacio de su hermano el marqués, Martín hizo que se prepararan las estancias para recibir a sus hijos y a su esposa en unas semanas. Hacía dos meses que había escrito a Bernardina para que iniciaran su viaje a la Nueva España. La temporada de huracanes era durante el verano, por lo que le dijo a su esposa que viajaran antes de junio o bien, a partir de septiembre.

—Para que no sufras los enormes calores del viaje en verano —le comentó en su carta, para no asustarla con los temporales.

Su hermano el marqués y Luis se pasaban los días en celebraciones, reuniones y banquetes que hacían en honor del marqués del Valle. Martín el Mestizo, sin embargo, siempre había sido un tanto sobrio en su vida y nunca le habían complacido demasiado las fiestas y celebraciones. Prefería visitar con asiduidad a su hermana, María Jaramillo, quien vivía en la gran residencia que Luis de Quesada tenía detrás de la iglesia. Con ellos convivía la mayor parte de su tiempo, y Martín ayudaba a Luis de Quesada en algunas gestiones y en la administración de encomiendas o explotaciones azucareras que tenía por el país.

—Estoy preocupado por mi hermana Catalina —confesó una noche de mayo mientras cenaba con su hermana y su cuñado—. A mi regreso de Taxco me desvié a Cuernavaca y visité a doña Juana, la viuda de mi padre. Me informó que Catalina había marchado a España hacía 1550. Esa fue la fecha en la que perdí el contacto con ella. Es extraño que no me haya respondido ni buscado durante estos años, sabiendo que yo vivía allá.

María Jaramillo miró a su marido y le hizo un gesto extraño, algo que llamó la atención de Martín.

—¿Sucede algo, hermana? Pareciera que pretendéis ocultarme algo.

—Querido, te ruego le comentes a mi hermano lo que sabes —dijo María a su esposo.

Luis suspiró y dio el último trago a su copa de vino, terminando el poco líquido que quedaba

en ella. Se limpió una gota que le había caído sobre la barba y, dejando la servilleta sobre la mesa, observó a Martín.

—Esto que te voy a contar, me lo dijeron hace unos años. Al principio no pensaba que fuera cierto y no le di mayor importancia, pero con el paso del tiempo vi que Catalina ya no era mencionada aquí, en la ciudad de México. Lo cual no deja de ser extraño, ya que los hijos de Hernán Cortés son todos conocidos y a las personas les gusta saber de ellos —explicó Luis de Quesada—. Si no he querido decírtelo antes es porque lo que sé, proviene de rumores y chismes que dice la gente.

—Lo entiendo, pero por favor, cuéntame. Me intriga saber dónde está mi hermana Catalina, así como conocer su estado.

—¿Conociste bien a Juan Altamirano?

—La última vez que le vi fue cuando tenía seis años, con él viví un tiempo en su casa, hasta que mi padre me llevó a España. No sería capaz de reconocerlo, si es lo que me preguntas. Juan Altamirano era primo de mi padre. Él me dejó a su cargo cuando marchó a la expedición de las Hibueras con nuestra madre —respondió mirando a su hermana—. Vivía cerca de aquí por lo que sé, más no recuerdo dónde.

—Altamirano falleció el año pasado, y sí, tenía una gran casa donde pasaste unos años viviendo con él, cerca del zócalo —explicó Luis de Quesada—. Hasta donde sé, doña Juana de Zúñiga, viuda de tu padre, recibió con mucho disgusto el contenido del testamento. Parece ser que tu padre dejó una buena dote a todas las hijas, y el marquesado a su hijo Martín el chico, pero a ella no le dejó tanto como esperaba recibir.

Martín asintió al escuchar la narración de su cuñado, confirmando que era cierto.

—Doña Juana no salía mal parada en el testamento, pero le molestaba que casi todo fuera para su hijo mayor, Martín el marqués, y para la hija natural de su esposo, Catalina Pizarro. Hasta donde sé, ella fue la hija mejor recompensada de todas —Luis tomó la frasca de vino y sirvió un poco más a su cuñado y a él mismo—. Por lo que he podido averiguar, dos o tres años después de enviudar, doña Juana comenzó a presionar a Catalina para que le cediera las propiedades cercanas a Cuernavaca. Las más valiosas.

—Pero ella no tenía por qué hacerlo —dijo Martín.

—Por supuesto que no. Doña Juana alegaba que Catalina había pasado toda su vida viviendo bajo el techo de su palacio y a costa de ellos. La empezó a acosar y por si no fuera suficiente, recibió la ayuda de Juan Altamirano para ello, quien conocía bien las propiedades y bienes que tenía tu padre en la Nueva España, pues había sido hombre de confianza de él durante unos años.

—Catalina quería salir de la Nueva España. Me había pedido años atrás que le ayudara a concertar un matrimonio para poder vivir en España —comentó extrañado Martín.

—Esa es la cuestión. Parece ser que la engañaron y le hicieron saber que tú, Martín, habías concertado un matrimonio para ella.

—No es cierto.

—Eso pensé cuando lo escuché, pero ya todo había sucedido. Catalina dejó poderes a doña Juana para que fuera la albacea en su ausencia. Embarcó en Veracruz y marchó a Sevilla —Luis de Quesada hizo una pausa y bebió un trago de la copa—. A su llegada, el duque de Medina Sidonia había preparado una encerrona junto con Juan Altamirano y tu madrastra. En contra de la voluntad de tu hermana, la metieron en el convento dominico de la Madre de Dios, en Sanlúcar de Barrameda.

Martín se desmoronó al escuchar lo sucedido a su hermana. Comenzó a llorar por la tristeza

que le embargó. María fue junto a él y lo abrazó.

—Si hubiera sabido esto antes de mi venida a la Nueva España, la hubiera sacado de ese sitio. Ahora que lo pienso, estuve a tan solo unos cientos de pasos del convento cuando estuve en Sevilla —murmuró Martín, sosteniendo su cabeza con ambas manos, mientras apoyaba los codos en la mesa—. ¿Saben esto mis hermanos? —preguntó alzando la mirada hacia su cuñado.

—Luis no creo que lo sepa, al menos, que lo supiera con anterioridad a llegar aquí. El marqués es casi seguro que lo sabe. Ha estado defendiéndose en la Audiencia de la Nueva España de los numerosos pleitos que le puso su madre. Él tiene apoderados aquí que le informan, y seguro que conoce lo sucedido con Catalina.

—¡Y ese perro no me dijo nada! —exclamó Martín apretando sus puños.

Martín sabía desde ese momento donde se encontraba Catalina Pizarro, y no quiso dejar pasar la ocasión para escribirle. Se podía imaginar que, en el convento, las cartas dirigidas a su hermana que no fueran remitidas por doña Juana, Juan Altamirano, o el duque de Medina Sidonia, serían destruidas. Desconocía cómo era el sello con el que esos tres lacraban sus escritos, pero recordaba el despacho de Juan Altamirano. Allí era donde había recibido las clases del maestro cuando estaba a su cuidado. Averiguó donde se encontraba la casa y supo que su hijo, Juan Gutiérrez Altamirano, había sido el heredero de la propiedad tras la muerte de su padre. A través de los criados de María Jaramillo supo el nombre de los viejos empleados de la residencia, quienes todavía vivían en ella, hasta que el hijo y heredero regresara de España para tomar posesión de la gran casa en la ciudad de México.

Martín se acercó y golpeó con su puño en la puerta. Una vieja señora le abrió. Martín sabía que se trataba de la señora Magdalena, el ama del servicio. Tras preguntar por el hijo del fallecido licenciado Altamirano, le confirmó la criada que todavía no había regresado desde España.

—¿Por casualidad será usted la señora Magdalena? —preguntó inocente Martín.

La mujer lo miró con detenimiento, pero no lo pudo reconocer, ya que hacía cuarenta años que había visto por última vez a Martín.

—Seguro que no me recordará. Mi nombre es Martín Cortés, y el difunto licenciado Altamirano me tuvo a su cargo unos años antes de que marchara a España.

La mujer se emocionó y abrazó a Martín, llorando. Le hizo pasar al interior de la casa y le ofreció unos dulces de miel. Martín escuchó con atención los recuerdos de la vieja señora hablando de cuando este era solo un crío. Escuchó muchas anécdotas de cuando allí vivió. Al terminar la visita, y antes de marcharse, le pidió ver la estancia donde estudiaba de niño. La señora Magdalena le dijo que podía entrar al despacho del licenciado Altamirano, que se encontraba en la parte de arriba. Allí era donde él estudiaba de pequeño con el maestro.

Dentro del despacho, Martín tuvo un ligero recuerdo de sí mismo estudiando en la mesa redonda, que tan grande le pareció de crío. Sobre el elegante escritorio de Juan Altamirano, reposaba el sello de hierro junto al tintero y la pluma. Mojó el sello y, sobre un trozo de papel, imprimió la marca de este.

El resto fue sencillo. Hizo que le fabricaran un sello con la misma marca y lo usó para lacrar la carta que envió a su hermana Catalina en el convento de Sanlúcar de Barrameda. Dudaba que le dejaran a ella enviar carta alguna en respuesta, por lo que le mandó sus mejores palabras de ánimo y amor, así como un breve resumen de los últimos años de su vida. Prometió con las últimas líneas, pasar a visitarla cuando regresara a España, y si lo deseaba, sacarla del convento.

# Nueva vida. Febrero 1564.

La reticencia con la que fue a vivir Bernardina a México se vio aplacada con el calor y amistad con la que le recibió su cuñada, María Jaramillo. Ambas mujeres se volvieron cómplices, aunque la felicidad y amistad duró poco. En otoño de 1563 fallecía en su casa María Jaramillo. Quedaba tras ella su desconsolado esposo Luis y los dos hijos del matrimonio.

El último día del año 1563, Martín el Mestizo fue llamado ante el virrey Luis de Velasco, así como ante la presencia del oidor del rey, el licenciado Jerónimo de Valderrama. Martín Cortés se vistió con sus mejores ropas, sobre las cuales nunca faltaba bordada la cruz de la Orden de Santiago. Había oído rumores de que se trataba de algo importante, por lo que le acompañó su esposa Bernardina, así como su cuñado Luis de Quesada.

Fue recibido en la estancia principal del palacio, allí donde se reunía la Audiencia y el virrey. Se presentó Martín Cortés frente a don Luis de Velasco y los oidores. Un escribano que había permanecido sentado en una esquina de la mesa de la presidencia se levantó y leyó un documento en voz alta:

*—Yo, el licenciado Jerónimo Valderrama del Consejo de Su Majestad y su visitador en esta Nueva España y por cuanto Su Majestad me ha mandado tomar residencia a la justicia y regidores y otros oficiales desta ciudad de México, y durante el tiempo de la dicha residencia los alcaldes y alguaciles no han de traer vara y se han de nombrar otras personas que usen los dichos oficios; confiando de vos, don Martín Cortés, que usaréis el oficio de alguacil mayor como conviene al servicio de Dios nuestro señor y buena ejecución de la justicia, en nombre de Su Majestad os nombro alguacil mayor desta ciudad para que lo uséis en todas las cosas y casos al dicho oficio anexos y concernientes, como lo usa y ha usado y podido usar Juan de Sámano, alguacil mayor que es al que se le toma residencia y los demás alguaciles que hasta aquí han sido…. Hecho a postrero de diciembre de 1563 años.*

Le complació a Martín el nombramiento como alguacil mayor. Sabía que el licenciado Valderrama había venido semanas atrás para investigar el comportamiento de los alcaides y alguaciles de México, al haber llegado quejas por ciertas irregularidades. Tomar la residencia a los implicados llevaría al menos un año, por lo que, durante ese tiempo, Martín tendría que dejar de atender los negocios de Luis de Quesada y dedicarse al oficio de alguacil mayor de México.

No era ajeno a las numerosas noticias que le llegaban sobre las extravagantes fiestas y lujosas galas que ofrecían en honor de su hermano el marqués. Las borracheras eran frecuentes en ese tipo de celebraciones, donde corría el vino español y el mezcal, el aguardiente mexicano hecho de la planta del agave. No le pasaba desapercibido que a su hermano el marqués, le hacían grandes mercedes y reverencias exageradas. Incluso supo de muchos nobles y principales que empeñaron sus haciendas para hacer frente al gasto, ya que las fiestas se celebraban en muchas casas y palacios, por todos aquellos que querían estar en buenas relaciones con su hermano. Algunos de los que empeñaron sus haciendas para poder hacer banquetes, celebraciones y homenajes, no pudieron cumplir con los plazos y hubo quien perdió incluso sus propiedades al ser embargadas por los prestamistas.

Pero lo que en verdad preocupaba al Mestizo, era el creciente rumor de que, en esos festejos y galas a su hermano, se celebraban reuniones donde se hablaba sobre un levantamiento contra el rey Felipe II, con la propuesta de nombrar a Martín Cortés Zúñiga, rey de la Nueva España. El Mestizo intentaba no hacer caso de esos comentarios, pero conocía bien el carácter del marqués y

sabía que, si había algo de cierto en esos rumores, su hermano no dudaría en aceptar el nombramiento de soberano de la Nueva España. La arrogancia, el orgullo y la vanidad del marqués, y la de su esposa, aumentaban mes a mes. Confiaba en que tuviera la cabeza fría para no dejarse llevar por esos sueños de grandeza.

Por si no fuera suficiente escuchar las habladurías de su hermano respecto a participar en un alzamiento en contra del rey de España, comenzaron a extenderse los rumores de un amorío del marqués con Marina Vázquez de Coronado. Era la tal Marina, hija de Francisco Vázquez de Coronado, conquistador de Nuevo México, y mujer casada. Tanto se extendió el rumor, que un día que salía Martín con Bernardina del palacio de su hermano, donde vivían, se encontró una pintada echa con tizones en la fachada, donde quedaba patente que el marqués tenía por amante a una mujer casada:

*Por Marina, soy testigo*
*que un buen hombre ganó esta tierra*
*Y por una mujer del mismo nombre,*
*juro que será perdida.*

Escrito que dejaba claro que la amante de su hermano se llamaba Marina, al igual que la madre de Martín el Mestizo. En el caso de su madre, la enaltecían por haber ayudado en la conquista de México. Respecto a la amante de su hermano, avisaban de que por su imprudencia podría perder el trono de la Nueva España.

El 31 de julio de 1564 fallecía en México el virrey don Luis de Velasco y Ruiz de Alarcón. A su entierro asistieron más de cien mil personas, ya que en vida ganó la reputación de haber sido un virrey justo y ecuánime. Molestó a ciertos asistentes que Martín Cortés, el marqués, se hiciese acompañar por pajes que portaban por delante de él, lanzas con la punta cubierta por una funda donde colgaban borlas de seda. Los tres oidores de la Real Audiencia, Ceynos, Villalobos y Orozco, no dejaron de comentar entre ellos, los gestos de monarca que le gustaba prodigarse al marqués, así como el séquito de nobles y principales que siempre le acompañaban.

# La conjura. Julio 1566.

Debido al reciente alumbramiento de gemelos por parte de la marquesa, se organizó una mascarada para celebrar su nacimiento. Desde los aposentos del marqués se instaló un pasillo que llevaba hasta la iglesia mayor. Este corredor estaba cubierto con arcos de flores, y en la plaza se instaló un falso bosque con árboles y arbustos, así como aves, ciervos, liebres y demás animales de caza.

Unos invitados se vistieron como los conquistadores españoles, con armas y armaduras. Otros interpretaron a los guerreros mexicas, y estos aguardaron en el bosque que se instaló en la plaza como si se tratara de una emboscada. Los que se hacían pasar por conquistadores portaban a los gemelos hacia la iglesia mayor por el pasillo construido para tal fin. Al llegar a la plaza, que se encontraba a mitad del recorrido, los que iban ataviados como guerreros mexicas interpretaron que querían robarse a los gemelos. Entre unos y otros organizaron un espectáculo teatral donde al final, los conquistadores vencieron a los mexicas. Los marqueses, siendo del bando vencedor de los conquistadores, pudieron alcanzar la iglesia para el bautismo de sus gemelos.

Martín veía la batalla florida entre falsos mexicas y conquistadores, y sentía vergüenza de ello. No dejaba de pensar en que su hermano se podía estar metiendo en problemas al verse involucrado en el rumor de un alzamiento, cuanto más ahora, al interpretar que los hijos de su hermano el marqués podían ser los príncipes de la Nueva España. Pero Martín el Mestizo no fue el único que se sintió ofendido por el espectáculo. Luis de Velasco, hijo del fallecido virrey, así como los oidores Orozco y Villalobos, también habían contemplado el tratamiento que le hacían al marqués y a su esposa. Estos se retiraron de la plaza tras ver el espectáculo y, evitando entrar en la iglesia, marcharon los tres juntos hacia el palacio virreinal.

Durante el banquete que se celebró más tarde en la residencia del marqués, no le pasó desapercibido a Martín el Mestizo que Alonso de Ávila, hijo del célebre capitán, imponía a su hermano y a su esposa, dos coronas sobre sus cabezas. La de su hermano llevaba una letra R visible en el centro de su frente.

—Esa R que lleva la corona de tu hermano y la de su esposa se podrían interpretar como rey y reina —susurró Bernardina a Martín, mientras comenzaba el banquete.

—Es un majadero. Su vanidad, orgullo y prepotencia le causarán problemas si sigue permitiendo ese absurdo juego en el que él termina como rey de la Nueva España —respondió el Mestizo intentando contener su enojo—. Solo confío en que no nos veamos involucrados en lo que se traiga entre manos.

—¿Prefieres que nos vayamos?

—Sí, Bernardina. Mejor será no vernos metidos en este problema que se está fraguando —respondió Martín, levantándose de su silla y ayudando a su mujer a hacerlo.

No tardó en llegar a la Real Audiencia una denuncia de Baltasar de Aguilar; hombre rico en la Nueva España, y quien nunca había visto con buenos ojos el tratamiento que se le prodigaba a Martín Cortés el marqués. Ante los oidores del rey, denunció Baltasar de Aguilar que sabía del alzamiento que se estaba tramando en contra del rey Felipe II, con la intención de nombrar rey de la Nueva España a Martín Cortés de Zúñiga, el marqués del Valle de Oaxaca.

Por si no fuera suficiente la denuncia de Baltasar de Aguilar, se hizo acompañar ante la Real Audiencia por Alonso de Villanueva y su hermano Agustín, así como por don Luis de Velasco, hijo del virrey.

—Hemos sabido del alzamiento que se está urdiendo bajo nuestras narices —dijo ante los oidores Luis de Velasco—. Pretenden entrar en este palacio un viernes por determinar, aprovechando que están reunidos aquí para celebrar el acuerdo de gobierno. Los alzados asesinarán a los miembros de esta Audiencia, entre los que se encuentran vuestras mercedes.

—¿Y luego? —preguntó el oidor Villalobos.

—Con los miembros de la audiencia muertos, así como aquellos que estuvieran en contra del levantamiento, algunos de los alzados marcharán a Veracruz para evitar que la noticia de la rebelión salga de la Nueva España. El resto tomará el control de aquellos asentamientos principales —denunció Luis de Velasco.

—¿Y el marqués del Valle está involucrado en este alzamiento? ¿Estáis seguro de la acusación que realizáis?

—El marqués es la persona clave. Tras tomar el control los alzados, proclamarán rey de la Nueva España a Martín Cortés Zúñiga, el marqués del Valle de Oaxaca. Como rey, nombrará nuevos nobles, tanto entre los criollos como entre algunos nobles indígenas, con los que repartirá las tierras.

Con esa información los oidores tenían suficiente para tomar asiento de la denuncia y poder iniciar interrogatorios y recabar testimonios. La Real Audiencia ordenó que se iniciaran averiguaciones respecto a la rebelión que se estaba urdiendo. A los pocos días, el licenciado Espinosa y los hermanos Pedro y Baltasar de Quesada, aumentaron el número de denunciantes en contra del marqués del Valle y de la conjura que se estaba tramando para rebelarse contra el rey Felipe II.

Con los testimonios acusadores, la Real Audiencia actuó. Eran conscientes de que el marqués era una figura querida por muchos ciudadanos de México, y no deseaban que su detención causara alarma entre la población. Aprovecharon la noticia de que había llegado hacía dos semanas el último barco a Veracruz para tramar una encerrona.

El marqués se presentó en el palacio virreinal a lomos de su semental negro. Había sido requerida su presencia ante la Audiencia por haberse recibido un despacho de Su Majestad, y como persona principal en México, se solía requerir su persona cuando se recibían provisiones de la Corona, leyéndose ante él como testigo.

Entró con aires de grandeza en la sala de audiencias. No le extrañó encontrarse en ella a Juan de Sámano, el repuesto alguacil mayor tras haber superado su residencia, así como algunos alcaides.

—¿Qué buenas nuevas han recibido de Su Majestad? —dijo el marqués tan pronto entró, dirigiéndose a la mesa donde estaban los oidores.

Juan de Sámano, el alguacil mayor, le interceptó a medio camino.

—Deme vuestra merced esa espada —dijo señalando la toledana que portaba al cinto.

Al marqués no le extrañó la petición, ya que era habitual que en la casa real se impidiera el paso a personas armadas, aunque él no recordaba que le hubiera sucedido con anterioridad. Soltó la vaina del cinto y entregó al alguacil la espada dentro de su funda, quien se la entregó a su vez a un alcaide.

—Dese preso por orden de esta Audiencia y de Su Majestad —le espetó el alguacil mayor.

—¿Por qué motivo? —preguntó asustado el marqués.

—Ya se le informará —respondió Juan de Sámano, agarrándolo de su brazo y sacándolo de la sala, mientras los oidores del rey observaban la detención desde detrás de la mesa.

Una vez encerrado en una de las estancias y puesta su guardia afuera, el alguacil mayor junto con sus alcaides continuó con el trabajo encomendado por la Real Audiencia.

—Martín, te busca el alguacil Sámano —dijo Bernardina.

—Te ruego le digas que suba —respondió Martín, quien se encontraba leyendo en una sala.

Entró Juan de Sámano en la estancia. Martín desconocía que el resto de los alcaides aguardaba en la parte de abajo de la casa de su hermano el marqués, donde el Mestizo y su familia residía en una de sus secciones. El alguacil mayor saludó a Martín con seriedad.

—Los oidores del rey mandan llamar a vuestra merced —anunció Juan de Sámano, extrañándole a Martín la formalidad con que se dirigió a él.

—Claro, Juan, permítame tan solo que me ponga una capa por encima —respondió dirigiéndose a su alcoba.

Martín se puso su capa y antes de salir, agarró su toledana y se la puso al cinto.

—Esa no puede llevarla —dijo Sámano, señalando la espada que se estaba colgando al cinto —, porque vuestra merced va preso.

—No entiendo, Juan ¿Cuál es el motivo o la acusación?

—Lo desconozco, señor. Tan solo me ordenaron prenderle y llevarle preso a la casa real — le respondió Sámano algo avergonzado.

—He sido alguacil mayor cuando le tomaron residencia, Juan. Es obligatorio que los alguaciles conozcan el contenido de las denuncias que…

—No puedo decirle nada más —lo interrumpió Juan de Sámano—, por favor, acompáñeme —dijo haciendo un ademán para que Martín saliera de la sala.

En el exterior del palacio le sorprendió encontrarse al caballo del marqués preparado para él. Preguntó por su hermano Martín, pero nadie le respondió. Montó en el semental y vio como un alcaide tomaba las riendas y jalaba del caballo, caminando por delante de este. A ambos lados del animal, junto a los estribos, iban otros dos alcaides, y por detrás del caballo del marqués, le seguía Juan de Sámano montado sobre otro.

El palacio virreinal tenía ya un gran número de personas en su acceso, el cual se encontraba custodiado por jinetes y servidores de la Audiencia. Al ver entrar a Martín el Mestizo, la gente que había en el exterior se asombró al comprobar que lo llevaban detenido. Había corrido la voz de que el marqués del Valle había sido detenido antes, aunque el Mestizo todavía no conocía el paradero de su hermano.

A diferencia del marqués, que se hallaba en custodia en una de las estancias del palacio virreinal, Martín el Mestizo fue conducido a las celdas que había en los sótanos, sin recibir ninguna notificación o conocer el motivo de su detención. Fue encerrado en una celda, y ese mismo día, a través de las puertas enrejadas, vio entrar otros hombres en los calabozos. Entre ellos se encontraba su hermano Luis Cortés, y los hermanos Alonso de Ávila y Gil González, este último todavía portaba ropa de campo, ya que fue detenido al regresar de su hacienda. Vio pasar camino de su celda al alcalde Manuel de Villegas y al mismo deán Alonso Chico de Molina. A lo largo del día, y hasta la mañana siguiente, dieciocho hombres más fueron encarcelados. Martín desconocía el contenido de la denuncia o acusación, pero era lo bastante listo para, viendo quienes eran los otros presos, pensar que tendría algo que ver con el tan rumoreado alzamiento.

Los detenidos fueron pasando al día siguiente, uno a uno, ante los oidores. El primero de ellos fue el deán Alonso Chico de Molina. A su regreso del interrogatorio Martín pudo hablar con él a través de la reja. Le confirmó el deán que la acusación era relativa a la conspiración de rebelión, así como el planeado nombramiento de su hermano el marqués como rey de la Nueva España.

—Me acusan de participar en la rebelión y de ser la persona encargada de presentar ante el

papa el nombramiento como rey de Martín Cortés, vuestro hermano —comentó desde la celda el deán.

Martín no le preguntó por la certeza o falsedad de la acusación. Cuanto menos supiera, mejor. Sabía que el deán había sido inseparable del marqués desde la llegada de este a México, participando en todas los acontecimientos y galas que le habían organizado.

Un escribano se acercó a la celda del Mestizo y le pidió que le acompañara ante los oidores reales.

—Ha sido usted llamado a nuestra presencia por la acusación de varios ciudadanos de participar en la conjura contra Su Majestad, el rey Felipe II. ¿Jura usted decir la verdad ante esta Real Audiencia? —preguntó el oidor Orozco.

—Juro decir toda la verdad ante esta Audiencia —respondió Martín, colocando la mano derecha sobre su corazón, sintiendo bajo la tela el estuche con el pañuelo de su madre.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el escribano.

—Martín Cortés Malintzin.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y cuatro años.

—¿De quién sois hijo?

—Soy el hijo de don Hernán Cortés y doña Marina, la Malinche. Soy el hijo primogénito de Hernán Cortés —aclaró Martín al escribano que tomaba nota de la declaración.

—¿De qué conocéis a Luis Cortés y a Alonso de Ávila? —preguntó el oidor Villalobos, dando inicio al propio interrogatorio.

—Don Luis Cortés es mi medio hermano y lo conozco desde su nacimiento. Al señor Alonso de Ávila lo conocí a mi llegada a la Nueva España hace tres años. Sé que se trata de uno de los hijos del capitán Alonso de Ávila, quien participó a las órdenes de mi padre en la conquista de México —respondió Martín mirando a los tres oidores.

—¿Qué sabéis de la rebelión que se estaba tramando, así como del alzamiento y de los planes para matar a los miembros de este consejo real? —siguió preguntando Villalobos.

—No he oído nada al respecto, pero no soy ajeno a ciertos rumores y frases escuchadas a unos u otros en reuniones. Retazos de conversaciones. Me pareció algo frívolo y no lo consideré cierto.

—¿Por qué motivo habíais acumulado armas en días anteriores y para qué propósito? —le preguntó ahora Orozco.

—No he reunido armas, tan solo algunos arneses para un torneo en el que iba a participar. Los iba a compartir con don Alonso de Estrada y don Luis de Ortega entre otros. Me solicitaron arcabuces para un alarde, los cuales no llegaron hasta ayer.

—¿Le había sugerido su hermano el marqués matar a los miembros de la Audiencia y comenzar el alzamiento?

—No. Nunca mi hermano me ha sugerido tal cosa. Si alguien lo hubiera hecho, lo habría denunciado yo mismo ante vuestras mercedes —respondió ofendido Martín.

—¿Ha visto en alguna ocasión a personas hablando en secreto con su hermano el marqués? —retomó el interrogatorio Villalobos.

—Nunca lo he visto hablando en secreto con nadie. Ni de noche ni de día. Aunque como todas las personas, en ocasiones hablaría en privado con algún invitado.

—¿Alguna vez escuchó a su hermano hablar sobre los hechos que le hemos mencionado?

—Al marqués nunca le he escuchado hablar sobre ello. Seguro mi hermano pensaría que esos rumores y habladurías eran nonadas y, pensando que pudieran ir a más, por seguro evitó

participar en esas conversaciones. Es una persona que conoce bien al rey Felipe II, con el cual ha convivido desde joven, pues perteneció a la Casa del príncipe. Estoy seguro de que pensaría que el rey pondría remedio a cualquier evento que se produjera.

Dieron por terminado el interrogatorio los oidores y devolvieron a Martín a su celda. Tras él, fueron llamados uno tras otro el resto de los presos para ser cuestionados por la Audiencia.

Tres días después, y viendo que no era notificado en forma por parte de la Audiencia, solicitó papel y pluma al escribano, y redactó una petición para los oidores.

*Poderosos señores, don Martín Cortés Malintzin, hijo primogénito de Hernán Cortés, y prisionero de la casa real por orden de vuestras mercedes, habiendo sido encarcelado desde hace tres días sin haberme sido notificado el motivo, les ruego a sus señorías ser liberada mi persona de este encierro.*

Los días pasaban y no había respuesta a la petición remitida a la Audiencia. Decidió volver a escribir seis días después, rogando de nuevo su liberación al no haber sido notificado o informado de los cargos de los que se le acusaban. El 30 de julio, quince días después de haber sido encarcelado, el escribano se presentó ante su celda. Frente a Martín, en el pasillo de la prisión, el escribano leyó en voz alta el documento que portaba.

—A don Martín Cortés Malintzin, hijo primogénito de Hernán Cortés. En este acto se le da formal notificación de que ha sido acusado de ser conocedor desde hace diez meses, del levantamiento que Martín Cortés Zúñiga, junto con Luis Cortés, tramaban en connivencia de Alonso de Ávila y otras muchas personas, en contra de Su Majestad.

—He sido notificado —respondió escueto el Mestizo al otro lado de las rejas.

Martín se dio cuenta de que la acusación que le notificaba el escribano era grave. Si se hallaban culpables el castigo sería ejemplarizante. Incluso podría dar lugar a pena de muerte.

A medianoche se presentaron los oidores ante la mazmorra que ocupaban los hermanos Ávila, así como el escribano y un cura. Martín ocupaba la celda frente a ellos, por lo que pudo observar y escuchar lo que sucedía. El escribano desplegó una hoja que portaba enrollada y frente a Alonso de Ávila y Gil González, les leyó el documento.

—Esta Real Audiencia ha dictado sentencia respecto a la acusación realizada en contra de Alonso de Ávila y de su hermano, Gil González. Habiendo escuchado los testimonios de los acusados, así como visto las pruebas presentadas y diversos testimonios de acusación, se les ha encontrado culpables. La sentencia por este delito ha sido la condena a muerte por decapitación.

El silencio se hizo en el pasillo de la prisión. Solo se escuchó un gemido que salió por la boca a Alonso de Ávila.

—Tras la condena a muerte —prosiguió leyendo el escribano—, las cabezas de los condenados serán puestas en la picota. La residencia de ambos será derruida y se esparcirá sal sobre su terreno, así como se pondrá un bando que publicará la justicia que, a través de la Audiencia de Su Majestad, se ha impartido por esta contra aquellos que pretendían rebelarse contra la Corona —terminó de leer el escribano, procediendo a retirarse detrás de los tres oidores.

—¿Es posible esto? —preguntó temblando Alonso de Ávila.

—Sí, señor —respondió el cura que había quedado junto a la celda—. Lo que les conviene a vuestras mercedes en estos momentos es ponerse a bien con Dios y suplicar perdón por vuestros pecados.

—¿No hay otro remedio? —preguntó agarrando los barrotes de la celda, tal vez para no desmayarse.

—No lo hay, señor.

Alonso de Ávila comenzó a llorar en silencio. Su hermano, Gil González, permanecía sentado con la espalda contra la pared y la cara hundida entre sus rodillas. Ambos eran jóvenes, rondando los veinte años. Eran ricos y bien parecidos. Poseían haciendas, encomiendas y vasallos. Alonso tenía dos hijas y vivía en una gran residencia cerca de donde estaban ahora encerrados. Y cerca de donde morirían.

—¡Mi querida mujer! ¡Mis hijos! —gritó Alonso de Ávila mirando al cura mientras las lágrimas le corrían por el rostro—. ¿Será posible que esto suceda a quien pensaba darles descanso y honra? La fortuna ha dado la vuelta de tal manera que veréis mi cabeza en la picota, hijos míos, bajo la lluvia, a la intemperie, como si se tratara del peor criminal. Ojalá fuerais hijos de un padre de baja estofa, que jamás hubiera sabido de honra.

—Señor, no es tiempo de eso. Mirad por vuestra alma y suplicad a Dios por vuestros pecados y rogad perdón.

Martín observaba desde su catre lo que sucedía frente a su celda. Le afectó mucho la manera en la que ambos hermanos confirmaron al cura que era cierta la acusación que habían presentado ante ellos. Reconocieron haber tramado el alzamiento con la intención de hacer rey de la Nueva España a Martín Cortés Zúñiga. Escuchó desde su celda la confesión de que su hermano el marqués estaba al tanto de todo, igual que Luis Cortés.

La indignación por lo escuchado, y la tristeza por saber que los dos hermanos Ávila serían ajusticiados al día siguiente, le impidió dormir a Martín. Eran los primeros en morir por este motivo, pero Martín estaba seguro de que no serían los últimos. Desde su catre escuchó las maldiciones que su hermano Luis, encerrado en la misma prisión, gritaba a los hermanos Ávila por haberle acusado a él por un delito por el que podría perder la vida.

Al medio día el escribano ordenó a los alcaides que abrieran la celda de los hermanos Ávila y los acompañaran a la plaza mayor, afuera del palacio. Iban los hermanos todavía vestidos con las mismas ropas que portaban cuando fueron detenidos. Martín podía escuchar desde su celda el murmullo de la gente que se había reunido en el zócalo. Habían ido a presenciar la muerte de dos ciudadanos insignes, de los cuales no existía ningún reproche hacia ellos. Se había levantado en solo unas horas un patíbulo de madera, sobre el que habían puesto un gran tocón, el cual sería usado por el verdugo para decapitar a los hermanos ese mismo día.

Bajo el pórtico del palacio, los condenados fueron subidos a dos burros; una última humillación dictada por los oidores para aquellos hermanos que nunca habían montado sobre esos humildes animales. La plaza estaba abarrotada por decenas de miles de personas. Los alcaides tuvieron que abrir un pasillo usando sus caballos. Custodiaban varios de ellos a los condenados con las armas a punto, temiendo un levantamiento de la población pretendiendo liberarlos.

Alcanzaron el patíbulo y les ayudaron a bajar de los burros unos frailes dominicos que los acompañaban, pues llevaban ambos hermanos sus manos engrilletadas. Subieron por la escalera al cadalso, plantándose de pie frente a la multitud que ocupaba toda la plaza mayor. El zócalo, como la llamaban allí. Los hermanos Ávila se miraron y se abrazaron.

Gil González de Ávila fue el primero de los hermanos que se acercó al tocón. De pie frente a este, hizo una última confesión a un fraile que se le acercó. Debido al rumor que había en la plaza, tuvo que alzar su voz para confesarse, lo que sirvió para que quienes estaban cerca de él, oyeran la confesión en la que confirmaba que era cierta su participación en la conjura.

Se arrodilló y colocó su cuello sobre la mitad del tocón. El verdugo levantó el hacha y la dejó caer, sin poder cortar la cabeza del ajusticiado al primer golpe. Rápido, levantó el hacha de nuevo, y al segundo golpe pudo separar la cabeza del cuerpo. Desde el público se escucharon

varias voces de protesta por la falta de capacidad por parte del verdugo para no hacer sufrir a Gil González.

Alonso de Ávila se giró por inercia hacia su hermano y casi se desvanece al ver la cabeza de este rodando por el suelo. Unos servidores retiraron el cuerpo de Gil González y pusieron su cabeza dentro de una cesta. Alonso se acercó al tocón donde un momento antes su hermano había muerto y se arrodilló.

—*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuarum e secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam* —oraba Alonso de Ávila—. *Miserere mei, Deus, amplius lava me ab iniquietate meu et a pecatto meo munda me*…[32]

Cuando terminó su oración, giró la vista hacia donde estaba su casa, la cual asomaba por una calle cercana.

—Mis hijos. Mi amada esposa. Y pensar que os dejaré de esta manera… —dijo anegado en lágrimas.

—No es tiempo este para que se lamente por ellos vuestra merced —le dijo fray Domingo de Salazar—. Mire por su ánima. En breve se unirá a Nuestro Señor. Le prometo decirle una misa el día de mañana.

Como había hecho su hermano, pidió la presencia del fraile para confesarse. Al igual que había hecho Gil González, Alonso confesó de nuevo su culpabilidad, aclarando que nadie más había estado a favor del alzamiento. Fray Domingo de Salazar se puso frente a la multitud en el borde del patíbulo y se dirigió a la gente levantando la voz.

—Señores, encomienden a Nuestro Señor el alma de estos dos caballeros. Según han confesado ambos, mueren justamente, —y dirigiéndose a Alonso que permanecía arrodillado le preguntó— ¿lo confirma vuestra merced?

—Lo confirmo —respondió Alonso de Ávila, agachándose y apoyando su cuello en la madera, sobre la sangre ya fría de su hermano.

En esta ocasión el verdugo no necesitó dos golpes para cortar su cuello. Fueron tres los golpes necesarios del hacha para separar la cabeza del torso. Ello volvió a ocasionar protestas y gritos entre los asistentes por una actitud tan inhumana.

Sobre la azotea del palacio virreinal fueron expuestas, en la picota, las cabezas de los ejecutados. Estaban ensartadas en un clavo desde la base del cercenado cuello, sobresaliendo las puntas del hierro por la coronilla.

La casa de los Ávila fue derruida días después y en el terreno, tras esparcir sal por encima de este, se colocó un bando clavado en un poste.

*Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y la real audiencia de México, en su nombre, a estos hombres, por traidores contra la real Corona.*…

Martín supo en su celda todo lo sucedido a los hermanos Ávila por el relato del fraile que les iba a dar confesión cada día. Alonso y Gil no le habían acusado en ningún momento en las confesiones antes de ser ajusticiados. Sus hermanos, Luis y Martín el marqués, eran los principales acusados de acuerdo con esos testimonios.

Pero parecía que los oidores no habían quedado satisfechos con las confesiones realizadas por los hermanos Ávila previas a su muerte, siendo consideradas estas las más importantes de un hombre. Continuaron interrogando a los que estaban encerrados en la cárcel del palacio.

El primero con el que retomaron los interrogatorios fue con Martín Cortés Zúñiga, el marqués del Valle.

—¿Regresó vuestra merced a la Nueva España para iniciar una revuelta contra la corona? —comenzó Villalobos el interrogatorio.

—No es cierto. Vine a la Nueva España para retomar los negocios que mi padre me había heredado en su testamento. Me hice acompañar por mis hermanos, para que me ayudaran en tan gran trabajo —respondió Martín el marqués.

—¿Acaso está coludido con Francia y el Vaticano? El deán ha confesado que sería el encargado de comunicar a Su Santidad su nombramiento como rey.

—Desconozco lo que me están preguntando.

—¿Por qué llevar un paje con estandarte por delante de vuestra merced? —añadió Orozco su pregunta al interrogatorio.

—No lo considero inapropiado. Soy el marqués del Valle de Oaxaca, el título nobiliario más importante en la Nueva España —respondió orgulloso y altanero el marqués.

—¿Qué tuvo que ver su hermano Luis Cortés en el intento de rebelión?

—Nada, no me consta que esté implicado en ninguna rebelión.

—¿Y su hermano Martín Cortés?

—El Mestizo solo me estaba ayudando a preparar un torneo. No convivo mucho con él, a pesar de que viven en mi casa.

—Ustedes iban a usar ese torneo para encubrir el alzamiento —acusó Orozco al marqués.

—No es cierto, señoría. No estaba involucrado en ello. Si el Mestizo lo había planeado, yo lo desconozco. Pensaba que lo hacía por la celebración del nacimiento de mi hijo —respondió el marqués, dejando con ello el peso de la duda sobre su hermano mayor.

Luis de Quesada, cuñado de Martín el Mestizo, presentó ante la Real Audiencia la declaración de veinte testigos sobre la conducta, siempre respetuosa con la Corona por parte de Martín. Declaró ante los oidores que el acusado había sido caballero paje de la Casa de la emperatriz Isabel, y más tarde lo fue de la Casa del príncipe. Les recordó que era caballero de la Orden de Santiago y que había participado junto al rey don Carlos en la Jornada de Argel, la guerra en el Piamonte y en la Batalla de Mühlberg, donde había sido recompensado en persona por el mismo monarca. Les hizo saber que Martín era devoto y buen cristiano, así como nunca había sido acusado por ninguno de los detenidos.

—Por el contrario, los acusadores de Martín Cortés Malintzin son conocidos por haber tenido vidas llenas de pecados, vicios y acusaciones —terminó por declarar Luis de Quesada en defensa de su cuñado Martín.

La Audiencia recibió los testimonios de los testigos y escuchó la defensa del abogado, sin tomar ninguna decisión respecto a Martín el Mestizo.

A los pocos días, a medianoche, se presentaron en la cárcel los oidores acompañados por un cura y el escribano. Todos sabían que eso había ocurrido cuando comunicaron la sentencia a los hermanos Ávila, por lo que entendieron que iba a suceder lo mismo. Pasaron por delante de la celda del Mestizo, y este se percató de que le observaron de reojo al pasar de largo. Aunque no lo veía desde su celda, supo que habían llegado a la altura donde estaba encerrado su hermano.

No pudo escuchar la voz del escribano, pero por el grito de Luis y las maldiciones que les profirió, supo que le habían informado de su condena a muerte.

Quiso la divina providencia que a la mañana siguiente llegara un mensaje desde Veracruz, informando a los oidores que había arribado el nuevo virrey de la Nueva España. Se trataba del marqués de Falces, Gastón de Peralta, a quien Martín había conocido durante el tiempo que acompañó a su padre en su estancia en Valladolid, donde el marqués de Falces había acudido en varias ocasiones a visitar a Hernán Cortés.

El virrey, al llegar a Veracruz y conocer lo que estaba ocurriendo en la ciudad de México,

había mandado un mensaje por delante de él, comunicando a los oidores de la Real Audiencia que se detuviera el proceso que llevaban contra Martín Cortés Zúñiga, el marqués del Valle, hasta que él llegara a la capital novohispana.

Fue recibido con grandes celebraciones y muestras de alegría a su entrada en la ciudad. Muchos de los que le festejaban eran hombres y mujeres allegados a la gran cantidad de presos que habían hecho los oidores durante las investigaciones llevadas a cabo por el intento de alzamiento. Confiaban en que el nuevo virrey los liberaría pronto.

El mismo día que se instaló en el palacio virreinal, mandó llamar a Martín el marqués, quien desde su detención ocupaba una de las recámaras. Ambos cenaron y convivieron durante unas horas. Al día siguiente el virrey Gastón de Peralta ordenó su liberación e impidió se embargasen los bienes del marqués del Valle.

—Vuestras mercedes tienen demasiados vínculos con los acusadores del marqués y sus cercanos —acusó un día el virrey Peralta a los oidores.

—Son enemigos de España, y un verdadero peligro para la Corona —se defendió el oidor Orozco.

—El único peligro de esta tierra ha sido el que han provocado vuestras mercedes al ordenar la ejecución de Alonso de Ávila y su hermano Gil González —les respondió enojado el virrey.

Los oidores se sintieron menospreciados y humillados por la decisión del virrey respecto a liberar al marqués y anular algunas condenas. Redactaron una carta para Su Majestad y fue enviada a España. En ella mostraban al rey Felipe II su enojo por lo que consideraban actos de connivencia entre el virrey y el marqués del Valle, quien pretendía erigirse como rey en la Nueva España a través del alzamiento que habían descubierto en sus indagaciones.

El virrey Gastón de Peralta estuvo revisando el proceso y encontró que había muchos errores en las acusaciones. Hizo llamar a Baltasar de Aguilar, quien había sido el primero en denunciar a Martín Cortés Zúñiga, por el intento de erigirse como rey de la Nueva España mediante un alzamiento. Baltasar de Aguilar se retractó de su confesión, alegando que había sido sobornado para ello por gente que no conocía.

Se conmutó la pena de muerte de Luis Cortés, y el virrey la sustituyó por diez años a galeras en Orán; también a galeras fueron enviados el hijo del capitán Andrés de Tapia, Pedro González, Oñate y otros. Respecto a Martín Cortés, el marqués del Valle ordenó el virrey que fuera enviado a España para que su caso fuera expuesto ante el rey Felipe II.

Martín el Mestizo fue liberado y semanas más tarde le nombraron gobernador de la provincia. Su hermano el marqués sería llevado a España acusado del intento de alzamiento, allí tendría que defenderse ante Su Majestad. El Mestizo no deseaba seguir viviendo en la casa que era de su hermano. Luis de Quesada ofreció a Martín y Bernardina residir en su casa en lo que preparaban su regreso a España, una decisión que ambos ya habían tomado.

Fue un breve tiempo de paz para la familia del Mestizo. Había sido exculpado por todos los acusados, y no había ningún testimonio que lo hubiera involucrado en el intento de rebelión contra el rey Felipe II. Su hijo Fernando tenía diecinueve años y era un buen mozo, por lo que su esposa Bernardina intentaba, antes de marchar a España, que se casara con la viuda de Pedro de Paz, un primo de Hernán Cortés.

—Martín, he sido informado que tu hermano el marqués, antes de marchar a España, ha vendido la casa que construyó tu padre sobre el antiguo palacio de Moctezuma —dijo su cuñado Luis de Quesada.

—¿Por qué motivo tendría que hacer eso? —preguntó extrañado.

—Parece ser que para pagar la dote de su hermana.

—¿Eso incurriría en incumplimiento del testamento de mi padre?

—Es correcto. Aquí tengo la copia del testamento—dijo sacando unas hojas de un legajo—. Leo: *Quiero y mando que no se puedan enajenar dichos bienes ni parte de ellos, por ninguna causa, ni por causa de dote. Caso de incumplirlo se deberá privar del mayorazgo al que lo hiciese, por indigno.*

—Es lo que recordaba —comentó Martín.

—Podemos ponerle un pleito. Tal vez pueda pasar a ti el marquesado —propuso su cuñado.

—No deseo tener ninguna relación con él, Luis. Lo mejor será poner distancia entre nosotros. Me ha causado muchos problemas el *marquesito*, pero ya todo se ha acabado. En España el rey Felipe II repartirá justicia —le respondió Martín el Mestizo.

# El tormento. Octubre 1567.

En España, se había recibido la carta que enviaron los oidores a Felipe II, en la cual acusaban al virrey Gastón de Peralta de cierta connivencia con el marqués del Valle. El monarca mandó nuevos jueces para que averiguaran lo que estaba sucediendo en la Nueva España. Portaban estos nuevos oidores la orden para que el virrey y los anteriores oidores, regresaran a España y se presentaran en la Corte. Se harían averiguaciones sobre el comportamiento que habían tenido en la Nueva España.

Los nuevos oidores del rey se presentaron en México. Se trataban del doctor Luis Carrillo, y del licenciado Alonso Muñoz. El tercer oidor que el rey había designado, y que debía de haber llegado junto a ellos, llamado Jaraba, había muerto durante la travesía a la Nueva España.

Tan pronto llegaron a México y se instalaron en el palacio, ordenaron construir una nueva cárcel, al modo de las que usaba la Santa Inquisición. Sería realizada con celdas pequeñas y oscuras, donde cupieran solo uno o dos hombres. De igual forma, ordenaron la construcción de una cámara de torturas. Casi mil obreros participaron en la obra de la cárcel, y en dos semanas la tuvieron terminada.

El primer preso que fue encerrado en los nuevos y tétricos calabozos fue el hombre que levantó testimonio por la conjura: Baltasar de Aguilar. Los oidores lo acusaron por haber ofrecido dos declaraciones contradictorias.

Durante la primera semana, los presos que habían sido liberados por el virrey Peralta y que todavía se encontraban en la Nueva España, fueron de nuevo detenidos y encarcelados. Entre ellos se encontraba Martín Cortés el Mestizo.

Las nuevas celdas tenían puertas ciegas, sin barrotes, tan solo había un pequeño ventanuco que servía para introducir el cuenco de comida o la bebida. Las paredes de piedra filtraban el agua del antiguo lago de Texcoco, haciendo que la celda siempre estuviera húmeda y fría. Un pequeño candil iluminaba el reducido espacio que cada preso ocupaba.

El Mestizo no podía alcanzar a escuchar las voces de los interrogatorios, al ser amortiguadas por los gruesos muros, pero sí alcanzaba a oír los gritos y alaridos que proferían cuando eran torturados. Los recién llegados oidores confiaban en que, con la tortura, los acusados ofrecerían mejores testimonios, los cuales servirían para proceder contra nuevos implicados en el alzamiento.

Baltasar de Aguilar no soportó el primer interrogatorio. Confesó que el verdadero testimonio de los dos que había ofrecido fue el primero que había hecho, en el cual aseguraba que el marqués era conocedor del alzamiento y había participado en la planificación de este.

Día y noche veía cruzar por delante del ventanuco de su puerta a los acusados para ser interrogados mediante tortura. No tardaba en escuchar sus gritos, lamentos y quejidos. Después de una hora regresaban a su celda, la mayoría de las veces arrastrados por los carceleros, ya que no se podían tener en pie tras el interrogatorio y el tormento que les habían dado. En dos ocasiones no volvieron a regresar a su celda los acusados. El Mestizo supo por el escribano Zavaleta, quien era el encargado de realizar las notificaciones, que en ambas ocasiones los hombres habían muerto durante las torturas.

Disfrutaban los nuevos oidores, Carrillo y Muñoz, de comunicar las sentencias a muerte a partir de medianoche, tal vez para que los condenados sufrieran más y dejarlos desvelados en sus últimas horas de vida. Al día siguiente y sin dilación, eran trasladados al patíbulo en el zócalo, el

cual ya no desmontaban tras las ejecuciones, para tenerlo siempre preparado.

El 15 de noviembre fue llamado a interrogatorio el Mestizo. El escribano Zavaleta lo acompañó hasta la sala de torturas. Al entrar pudo ver Martín a dos hombres junto a un potro de madera, al lado del cual había un tonel de agua y varias cuerdas apiladas. Punzones, berbiquíes, tenazas y cuchillos ensangrentados, descansaban sobre una pequeña mesa junto al potro.

Los oidores Muñoz y Carrillo estaban sentados detrás de una mesa. El escribano Zavaleta se sentó en un extremo y preparó las hojas, el tintero y la pluma. Le hizo una señal al Mestizo para que se acercara y se sentara en la silla que había en la mesa, frente a los oidores del rey.

Alonso Muñoz, sin pronunciar una palabra, le entregó a Martín una hoja con una declaración escrita, debajo de la cual aparecía su nombre a falta de la firma. El Mestizo la leyó con detenimiento. Se trataba de una confesión redactada por los oidores. En ella Martín asumía su participación en el levantamiento contra Su Majestad, así como el reconocimiento de que se pretendía nombrar rey de la Nueva España a su hermano el marqués.

—Señorías, no puedo firmar esta declaración, porque no es cierta —dijo con calma a los oidores, devolviéndoles la confesión.

Zavaleta levantó testimonio y acompañó de nuevo a Martín a su celda, sin que los oidores le hubieran dirigido la palabra en ninguna ocasión. Durante su encierro podía escuchar los lamentos en las celdas contiguas de quienes ya habían sido torturados. Baltasar de Aguilar todavía no se podía levantar de su lecho debido al daño que le habían causado.

—Pensaba que moriría de dolor —repetía como una letanía—, pensaba que moriría de dolor...

Martín desconocía el trabajo que su cuñado, Luis de Quesada, y el abogado Álvaro Ruiz, llevaban a cabo ante los oidores. Estos habían recurrido la orden de interrogatorio bajo tortura a Martín Cortés en varias ocasiones, consiguiendo tan solo su aplazamiento a nuevas fechas, aunque sin anularla. Volvieron a presentar nuevos testigos dando fe bajo juramento de la inocencia de Martín. Insistieron de nuevo en que era un buen cristiano, fiel a la Corona y caballero de la Orden de Santiago, así como ser una persona alejada de conspiraciones e incluso de las celebraciones y galas que hicieron a su hermano el marqués. Pero los recursos solo sirvieron para dar un respiro a Martín por varias semanas.

El 1 de enero de 1568, el escribano Zavaleta fue enviado a informar a Martín Cortés que esa noche sería llevado a interrogatorio bajo tormento de agua y cuerdas.

—Lo he escuchado. Que se haga la voluntad de sus señorías —respondió Martín.

Cuando entró a la sala de torturas, todo estaba como en la anterior ocasión que la visitó hacía poco más de un mes. Allí permanecían el potro de madera junto a las pilas de cuerdas y el tonel de agua, así como las herramientas de torturas sobre una mesa pequeña. Dos verdugos con la cara descubierta aguardaban las instrucciones de los oidores sentados tras la larga mesa. En esta ocasión se habían hecho acompañar por dos testigos, el obispo de Puebla, don Antonio Morales, y por don Luis de Velasco, hijo del fallecido virrey.

El escribano Zavaleta se sentó en el extremo de la mesa y le hizo de nuevo un gesto a Martín para que tomara asiento frente los oidores.

—Le rogamos a vuestra merced nos informe de los nombres de las personas que formaban parte del alzamiento contra Su Majestad —indicó el doctor Carrillo.

—No conozco a nadie que haya formado parte de ello, ni conjura alguna contra el rey —respondió con firmeza Martín.

—Hemos de informar al acusado que, en caso de negarse a confesar de manera voluntaria,

deberemos seguir el interrogatorio bajo tortura. Le rogamos colabore con esta Audiencia —comentó el licenciado Muñoz.

—Ya he respondido a la pregunta que me han hecho sus señorías.

—En caso de que el acusado resulte muerto o herido de gravedad durante el tormento, será por responsabilidad del acusado, no de nuestra parte —le informó el doctor Carrillo.

—Les he dicho toda la verdad, señorías. No tengo nada más que añadir.

Le ordenaron desnudarse. Martín se levantó y se desprendió de las ropas que portaba, quedando solo en calzones. Sintió el frío y la humedad de la sala de torturas, causándole tiritona. Verdugos y oidores se quedaron observando las numerosas marcas y cicatrices que, desde el cuello hasta los pies, adornaban el cuerpo aceitunado del Mestizo; señales de las numerosas guerras y batallas en que había participado, siempre en nombre del rey de España.

Los verdugos se acercaron al Mestizo y le hicieron la señal para que se dirigiera al potro y se tumbara. Vio Martín que sobre el tonel de agua descansaba una asta de toro capada, a modo de embudo. Las cuerdas, de dos dedos de grosor, estaban apiladas bajo la mesa donde en unos momentos sería torturado. Sintió en su estómago el retortijón que siempre notaba instantes antes de entrar en batalla, pero en esta ocasión no tenía ningún arma para poder defenderse, tan solo la resistencia de su propio cuerpo y mente.

Se tumbó bocarriba sobre el helado potro. Los verdugos ataron sus tobillos y muñecas con las cuerdas, tensándolas, usando un garrote. Sintió cómo sus brazos se estiraban sobre su cabeza y cómo las piernas lo hacían en sentido inverso. Los verdugos hicieron una señal con la cabeza hacia los oidores, dándoles a entender que el acusado ya estaba listo para proseguir con el interrogatorio bajo tortura.

—Díganos los nombres de los implicados antes de que empecemos el tormento —era la voz de Carrillo la que escuchaba, aunque Martín no podía verlos debido a la posición.

—He dicho toda la verdad, señorías. No tengo nada más que añadir —respondió, comenzando a realizar profundas inhalaciones, preparándose para el dolor.

El oidor asintió con la cabeza hacia los verdugos y estos giraron el garrote, tensando las cuerdas que estaban amarradas a las piernas y brazos. Las extremidades fueron jaladas del cuerpo, cada una hacia un lado.

Martín sentía como si fueran a desmembrarlo. Notaba el ardor de las articulaciones, un escalofrío de dolor recorrió su cuerpo. En su cabeza escuchó el ruido que hizo uno de sus hombros al descoyuntarse. Un latigazo de dolor atravesó su cerebro como un relámpago. Consiguió reprimir el grito.

—Díganos los nombres de los implicados —ordenó la voz del doctor Carrillo.

—He dicho toda la verdad. No tengo nada más que añadir.

Hicieron otro gesto los oidores y los verdugos volvieron a retorcer el garrote donde se enrollaban las cuerdas, haciendo que se tensaran y regresara el dolor a Martín. Un grito nació desde lo más hondo de su ser, surgiendo a través de la boca.

—¡Díganos los nombres de los implicados!

—He dicho toda la verdad. No tengo nada más que añadir.

De nuevo, tras un gesto a los verdugos, regresó el dolor. Sentía que el hombro descoyuntado se separaba más del cuerpo. Creía que se lo arrancarían. Notaba las cuerdas rasgando su piel, le quemaban al ser jaladas por el garrote. Sintió el crujido de un tobillo al dislocarse y comenzó a temblar por el dolor.

—Díganos los nombres de los implicados.

—Ya he dicho toda la verdad, y por el sacratísimo nombre de Dios que se duelan de mí, que

no diré más de aquí a que me muera —balbució Martín entre temblores.

Hubo un momento de silencio. Martín podía oír el murmuro de voces de los oidores y los testigos, aunque no entendían qué estaban hablando.

—Parece que el acusado tiene sed —escuchó decir en voz alta al licenciado Muñoz—. Denle agua.

Uno de los verdugos se situó junto a la cabeza de Martín y le tapó la nariz, impidiéndole respirar por ella. El otro metió una jarra en el tonel y la llenó de agua, agarrando luego el embudo de asta de toro. Su compañero separó la mandíbula de Martín haciendo que abriera la boca, mientras el otro verdugo introducía el embudo. A una señal del oidor, comenzó a echar el agua de la jarra por el cuerno de toro.

Martín intentó al principio tragar el agua que le entraba por el asta, pero no era capaz de tragar tanto, ni tan deprisa. Pronto comenzó a toser, escupiendo por la boca el agua que no podía tragar, mientras intentaba respirar por la nariz que le tenían tapada, ocasionando que al intentar respirar por la boca entrara agua en sus pulmones.

Los verdugos sacaron el embudo y soltaron el pinzamiento en la nariz. Martín respiraba el aire frío de la sala, pero mientras lo hacía, tosía y arrojaba el agua que había respirado.

—Díganos los nombres de los implicados.

—He dicho toda la verdad. No tengo nada más que añadir —respondió Martín, tosiendo y vomitando.

—Denle un poco más de agua.

Martín intentó resistirse sacudiendo la cabeza. Intentó no abrir la boca, pero bastó que una mano le apretara en el hombro dislocado para que gritara, momento que aprovecharon para meterle de nuevo el embudo. Pinzaron su nariz y el verdugo comenzó de nuevo a arrojar agua por el asta.

No se había recuperado aún de la anterior vez, cuando ya tenía de nuevo el embudo en la boca, metiendo líquido en su cuerpo. Tardó menos tiempo en sentir la tos saliendo de sus pulmones. Al toser el agua, intentaba respirar, haciendo que esta entrara de nuevo, lo que hacía que volviera a toser. Sentía cómo le ardían los pulmones debajo de su pecho, como si estuvieran repletos de alfileres.

—¡Díganos los nombres de los implicados! —gritó el licenciado Muñoz, cuando los verdugos hicieron una pausa en la tortura.

—He dicho toda la verdad… no tengo nada más que añadir.

—Otro vaso de agua.

Al resistirse para que introdujeran el embudo, le saltaron dos dientes al meterlo a la fuerza en su boca. El agua se mezcló con la sangre y con los mismos dientes en su estómago, haciendo que le surgiera un gran vómito que no pudo expulsar, pues le tenían cerrada la boca con la mano, mientras el agua entraba por el embudo. Al soltarle los verdugos, Martín notó como salía la sangre mezclada con el agua de sus oídos, nariz y boca, mientras intentaba respirar con desesperación. Sintió el calor de la orina derramándose entre sus piernas.

—Díganos los nombres de los implicados —insistía el doctor Carrillo.

—He dicho —respondió Martín entre violentas toses— toda… toda —vomitó— la verdad. No tengo nada más que añadir —dijo perdiéndose las últimas palabras en un susurro.

—¡Denle más agua! —indicó el licenciado Muñoz.

—Señoría, va a morir ahogado. Démosle un momento que se reponga.

—¡Más agua, perros! —gritó Carrillo.

De nuevo introdujeron el cuerno en la boca de Martín. En esta ocasión no se resistió. Los

verdugos sabían que estaba al límite, aun así, obedecieron a los oidores. Martín intentó tragar de nuevo el agua lo más deprisa que podía, pero su cuerpo ya tenía menos resistencia, y solo pasaron unos instantes antes de comenzar a toser y a intentar respirar como fuera. El agua salpicaba al salir por entre los dedos del torturador que le tapaba la boca alrededor del embudo, mientras Martín intentaba expulsarla. Escurría por afuera de sus oídos. Los verdugos observaron que el Mestizo perdía el conocimiento y se desmayaba. Sabían que eso era lo mejor que le podía suceder.

—¡Basta! —ordenó el oidor Muñoz.

A las tres de la madrugada el cuerpo del Mestizo era arrastrado, desnudo e inconsciente, hasta su celda, donde lo arrojaron desmadejado sobre su catre. Le tiraron la ropa al suelo, húmedo, por el agua filtrada del lago.

Martín despertó de su desvanecimiento. No sabía cuánto tiempo había pasado. Temblaba sin control. Sentía un fuerte dolor y mucho calor en el hombro y tobillo descoyuntados. Notaba la sangre en su boca. Se incorporó y se sentó en su catre. Al hacerlo comenzó a vomitar, arrojando gran cantidad de líquido hacia el rincón donde tenía el cubo para sus necesidades. Estaba a oscuras en la celda, el candil estaba apagado. Sintió la ropa amontonada junto a sus pies. Intentó vestirse como pudo, sosteniendo su brazo descoyuntado para evitar que el hueso desencajado rozara con la articulación en el que embonaba. Notó el estuche con el pañuelo de su madre y lo presionó contra su pecho. Se durmió apretándolo con la mano cerrada en un puño.

La celda se abrió y Martín pudo ver a contraluz la silueta de alguien en el quicio. Le aterró distinguir a uno de sus verdugos. Era el hombre que le había sostenido la cabeza y tapado la nariz durante la tortura. Eliminó el miedo y apretó sus puños y la mandíbula. Esta vez no se lo pondría tan fácil.

—Cálmese vuestra merced. No vengo a llevármelo y, si viniera a ello, no podría sostenerse en pie —dijo el verdugo mirando a Martín—. Aunque le honra su resistencia y coraje.

—¿Qué desea entonces de mí?

—Por cien pesos puedo encajar el hueso que anoche le zafé —le propuso el verdugo—. También puedo hacerle un vendaje en el tobillo que le retorcí.

—Como sabrá, ningún peso traigo encima.

—No se preocupe. Tan solo tiene que darme un mensaje que sepa identificar alguien cercano a usted en el exterior, para que pueda asegurarse que es vuestra merced quien lo envía. Ellos me pagarán.

Martín sopesó el ofrecimiento. Nada le aseguraba que no fueran a volverlo a interrogar y lo volvieran a torturar. O a matar.

—No serán cien pesos, le daré doscientos. Pero no será hasta que salga de esta prisión y se los pueda dar en persona.

El verdugo comprendió que la propuesta del Mestizo haría que, en cierta manera, se tuviera que preocupar por su vida durante su estancia en la cárcel. No era poco dinero doscientos pesos, pensó.

—De acuerdo —respondió el verdugo, caminando hacia el Mestizo.

Borrego, como se apellidaba el verdugo, pulsó el hombro de Martín. Notó la inflamación y el calor que desprendía la carne en esa zona. Palpó para saber dónde se encontraba la cabeza del hueso y comprobar el movimiento que debía hacer para devolverlo a su lugar.

—Primero le jalaré el brazo para sacar al hueso de donde está ahora —le explicó Borrego—, luego lo intentaré colocar en su asiento. Tendré que hacerlo las veces que haga falta. Si no lo pongo en su sitio, el hueso comenzará a unirse a otro y perderá la movilidad del brazo durante

toda su vida.

El Mestizo asintió. Borrego agarró el brazo y, con un fuerte tirón, sacó el hueso de donde estaba encajado. Retorció el brazo y lo apretó contra el hombro, quedando embonado en la articulación al primer intento. Martín no pudo retener el grito en sus pulmones, al notar el dolor cuando su brazo se separó de nuevo con la maniobra del verdugo y se lo volvió a colocar en su lugar.

—Habéis tenido suerte. Lo he conseguido a la primera, y el hueso ahora descansa en su sitio. Durante unos días no lo mováis mucho, porque le dolerá —comentó Borrego, caminando hacia la puerta de la celda—. Doscientos pesos, Mestizo. Cuando vuestra merced salga de aquí —le recordó.

—Falta mi pie.

—Es cierto, lo olvidaba.

Borrego sacó unas cintas de tela que llevaba en su bolsillo y una pequeña botella.

—Le daré unas friegas con alcohol y luego le vendaré el tobillo, para que no le duela. Es importante que no camine ni apoye peso durante todo el tiempo que pueda. Una mala cura le dejará cojo.

Una vez acabó de vendar el pie, Borrego se levantó recordándole al Mestizo el pago que le debía.

—Le he dado mi palabra —respondió Martín.

A finales de esa semana cuatro presos fueron notificados de su sentencia a muerte. Los oidores no esperaron a que amaneciera. Esa misma noche fueron ejecutados Gómez de Vitoria y Cristóbal de Oñate, hijo del conquistador del mismo nombre. Al día siguiente, 9 de enero, fueron ejecutados dos de los acusadores, los hermanos Baltasar y Pedro de Quesada. Igual que habían hecho el resto de condenados, confesaron antes de morir.

El escribano Zavaleta se acercó una tarde a la celda de Martín Cortés y le habló a través del ventanuco de la puerta.

—Vuestra merced saldrá bien parado de estas indagaciones. Ninguno de los acusados, ni tan siquiera los ejecutados en su última confesión, le han inculpado de ser parte del alzamiento o de haber sido conocedor de la conjura.

—Hubiera sido una falsa confesión si así lo hubieran hecho. Al menos murieron con la verdad en su boca —respondió Martín desde el interior de la celda.

—Hoy se presentó de nuevo vuestro cuñado y el abogado ante los oidores. Solicitaron su liberación basándose en las confesiones y declaraciones de los acusados. Confío en que los oidores no tarden en dictar sentencia respecto a vuestra persona.

—Liberarme es lo único que pueden hacer. Se ha demostrado mi inocencia, incluso bajo tortura. Como bien dice, ni siquiera los condenados confesaron que yo estuviera involucrado.

Dos días después, el escribano Zavaleta se presentó acompañado por los dos oidores ante la celda del Mestizo. Abrieron la puerta, y Martín se puso en pie frente a ellos. Iba a ser notificado de algo. El dolor del pie al apoyar su peso le hizo marearse, ni tan siquiera podía rozar el suelo.

El escribano desplegó la hoja enrollada que portaba y comenzó a leerla.

—En el caso contra don Martín Cortés Malintzin, caballero de la Orden de Santiago, por el cual se le ha acusado y juzgado de formar parte de la trama contra Su Majestad. Esta Real Audiencia, tras haber escuchado los testimonios por parte de acusadores y acusados, condena a don Martín Cortés al exilio perpetuo de las Indias. Por este motivo, se ordena que parta de la Nueva España en el primer barco que salga, acompañado de guardia armada de la cual se hará cargo del costo. Le condenamos a pagar una sanción de mil ducados de oro, la mitad de la cual

será destinado al tesorero de Su Majestad, y la otra mitad para cubrir los gastos incurridos por su encarcelamiento —el escribano Zavaleta hizo una pausa y continuó leyendo—. Si el acusado incumpliera alguno de estos términos, será condenado a muerte.

—He escuchado el veredicto —fue la única respuesta de Martín.

A finales de enero, el abogado de Martín, Álvaro Ruiz, presentó ante los oidores a los capitanes Juan de Nájera y Francisco de Granada, quienes dieron testimonio y juraron sobre la inocencia de Martín Cortés, así como declararon sobre su buena conducta y nobleza. El abogado alegó que don Martín Cortés y Bernardina de Porras llevaban una vida humilde, residiendo en casa de su hermana y de su viudo, Luis de Quesada.

Los días pasaban y Martín permanecía encerrado, confiando en el recurso presentado por su abogado. Mientras tanto, nuevos acusados habían sido condenados a muerte en la horca, entre ellos, Bernardino Maldonado, Gonzalo Núñez y Juan Victoria.

El 16 de febrero los jueces notificaron a través del escribano Zavaleta la resolución a la petición de indulto.

—Sus señorías confirman el perpetuo exilio de las Indias a don Martín Cortés Malintzin, y le prohíben acercarse a menos de cinco leguas de la corte española. Respecto a la sanción, se reduce el monto de esta y se fija en quinientos ducados de oro. Desde el día de hoy, permanecerá bajo arresto en casa de María Jaramillo y Luis de Quesada, hasta que tenga que marchar de la Nueva España.

Desnutrido, con calenturas y cojo, Martín permaneció encerrado en casa de su cuñado. Bernardina y sus hijos le atendían todo el tiempo, al carecer de fuerza alguna durante los primeros días. Luis de Quesada solicitó un aplazamiento para el viaje de Martín, alegando la debilidad y la falta de salud para afrontarlo, pero los oidores se negaron a ello.

A principios de marzo de 1568 supo que debía marchar a Veracruz, ya que un navío saldría la segunda quincena de ese mes rumbo a España. En esas mismas fechas arribaron los nuevos oidores del rey, don Vasco de Puga, y el licenciado Villanueva. A su llegada a México, presentaron ante el licenciado Luis Carrillo y el doctor Alonso Muñoz, el pliego de Su Majestad, por el cual les ordenaba regresar a España al momento de ser notificados.

El rey requería la comparecencia de los oidores ante su persona.

—Bernardina, he pensado sobre el porvenir de nuestra familia —dijo Martín tomando las manos de su esposa, mientras ambos estaban sentados en la cama—. A mi llegada a España pondré en orden nuestra casa y hacienda en Berlanga, donde quedaréis los tres. No puedo acercarme a la Corte, por lo que tendré que alistarme en una batalla más con las tropas del rey, confiando en poder coincidir con él. Sé que hay revueltas en el sur de España con la morisma y que ya habido algunos enfrentamientos en Granada.

—¿Y si el rey no acude a la guerra, Martín? —preguntó Bernardina.

—Debo intentarlo. Si puedo acercarme a él por circunstancias de la guerra, no estaré incumpliendo la sentencia de la Audiencia. Intentaré recuperar nuestra honra y conseguir un indulto real.

# Ilustración n.°6



TORMENTO DE D. MARTIN CORTES.

*Tormento de agua y cuerdas*

# Rebelión de las Alpujarras. Enero 1569.

Había sido irónico el viaje de regreso a España, al menos así le había parecido a Martín. En el mismo navío que lo llevó a Sevilla tuvo que compartir la travesía con el virrey Gastón de Peralta, y los oidores Luis Carrillo y Alonso Muñoz, los mismos que le habían torturado y condenado. Los tres habían recibido la orden de presentarse ante el rey Felipe II. Meses más tarde Martín supo del destino de esos hombres.

Gastón de Peralta, marqués de Falces, y por breve espacio de tiempo, virrey de la Nueva España, fue exonerado por el rey Felipe II, al defender y justificar las decisiones que tomó.

—Majestad, no fui a la Nueva España a castigar a los hijos de un hombre al que la Corona le debe la adquisición de tan grandes y numerosos reinos —le contaron a Martín que dijo el virrey ante Felipe II.

Su Majestad fue menos permisivo con los oidores, a los que recriminó su actitud:

—¡Les mandé a gobernar en la Nueva España, no a destruirla! —exclamó Felipe II ante Carrillo y Muñoz—. Han condenado a muerte a gran cantidad de hijos de conquistadores, nobles e hidalgos. Causaron con sus sentencias un gran quebranto a la Corona, y dolor a los ciudadanos novohispanos.

De manera inexplicable, a la mañana siguiente, el licenciado Alonso Muñoz apareció muerto en su recámara.

Martín también supo del destino de su hermano, Martín Cortés, el marqués del Valle de Oaxaca. Tras ser escuchado su testimonio ante Su Majestad, y leídas las acusaciones que habían sido presentadas en su contra, el rey Felipe II le había sentenciado a encierro permanente en el castillo de Torrejón de Velasco, donde tenía prohibido recibir cualquier tipo de visita o comunicado del exterior.

Lo primero que hizo Martín tras llegar a en Sevilla en julio de 1568, fue acercarse al convento dominico de la Madre de Dios, en Sanlúcar de Barrameda. Hacía dieciocho años que su hermana Catalina Pizarro había sido recluida en contra de su voluntad. Martín había podido escribirle una carta usando el sello de Juan Altamirano hacía cuatro años, pero nunca recibió respuesta de ella. Tal vez ya había muerto.

Se acercó a la gran entrada de piedra, embebida en la fachada blanca del convento. Una mujer seglar, que servía a las monjas que vivían recluidas en su interior, atendió a Martín. Este solicitó visitar a Catalina Pizarro, al menos era el nombre que tenía su hermana antes de ser una sierva de Dios. La buena mujer le hizo pasar a una sala con el piso de azulejos blancos y negros, como un tablero de ajedrez. En una pared, sobre un banco de piedra adornado con piezas doradas y azules, existía una pequeña puerta metálica, a modo de ventana.

—Espere sentado vuestra merced en el banco de los azulejos —dijo la mujer—. Si todavía vive o permanece en el convento, podrá hablar con ella a través de la ventana.

—¿No podré abrazarla? —preguntó Martín.

—Este convento es de clausura. Por suerte para vuestra merced no hay casi hermanas que practiquen voto de silencio, por lo que al menos podrá hablar con ella —dijo con una sonrisa, retirándose a través de unas rejas cerradas bajo llave.

Una hora más tarde escuchó un cerrojo al abrirse tras la pequeña ventana metálica. Martín jaló del tirador y abrió el portillo. Al otro lado de una reja de madera, pudo entrever el rostro de

su hermana Catalina. Debido a la toca que portaba, no veía su cabello, pero distinguió sus facciones. Le pareció una anciana.

—¿Eres tú, Martín? —preguntó la mujer al otro lado de la reja.

—Catalina, soy yo, hermana. He venido a sacarte de este encierro —dijo Martín, agarrando con sus manos los barrotes que les separaban.

—Martín —dijo Catalina, comenzando a llorar en silencio—. No puedo verte, estoy casi ciega, pero reconozco tu voz. Sé que eres tú, Martín, mi querido hermano.

Martín comenzó a llorar igual que su hermana, eran muchas cosas las que deseaba contarle, pero ahora ninguna palabra surgía de su mente o de sus labios. Las manos de los hermanos se unieron entre los barrotes que los separaban.

—Recibí tu carta hace unos años, Martín. Por entonces ya no era capaz de leer, ya que mi vista hacía tiempo que había comenzado a decaer. Una hermana del convento me ha estado leyendo de vez en cuando tu carta. Casi me la he aprendido de memoria —sonrió entre lágrimas Catalina Pizarro.

Los hermanos compartieron varias horas a través de las rejas que les separaban, impidiéndoles tocarse, abrazarse y besarse. Martín supo en la despedida que sería la última vez que vería a su hermana. Esta se había rehusado a salir del convento, a pesar de que podría haberlo hecho. En cierta manera, Martín agradeció su gesto, lo cual hubiera sido un obstáculo para sus proyectos.

No tardó en conocer la revuelta que en Granada se estaba gestando. Los moros que prometieron convertirse al cristianismo tras la Reconquista de los Reyes Católicos persistieron en sus costumbres. Felipe II había prohibido, a instancias de la Iglesia Católica, cualquier elemento distintivo de la religión musulmana, así como sus señas de identidad como lo eran la lengua, las ceremonias, baños, ropajes, ritos, costumbres, festividades y zambras con sus bailes y cantos. Los moriscos habían intentado negociar en varias ocasiones con los representantes de la Corona, sin lograr que estos anularan la prohibición. El rey Felipe II tenía la voluntad clara y resuelta para terminar para siempre con esa cultura y su estructura social. En caso de que se negaran a cumplir esa obligación, habría guerra.

Miles de musulmanes se sublevaron ante la prohibición, tal y como se preveía por parte de la Corona. Se armaron, haciéndose fuertes en la sierra de las Alpujarras, cerca de Granada.

Martín se acercó a Toledo donde entró a formar parte, con rango de capitán del Ejército Real, de las tropas que comandaba don Juan de Austria, el cual marcharía a las Alpujarras granadinas a principios de 1569.

Fue durante su marcha hacia Granada, cuando coincidió el capitán Martín Cortés y el capitán Gómez Suárez de Figueroa[33].

—Me han dicho que en nuestro ejército había otro mestizo y no lo creí. He venido hasta aquí para comprobar si es cierto —dijo Garcilaso de la Vega a Martín Cortés, quien estaba junto a una hoguera calentándose el tobillo del que aún cojeaba, el cual le dolía cada vez más con el frío del invierno.

Martín se giró para ver quién le hablaba de ese modo y comprobó, a pesar de la escasa luz del atardecer, que quien se dirigía a él era otro capitán con el que compartía el color de la piel.

—En ese caso, me buscáis a mí —respondió levantándose Martín Cortés, acercándose a Garcilaso de la Vega extendiéndole la mano para saludarle.

Entre ambos hombres no tardó en surgir un vínculo que los unió más allá de la coincidencia de su mestizaje. Durante los descansos, al final de cada jornada, aprovechaban para conversar

entre ellos.

Igual que Martín Cortés, el capitán Garcilaso de la Vega, era hijo de un conquistador español y una india del Perú. Aficionado a la literatura, le apasionaba hablar sobre libros de caballerías y de memorias de grandes conquistadores con Martín. Conocía Garcilaso la historia en torno a Hernán Cortés y la Malinche, y al igual que Martín Cortés, había podido leer la Conquista de México que había escrito fray Francisco López de Gómara, antes de ser prohibida por Felipe II.

—¿No os complacería tener por escrito vuestras memorias? —preguntó una noche a Martín Cortés—. Creo que podríamos, entre ambos, hacer un trabajo similar al que López de Gómara llevó a cabo en su libro, hablando durante horas y días con vuestro padre.

Le gustó a Martín la idea de poner por escrito su vida. Era realista al pensar que no le quedaban muchos años por delante. Tenía cuarenta y siete, y comenzaba a sentirse agotado. Las batallas vividas, las heridas recibidas durante estas, y las torturas sufridas el año anterior, habían menoscabado su salud y vitalidad. La cojera que arrastraba desde el tormento en México hacía que las jornadas a pie fueran agotadoras.

Durante los siguientes días y semanas, Martín Cortés y Garcilaso de la Vega, compartían unas horas tras montar el campamento en el que descansaría la tropa. Martín narraba sus recuerdos a Garcilaso quien, a la luz de unas velas, escribía apoyando las hojas y el tintero en una tabla grande que sacaban de uno de los carros.

Llegado el mes de marzo de 1569, habían alcanzado las tropas bajo el mando de don Juan de Austria, la localidad de Órgiva, al pie de la sierra de las Alpujarras. Durante los días anteriores a su llegada se habían encontrado numerosas iglesias y ermitas saqueadas, derruidas, y en algunos casos incendiadas. Martín sintió ira al encontrar a sacristanes, frailes y curas muertos, con síntomas claros de tortura. Algunos aparecían con sus cuerpos desollados, otros colgando de sogas. Por voz de algunos vecinos cristianos de los pueblos, supieron que los cadáveres calcinados que se encontraron correspondían a religiosos. Pero lo que más enfureció a Martín fue encontrar los cuerpos de monjas que habían sido violadas, torturadas y, por último, asesinadas. No podía dejar de pensar en su hermana Catalina y en lo que le depararía si los moriscos conseguían imponerse en ese alzamiento.

No había día, desde que habían llegado a las Alpujarras, en el que no tuvieran encuentros con los moros, los cuales había de dos clases: unos eran solo bandidos, buscando hacer mal a los cristianos, y recibían por ello el pago de los líderes de la revuelta; pero los más peligrosos eran los llamados muyahidines, guerreros infieles que luchaban para imponer su fe y convertirse en un territorio independiente bajo el dominio del islam.

A pesar de las escaramuzas que tenían casi todos los días contra los que bajaban de la sierra, y de las maldades que estos infligían a cristianos de los pueblos y contra los religiosos, don Juan de Austria no consentía el pillaje en su tropa ni la represión contra la población morisca que no se había rebelado contra la Corona. Este hecho complació a Martín Cortés. Siempre había respetado las normas de la guerra que había aprendido en la Real Casa y las propias de la Orden de Santiago.

Las marchas se endurecieron a la salida de Órgiva debido a lo escarpado del terreno. Martín animaba a sus hombres a subir por los encrespados senderos de las Alpujarras. Tenían información de que los moriscos rebeldes se habían hecho fuertes en la localidad de Trevélez y pretendían caer sobre ellos.

Como siempre había sucedido cuando había capitaneado a los soldados, trabajado con jornaleros en el campo, o había ostentado el cargo de alguacil mayor o incluso Gobernador en la

Nueva España, los hombres a su cargo le obedecían con satisfacción. El Mestizo era reconocido por su carácter firme y justo, su nobleza y su empatía, cuando alguno de sus hombres tenía algún problema. No consentía a gandules ni a los que engañaban a sus compañeros, estafándoles o robándoles. Contra ellos el castigo del capitán Mestizo siempre era ejemplar.

Habían descansado en la localidad de Bubión, con la intención al día siguiente de continuar caminando a través de la sierra y llegar a Trevélez. Era Bubión una pequeña aldea de casas encaladas, tan blancas que llegaba a molestar el fulgor cuando le daba de pleno la luz del sol. La pequeña aldea estaba enclavada en una pronunciada ladera, entre las faldas de dos montañas, donde se formaba un estrecho valle.

—Por el momento, Garcilaso, no tengo más que contarle —dijo Martín, quien acababa de narrar al capitán Garcilaso de la Vega el encuentro con su hermana en el convento de Sanlúcar de Barrameda—. Ojalá, Dios me dé vida por delante para poder contarle que, tras pacificar esta revuelta de los moros, me reuní con Bernardina y mis hijos, retomando nuestra vida en Berlanga.

—¿Ese sería un buen final, Martín? —preguntó Garcilaso de la Vega.

—El mejor, Garcilaso —respondió sonriendo—. Mis recuerdos y memoria me persiguen. Echo la vista atrás y puedo decir que he disfrutado y gozado y llorado y reído y sufrido. He vivido… y he matado. Quisiera que las últimas páginas de mis memorias fueran destinadas a decir que llegué a la ancianidad, acompañado de mi esposa. Que mis hijos tuvieron buenos matrimonios y me llenaron de nietos. Ese sería un buen final. Sin más gloria ni guerras. Sin más traiciones. Sólo paz.

Habían pasado muchos días juntos. Garcilaso de la Vega tenía intención, cuando finalizara la revuelta en las Alpujarras, de poner en orden las memorias que durante días le había narrado Martín Cortés. Por un momento observó en silencio a su compañero y amigo. Estaba el Mestizo sirviéndose un segundo cuenco de sopa del rancho de la tropa. A nadie le quitaba el bocado, todos habían cenado hacía rato y la olla reposaba en unas trébedes sobre las brasas.

Garcilaso de la Vega no había imaginado nunca que Martín Cortés hubiera tenido una vida tan apasionante. No había logrado los grandes hitos que consiguió Hernán Cortés, su padre, pero… ¿Qué otro hombre había conseguido algo semejante?

Frente a él, Martín Cortés bebía la sopa de su cuenco, mientras observaba el fuego de la hoguera. No le hacía falta cuchara, poco restaba que comer en ella y tan solo podía beber su caldo. Ese hombre, pensaba Garcilaso, era el hijo de Hernán Cortés y doña Marina, la Malinche, la india que ayudó a ese español valeroso a conquistar un imperio para el rey de España.

Le había sorprendido a Garcilaso, cómo Martín le relató sin atisbo de engreimiento, que había convivido con la emperatriz Isabel, con su hijo el rey Felipe II por entonces príncipe, y con el mismo rey don Carlos. Supo por su voz apagada, y por su vergüenza manifiesta, del fracaso en la Jornada de Argel y del Piamonte. Escuchó con detalle la exitosa maniobra de Martín en la Batalla de Mühlberg, al tomar el pontón, aunque la narró con humildad, dando el peso de la gloria a los hombres que le acompañaron.

Le quedó patente a Garcilaso de la Vega el amor que sentía Martín por su mujer Bernardina, y cuánto la extrañaba a ella y a sus hijos, Ana y Fernando. Lo vio llorar de tristeza al recordar el fallecimiento de su padre en Castilleja de la Cuesta, así como hacerlo con rabia al recordar la falta de mediación de su hermano el marqués cuando lo involucraron en el alzamiento. Se indignó al pensar que hubo personas que creían que el Mestizo traicionaría en alguna ocasión al rey. La lealtad a la familia y al rey fueron las principales enseñanzas que su padre había dejado.

—Mejor será que descanséis, Garcilaso —dijo Martín, tras haber acabado de sorber su sopa

—. Mañana nos espera de nuevo una jornada dura. Unos cristianos que viven en la aldea nos han dicho que los moros nos quieren sorprender en el paraje que llaman barranco Bermejo.

—Sí, mejor será que nos recostemos y durmamos un poco —respondió Garcilaso, tras lo cual volvió a amarrar con una cinta, como había hecho cada noche, el legajo de papeles que había escrito durante semanas.

# Ilustración n.°7




*Degüello de cristianos en Cádiar (Alpujarras), según grabado de 1859*

# Inca Garcilaso de la Vega. Marzo 1569.

Mi nombre es Gómez Suárez de Figueroa, desde hace unos años se me conoce como Inca Garcilaso de la Vega. Soy capitán del ejército del rey Felipe II, sobre el cual manda don Juan de Austria. Durante estas últimas semanas he transcrito las palabras del capitán don Martín Cortés Malintzin, hijo primogénito de don Hernán Cortés y de doña Marina, la Malinche.

El día de ayer, 10 de marzo del año 1569, nuestras tropas ascendieron por la sierra de la Alpujarra. Pude ver a don Martín Cortés, siempre al frente de sus hombres, cojeando por la sierra, animándolos a luchar contra los moriscos que, por ese lado de la montaña, aguardaban su llegada para hacerle frente. Los hombres del capitán Cortés iban armados con arcabuces, lanzas y espadas. Don Martín nunca apreció luchar con arma de fuego, por lo que llevaba desenvainada su toledana. A la altura del barranco Bermejo, por donde pasa un caudal de agua entre la estrecha garganta que lo forma, perdí de vista a don Martín y a sus hombres, ya que habíamos sido sorprendidos nosotros por otro grupo de moriscos ocultos entre la vegetación.

Al mediodía, los que nos habían atacado se retiraron, quedando por tierra los cuerpos de cristianos y moros, aunque en mayor número por parte de los infieles. Un mozo de los que acompañaban a don Martín vino junto a mi gente y preguntó por mí, pidiéndome le acompañara urgente; habían perdido al capitán Mestizo. Ordené armar un campamento en la parte baja de la montaña, junto al arroyo que bajaba de la sierra, con la previsión de dejar espacio para los hombres de Cortés que se nos unirían al final del día.

Subí por la encrespada ladera y llegué hasta donde se encontraban las tropas de don Martín Cortés. Sus hombres no sabían de su paradero y temían que lo hubieran tomado como rehén los moros, por lo que ordené hacer una búsqueda antes de que anocheciera. Confiaba en encontrarlo malherido, y quisiera Dios, que no hubiera sido hecho cautivo.

No tardaron en darme una voz de aviso desde la base de un salto de agua que formaba el barranco, cayendo el riachuelo a través de un tajo entre las rocas. Corrí hacia las voces que me llamaban, y al acercarme a ellos encontré en tierra, entre unos romeros, el cuerpo tendido del capitán Martín Cortés.

Había recibido dos disparos por la espalda, donde la media armadura de metal no le cubría. Cerca de él, dos moros yacían muertos con marcas de espada. Martín Cortés había matado a los dos con su toledana, pero otro moro le había disparado a traición por la espalda, acabando con su vida.

La cadena de oro con la cruz que su padre le regaló siendo un niño no estaba en su cuello. Sin duda, el moro que lo mató por la espalda de dos tiros, se la había robado después de muerto. Tenía Martín la mano cerrada en un puño bajo su rostro. Me agaché junto a él mientras los hombres, con respeto, daban un paso atrás y musitaban unas oraciones. Parecía como si tuviera algo dentro de su mano cerrada. Separé el brazo de su cuerpo y abrí los dedos de su puño. En su interior descubrí un pañuelo de algodón bordado con delicadeza. Algo de sangre lo había manchado en una de sus esquinas. No me cupo duda de que se trataba del pañuelo que había guardado durante tantos años en un estuche de piel. El pañuelo con el que doña Marina, la Malinche, había amarrado su cabello, o anudado sobre su frente.

Con sus últimas fuerzas, don Martín Cortés Malintzin, el Mestizo, había podido arrancar el estuche del interior de su camisa. Lo había abierto, y pudo sacar el pañuelo de su madre.

Ordené a mis hombres dar sepultura al capitán Martín Cortés junto a un gran roble que

crecía cercano a la charca que formaba el salto del agua. Hice llevar a un fraile junto al Tajo de Cortés, como empezaron a llamar los hombres al paraje. Se ofreció ahí mismo una misa por su alma, en la que todos los soldados a mi cargo y los de don Martín, asistieron con verdadera congoja por su fallecimiento.

—¿Quién sabe? —murmuré junto al cuerpo de mi amigo, antes de que lo bajaran al foso, junto al roble—. Tal vez con tu último aliento pudiste volver a sentir el aroma a hueso de aguacate y a flor de vainilla de su cabello. El olor de leche, salitre y humo de su piel…

# Epílogo. Enero 2024.

Cuando terminé de leer la primera impresión del relato que había elaborado, basado a su vez en la trascripción del manuscrito que el Inca Garcilaso de la Vega escribió de viva voz de Martín Cortés, me fijé de nuevo en los últimos párrafos.

—¿Existirá todavía después de cinco siglos? —murmuré, haciendo que mi mujer me mirara como si hubiera perdido la cabeza.

Abrí el buscador en el ordenador y tecleé la referencia que mencionó Garcilaso de la Vega. Había pasado meses confirmando las localizaciones, nombres y apellidos, árboles genealógicos, títulos nobiliarios y otra información que aparecía en el relato, pero esta, todavía no la había revisado.

En el buscador apareció el listado con la referencia que había tecleado. Ahí estaba el Tajo de Cortés, en Sierra Nevada, en las Alpujarras. En la actualidad se le llamaba Tajo Cortés, pero no encontré ninguna mención sobre el origen de su nombre, aunque yo sabía a qué se debía. El Tajo Cortés era, por lo que se veía en las imágenes, un hermoso salto de agua del río Bermejo, que caía desde unos ocho o diez metros de altura. Hoy en día es un lugar muy visitado al ser un destino para los amantes de los deportes de riesgo. Cerca de la caída del agua, junto a la charca que se formaba, se veía en las imágenes un pequeño bosque, seguramente de pinos y robles.

Nadie sabía que cerca de la pedregosa hondonada, donde rompía el agua de la cascada, bajo tierra, descansaban los restos de don Martín Cortés, el Mestizo.

—Señor Palomares, me ha gustado mucho el relato de mi antepasado. Creo que lo ha tratado con respeto y seriedad —me dijo al otro lado del teléfono Fernando Orozco desde Houston.

—Tan solo he añadido diálogos y algo de forma a los párrafos. Todo lo demás lo contó tu antepasado. El mérito es suyo y del Inca Garcilaso, de nadie más —respondí emocionado, lo reconozco—. Creo que es momento que te devuelva el legajo, aunque…

—¿Qué ocurre?

—Donde debería estar, es guardado en un registro nacional, bien en México, en el Archivo de Chapultepec, o en el Archivo General de Indias, en Sevilla. Ahí lo conservarán durante cinco siglos más y todos podrán revisarlo —le propuse.

—También he pensado en ello durante estos meses, pero voy a mantenerlo conmigo de momento. He alquilado una caja de seguridad en un banco, aquí, en Houston. Los guardaré en ella hasta que se lo pueda ceder a mis hijos en un futuro, o el albacea que nombre en mi testamento se haga cargo de esos documentos.

Pedí a mis hijos que sacaran la caja de madera de parota que habíamos guardado en el trastero. Las fundas transparentes con las hojas del manuscrito estaban puestas en orden y pensé que sería mejor guardarlas así, sin manipularlas de nuevo. En unos días vendrían a recogerlo para enviarlo a casa de Fernando.

Los niños pusieron la caja sobre la mesa del salón y abrieron la tapa. Al ir a meter en su interior las hojas, vi que en el fondo estaba todavía la tela con el que había venido atado el legajo de papeles. Dejé el manuscrito sobre la mesa y saqué el paño.

Lo sostuve en mi mano mientras lo observaba. Era un pañuelo de algodón, se veía ajado por los años, con un color cetrino. Tenía unos bordados de hilos que habían perdido su color original, aunque se llegaba a adivinar los tonos rojos, azules y verdes de ellos.

Mi mujer observó el paño en mis manos y me miró extrañada.

—¿Será? —me dijo

Extendí el pañuelo agarrando dos de sus esquinas y lo puse al trasluz, haciendo que el sol lo iluminara por el otro lado. En la esquina inferior aparecía un cerco oscuro. Claudia se acercó y lo señaló.

—¿La sangre de Martín al morir? —preguntó observando de cerca el extraño rodal de color ocre.

Doblé el pañuelo de doña Marina y, con cuidado, lo metí junto con las memorias de su hijo Martín. Llevaban juntos cinco siglos y así debía seguir.

Madre e hijo, juntos, en la eternidad.

# Agradecimientos.

Estimado lector, el capítulo de agradecimientos está dedicado a ti, que has llegado a esta parte del libro.

¡Muchas gracias por haberlo leído!

Ahora sería perfecto (aprovechando que todavía tienes el recuerdo fresco de la novela), que acudieras a la plataforma o tienda online donde lo adquiriste, y pusieras tu opinión al respecto, para que otras personas puedan leer tu comentario y -si es una buena opinión- se decidan a comprar la novela.

Manolo Palomares.
Twitter/X: @manpalomares

[1] En México, persona de cabello y piel claros.
[2] Honduras
[3] En náhuatl: Gran Gobernante. Título equivalente a Rey o Emperador.
[4] Aprovisionamiento de comida en una embarcación.
[5] Sandalias
[6] Taparrabos
[7] Intérprete
[8] Bahamas
[9] Timón de la nave.
[10] Casco de metal sin cresta ni visera, a veces terminado en punta, que tenía la superficie cincelada.
[11] Escudo pequeño y redondo.
[12] Arma a modo de espada, hecha de madera y con filos en ambos lados con pedernal u obsidiana.
[13] Blusa amplia que cubre desde los hombros hasta las rodillas.
[14] Cestilla en lo alto del palo mayor donde se ubican los vigías.
[15] Una legua son 5 km aprox.
[16] Despectivamente, concubina.
*[17]* En cursiva, extracto de la carta de Hernán Cortés a su padre, Martín Cortés. En realidad Hernán Cortés envió un ocelote a España para que fuera entregado al rey, pero el animal murió en el viaje y tan solo llegó la carta a su padre, lo cual les produjo confusión. Tal vez, la abuela pensó que su hijo se refería a un nieto.
[18] Cuello grande y almidonado, moldeado en formas de hojas de lechuga.
*[19]* En cursiva: …con toda humildad y concordia debes vivir sin lo propio
[20] Escrófula. Tumefacción fría de los ganglios linfáticos, principalmente cervicales. Acompañadas de debilidad general y bulbos.
[21] Especie de antorcha.
[22] 1 vara = 0,85 mts.
*[23]* En cursiva: de entre los nacidos de mujer, no se levantó otro mayor
[24] Daga de tamaño medio que se usaba como apoyo de la espada.
[25] Espada larga, hecha de acero toledano, de ahí su apelativo.
[26] Hernán Cortés fue bautizado como Hernando. A lo largo de su vida usó los nombres de Fernando, Ferdinando, Fernán, Hernando y Hernán.
[27] Disposiciones de última voluntad. No requiere las formalidades de un testamento y a menudo se trata de alguna modificación a este.
[28] En cursiva, rito de la Extremaunción: Por esta santa Unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.
[29] En cursiva, extracto de López de Gómara.
*[30]* Extracto de la dedicatoria del libro de López de Gómara.
[31] Pavos
[32] En cursiva, el Miserere: Oh, Dios, ¡apiádate de mí!, según tu gran misericordia y según tu inagotable compasión, borra mi iniquidad. Oh, Dios, ¡apiádate de mí! Lávame completamente de mi iniquidad y límpiame de mi pecado…
[33] Llamado Inca Garcilaso de la Vega a partir de 1563.